



Francisco Cândido Xavier

Francisco Cândido Xavier

Acción y reacción

Traducción al castellano:
ALFREDO ALONSO YUSTE

ÍNDICE

Prólogo del Traductor	4
Ante el Centenario	5
I. Luz en las sombras	7
II. Comentarios del Instructor	12
III. La intervención en la memoria	18
IV. Algunos recién desencarnados	26
V. Almas enfermizas	33
VI. En el círculo de la oración	42
VII. Preciosa conversación	50
VIII. Preparativos para el regreso	58
IX. La historia de Silas	68
X. Entendimiento	77
XI. El Templo y el Locutorio	89
XII. Deuda agravada	97
XIII. Deuda estacionaria	104
XIV. Rescate interrumpido	111
XV. Anotaciones oportunas	120
XVI. Deuda aliviada	127
XVII. Deuda que expira	136
XVIII. Rescates colectivos	143
XIX. Sanciones y auxilios	149
XX. Sorpresa conmovedora	155
Obras Mediúnicas de André Luiz	162

PROLOGO DEL TRADUCTOR

Por encargo de la Federación Espírita Española he tenido la inmensa honra de traducir al castellano esta obra del espíritu André Luiz, psicografiada por el magnífico médium brasileño Francisco Cândido Xavier.

A través de sus páginas expresa los pormenores de la Ley de Causa y Efecto, de una manera sencilla y ejemplar, desde su estancia en un Puesto de Socorro situado en los planos purgatoriales vecinos a la Tierra, para que nosotros, pobres encarnados empeñados en nuestras luchas diarias en este plano físico, podamos aprender y sobre todo, poner en práctica nuestra reforma íntima, a través de la elevación de nuestra vibración y pensamientos diarios, para que emitamos la única conducta que debe marcar nuestras existencias en la Tierra: “Amar a los demás como a nosotros mismos”.

Recordemos las palabras de Allan Kardec, el Codificador: “Espíritas, orad e instruïros”. No dejemos de leer y meditar sobre estas lecturas, en un esfuerzo intelectual que nos abrirá nuevos caminos, tan necesarios para nuestra regeneración individual.

Agradezco a Maribel, mi esposa, su inapreciable ayuda en la realización técnica de este libro, que confío pueda brindar a los lectores de habla hispana una información útil en sus vidas.

Madrid, Noviembre de 2009

ALFREDO ALONSO YUSTE

ANTE EL CENTENARIO

El día 18 de abril de 1957, la Codificación kardeciana, bajo la égida del Cristo de Dios, celebrará su primer centenario de valiosos servicios a la humanidad terrestre.

Un siglo de trabajo, renovación y luz...

Para contribuir a los homenajes que se rendirán al memorable acontecimiento, André Luiz dictó las páginas de este libro.

Al hacerlo, nuestro amigo abrió un poco el telón de los planos inferiores en los que se proyecta la conciencia culpable, más allá del cuerpo físico, para resaltar la importancia de la existencia física como un verdadero favor de la Divina misericordia, con el fin de que nos adaptemos al mecanismo de su necesaria justicia.

Por ello, combina sus comentarios con la narración de las relaciones que existen entre el plano físico de los espíritus encarnados y los planos purgatoriales, donde están los compañeros que ya han abandonado la carne, y que crearon, por los desvaríos de su propia conducta, el *infierno exterior*, que no es otra cosa que el reflejo de nosotros mismos cuando, por liviandad o crueldad, nos entregamos a la práctica de acciones deprimentes que nos obligan a una fijación temporal en los resultados de nuestros propios errores.

Von Liszt ¹, eminente jurisconsulto, dice que el Estado, en su expresión de organismo superior, exceptuando, como es natural, los grupos criminales que a veces le arrastran transitoriamente a funestos abusos del poder, no prescinde de la penalidad, para mantener el orden jurídico. La necesidad de la conservación del propio Estado, justifica las penalizaciones. Con esa conclusión, se desvanecen, casi totalmente, las antiguas controversias sobre las teorías del Derecho Penal, ya que, en todos los sistemas políticos, la tendencia a castigar es congénita en el hombre, para mantener en lo posible, el orden en la sociedad.

André Luiz, no obstante, nos hace sentir que el Espiritismo revela un concepto de justicia más amplio.

La persona humana no se encuentra simplemente subordinada al criterio de los jueces y juristas del mundo, como si fuesen cirujanos para tratar o extirpar la gangrena social. Cuanto más esclarecida sea, más responsable es de los fallos de su propia conciencia, en la Tierra o fuera de ella, al estar envuelta en la culpa.

Por tanto, sus páginas tienen el objetivo de resaltar que los principios codificados por Allan Kardec, abren una nueva era al espíritu humano, instándole a su propio examen para el reajuste de los caminos trazados por Jesús hacia el verdadero progreso del alma, y explican que el Espiritismo, por ello, educa nuestra libertad, intentando no sólo que tengamos en la Tierra una vida social digna, sino instando a que mantengamos, en el campo del espíritu, una vida individual armoniosa, debidamente ajustada

¹ Catedrático de Derecho penal y procesal penal en la Universidad de Berlín a principios del siglo XX (nota del traductor).

a los impositivos de la Vida Universal Perfecta y de acuerdo con las normas de la eterna justicia elaboradas por el supremo equilibrio de las Leyes de Dios.

Por eso, presentándolas al lector amigo, reconocemos, en los postulados que abrazamos, no solamente un santuario de consuelo sublime, sino también un templo de responsabilidades definidas, para considerar que la reencarnación es un aprendizaje sagrado de recapitulación de nuestras experiencias, y que la Doctrina Espírita, reviviendo el Evangelio del Señor, es la antorcha, el farol que resplandece en el camino evolutivo, ayudándonos a regenerar nuestro propio destino en la búsqueda de la felicidad real.

En síntesis, el autor nos demuestra que nuestras posibilidades de hoy, nos vinculan a las sombras de ayer, exigiéndonos un trabajo infatigable en el bien, para la construcción del mañana sobre las bases redentoras de Cristo.

Exaltando así los méritos inestimables de la obra de Allan Kardec, le saludamos, conmovidos, en el bendito centenario.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 19 de enero de 1957.

I

LUZ EN LAS SOMBRAS

Sí –afirmaba el instructor Druso, sabiamente– el estudio de la situación espiritual de la criatura humana, después de la muerte del cuerpo, no puede ser relegado a un plano secundario. Todas las civilizaciones que antecedieron a la gloria occidental en los tiempos modernos, consagran especial atención a los problemas del Más Allá. Egipto mantenía un incesante intercambio con los antepasados y enseñaba que los muertos sufrían un riguroso juicio entre Anubis, el genio con cabeza de chacal, y Horus, el genio con cabeza de halcón, ante Maat, la diosa de la justicia, decidiendo si las almas debían ascender al esplendor solar o volver a los laberintos de las pruebas, en la propia Tierra, en cuerpos deformes y viles. Los indios admitían que los desencarnados, de acuerdo con las resoluciones del Juez de los Muertos, subirían al Paraíso o descenderían a los precipicios del reino de Várana, el dios de las aguas y del reino de los muertos, para ser aislados en cámaras de tortura, amarrados unos a otros por serpientes infernales. Los hebreos, griegos, galos y romanos, tenían creencias más o menos semejantes, convencidos de que la elevación celeste se reservaba a los espíritus rectos y buenos, puros y nobles, guardando los tormentos del infierno para aquellos que se rebajaban en la perversión y en el crimen, en las regiones de suplicio, fuera del mundo o en el propio mundo, a través de la reencarnación en formas envilecidas por la expiación y el sufrimiento.

La conversación nos fascinaba.

Hilario y yo, estábamos de visita en la “Mansión de Paz”, notable escuela de reajuste, de la que Druso era el abnegado director y amigo.

El establecimiento, situado en los planos inferiores, era una especie de “Monasterio de San Bernardo”, en una zona castigada por la naturaleza hostil, con la diferencia de que la nieve, casi constante en torno del célebre convento enclavado en los desfiladeros existentes entre Suiza e Italia, allí era sustituida por la sombra densa que, en aquella hora, se hacía aún más densa, móvil y terrible, alrededor de la institución, como si estuviese dominada por un vendaval incesante.

Aquel puesto acogedor, que permanece bajo la jurisdicción de “Nuestro Hogar”², fue fundado hace más de tres siglos, y se dedica a recibir espíritus infelices y enfermos que se deciden a trabajar por su propia regeneración, criaturas que se llevan a colonias de perfeccionamiento en la vida Superior, o que vuelven al plano físico, en una reencarnación rectificadora.

Por tanto, el enorme caserío, parecido a una amplia ciudad instalada con todos los recursos de seguridad y defensa, mantiene áreas de asistencia y cursos de instrucción, en los que médicos y sacerdotes, enfermeros y profesores, encuentran, después de la muerte terrestre, enseñanzas y actividades de la más elevada importancia.

² Colonia Espiritual situada en la Esfera Superior (nota del autor).

Queríamos efectuar algunas observaciones referentes a las leyes de causa y efecto –el *karma* de los hindúes– y, convenientemente recomendados por el Ministerio de Auxilio, estábamos allí, encantados con la palabra del orientador, que prosiguió con la mayor atención, después de una larga pausa:

–Es necesario tener en cuenta que la Tierra se contempla desde los más variados puntos de vista. Para el astrónomo, es un planeta que gravita en torno del Sol, para el guerrero, es un campo de lucha en el que la geografía se modifica a punta de bayoneta, para el sociólogo, es un amplio espacio en el que se acomodan diversas razas. Pero, para nosotros, es un valioso lugar de servicio espiritual, como un filtro en el que el alma se purifica poco a poco en el curso de los milenios, adquiriendo cualidades divinas para la ascensión a la gloria celeste. Por eso, hay que mantener la luz del amor y del conocimiento, en el seno de las tinieblas, igual que es necesario mantener el medicamento en el foco de la enfermedad.

Mientras oíamos, observábamos, allá afuera, a través de la transparencia de una amplia ventana, la convulsión de la naturaleza.

Un vendaval ululante, trayendo consigo una sustancia oscura, parecida a un lodo aéreo, se arremolinaba con violencia, en un torbellino extraño, en forma de tinieblas que se despeñaban como una cascada.

Y, entre el cuerpo monstruoso de aquel torbellino terrible, surgían gritos de horror, vociferando maldiciones y gemidos.

Aparecían de refilón, unidos unos a otros, gran cantidad de criaturas agarradas entre sí ante el peligró, con el ansia instintiva de dominar y sobrevivir.

Druso, como nosotros, contempló el triste cuadro con una visible piedad reflejada en su semblante.

Nos miró en silencio, como si quisiera llamarnos a la reflexión.

Parecía expresar cuánto le dolía en su alma el trabajo en aquel paraje de sufrimiento, cuando Hilario le preguntó:

“¿Por qué no se abren las puertas a los que gritan allí afuera? ¿No es éste un puesto de salvación?”.

–Sí, respondió el instructor sensibilizado, “pero la salvación solamente es importante para aquellos que desean salvarse”.

Y después de un pequeño intervalo, continuó:

–En este plano, más allá de la tumba, la sorpresa más dolorosa para mí fue ésa: el encuentro con fieras humanas que habitaban en cuerpos carnales como personas comunes. Si las acogemos aquí sin la necesaria preparación, nos atacarían de inmediato, arrasando este instituto de asistencia pacífica. Y no podemos olvidar que el orden es la base de la caridad.

A pesar de su explicación firme y serena, Druso se concentraba en la visión exterior, dominado por la compasión que se reflejaba en su rostro.

Pasados unos instantes, prosiguió:

–Hay una gran tempestad magnética, y los caminantes de los planos inferiores, están siendo arrebatados por el huracán, como hojas secas por un vendaval.

–¿Y tienen conciencia de eso? –preguntó Hilario con perplejidad.

–Muy pocos. Las personas que se encuentran así después del sepulcro, son aquellas que no se han acogido en la vida física al refugio moral de algún principio noble. Traen su interior inmerso en un torbellino tenebroso, parecido a la tormenta externa, por los pensamientos desorganizados y crueles de que se alimentan. Odian y aniquilan, muerden y hieren. Si los alojamos en los puestos de socorro aquí establecidos, sería como introducir tigres hambrientos entre fieles que oran en un templo.

–Pero, ¿se conservan siempre en ese terrible desajuste? –insistió mi compañero, fuertemente impresionado.

El orientador intentó sonreír y contestó:

–No, eso no. Esa fase de inconsciencia y desvarío pasa también como pasa la tempestad, aunque la crisis perdure, a veces por muchos años. Debido al temporal de las pruebas que le imponen dolor desde el exterior al interior, el alma se reforma, poco a poco, serenándose hasta abrazar, por fin, las responsabilidades que creó para sí misma.

–Quiere decir, entonces –dije a mi vez– que no basta el peregrinaje del espíritu después de la muerte, por los lugares de tinieblas y de padecimientos, para resarcir las deudas de la conciencia...

–Exactamente –aclaró el instructor. La desesperación sólo tiene el valor de la demencia a que se lanzan las almas en las explosiones de incontinencia y de rebeldía. No sirve como pago ante los tribunales divinos. No es razonable que el deudor solucione con gritos e improperios los compromisos que contrajo por su propia voluntad. Además, tengamos en cuenta que de los desmanes de orden mental a que nos entregamos desprevenidos, salimos siempre más infelices y endeudados. Pasada la fiebre de locura y de rebelión, el espíritu culpable vuelve al remordimiento y a la penitencia. Se calma, como la tierra que vuelve a la serenidad y a la paciencia, después de haber sido insultada por el terremoto, a pesar de haber sido maltrecha y herida. Entonces, como el suelo que vuelve a ser fértil, se somete de nuevo a la siembra renovadora de sus destinos.

Sentimos una gran expectación, cuando Hilario comentó:

–¡Ah! ¡Si las almas encarnadas pudiesen morir en el cuerpo algunos días al año, no mediante el sueño físico en que se rehacen, sino con plena conciencia de la vida que les espera!...

–Sí, –dijo el orientador– eso modificaría realmente la faz moral del mundo. Pero mientras tanto la existencia humana, por larga que sea, es un simple aprendizaje en el que el espíritu reclama benéficas restricciones para poder restaurar su camino. Usando un nuevo cuerpo entre sus semejantes, debe atender a la renovación que le corresponde, y eso exige la centralización de sus fuerzas mentales en esa transitoria experiencia terrestre.

La palabra fluida y sabia del instructor, era para nosotros motivo de singular encanto y, creyéndome en el deber de aprovechar aquellos minutos, sopesaba en silencio, para mí mismo, la calidad de las almas desencarnadas que sufrían la presión de la tormenta exterior.

Druso percibió mi indagación mental y sonrió, como esperando por mi parte una pregunta clara y positiva.

Instado por la fuerza de su mirada, dije respetuosamente: –ante este penoso espectáculo al que estamos asistiendo, nos vemos obligados a pensar en la procedencia de los que experimentan su inmersión en ese torbellino de horror... ¿Son delincuentes comunes, o criminales acusados de grandes faltas? ¿Habrá entre ellos seres primitivos como nuestros indígenas salvajes, por ejemplo?

La respuesta del orientador no se hizo esperar.

–Cuando vine acá, esas preguntas asaltaron igualmente mi pensamiento. Hace cincuenta años que estoy en este refugio de socorro, oración y esperanza. Entré en esta casa como un enfermo grave, después de haberme desligado del cuerpo terrestre. Aquí, encontré un hospital y una escuela. Amparado, pasé a estudiar mi nueva situación, anhelando poder servir. Fui camillero, limpiador, enfermero, profesor, magnetizador, hasta que, después de algunos años, recibí jubilosamente el encargo de orientar la institución, bajo la supervisión positiva de los instructores que nos dirigen. Obligado a efectuar pacientes y laboriosas investigaciones, como parte de mis deberes, puedo decir que las tinieblas densas, solamente son ocupadas por las conciencias que se oscurecieron con la práctica de crímenes deliberados, apagando la luz del propio equilibrio. En estas regiones inferiores no transitan las almas simples, sencillas, que se encuentran sufriendo los errores naturales de las experiencias primitivas. Cada ser está adherido, por imposición de la atracción magnética, al nivel de evolución que le es propio. Los salvajes, en su gran mayoría, hasta tanto se desarrolla en ellos el mundo mental, viven casi siempre confinados en el bosque que resume sus intereses y sueños, retirándose lentamente del campo de la tribu, bajo la dirección de espíritus benevolentes y sabios que les asisten... y las almas notoriamente primitivas, en gran parte, caminan al influjo de las entidades beneméritas que les sustentan e inspiran, trabajando con sacrificio en las bases de la sociedad, y aprovechando los errores, hijos de las buenas intenciones, como enseñanzas preciosas que garantizan su educación. Os aseguro que en las zonas que podríamos llamar infernales, sólo residen los que, conociendo sus responsabilidades morales, se alejaron deliberadamente de ellas, con el loco propósito de escarnecer al propio Dios. El infierno puede ser definido como un amplio campo de desequilibrio, establecido por la maldad calculada, nacida de la ceguera voluntaria y la perversidad completa. Ahí viven, a veces por siglos, espíritus que se animalizaron, fijándose en la crueldad y egocentrismo. Forman una enorme zona vibratoria en conexión con la humanidad terrestre, ya que todos los padecimientos infernales son creaciones de la misma. Estos lugares tristes funcionan como una criba necesaria para todos los espíritus que desertan de las responsabilidades que el Señor les otorga. De ese modo, todas las almas que tienen el conocimiento de la verdad y la justicia, responsables en la construcción del bien, que en la Tierra incurren en ese o aquel delito, desatendiendo el noble deber que el mundo les fija, después de la muerte del cuerpo permanecen por estos lugares por días, meses o años, reconsiderando sus actuaciones, antes de la reencarnación que deben lograr para obtener su propio reajuste lo más pronto posible.

–Por eso... –aventuró a decir Hilario, cuando Druso, captando la pregunta, le interrumpió resumiendo:

–Por eso, las entidades infernales que creen gobernar esta región con un poder infalible, residen aquí por un tiempo indeterminado y las criaturas perversas que se afinan con ellas, aunque sufran su dominio, están aquí por muchos años. Las almas extra-

viadas en la delincuencia y el vicio, que tienen posibilidades de próxima recuperación, permanecen aquí por períodos ligeros o regulares, aprendiendo que el precio de las pasiones es demasiado terrible. Para las criaturas desencarnadas de ese último tipo, que alcanzan el sufrimiento, el arrepentimiento y el remordimiento, la dilaceración y el dolor, a pesar de no hallarse libres de los trastornos oscuros con que han sido arrojados en las tinieblas, las casas fraternales y de asistencia como ésta, funcionan, activas y diligentes, acogiéndolas en todo lo posible, y habilitándolas para que vuelvan a las experiencias de naturaleza expiatoria en la carne.

Me acordé del tiempo en que yo mismo había deambulado, semiinconsciente y perturbado, por las sombras, desde el momento en que me había librado del cuerpo físico, enfrentándome a mis propios estados mentales del pasado y del presente, cuando el orientador prosiguió:

–Como es fácil deducir, si la oscuridad es el molde que imprime brillo a la luz, el infierno, como región de sufrimiento y de falta de armonía, es perfectamente posible, constituyendo un establecimiento justo de filtración, para el espíritu que se halla en el camino de la vida superior. Todos los lugares infernales surgen, viven y desaparecen, con la aprobación del Señor, que tolera semejantes creaciones en las almas humanas, como un padre que soporta las llagas adquiridas por sus hijos, y que se vale de ellas para ayudarles a valorar la salud. Las inteligencias consagradas a la rebeldía y criminalidad, por eso mismo, a pesar de admitir que trabajan para sí, permanecen al servicio del Señor, que corrige el mal con el propio mal. Por eso mismo, todo en la vida es movimiento hacia la victoria del bien supremo.

Druso iba a proseguir, pero una invisible campanilla vibró en el aire y, demostrando estar alerta por la imposición del tiempo, se levantó y nos dijo sencillamente:

–Amigos, llegó el momento de llevar a cabo nuestra conversación con los internos que ya ofrecen muestras de hallarse pacíficos y lúcidos. Dedicamos algunas horas, dos veces a la semana, a semejante ocupación.

Nos levantamos y le acompañamos.

II

COMENTARIOS DEL INSTRUCTOR

El recinto al que habíamos llegado, era confortable y amplio; pero el conjunto de entidades que lo llenaba, era, en su mayor parte, desagradable y triste.

A la claridad de varias lámparas, podíamos observar, desde el gran estrado en que nos habíamos instalado con el instructor, los semblantes deformes que, en su mayoría, allí se congregaban.

Aquí y allí, se acomodaban asistentes y enfermeros, cuya posición espiritual era fácilmente advertida, por la asistencia amorosa con que daban valor a los seres que sufrían.

Calculé en dos centenares, aproximadamente, el número de enfermos que teníamos delante.

Más de las dos terceras partes de los mismos, presentaban deformidades en su cuerpo.

Aquél que haya visitado un sanatorio de enfermedades de la piel, analizando en conjunto los enfermos más graves, podrá imaginar lo que era aquel conjunto de almas silenciosas y difícilmente reconocibles.

Notando la tranquilidad que dominaba en el ambiente, pregunté a Druso sobre la tempestad que se desarrollaba afuera, informándome el generoso amigo, que nos hallábamos en un salón interior de la ciudad, expresamente revestido, por su parte externa, de amortiguadores de sonido.

Integrando el equipo dirigente, Hilario y yo conocimos a compañeros agradables y distinguidos, entre ellos, los asistentes Silas y Honorio y la hermana Celestina, tres de los más destacados asesores en la dirección de aquella morada de socorro espiritual.

No hablamos más allá de los saludos comunes, porque el orientador, después de indicar a uno de los enfermos que pronunciase la oración inicial, que escuchamos con gran emoción, tomó la palabra y habló con naturalidad, como si estuviera conversando entre amigos:

–Hermanos, continuemos hoy en nuestros comentarios sobre el buen ánimo. No me creáis separado de vosotros por virtudes que no poseo.

–La palabra fácil y bien emitida, es, muchas veces, un deber en nuestra boca, obligándonos a la reflexión y a la disciplina.

–Soy aquí, también, un compañero que espera su regreso a la reencarnación.

–La prisión redentora de la carne, espera por nuestra vuelta. El propósito de la vida, trabaja en nosotros y con nosotros, a través de todos los medios, para conducirnos a la perfección. Cortando sus impulsos, actuamos en sentido contrario a la Ley, creando aflicción y sufrimiento en nosotros mismos. En el plano físico, muchos de nosotros suponíamos que la muerte sería un punto final a nuestros problemas, mientras que otros se creían privilegiados por la infinita bondad, al haber abrazado actitudes superficiales, en los templos religiosos.

El viaje a través del sepulcro, no obstante, nos enseñó una lección grande y nueva: que nos hallamos indisolublemente unidos a nuestras propias obras. Nuestros actos tejen alas de liberación o cadenas de cautiverio, para nuestra victoria o para nuestra derrota. A nadie debemos nuestro destino, si no es a nosotros mismos. No obstante, si bien es verdad que nos vemos hoy bajo las ruinas de nuestras realizaciones deplorables, no debemos sentirnos sin esperanza.

Si la sabiduría de nuestro Padre Celestial no prescinde de la justicia para ponerse de manifiesto, esa misma justicia no se revela sin amor. Si somos víctimas de nosotros mismos, también somos beneficiarios de la tolerancia Divina, que nos abre los santuarios de la vida física, para que sepamos expiar y resolver, restaurar y resarcir.

En la retaguardia, perdíamos el tiempo introduciendo en nosotros, pensamientos y sentimientos que no deseábamos para nosotros mismos, cuando no establecíamos por la crueldad y por el orgullo, una amplia siembra de odio y de persecución.

Con semejantes actitudes, no hicimos otra cosa que levantar en perjuicio nuestro, la falta de armonía y el sufrimiento que cercan nuestra existencia, como inexorables fantasmas. El pasado habla en nosotros con gritos de acreedor exigente, amontonando sobre nuestras cabezas los frutos amargos de las siembras que hicimos... De ahí los desajustes y las enfermedades que asaltan nuestra mente, desarticulando nuestros periespíritus.

Creíamos que la transición a través del sepulcro, fuese un lavado maravilloso que liberaría nuestro espíritu, pero resucitamos en el cuerpo sutil de ahora, con todos los males que alimentamos en nuestro ser. Nuestras uniones con la retaguardia, por eso, continúan vivas. Lazos de afectividad mal dirigida y cadenas de aversión, nos aprisionan todavía a compañeros encarnados y desencarnados, muchos de ellos sufriendo desequilibrios más graves que los nuestros.

Alimentando propósitos de regeneración y mejora, somos hoy criaturas que despiertan entre el infierno y la Tierra, que se armonizan tan íntimamente uno con la otra, como nosotros y nuestros hechos. Deseando el sueño de renovación y de paz y aspirando a la inmersión en la vida superior ¿quién podría adquirir respetabilidad sin ponerse a tono con la Ley? Nadie avanza adelante sin pagar las deudas que contrajo. ¿Cómo seguir la ruta de los ángeles, con los pies hundidos en el camino de los hombres que nos acusan de nuestras faltas, obligando a nuestra memoria a sumergirse en las sombras?...

Druso hizo una ligera pausa, y después de un gesto significativo, como queriendo señalar la tormenta exterior, prosiguió en tono conmovedor:

—Alrededor de nuestro puesto de trabajo y de esperanza, se extienden flagelos infernales... ¿Cuántas almas petrificadas por la rebelión y la indisciplina podemos ver ahí, víctimas del envilecimiento de sí mismas?

El Cielo representa una conquista, pero no es una imposición. La Ley Divina, cimentada en la justicia, funciona con absoluta igualdad para todos.

Por eso nuestra conciencia refleja las tinieblas o la luz de nuestras creaciones individuales. La luz, aclarando nuestra vista, ilumina el camino. Las tinieblas, cegándonos, nos encadenan en la cárcel de nuestros errores.

El espíritu, en armonía con los designios superiores, vislumbra el horizonte próximo y camina, valeroso y sereno, para llegar a él. Pero el que abusa de la voluntad y la razón, rompiendo la corriente de las bendiciones divinas, crea la sombra en torno de sí mismo, aislándose en pesadillas aflictivas e incapacitándose para continuar adelante.

Definiendo así nuestra posición, somos almas situadas entre la luz de las sublimes aspiraciones y las nebulosas de las deudas escabrosas, para quienes la reencarnación, como un retorno al aprendizaje, es una concesión de la bondad excelsa, que nos cabe aprovechar para nuestro imprescindible rescate.

Realmente, aún sufriremos por mucho tiempo los efectos de las uniones con nuestros cómplices en la intemperancia y el desarreglo, pero, al disponer de nuevas oportunidades de trabajo en el campo físico, es posible rehacer el destino, resolviendo oscuros compromisos y, sobre todo, promoviendo siembras de afecto y dignidad, de esclarecimiento y de ascensión. Ciñéndonos a las leyes que prevalecen en el plano físico, seremos felices al reencontrar viejos enemigos, que al hallarse bajo el velo del olvido temporal, nos facilita una valiosa reaproximación. Dependerá, por tanto, de nosotros mismos, convertirles en amigos y compañeros, ya que, padeciendo su incompreensión y su antipatía con humildad y amor, sublimaremos nuestros sentimientos, plasmando nuevos valores de vida eterna en nuestras almas.

Ante la pausa que el instructor dio a sus consideraciones, me volví hacia la asamblea que le escuchaba absorta en elevada meditación. Algunos de los enfermos tenían lágrimas en sus ojos, mientras otros mostraban el semblante estático de aquellos que se conservan entre el consuelo y la esperanza.

Druso, que también sentía el efecto que sus palabras causaban en sus oyentes recomfortados, continuó:

—Somos espíritus endeudados, con la obligación de darlo todo en favor de nuestra propia renovación. Comencemos a elaborar ideas redentoras y edificantes desde ahora, favoreciendo la reconstrucción de nuestro futuro. Dispongámonos a disculpar a los que nos ofendieron, con el sincero propósito de rogar el perdón a nuestras víctimas.

Cultivando la oración al servicio del prójimo, reconozcamos en la dificultad el genio bueno que nos auxilia, exigiéndonos el mayor esfuerzo. Reuniendo todas las posibilidades a nuestro alcance, extendamos en los campos de las tinieblas y del dolor que nos rodean, el socorro de la oración y la ayuda del brazo fraterno, preparando el regreso al campo de la lucha —el plano físico— en el que el Señor, por la bendición de un nuevo cuerpo, nos ayudará para que olvidemos el mal y plantemos el bien.

Para nosotros, herederos de un largo pasado culpable, el plano físico simboliza la puerta de salida del infierno que hemos creado. Superando nuestras enfermedades morales y extinguiendo antiguos vicios, en el triunfo sobre nosotros mismos, acrisolaremos nuestras cualidades de espíritu, para que, elevándonos, podamos extender nuestras manos amigas a los que yacen en el infortunio.

Nosotros, que hemos errado en las sombras y que somos atormentados viajeros del sufrimiento, nosotros, que conocemos el desierto helado y el suplicio del fuego en el alma oprimida, ¿podríamos encontrar mayor felicidad que la de subir algunos escalones hacia el Cielo, para descender luego con seguridad a los infiernos, y poder salvar a aquellos que más amamos, que están perdidos hoy, como nosotros ayer, en las furias de la miseria y la muerte?

Decenas de circunstantes se miraban entre sí, admirados y felices.

En ese momento, el mentor aparecía rodeado de una dulce claridad, que irradiaba de su tórax, con destellos azules y blancos. Miré a mi compañero y, notando que sus ojos estaban nublados por el llanto, traté de sofocar mi propia emoción.

El instructor no hablaba como el que expone una teoría. Estampaba en su voz la inflexión de quien trae en sí mismo un dolor inmensamente sufrido, y se dirigía a los humildes compañeros allí congregados, como si todos fuesen hijos queridos de su corazón:

–Supliquemos al Señor –prosiguió emocionadamente– que nos conceda fuerzas para obtener la victoria. Victoria que nacerá en nosotros para lograr la gran comprensión. ¡Solamente así, al precio del sacrificio, en el reajuste, conseguiremos el pasaporte liberador!...

Al hacerse el silencio, se levantó una señora de aspecto triste y, caminando hacia nosotros, se dirigió a él llorando:

–Amigo mío, perdóneme la interrupción. ¿Cuándo partiré para la vida terrestre con mi hijo? Siempre que puedo, le visito en las zonas tenebrosas... Pero ni me ve ni me escucha... sin darse cuenta de la miseria moral que lo envuelve, continúa autoritario y orgulloso... Pablo, no obstante, no es para mí un enemigo... es un hijo inolvidable... ¡Ah! ¿Cómo puede el amor contraer semejante deuda?...

–Sí... –exclamó Druso con reserva– el amor es la fuerza divina que frecuentemente vilipendiamos. Le tomamos simple y puro de la vida con que el Señor nos crió, y con él inventamos el odio y el desequilibrio, la crueldad y el remordimiento, que nos sumergen indefinidamente en las sombras... Es casi siempre por el amor, por lo que nos enredamos en hirientes laberintos, en lo referente a la Ley... Amor mal interpretado... mal conducido...

Como si volviese de una rápida fuga a su mundo interior, emitió un nuevo brillo en su mirada, acarició las manos de aquella torturada mujer, y dijo:

–Esperamos que pueda reunirse con él en breve, para dar comienzo a su valiosa empresa de rescate. Por los informes de que disponemos, no ha de demorarse mucho en las inhibiciones en que todavía se encuentra. Tengamos serenidad y confianza...

Mientras la mujer se retiraba con una sonrisa de paciencia, el instructor comentó con nosotros:

–Nuestra hermana posee excelentes cualidades morales, pero no supo orientar el sentimiento materno con su hijo, que ahora yace en las sombras. Le transmitió ideas de superioridad malsana, que cristalizaron en su mente, favoreciendo sus accesos de rebeldía y brutalidad. Transformándose en un tiranuelo social, el infeliz fue lanzado, sin percibirlo, en un pantano tenebroso tan pronto como dejó su cuerpo físico y la desventurada madre, se sintió responsable por haber sembrado en él engaños que arruinaron su vida, esforzándose hoy por elevarlo.

–Y, ¿podrá realizar su propósito? –preguntó Hilario con interés.

–No lo dudemos –replicó nuestro amigo con convicción.

–Pero... ¿cómo?

–Nuestra amiga, que traicionó la fibra de responsabilidad moral por el exceso de comodidad, regresará a la reencarnación en un entorno económicamente pobre, recibiendo en él, cuando nuevamente sea una mujer joven, sin protección alguna, al hijo que ella misma complicó en las antiguas fantasías de mujer fútil y rica. Carente de recursos económicos, será la inspiradora de heroísmo y valor en su nuevo hijo, regenerando en él la apreciación de la vida y purificando sus energías en la forja de las dificultades y del sufrimiento.

–Y, ¿vencerán en ese difícil intento? –preguntó mi compañero, de nuevo, evidentemente intrigado.

–La victoria es la felicidad que todos les deseamos.

–¿Y si perdieran en esa batalla proyectada?

–Ciertamente –manifestó el orientador con expresiva inflexión de voz –regresarán en peores condiciones a los abismos que nos rodean.

Después de una sonrisa triste, Druso agregó:

–Cada uno de nosotros, espíritus endeudados, al renacer en la carne, transporta consigo para el plano físico, un trozo de cielo que sueña conquistar, y un amplio manto del infierno que plasmó en sí mismo. Cuando no tenemos fuerza suficiente para continuar al encuentro del cielo que nos da oportunidades de ascensión, volvemos al infierno que nos fascina en la retaguardia...

Nuestro anfitrión iba a continuar, cuando un anciano tambaleante se acercó a nosotros y le dijo humildemente:

–¡Ah!, instructor, estoy cansado de trabajar en las dificultades de aquí... ¡Hace veinte años que traigo locos y rebeldes a este asilo!... ¿Cuándo volveré a disfrutar de un cuerpo en la Tierra, para descansar sumergido en la carne, al pie de los míos?...

Druso le acarició la cabeza y respondió, conmovido:

–¡No desfallezcas, hijo mío! ¡Consuélate! También nosotros llevamos muchos años presos en esta casa, por imposición de nuestro deber. Sirvamos con alegría. El día de nuestro cambio será determinado por el Señor.

El anciano se calló con tristeza en sus ojos.

Después, el orientador tocó una pequeña campanilla, y la asamblea comenzó a disfrutar de libre conversación...

Un joven de expresión simpática se acercó a nosotros y, después de saludarnos afectuosamente, dijo, inquieto:

–Escuchando su palabra educativa y ardiente, no logro salir de los enigmas de la memoria... ¿Por qué sufrimos el olvido después de la muerte física? Si tuve otras existencias anteriores, antes de esta última, cuyos errores procuro ahora reparar, ¿por qué razón no me acuerdo de ellas? Antes de partir para el campo físico, en la última encarnación, debo haber tenido buenos amigos en la vida espiritual, del mismo modo que alguien, viajando en la Tierra de un continente a otro, normalmente deja en los muelles afectos que no le olvidan... ¿Cómo justificar la amnesia que no me permite recordar a los compañeros que debo tener a distancia?

–Bien –respondió el interpelado, sabiamente– los espíritus que en la vida física atienden sus deberes con exactitud, retornan pacíficamente a los dominios de la memoria, tan pronto como abandonan el cuerpo físico, reentrando en comunión con los lazos nobles y dignos que les esperan en la vida superior, para lograr la continuidad del servicio de perfeccionamiento y de sublimación que les corresponde. Pero para nosotros, conciencias intranquilas, la muerte en el cuerpo físico, no constituye una liberación. Perdemos el vehículo carnal, pero continuamos sujetos al poste invisible de nuestras culpas. Y la culpa, amigo mío, es siempre una nube de sombra que eclipsa nuestra vista. Nuestra memoria, en relación a nuestras caídas morales, se parece en cierto modo, a la película fotográfica que, si no se protege convenientemente, se echa a perder.

El mentor hizo una breve pausa en sus nuevas consideraciones, y continuó:

–Imaginemos que la mente es como un lago. Si las aguas están tranquilas y limpias, la luz del firmamento se puede retratar en él con toda seguridad. Pero, si las aguas están revueltas, las imágenes se pierden al quebrarse en las ondas, especialmente cuando el lodo acumulado en el fondo, sube a la superficie. Realmente aquí, en las zonas inferiores, estamos seres humanos muy distantes de la renovación espiritual, a pesar de estar desencarnados.

El joven le escuchaba visiblemente sorprendido y se disponía a formular nuevas preguntas ante la pausa de Druso, pero éste, anticipándose a su palabra, acentuó en tono amigable:

–Mira la realidad en ti mismo. A pesar de los estudios que actualmente estás realizando y las sublimes esperanzas que ocupan ahora tu corazón, tu pensamiento vive prendido a los sitios y a los paisajes de los que, supuestamente por la muerte, te separaste. En pleno camino de la espiritualidad, te sigues identificando con los oscuros recuerdos lejanos en el tiempo: el hogar, la familia, los compromisos imperfectamente solucionados... Todo eso es un lastre que inclina tu mente hacia el plano físico, donde nuestras deudas reclaman sacrificio y liquidación.

–Es verdad, es verdad... –suspiró el muchacho, compungidamente.

Pero el instructor prosiguió:

–Bajo el estado hipnótico, nuestra memoria puede regresar y recuperarse por algunos momentos. Eso, no obstante, es un fenómeno de compulsión... y en todo conviene satisfacer la sabiduría de la naturaleza. Liberemos el espejo de la mente que yace bajo el lodo del arrepentimiento, del remordimiento y de la culpa, y ese espejo divino reflejará el sol con todo el esplendor de su pureza.

Druso iba a continuar, pero la llegada de un colaborador nos impidió finalizar el tema.

III

LA INTERVENCIÓN EN LA MEMORIA

El nuevo compañero, que el dirigente de la casa nos presentó como el asistente Barreto, revelando la recóndita aflicción que ensombrecía sus ojos, comunicó:

–Instructor Druso: en la enfermería cinco, tres de los hermanos recientemente acogidos, entraron en crisis de angustia y de rebelión...

–Ya sé –replicó el interpelado– es la locura que se produce por telepatía alucinatoria. Aún no se encuentran suficientemente fuertes para poder resistir al impacto de las fuerzas perversas que les lanzan a distancia los compañeros infelices.

–¿Qué hacemos?

–Retire los enfermos normales y aplique en la enfermería los rayos de choque. No disponemos de otro recurso.

Se iba Barreto, cuando otro trabajador se presentó informando:

–Instructor: la pantalla de aviso que no funcionaba a causa de la tormenta que ahora está declinando, acaba de transmitir un aflictivo mensaje... Dos de nuestras expediciones de búsqueda, se hallan en dificultades en los desfiladeros de las Grandes Tinieblas.

–¿Indicaron su posición?

–Sí.

–Lleve los mensajes recibidos al director de operaciones urgentes. La ayuda debe ser enviada lo antes posible.

Inesperadamente, vino hacia nosotros otro colaborador, diciendo:

–Instructor: le ruego que dicte instrucciones sobre el *caso Jonás*. Acabamos de recoger un informe de nuestros hermanos, exponiendo que la reencarnación de ese hermano tal vez sea frustrada definitivamente.

Por primera vez noté que el dirigente de la Mansión, mostró una intensa preocupación en su mirada. Demostrando gran sorpresa, preguntó al emisario.

–¿En qué consiste el obstáculo?

–Celina, la futura madre, sintiendo sus fluidos groseros, se niega a recibirle. Nos hallamos ante una cuarta tentativa de aborto en el tercer mes de la gestación, y venimos haciendo todo lo que nos es posible para mantenerla en su dignidad maternal.

Druso imprimió a su semblante un gesto de serena firmeza y dijo:

–Es inútil. La madre lo aceptará, de acuerdo con sus propios compromisos. Además, necesitamos internar a Jonás en un nuevo cuerpo físico, por lo menos durante siete años terrestres. Traigan a Celina hasta aquí esta noche, tan pronto como se sumerja en el sueño físico, para que podamos ayudarle con la intervención magnética.

Iban llegando otros trabajadores y, hambriento de conocimiento y de aclaraciones, como me hallaba, busqué un rincón próximo, en compañía del asistente Silas, a quien acribillé a preguntas, en voz baja para no perturbar el recinto.

¿Quiénes eran aquellos trabajadores? ¿Era justo que el Director de la casa fuese molestado así, con tantas consultas, cuando los trabajos de administración podían ser delegados?

El amigo me ofreció las aclaraciones pertinentes, informándome que los mensajeros no eran simples cumplidores de determinada tarea, sino supervisores y jefes de servicio, todos ellos eran asistentes y asesores cultos y dignos, con enormes responsabilidades, y que solamente demandaban la presencia de Druso después de haber agotado todos los recursos posibles dentro de la autoridad a ellos confiada. El problema no era, pues, de centralización, y sí de lucha intensiva.

–¿Y aquél caso de la reencarnación pendiente? –me atreví a preguntar respetuosamente– ¿Puede la Mansión opinar con seguridad en la solución de semejante asunto?

El interpelado sonrió con benevolencia y respondió:

–Para que me puedas comprender, conviene aclarar que, si existen reencarnaciones ligadas a los planos superiores, hay otras que lo están directamente en los planos inferiores. Si la cárcel tiene razón de ser entre los hombres, de acuerdo con la criminalidad en el mundo, el infierno existe en la espiritualidad, en función directa de la culpa en las conciencias. Y así como contamos en el plano físico con una justicia sinceramente interesada en ayudar a los delincuentes en su recuperación, a través de la libertad condicional y de las prisiones-escuelas, organizadas por las propias autoridades que dirigen los tribunales humanos en nombre de las leyes, aquí, también los representantes del amor divino pueden movilizar recursos de misericordia, beneficiando a espíritus deudores, siempre que se muestren dignos de la ayuda que abrevie su rescate y regeneración.

–¿Quiere decir –exclamé– que, en buena lógica terrestre, y recurriendo al lenguaje que utilizaría un hombre en la experiencia física, hay reencarnaciones en perfecta conexión con los planos infernales?...

–Sí. ¿Cómo no? Valen como preciosas oportunidades de liberación de los círculos tenebrosos. Y como tales reencarnaciones no poseen sino características de trabajo expiatorio, en muchas ocasiones son procesos planificados y ejecutados aquí mismo, por bienhechores autorizados para actuar y ayudar en nombre del Señor.

–Y en esos casos –aduje– ¿el instructor Druso dispone de la necesaria competencia para poder resolver los problemas de esa índole?

–Nuestro dirigente –contestó el cariñoso amigo– como es razonable, no goza de facultades ilimitadas, y esta institución es lo suficientemente amplia para requerir de él los mayores cuidados. No obstante, en los procesos reencarnatorios, funciona como autoridad intermediaria.

–¿De qué modo?

–Dos veces a la semana, nos reunimos en el Cenáculo ³ de la Mansión, y los mensajeros de la luz, a través de instrumentos adecuados, deliberan sobre el asunto, apreciando y considerando los procesos que nuestra casa somete a su juicio.

–¿Mensajeros de la luz?

–Sí. Son intermediarios de las inteligencias angélicas, que no pierden de vista las zonas infernales, porque, aunque los genios de la sombra no lo quieran admitir, las fuerzas del Cielo velan por el infierno que, en rigor, existe para controlar el trabajo regenerador en la Tierra.

Y sonriendo, añadió:

–Así como el enfermo exige remedio, reclamamos la expiación espiritual, con el fin de habilitarnos para llegar a los planos superiores. El infierno es para el alma que lo creó en sí misma, lo que la forja para el metal, es decir donde se purifica y se modela convenientemente...

El compañero iba a continuar, pero un extraño ruido nos llamó la atención, al mismo tiempo que un emisario se asomó a una de las puertas, situada a nuestro lado y, acercándose a Druso, anunció: –instructor: después de amainada la tormenta, volvió el asalto de los rayos desintegradores...

El orientador esbozó un gesto de preocupación y recomendó: –conectad las baterías de agotamiento. Nos pondremos a la defensiva, instalados en la Aguja de Vigilancia.

Nos invitó a acompañarle.

Silas, Hilario y yo, le seguimos sin titubear.

Atravesamos amplios corredores y largos salones, en sentido ascendente, hasta que comenzamos a subir en forma directa.

El local conocido como Aguja de Vigilancia, era una torre, provista de escalera helicoidal, de algunas decenas de metros por encima del enorme y complicado edificio.

Una vez arriba, descansamos en un pequeño gabinete, en cuyo recinto había interesantes aparatos que nos facilitaban la contemplación del panorama exterior.

Parecían telescopios diminutos, que funcionaban como emisores de rayos que eliminaban la neblina, permitiéndonos tener una exacta noción del ambiente constrictivo que nos cercaba, poblado de criaturas agresivas y exóticas, que huían despavoridas ante un gran grupo de entidades que manipulaban curiosas máquinas semejantes a cañoncitos.

–¿Somos asediados por un ejército atacante? –pregunté intrigado.

–Eso mismo –confirmó Druso con calma. Esos ataques son muy comunes. Con semejante invasión, nuestros infelices hermanos pretenden eliminar nuestra casa y conducirnos a la inercia, con el fin de dominar esta región.

–¿Y aquellos equipos? ¿Qué son? –preguntó mi compañero, asombrado.

–Podemos definirlos como cañones de bombardeo electrónico –informó el orientador– las descargas sobre nosotros son cuidadosamente estudiadas, con el fin de que nos alcancen sin error en la velocidad de lanzamiento.

³ Templo íntimo de la institución (nota del autor espiritual).

–¿Y si nos alcanzasen? –preguntó mi colega.

–Provocarían aquí fenómenos de desintegración, susceptibles de conducirnos a la ruina, sin referirnos a las perturbaciones que ocasionarían a nuestros hermanos enfermos incapaces todavía de hacer cualquier esfuerzo para emigrar, porque los rayos emitidos contra nosotros, contienen principios de flagelación, que provocan las peores crisis de pavor y de locura.

No lejos de nosotros, vibraba en la atmósfera un ruido triste. Teníamos la impresión de que millares de proyectiles invisibles cortaban el aire violentamente, silbando a reducida distancia y acabando en estallidos secos, con el propósito de infundir una pavorosa impresión.

Tal vez porque Hilario y yo demostramos un irreprimible espanto, Druso dijo en tono paternal:

–Estemos tranquilos. Nuestras barreras de agotamiento funcionan con eficiencia.

Y mostró, a nuestros ojos asustados, una larga muralla constituida por millares de astas metálicas que cercaban la ciudad en toda su extensión, como si se tratase de una serie de pararrayos hábilmente dispuestos.

En el flanco atacado, surgían chispas eléctricas, brillando en los puntos de contacto, atraídas por las puntas de plomo.

El espectáculo, en su terrible belleza, se caracterizaba, a simple vista, por el centelleo de los contrastes, entre la sombra inmensa y la luz relampagueante.

–Aquí, los conflictos son incesantes –nos dijo el orientador, con serena dignidad– por tanto, hemos aprendido, en esta Mansión, que la paz no es conquista de la inercia, y sí fruto del equilibrio entre la fe en el poder divino y la confianza en nosotros mismos, en el servicio por la victoria del bien.

En ese momento, un trabajador de la casa penetró en el recinto y dijo:

–Instructor Druso: de conformidad con las recomendaciones recibidas, el enfermo recogido en la noche pasada, fue instalado en el gabinete de socorro magnético, esperando por su intervención.

–¿Consiguió decir algo?

–No. Continúa solamente con los gemidos periódicos.

–¿Ningún indicio de identificación?

–Ninguno.

El infatigable mentor nos invitó a seguirle, explicándonos que la operación en perspectiva nos podría ofrecer importantes elementos de estudio.

En unos momentos, nos vimos los cuatro en una sala de regulares dimensiones, que destacaba por la sencillez y por el color azul relajante.

En una mesa desmontable, se encontraba, boca arriba, un hombre de aspecto deforme, respirando con dificultad.

Para describir con precisión a la criatura que se hallaba a nuestra vista, podemos afirmar que el aspecto del infeliz llegaba a ser repelente, a pesar de los cuidados de

que ya había sido objeto. Parecía sufrir una incalificable hipertrofia, mostrando brazos y piernas enormes. Pero donde el aumento de volumen del periespíritu se hacía más desagradable, era justamente en su rostro, en el que todos los trazos se confundían como si nos halláramos al frente de una esfera extraña, a guisa de cabeza.

–¿Sería aquél un hombre desencarnado a causa de algún atropello terrestre, que aguardaba allí el inmediato alivio que se debe a los accidentados comunes?

Druso percibió nuestra pregunta silenciosa y nos explicó: –se trata de un compañero, difícilmente identificable, atraído hasta aquí por una de nuestras expediciones de socorro.

–Pero, ¿habrá sido recientemente liberado del mundo físico? –preguntó mi colega, dolorosamente impresionado, lo mismo que yo.

–Por ahora, no lo sabemos –explicó el orientador– es una de esas pobres almas que habrá dejado el plano físico bajo el imperio de terrible obsesión. Tan terrible, que no habrá podido recibir el amparo espiritual de las legiones de caridad que operan en las tumbas. Indudablemente, dejó el cuerpo carnal bajo una absoluta subyugación mental, cayendo en problemas angustiosos.

–Pero, ¿por qué semejante calamidad? –dijo Hilario, con asombro.

–Amigo mío –replicó Druso con benevolencia– ¿no será más justo sondear los motivos por los cuales nos decidimos a contraer deudas tan escabrosas?

Y modificando el tono de voz que se hizo algo triste y conmovedor, aconsejó:

–Las regiones infernales están excesivamente llenas del sufrimiento que nosotros mismos hemos creado. Necesitamos equilibrar el valor y la compasión en el mismo nivel, para atender con seguridad nuestros compromisos en estos lugares.

Miré al desventurado hermano que se mantenía en una profunda postración, como un enfermo en estado de coma y, considerando los imperativos de nuestro aprendizaje, dije:

–¿Podremos conocer la razón de la sorprendente deformidad que tenemos a la vista?

El orientador percibió la esencia constructiva de mi inquietud, y respondió:

–El fenómeno es de naturaleza espiritual. Recuerda que el dolor en el cuerpo físico es un acontecimiento real en el encéfalo, pero puramente imaginario en el órgano que supone experimentarlo. La mente, a través de las células cerebrales, registra la falta de armonía en el cuerpo, obligándole a un reajuste a veces doloroso. En este caso, el aspecto anormal, hasta monstruoso, resulta de los desequilibrios dominantes en la mente que, viciada por ciertas impresiones o muy afectada por el sufrimiento, pierde temporalmente el gobierno de la forma, permitiendo que los delicados tejidos del periespíritu se perturben, atropelladamente, en condiciones anormales. En tal situación, el alma puede caer bajo el dominio de inteligencias perversas, de las que proceden las corrientes deplorables por las cuales cae en provisional animalización, por efecto hipnótico.

Noté que el instructor no deseaba extenderse en aclaraciones que no se relacionasen con la ayuda a aquel infortunado, y me callé.

Druso se inclinó sobre él con la ternura de alguien que auscultase un hermano muy amado, y anunció: –intentemos oírle.

Incapaz de contener el asombro que me dominaba, pregunté: –¿Está durmiendo?

El mentor hizo un gesto afirmativo y dijo:

–Nuestro desventurado amigo se encuentra bajo una terrible hipnosis. Indudablemente, fue llevado a esa condición por adversarios terribles que, para torturarlo, fijaron su mente en algún penoso recuerdo.

–Pero –insistí emocionado– ¿tal martirio puede existir sin alguna razón justa?

–Amigo mío –dijo el orientador– con excepción del camino glorioso de las grandes almas, que eligen en el sacrificio propio el apostolado de amor con que ayudan a los compañeros de la humanidad, no se arrancan las espinas del sufrimiento sin arrancar asimismo las raíces de la culpa. Para alcanzar el lamentable estado en que se encuentra, nuestro hermano tiene que haber acumulado grandes deudas.

Inmediatamente, sin dejarnos divagar, añadió:

–Desintegramos las fuerzas magnéticas que cercan los centros vitales y ayudémosle en su memoria, para que se libere y pueda hablar.

Y tal vez porque mi mirada le hiciese una muda llamada, pidiendo una aclaración más amplia, agregó:

–No sería lícito actuar a base de hipótesis. Es indispensable oír a los delincuentes y a las víctimas, para que, por medio de ellos mismos, sepamos por donde comenzar la ayuda.

Procuré frenar mis deseos de investigación, y me puse a la expectativa.

Inmediatamente, el asistente, Hilario y yo, de manera instintiva establecimos una corriente de oración, sin previa consulta, y nuestras fuerzas reunidas parecían fortalecer la acción del instructor, quien, sereno y optimista, comenzó a actuar magnéticamente, aplicando en el compañero pases de dispersión, sobre su organismo en prostración.

El enfermo reaccionó, con un movimiento gradual, como si despertase de un largo sueño.

Pasados algunos minutos, puso su diestra sobre aquella cabeza deforme, como si llamase a su memoria con el propósito de hacerla despertar y, enseguida, el desventurado comenzó a gemir, revelando el pavor de quien suspira por deshacerse de una pesadilla.

Al ver que Druso interrumpía la operación, deteniéndose a esa altura, Hilario, afligido, preguntó:

–¿Tendrá que permanecer así, al borde de la vigilia, sin reponerse?

–No le conviene el inmediato retorno a la normalidad –aclaró el mentor–. Podría sufrir una crisis de locura, con graves consecuencias. Conversará con nosotros, así como está, con la mente inmersa en la idea fija que encarcela sus pensamientos en el mismo círculo vicioso, para que podamos conocer el problema crucial, sin extorsión alguna.

La palabra del orientador denotaba una gran experiencia en la psicología de los espíritus víctimas de las tinieblas.

Después de una nueva intervención magnética del mentor, sobre la garganta, el infeliz abrió los párpados y, con los ojos desorbitados, comenzó a gritar:

–¡Socorro! ¡Socorro! ... ¡Soy culpable, culpable! ... ¡No puedo más!... ¡Perdón! ¡Perdón!

Dirigiéndose a Druso, y tomándolo por un magistrado, exclamó: –¡señor juez, señor juez!... ¡Menos mal que, al fin, puedo hablar! ¡Déjeme hablar!...

El dirigente de la Mansión le acarició la atormentada cabeza, y le contestó en tono amigo:

–Diga, diga lo que desee.

El rostro del enfermo se cubrió de lágrimas, demostrando la superexcitación de los sonámbulos que transforman su propia debilidad en energía inesperada, y comenzó a hablar compungidamente:

–¡Soy Antonio Olimpio... el criminal!... Lo contaré todo... Pequé, pequé... por eso es justo... que sufra en el infierno... El fuego tortura mi alma sin consumirla... Es el remordimiento. Lo sé muy bien... Si hubiera sabido lo que me iba a pasar, no habría... cometido la falta... Pero no me pude resistir a la ambición... Después de la muerte de mi padre... me vi obligado..., a repartir nuestra gran hacienda con mis dos hermanos más jóvenes. Clarindo y Leonel... Por tanto, tenía mi cabeza... dominada por ciertos planes... Pretendía convertir la propiedad que yo administraba... en algo muy rentable, pero... el reparto con mis hermanos me estorbaba... Noté que mis hermanos tenían ideas diferentes a las mías... y comencé a maquinar el proyecto que acabé... por ejecutar...

Una crisis de sollozos le embargó la voz, pero Druso, amparándole magnéticamente, insistió:

–Continúe, continúe...

–Creí –continuó el enfermo con acento más firme– que solamente podría ser feliz, aniquilando a mis hermanos y..., cuando el inventario se estaba terminando, les convencí para que salieran a pasear conmigo... en un bote para inspeccionar un gran lago que existía en nuestra propiedad. Antes, les di a beber un licor que les dejaría inconscientes... Calculé el tiempo que la droga necesitaría para hacer un efecto seguro y..., cuando según íbamos conversando... percibiendo en ellos señales de fatiga... con un gesto ya preparado por mí, puse la embarcación en desequilibrio, en un lugar muy bien conocido por mí... en el que las aguas eran profundas... ¡Ah! ¡Qué calamidad inolvidable! ... Aún ahora me parece escuchar sus gritos escalofriantes de horror, implorando socorro... pero, con sus músculos entorpecidos, a los pocos minutos encontraron la muerte... Nadé con la conciencia pesada, pero firme en mis locos propósitos... abordando la playa y pidiendo auxilio. Con actitudes bien estudiadas, describí un imaginario accidente... De esa forma me hice con la hacienda entera, legándola más tarde a mi hijo Luis,... mi único hijo... Fui un hombre rico, tenido por honesto... El dinero me granjeó consideraciones sociales y privilegios públicos que la política distribuye entre todos aquéllos que se hacen vencedores en el mundo... por la

sagacidad y por la inteligencia... De vez en cuando,... recordaba mi crimen... una nube ensombrecía constantemente mi conciencia... pero, en compañía de Alzira... la esposa inolvidable... buscaba distracciones y viajes que ocuparan mi atención... Nunca pude ser feliz... Cuando mi hijo era ya un joven, mi esposa enfermó gravemente... y de la fiebre que la devoró durante muchas semanas,... pasó a la locura... en medio de la cual se ahogó en el mismo lago... en una noche de horror..., Viudo, me preguntaba a mí mismo si no estaba siendo juguete... del fantasma de mis víctimas... mientras tanto, temía todas las referencias a la muerte... Y busqué simplemente, gozar de la fortuna que era bien mía...

El infeliz se entregó a una larga pausa de reposo, continuando después:

Pero, ¡ay de mí!... Tan pronto como cerré los ojos físicos... ante el sepulcro... no me valieron de nada las oraciones que dejé pagadas... porque mis hermanos, que yo suponía muertos... se hicieron visibles... Transformados en vengadores se pusieron a mi lado en la tumba... Me echaban en cara mi crimen y me cubrían de improperios... hasta que... tal vez... cansados de acosarme y golpearme..., me condujeron a una gruta tenebrosa... en donde fui reducido a la pesadilla en que me encuentro... En mi pensamiento... veo sólo el barco en el crepúsculo siniestro... escuchando los gritos de mis víctimas que sollozan y ríen a carcajadas, en forma extraña... ¡Ay de mí! me encuentro preso a la terrible embarcación... sin que me pueda separar de ella... ¿Quién me hará dormir o morir?...

Como si el final de la confesión le proporcionase algún descanso, el pobre enfermo se sumergió en una enorme apatía.

Druso le enjugó el llanto, dirigiéndole palabras de consuelo y de cariño, recomendando al asistente que le trasladase a la enfermería especializada para el caso, diciéndonos, pensativo:

–Ya sabemos lo necesario para establecer un punto de partida en nuestra tarea de asistencia. Volveremos a ocuparnos de este caso en el momento oportuno.

–Y, después de larga pausa, añadió:

–Que Jesús nos ampare.

No nos fue posible hacer más observaciones, porque llegaba un mensajero para comunicar al instructor que una caravana de recién desencarnados estaba próxima a llegar, y le acompañamos en el servicio que él denominó “tarea de inspección”.

IV

ALGUNOS RECIÉN DESENCARNADOS

Habíamos llegado a un largo recinto construido en forma de patio interior, de amplias proporciones.

Tuve la impresión de penetrar en un enorme atrio, algo semejante a ciertas estaciones ferroviarias terrestres, porque en sus márgenes, caprichosamente dispuestas, se encontraban decenas de entidades en franca expectativa.

No pude distinguir señales de alegría completa en ningún rostro. Los distintos grupos, algunos de ellos conversando discretamente, se dividían entre la preocupación y la tristeza.

Al pasar, podíamos oírles.

En algunos grupos reducidos, oímos frases como las siguientes: –¿crees que ahora pueda aceptar ella el cambio justo?

–Difícilmente. Se centró por mucho tiempo en el descontrol de su propia vida.

Más allá, escuchamos, de los labios de una señora que se dirigía a un muchacho con un semblante agónico:

–Hijo mío, ten serenidad. Según las informaciones que me dio el asistente Claudio, tu padre no vendrá en condiciones que le permitan reconocernos. Necesitará mucho tiempo para encontrarse a sí mismo.

Al caminar oía algunas conversaciones por el estilo.

En determinado momento, y con la plaza plena de movimiento, Druso, generoso, nos confió a los cuidados de Silas, mencionando obligaciones urgentes que reclamaban su atención.

Nos encontraríamos al día siguiente, informó.

Aquella amable promesa, me hizo considerar el aspecto del tiempo.

Por la sombra reinante, no nos era posible saber si era de día o de noche.

El gran reloj que había allí, con una gran esfera, marcando las veinticuatro horas, funcionó, a mis ojos, como una brújula, haciéndome saber que estábamos en plena noche ⁴.

Unos sonidos de campanas invisibles cortaban ahora el aire y, observando nuestra curiosidad, Silas aclaró que la caravana-convoy entraría en el recinto dentro de algunos minutos.

Aproveché los momentos para hacer algunas preguntas que estimaba necesarias.

⁴ Nos referimos a regiones situadas en los dominios del propio globo terrestre, sometidas a las mismas leyes que regulan el tiempo en la Tierra (nota del autor espiritual).

¿Qué clase de personas aguardábamos allí? Si eran recién desencarnados, ¿En qué condiciones se hallaban? ¿Cómo se organizaba aquella caravana-convoy? ¿Venía diariamente a la institución en un horario determinado?

El compañero nos informó que las entidades próximas a llegar, integraban un equipo de diecinueve personas acompañadas por diez trabajadores de la casa, que les servían de orientación en el viaje, ya que se trataba de hermanos recientemente desencarnados que sufrían desequilibrio mental, pero que eran acreedores a una inmediata asistencia, ya que no se hallaban en estado de desesperación, ni se habían comprometido totalmente con las fuerzas dominantes en las tinieblas. Añadió que la caravana estaba constituida por trabajadores especializados, bajo la jefatura de un intendente, y que hacían el viaje sencillamente, sin vehículos, conduciendo apenas el material indispensable para el transporte en el pesado ambiente de las sombras y auxiliados por algunos perros inteligentes y serviciales.

La Mansión contaba con dos grupos de esa naturaleza. Diariamente, uno de ellos alcanzaba aquel domicilio de reajuste, relevándose en el piadoso proceso de socorro.

Pero no tenían horario fijo para la llegada –nos aclaró– ya que la peregrinación por los dominios de las tinieblas, obedecía, comúnmente, a factores circunstanciales.

Aún no había terminado de hablar nuestro interlocutor, cuando la expedición estaba entrando en el recinto.

Los cooperadores responsables estaban aparentemente en calma, evidenciando algunos, en su mirada, no obstante, profunda preocupación.

Los recogidos, con excepción de cinco que venían en hamacas o literas, desmemoriados y semidormidos, revelaban manifiestas perturbaciones, que en algunos se expresaban por una desagradable locura, aunque pacíficos.

Mientras los enfermeros se desvelaban por ayudarles, cariñosos y atentos, y los perros se echaban extenuados, aquellos seres recién llegados, hablaban y reclamaban, demostrando absoluta ausencia mental de la realidad, provocando piedad y atención.

Silas nos invitó a actuar.

Efectivamente, en algo debíamos cooperar.

El jefe de la caravana se aproximó a nosotros, y el Asistente nos lo presentó con un gesto amigable.

Era el intendente Macedo, valiente supervisor de tareas de socorro.

Los parientes y amigos de los recién llegados, nos rodeaban ahora, con expresiones de alegría y de sufrimiento.

Algunas señoras que había visto antes en ansiosa expectativa, lloraban discretamente.

Noté que las entidades recientemente desligadas del cuerpo físico, turbadas como se hallaban, mostraban todas las señales de las enfermedades que les habían llevado a la desencarnación.

Un ligero examen clínico podría, sin duda alguna, favorecer la lectura de cada diagnóstico individual.

Una dama se acercaba a una joven que venía amparada por la ternura de una de las enfermeras de la institución, y, abrazándola, lloraba sin pronunciar palabra alguna. La muchacha recientemente liberada, recibía sus cariños, rogando conmovida:

–¡No me dejen morir!... ¡No me dejen morir!... Mostrándose aprisionada por los recuerdos de los últimos momentos en el cuerpo terrestre, con ojos llenos de pena y llanto, avanzó hacia Silas, exclamando:

–¡Padre! Padre, deme la bendición de la extremaunción; pero, por favor, ¡aparte de mí la guadaña de la muerte!... Intenté compensar mi falta en la caridad, amparando a los desprotegidos de la suerte, pero la ingratitud practicada con mi madre, ¡me habla muy alto en mi infeliz conciencia!... ¡Ah! ¿Por qué me cegó el orgullo, al extremo de condenarla a la miseria?... ¿Por qué no tuve, hace veinte años, la comprensión que tengo ahora? ¡Pobrecita, Padre! ¿Se acuerda de ella? ¡Era una humilde actriz que me crió con inmensa dulzura!... Centró en mí toda su existencia... De alegres escenarios, descendió a la ruda labor doméstica, para poder conquistar nuestro pan... Tenía a la sociedad en contra suya, y mi padre, sin ánimo para luchar por nuestra felicidad, la dejó en la extrema pobreza, cobarde e infiel a los compromisos que libremente había asumido...

La infortunada criatura hizo un ligero silencio, mezclando sus propias lágrimas con las de la señora que la estrechaba contra su pecho y, con la mente sujeta a la confesión que acababa de hacer “in extremis”, y como si tuviera al sacerdote a sus pies, continuó:

–Padre, ¡perdóneme en nombre de Jesús! Cuando me vi joven y dueña de la gran dote que mi padre me había legado, me avergoncé del ángel maternal que había extendido sobre mí sus blancas alas y, aliándome al hombre vanidoso con quien me casé, ¡La expulsé de nuestra casa!... ¡Oh! ¡Todavía siento el frío de aquella terrible noche! Le lancé frases crueles... para justificar la vileza de mi corazón, ¡la calumnié sin piedad!... Pretendiendo elevarme en el concepto del hombre con quien me había casado, ¡Mentí diciendo que ella no era mi madre! ¡La señalé como una ladrona común que me había robado al nacer!... Recuerdo la mirada de dolor que me lanzó al despedirse... No se quejó ni reaccionó... ¡Sólo me contempló, tristemente, con los ojos hinchados de llanto!...

En ese momento, la dama que la sostenía, acarició sus cabellos desaliñados y trató de confortarla:

–No te excites. Descansa... descansa...

–¡Ah! ¿Qué voz es ésta? –gritó la joven, como si enloqueciese de angustia.

Y, palpando las manos afectuosas que acariciaban su cara, exclamó:

–¡Oh, Padre! ¡Parece que ella se encuentra aquí, junto a mí!...

Y, volviendo hacia lo alto sus ojos apagados y suplicantes, rogaba anegada en llanto:

–¡Oh, Dios mío! ¡No me dejes encontrarla sin que pague antes mi terrible deuda!... ¡Señor, compadécete de mí, de esta pecadora que os ofendió humillando e hiriendo a la amorosa madre que me diste!

Con el auxilio de dos enfermeras, la señora que la sostenía, la situó en la cama portátil y le hizo enmudecer, con gran ternura.

Percibiendo mi emotividad, Silas, después de acomodar a la enferma, me explicó:

–La dama generosa que la recogió en sus brazos, es la madre, que vino al encuentro de su hija.

–¿Qué nos dices? –exclamó Hilario, asombrado.

–Sí, le acompañará cariñosamente sin identificarse, para que la pobre desencarnada no sufra choques emotivos perjudiciales. El traumatismo periespiritual produce mucho tiempo de desequilibrio y de emoción.

–¿Por qué motivo se habrá confesado la enferma, de ese modo? –preguntó mi colega intrigado.

–Es un fenómeno común, –aclaró el asistente– Las facultades mentales de nuestra hermana en sufrimiento, se estancaron en el remordimiento, como consecuencia del máximo delito de su última existencia y, desde el momento en que comenzó a sentir intensamente las reflexiones de la muerte, se entregó de ese modo a tales recuerdos. Habiendo cultivado la fe católica romana se imagina todavía delante del sacerdote, acusándose por la falta que mancilló su vida...

El espectáculo me impresionaba profundamente.

La dureza del cuadro que la verdad me ofrecía, me obligaba a una dolorosa meditación.

¡No había, entonces, maldades ocultas en la Tierra!... ¡Todos los crímenes y todas las faltas de la criatura humana, se revelarían algún día y en algún lugar!...

Silas comprendió la amargura de mis reflexiones y vino en mi ayuda, diciendo:

–Sí, amigo mío; tu razonamiento es válido. La Creación de Dios es una luz gloriosa. Cualquier sombra de nuestra conciencia, queda impresa en nuestra vida hasta que la mancha sea lavada por nosotros mismos, con el sudor del trabajo o con el llanto de la expiación...

Y ante las muestras de agonía y afecto en los reencuentros que se realizaron allí, ante nuestros ojos, en los que hijos y padres, esposos y amigos se reaproximaban unos a otros, el asistente agregó:

–Generalmente, llegan a estos lugares de inquietud aquellos que cavaron en sí mismos profundos surcos infernales y que se cristalizaron en peligrosas ilusiones. Pero la Bondad Infinita del Señor, permite que las víctimas, rehechas en la comprensión y en el perdón, se transformen, felices, en abnegados Cireneos de los antiguos verdugos. Como es fácil de comprobar, el inconmensurable amor de nuestro Padre celestial, cubre no solamente los paisajes gloriosos del paraíso, sino también las zonas atormentadas del infierno que nosotros mismos hemos creado...

Una pobre mujer prorrumpió en llanto convulsivo, junto a nosotros, cortando la palabra de nuestro amigo.

Con sus puños cerrados, la infeliz clamaba:

–¿Quién me liberará de Satanás? ¿Quién me librerá del poder de las tinieblas? Santos ángeles, ¡socorredme! ¡socorredme contra el temible Belfegor!...

Silas nos invitó a que le acompañásemos en el amparo magnético inmediato.

Los enfermeros que se hallaban presentes, acudieron, solícitos, para impedir que la crisis se agravara.

–¡Maldito! ¡Maldito!... –repetía la demente, persignándose. Invocando el socorro divino a través de la oración, procuré anular sus movimientos desordenados. Se fue adormeciendo poco a poco.

Serenado el ambiente, Silas nos invitó a sondear la mente turbada, ahora bajo el imperio de una profunda hipnosis.

Traté de sondear aquella desarmonía en un rápido proceso de análisis mental, y comprobé, espantado, que la pobre mujer era portadora de pensamientos horribles.

Como si tuviesen raíz en su cerebro, veía que se escapaba de su interior la figura animalesca de un hombre agigantado, de larga cola, con cara de cabra, pies en forma de garras y ostentando dos cuernos, sentado en una tosca silla, como si viviese en perfecta simbiosis con la infortunada criatura en mutua imantación. Ante mi pregunta, el asistente informó:

–Es un cliché mental, creado y sostenido por ella misma. Las ideas macabras de la magia vil, como la brujería y lo demoníaco, que las iglesias denominadas cristianas propagan con el pretexto de combatirlas, mantienen creencias y supersticiones, y al precio de conjuraciones y exorcismos, generan imágenes como ésta, que se difunden en los cerebros débiles y desprevenidos, produciendo epidemias de pavor alucinatorio. Las inteligencias desencarnadas entregadas a la perversión, se valen de esos cuadros que la literatura fetichista o la propaganda poco vigilante distribuyen en la Tierra a manos llenas, y les imprimen temporalmente determinada vitalidad tal como el artista del lápiz o del pincel se aprovecha de los dibujos de una criatura, tomándolos como base de los dibujos definitivos con que pasa a impresionar el ánimo infantil.

La aclaración se me ofrecía como oportuna llave para la solución de muchos enigmas en el capítulo de la obsesión, en los que los enfermos comienzan atormentándose a sí mismos y acaban siendo atormentados por seres que afinan con el desequilibrio que les es propio.

Hilario, que observaba atentamente el duelo íntimo entre la enferma postrada y la forma-pensamiento que se adueñaba de su cabeza, dijo conmovido:

–Recuerdo haber tenido en mis manos, hace muchos años, en la Tierra, un libro escrito por Collin de Plancy⁵ y aprobado por el arzobispo de París, que traía la descripción minuciosa de diversos demonios, y creo haber visto una figura grabada en esa obra, semejante a la que tenemos bajo nuestra directa observación.

Silas se adelantó, confirmando:

–Eso es. Es el demonio Belfegor, según anotaciones de Jean Weier, que despreve-

⁵ Jacques Auguste Simon Collin de Plancy (1793-1887) escritor, ocultista y demonólogo francés; editor de importantes trabajos sobre el ocultismo y la demonología. Su trabajo más conocido es el *Dictionnaire Infernal*, escrito en 1818 (nota del traductor).

nidas autoridades de la Iglesia, permitieron se esparciera en los círculos católicos. Conozco el libro a que te refieres. Ha creado obstáculos tremendos a millares de criaturas que inadvertidamente acogen tales símbolos de Satanás, ofreciéndolos a espíritus animalizados que se aprovechan para formar terribles procesos de fascinación y posesión.

Reflexionaba sobre el problema de los moldes mentales en la vida de cada uno de nosotros, cuando el asistente, sorprendiéndome, añadió con buen humor:

–Aquí, es fácil reconocer que cada corazón edifica el infierno en que se aprisiona, de acuerdo con sus propias obras. Así, tenemos con nosotros los diablos que deseamos, de acuerdo con el modelo escogido o imaginado por nosotros mismos.

Como el servicio de asistencia exigía una cautelosa atención, llevamos a la enferma para el aposento limpio y bien dispuesto que la esperaba.

Transcurridos algunos minutos, regresamos al atrio, ya descongestionado y en silencio.

Solamente algunos centinelas nocturnos velaban, infatigables y atentos.

Los tormentos que había visto, me impulsaban a pensar. Ya había estudiado mucho acerca del pensamiento y de la fijación mental, pero, la angustia de aquellas almas recién desencarnadas, me infundía compasión y casi terror.

Confíe al amigo que nos acompañaba bondadosamente la indefinible tortura de que me veía objeto, y el asistente me aclaró con sabiduría:

–Todavía estamos lejos de conocer todo el poder creador y aglutinante encerrado en el pensamiento puro y simple, y, en razón de eso, debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para liberar a los seres humanos de todas las expresiones perturbadoras de la vida íntima. Todo lo que nos esclavice a la ignorancia y a la miseria, a la holgazanería y al egoísmo, a la crueldad y al crimen, redundará en fortalecimiento de las tinieblas contra la luz, del infierno contra el cielo.

Y tal vez porque quisiera hacer alguna aclaración más sobre el trascendental aspecto en cuestión, Silas dijo:

–¿Te acuerdas de haber leído alguna memoria alusiva a las primeras experiencias de Marconi, en los comienzos del telégrafo sin hilos?

–Sí, –respondí– recuerdo que el sabio, todavía muy joven, se consagró al estudio de las observaciones de Enrique Hertz, el gran ingeniero alemán que realizó importantes experiencias sobre las ondas eléctricas, comprobando las teorías de la identidad de la transmisión, entre la electricidad, la luz y el calor irradiante, y sé que, en cierto momento, tomando el oscilador y conjugándolo con la antena de Popoff y con el receptor de Branly, en el jardín de la casa paterna, consiguió transmitir, sin hilo, las señales del alfabeto Morse. Pero... ¿Qué tiene eso que ver con el pensamiento?

El asistente se sonrió y dijo:

–Esa referencia es significativa para nuestras consideraciones.

Vayamos a la televisión, una de las maravillas de la actualidad terrestre, y agregó: –me refiero a eso, para recordar que en la radiofonía y en la televisión, los electrones que conducen las modulaciones de la palabra y los elementos de la imagen, viajan en el espacio con una velocidad igual a la de la luz, o sea, a trescientos mil kilómetros por

segundo. Ahora, en un mismo local, pueden funcionar un puesto de emisión y otro de recepción, comprendiéndose que, en un segundo, las palabras y las imágenes pueden ser irradiadas y captadas, simultáneamente, después de haber atravesado inmensas distancias en el espacio, en fracción infinitesimal de tiempo. Imaginemos ahora el pensamiento, fuerza viva y actuante, cuya velocidad supera a la de la luz. Emitido por nosotros, regresa inevitablemente a nosotros mismos, obligándonos a vivir, de manera espontánea, en su onda de formas creadoras, que naturalmente se nos fijan en el espíritu, cuando son alimentadas por el combustible de nuestro deseo o de nuestra atención. De ahí la necesidad imperiosa de que nos situemos en los ideales más nobles y en los propósitos más puros de la vida, porque las energías atraen energías de la misma naturaleza y, cuando nos estacionamos en el vicio o en la sombra, las fuerzas mentales que exteriorizamos, vuelven a nuestro espíritu, reanimadas e intensificadas por los elementos que con ellas se armonizan, engrosando, de esa forma, las rejas de la prisión en que nos detenemos irreflexivamente, convirtiendo nuestra alma en un mundo cerrado en el que las voces y las escenas de nuestros propios pensamientos, aumentados por las sugerencias de aquellos que se afinan con nosotros en nuestra vibración, nos imponen reiteradas alucinaciones, anulando temporalmente los sentidos sutiles.

Después de una ligera pausa, concluyó:

—Por eso, al desaparecer el cuerpo físico, en el fenómeno vulgar llamado muerte, la criatura desencarnada, moviéndose en un círculo más plástico e influenciable, puede permanecer largo tiempo bajo el cautiverio de sus creaciones menos constructivas, deteniéndose en largos períodos de sufrimiento y de ilusión, unido a aquellos que viven sus mismos engaños y pesadillas.

La explicación no podía ser más clara.

Hilario y yo nos callamos, dominados por idéntico sentimiento de respeto y reflexión.

Silas percibió nuestra actitud interior y, generosamente, nos instó para que descansáramos por algunas horas... y para que pudiéramos pensar.

V

ALMAS ENFERMIZAS

Terminado nuestro reposo, Silas, por inspiración del Director de la Mansión, vino a invitarnos a hacer un rápido paseo por los alrededores.

Además, Druso, atendía con ello a nuestro propósito de estudiar algo sobre los principios de Causa y Efecto, en las criaturas recientemente desencarnadas.

Sabíamos que la muerte del cuerpo físico era siempre el primer paso para la recolección de la vida y, por eso, no ignorábamos que el ambiente era de los más favorables a nuestra investigación constructiva, porque el inmenso Umbral, situado a la salida del plano terrestre, vive repleto de hombres y de mujeres que atraviesan la gran frontera, en plena conexión con la experiencia carnal.

Hilario y yo, con alegría, nos pusimos al lado del compañero que, atravesando con nosotros un largo portón de acceso al exterior, nos dijo, con el mejor buen humor y consciente de nuestros objetivos:

–Sin duda alguna para nosotros, que hemos regresado recientemente de la Tierra, los panoramas infernales son mucho más adecuados que los celestes, para que podamos realizar nuestras investigaciones sobre la ley de Causa y Efecto, ya que el crimen y la expiación, el desequilibrio y el dolor, forman parte de nuestros conocimientos más sencillos en la lucha cotidiana, mientras que la gloria y el regocijo angélico, constituyen estados superiores de conciencia que van más allá de nuestra comprensión.

Y extendiendo su mirada sobre los tristes cuadros que se hallaban a nuestro alrededor, añadió, convirtiendo la frase en conmovedora reflexión:

–Estamos, psíquicamente, más cerca del mal y del sufrimiento... Por tanto, podemos comprender perfectamente los problemas aflictivos que se multiplican por aquí...

A medida que nos apartábamos, emprendíamos una penetración más profunda en la densa sombra, que se iba espesando cada vez más, iluminada, no obstante, aquí y allí, por mortecinas antorchas, como si la luz, en los lugares que nos rodeaban, luchase terriblemente para alimentarse y sobrevivir.

De aquellas tinieblas, surgían gritos, imprecaciones y blasfemias. Comprendimos, a grandes rasgos, que el espacio que ocupaba la institución, era de forma rectangular, y que el terreno en que la misma se asentaba, estaba en la retaguardia, como una enorme población extramuros.

Captando nuestra curiosidad e interés, el asistente quiso satisfacer nuestras preguntas, explicándonos: –efectivamente, nos hallamos en la zona posterior de nuestro instituto, en un gran espacio sobrecargado de espíritus turbados y en estado de sufrimiento.

Hilario, que no estaba menos sorprendido que yo, observó sin titubeos:

–Pero, toda esa gente parece relegada a la intemperie. ¿No sería razonable que la Mansión se extendiese, abarcándoles con su amparo y defendiéndoles con sus muros?

–Lógicamente, –respondió Silas sin alterarse– eso sería lo más deseable. No obs-

tante, hay que tener en cuenta que estamos al frente de una compacta multitud de almas en estado de reajuste. Este inmenso conglomerado de criaturas sin el cuerpo físico, tuvo su comienzo en un grupo de seres desencarnados que clamaban por el socorro de la Mansión sin hallarse en posesión de los requisitos indispensables para merecer la asistencia. Firme en la ejecución del programa a que se debe, nuestra casa no puede abrirles las puertas de inmediato, en vista de la desesperación y de la rebeldía en que se complacen. Pero no por ello desdeña la posibilidad de prestarles la debida ayuda, en lo posible, fuera del campo de acción en que vive asediada. Se inició de ese modo esta organización, que, contra nuestra voluntad, es un abismo de sufrimiento. Se reúnen aquí, de manera indiscriminada, millares de entidades víctimas de sus pensamientos alucinados y sombríos. Cuando superan su crisis de perturbación o de angustia, lo que puede perdurar por días, meses o años, son llevadas a nuestra institución, que, en todo lo posible, evita abrir sus puertas a las conciencias que todavía se hallan enclavadas en la rebeldía sistemática.

Tal vez porque estábamos evocando en silencio los episodios de la víspera, recordando a aquellos desencarnados acogidos en el gran asilo, nuestro compañero añadió:

–Vosotros acompañasteis ayer la ayuda a un hermano en desgracia maltratado en las tinieblas, y visteis la llegada de hermanos en sufrimiento que dejaron el cuerpo físico recientemente. Además, entre los beneficiados, visteis espíritus inconscientes y deudores, pero no a insensatos y rebeldes.

Ante esta observación que en cierto modo serenaba nuestra mente inquieta, Hilario preguntó:

–Y este ambiente, abatido por el infortunio, ¿Cuenta con el amparo necesario?

–Si, –aclaró nuestro amigo– muchas criaturas recuperadas en la Mansión, aceptan aquí preciosas tareas de auxilio, ocupándose de la asistencia fraternal, en grandes sectores de esta región torturada... Una vez muestran mejoría allá, traen aquí las bendiciones recibidas, transformándose en valiosos elementos de enlace. A través de ellas, la administración de nuestro Instituto, atiende a millares de conciencias necesitadas y sabe, con seguridad, que los hermanos que se hallan en sufrimiento, se hacen dignos de lograr el acceso a nuestra casa, después de haber logrado la transformación gradual en su reajuste. Diseminados por los campos de la sombra, en pequeños santuarios domésticos, continúan aquí su propia restauración, aprendiendo y sirviendo.

–Mientras tanto, –continuó diciendo Hilario lleno de curiosidad–, tan infortunada colonia de almas desajustadas, ¿No sufrirá el dominio de las inteligencias perversas, tales como las que hemos visto ayer en el lado opuesto a donde nos encontramos?

–Sí. Aquí son constantes e inevitables los asaltos de ese tipo, principalmente a causa de las entidades que dejaron cómplices animalizados en antros infernales o en núcleos de actividades terrestres. En esos casos, las víctimas de semejantes fieras desencarnadas, padecen prolongados e inenarrables suplicios, a través de la fascinación hipnótica de la que muchos genios del mal son muy expertos.

Y después de una ligera pausa, Silas, continuó:

–Esos son algunos de los fenómenos de flagelación incomprensible que determinados místicos del mundo, mediante el desdoblamiento mediúmnico, visitando el reino de las tinieblas, clasificaron como *devastación purificadora*. Para ellos, las almas

culpables, después de la muerte, experimentan horribles torturas por parte de los demonios aclimatados en las sombras.

Las informaciones del Asistente, unidas a los gemidos y a las lamentaciones que oíamos sin cesar, nos causaban una desagradable impresión.

Tal vez fue por eso que, Hilario, impresionado por los gritos que nos rodeaban, preguntó sorprendido:

—¿Por qué dices *flagelación purificadora*? y como en un desahogo, continuó preguntando:

—¿Crees que es justo que se aglomere aquí tanta gente en semejante desolación?

Silas sonrió con tristeza y objetó:

—Comprendo tu pesar. Indiscutiblemente, tanto dolor reunido no sería justo si no viniese de cuantos prefirieron el trato diario con la injusticia en el plano físico. ¿No es acertado, pues, que todos recojamos el fruto de la siembra que hicimos y que nos pertenece? En el mismo surco de tierra dadivosa y neutra, quien cultiva la ortiga recoge la ortiga que hiere, y quien protege su jardín, tendrá la flor que perfuma. El suelo de la vida es idéntico para todos nosotros. Aquí no encontraremos, en este inmenso palco de la angustia, almas simples e inocentes, y sí criaturas que abusaron de la inteligencia y del poder, y que, habiendo sido voluntariamente sordas a la prudencia, se extraviaron en los abismos de la locura y la crueldad, del egoísmo y de la ingratitud, haciéndose temporalmente presas de las creaciones mentales, insensatas y monstruosas, que para sí mismas tejieron.

Nuestra conversación fue interrumpida, delante de una pequeña casa que se confundía con la neblina reinante de cuyo interior brotaba un reconfortante chorro de luz.

Unos enormes perros, que podíamos divisar desde lejos, a la claridad oscilante, ladraban de un extraño modo al sentir nuestra presencia.

De pronto, un compañero de alto porte y rudo aspecto, apareció y nos saludó desde la diminuta cancela que nos separaba de la entrada, abriéndonos el paso.

Silas nos presentó.

Era Orzil, uno de los guardianes de la Mansión, de servicio en las zonas tenebrosas.

A los pocos instantes, nos hallábamos en la intimidad de aquel puesto templado.

A las palabras del guardián, dos de los seis grandes perros se acomodaron junto a nosotros, echándose a nuestros pies.

Orzil era de constitución gigante, parecía un oso con forma humana.

En el espejo de sus limpios ojos, mostraba sinceridad y devoción. Tuve la nítida idea de que nos hallábamos ante un penitenciario confeso, camino de una segura regeneración.

En la sala estrecha y sencilla, se alineaban algunos bancos y, encima de ellos, se destacaba un nicho ovalado en cuyo saliente había una cruz tosca, alumbrada por una luz en forma de concha.

Orzil se ausentó para sosegar aquellos grandes animales poco domesticados, sin salir del interior de la choza y, mientras tanto, el asistente nos informó:

–Es un amigo de cultura todavía escasa, que se comprometió a través de delitos lamentables en el mundo. Sufrió mucho bajo el imperio de antiguos adversarios, pero actualmente, después de una larga permanencia en la Mansión, viene prestando una valiosa ayuda en esta amplia región en que se refugia la desesperación. Es ayudado, ayudando a los demás. Y, sirviendo con desinterés y devoción fraternal, no solamente se reeduca, sino que, a la vez, suavizará el campo de la nueva existencia que le espera en el plano físico, gracias a las simpatías que está atrayendo en su favor.

–¿Vive solo? –pregunté soportando mal mi curiosidad.

–Se dedica a meditaciones y a estudios de naturaleza personal, –comentó Silas con paciencia– pero, como sucede a muchos otros auxiliares, tiene consigo algunas celdas ocupadas por entidades que se hallan bajo tratamiento, próximas a ser recibidas en nuestra institución.

Llegados a ese punto de la explicación, Orzil volvió a nuestro lado, y el Asistente le preguntó bondadosamente:

–¿Cómo va el servicio?

–Mucho trabajo, jefe –respondió él, humildemente– La tempestad de ayer produjo una extensa devastación. Creo que en los pantanos debe haber habido mucho sufrimiento.

Dándose cuenta que se refería a los precipicios abismales en que se debatían millares de almas infelices y turbadas, Hilario preguntó:

–¿Es posible alcanzar esos lugares para poder aliviar a los que sufren?

Nuestro nuevo amigo esbozó un aspecto de tristeza y de resignación, agregando: – ¡imposible!...

En socorro del compañero, Silas dijo: –los que se agitan en esas penurias, yacen, de modo general, casi siempre extremadamente rebeldes, y, en la locura a la que se entregan, se convierten en verdaderos demonios de insensatez. Es necesario que se dispongan a aceptar la conformidad clara y pacífica, para que, aun semiinconscientes, consigan recibir con provecho, la ayuda que se presta a sus corazones.

Y como si quisiese pasar a demostrar lo que afirmaba, nos invitó a inspeccionar las celdas próximas.

–¿Cuántos enfermos hay internados ahora?

Orzil muy atento, contestó sin titubear:

Tenemos tres amigos en franca situación de inconsciencia.

Después de haber dado algunos pasos, escuchamos un griterío atroz.

Los lugares reservados a los enfermos, estaban situados al fondo, en forma de confortables caballeriza. Esa es la palabra más apropiada que podemos usar para hacer nuestra descripción, porque la construcción, en sí, mostraba rusticidad y seguridad, naturalmente circunscrita a los objetivos de contención.

A medida que nos acercábamos al refugio, un olor desagradable afectó nuestro olfato.

Contestando a nuestra íntima pregunta, el Asistente nos dijo: –sabéis que todas las

criaturas viven envueltas por el halo vital de las energías que vibran en lo íntimo de su ser, y ese halo, está formado por partículas de fuerza que se irradian por todo el organismo, impresionando nuestro olfato, de modo agradable o desagradable, de acuerdo con la naturaleza del individuo que las irradia. Por tanto, tal como ocurre en la Tierra, aquí, cada entidad se caracteriza por su olor particular.

–Sí, sí... –confirmamos Hilario y yo, simultáneamente. Mientras tanto, el olor alarmante de carne en descomposición, era para nosotros un acontecimiento excepcional.

Silas percibió nuestra extrañeza y dirigió una mirada interrogativa a Orzil, quien informó rápidamente:

–Tenemos aquí al hermano Corsino, cuyo pensamiento continúa totalmente adherido a su cuerpo sepultado. Envuelto en el recuerdo de los abusos a que se entregó mientras estaba en la carne, todavía no consiguió deshacerse del recuerdo de aquello que él mismo fue, trayendo la imagen de su propio cadáver, a todos sus recuerdos.

Silas no hizo ningún comentario nuevo, porque alcanzábamos, de inmediato, el primer refugio, cuya puerta entreabierta nos dejaba contemplar un hombre envejecido, con la cabeza entre sus manos, clamando:

–¡Llamen a mis hijos! ¡Llamen a mis hijos!...

–Es nuestro hermano Veiga, –dijo Orzil, atentamente– mantiene fija la idea en la herencia que perdió al desencarnar: una gran cantidad de oro y bienes que pasaron a ser propiedad de sus hijos, tres muchachos que lucharon por obtener el mayor beneficio, valiéndose para ello de jueces y abogados corruptos.

Recostados en la puerta, Silas nos recomendó que observásemos con mucha atención, el ambiente que formaba la psicoesfera del enfermo.

Efectivamente, por mi parte percibí escenas que surgían y desaparecían, fugaces, semejantes a las figuras efímeras que se desprenden, silenciosas, de los fuegos artificiales.

De esos paneles que se avivaban y se apagaban al mismo tiempo, surgían las figuras de tres jóvenes cuyas imágenes pasajeras vagaban entre documentos esparcidos, cédulas y cofres llenos de valores, como si estuvieran dibujados en el aire con tinta finísima que se desvanecía y recomponía, sucesivamente.

Comprendí que estábamos registrando las formas-pensamientos creadas por los recuerdos de aquel hombre, quien, en la situación en que se encontraba, no podía de momento, sino vivir su drama íntimo, dada la insistencia de la fijación mental en que se encerraba.

Amparado por las vibraciones de auxilio que el asistente le enviaba, según percibí, restregó sus ojos como quien busca liberarse de unos garfios imperceptibles, y registró nuestra presencia. Avanzó de un salto hacia nosotros, apoyándose en las rejillas que nos separaban, y gritó, enloquecido:

–¿Quiénes sois? ¿jueces? ¿jueces?...

Y deshaciéndose en lamentos que desgarraban nuestros corazones, añadió:

–Luché durante veinticinco años para adueñarme de la herencia que me correspondía por la muerte de mis abuelos... y cuando la tuve en mis manos, la muerte me arre-

bató el cuerpo sin piedad... No me resigné a esa pena y permanecí en mi vieja casa... Deseaba, por lo menos, acompañar el reparto de la expoliación que se me hacía pero mis muchachos maldecían mi influencia, imponiéndome a cada paso, frases venenosas y hostiles... No satisfechos con las agresiones mentales que me inflingían, comenzaron a perseguir a mi segunda esposa, que había sido para ellos más madre que madrastra, dándole tóxicos como si fuesen medicinas inofensivas, hasta que la pobrecita fue internada en un manicomio, sin esperanza alguna de recuperación... Todo por causa de nuestro dinero que esos malvados quieren coger... Ante tal injusticia, pensé suplicar el favor de los seres que pueblan las esferas tenebrosas, porque solamente los genios del mal deben ser los fieles ejecutores de una gran venganza...

Intentó enjugar las lágrimas de desesperación, y agregó: –¡decidme! ... ¿Por qué habré alimentado a infelices ladrones mientras creía abrazar a hijos de mi alma? ¡Me casé cuando era joven, acariciando sueños de amor, y solamente generé espinas de odio!...

Como la voz de Silas le recomendaba calma, el infortunado vociferó:

–¡Nunca! ¡nunca perdonaré!... Recurrí a los infiernos sabiendo que los santos me aconsejarían conformidad y sacrificio... Quiero que los demonios torturen a mis hijos, tanto como mis hijos me torturan a mí...

Transformando el llanto convulsivo en carcajadas estridentes, se puso a gritar:

–¡Mi dinero! ¡mi dinero! ¡Exijo mi dinero!

El Asistente se volvió hacia Orzil y, compadecido, comentó: –sí, por ahora la situación de nuestro amigo es demasiado compleja. No puede ausentarse de este recinto de prevención, sin perjuicio para sí mismo.

Dejamos al enfermo blasfemando contra nosotros con sus puños cerrados, y nos acercamos a la otra celda.

Ante las palabras de Silas, que nos recomendaba observar atentamente el cuadro que teníamos a la vista, nos fijamos en el nuevo enfermo, un hombre profundamente triste, sentado al fondo de aquella prisión, con la cabeza entre ambas manos y con su mirada fija en la pared próxima.

Siguiéndolo en el punto en que concentraba sus rayos visuales, como si tuviese enfrente un espejo invisible que retrataba sus propios pensamientos, observamos una gran pantalla viva en la que se destacaba la calle de una gran ciudad, iluminada por la luna y, en la calle, conseguimos distinguirlo en el volante de un coche, persiguiendo a un transeúnte borracho, hasta alcanzarle y atropellarle, matándole sin compasión.

Nos hallábamos ante un homicida sujeto a dolorosos cuadros mentales que le encastraban en punitivos recuerdos.

Se le notaba una intraducible angustia, situada entre el remordimiento y el arrepentimiento.

A una leve llamada de Silas, reaccionó como si le hubieran sacado de la inquietud de un sueño.

Instintivamente se precipitó sobre nosotros, en un salto espectacular que los barrotes contuvieron, y bramó:

–¡No hay testigos!... ¡No hay testigos!... No fui yo quien atropelló a aquel infeliz, no obstante le odiase con razón... ¿Qué pretenden de mí? ¿Denunciarme? ¡Cobardes! ¿Me estaban espiando en la calle desierta?

No respondimos.

Silas, después de mirarle compasivamente, dijo:

–Dejémosle. Está completamente enredado en los recuerdos del crimen que cometió, creyendo continuar, después de la muerte, escarneciendo a la justicia.

Hilario, estupefacto, interfirió, diciendo:

–En aquel enfermo que vimos rodeado por las figuras de tres muchachos, y en este compañero que contempla una escena de muerte...

Nuestro amigo comprendió su pensamiento y completó su afirmación, diciendo:

–Vimos dos hermanos desgraciados, viviendo entre las imágenes mantenidas por ellos mismos a través de la fuerza mental con que se alimentan ellos mismos.

En ese instante, llegamos al tercer refugio, en el que un hombre herido expurgaba sus propias llagas utilizando sus uñas.

La atmósfera, francamente pestilente, exigía una enorme disciplina para poder dominar las náuseas.

Dándose cuenta de nuestra presencia, avanzó hacia nosotros clamando amargamente:

–¡Compadeceos de mí! ¿Sois médicos? ¡Atendedme, por amor de Dios! ¡Mirad los detritos en que me apoyo!...

Me volví de inmediato hacia el suelo, siguiendo sus gestos y, efectivamente, noté que el pobre miserable se movía en un montón de suciedad, cubierto por hilos de sangre podrida.

Solamente después de una más amplia observación, averigüé que el cuadro repugnante estaba constituido por las emanaciones mentales del desgraciado compañero que se hallaba bajo nuestras miradas.

–¡Doctores! –continuó, en tono de súplica– Hay quien dice que robé a los otros para satisfacer mis vicios en el burdel que frecuentaba... ¡Pero es mentira! ¡Es mentira!... Os juro que viví allí por sentimiento de caridad... Aquellas desgraciadas mujeres requerían defensa... Las ayudé cuanto pude... Aún así, adquirí, junto a ellas, la enfermedad que aniquiló mi cuerpo físico y que aún infecta mi respiración, convirtiéndose aquí en mi propio hálito..., ¡Socorredme, por lo que más queráis!...

Los repetidos ruegos, no obstante, eran hechos en tono imperativo, como si las palabras humildes de la petición, fueran un simple disfraz ocultando una orden tiránica.

El asistente nos invitó a retirarnos, explicando:

Es un antiguo e inveterado gozador que gastó en placeres inútiles grandes recursos de que disponía. Durante mucho tiempo, todavía, su mente oscilará entre la irritación y el desencanto, alimentando el ambiente horrible que le convirtió en un ente desequilibrado.

De regreso al refugio de Orzil, pregunté sin preámbulos:

–Por tanto, nuestros hermanos enfermos, ¿estarán separados así hasta que se renueven?

–Exactamente, –aclaró Silas bondadosamente.

–Y, ¿qué deben hacer para alcanzar la mejoría necesaria? –preguntó Hilario con indescifrable asombro.

Nuestro amigo sonrió y dijo:

–El problema es de naturaleza mental. Cuando modifiquen sus propias ideas, lograrán cambiar su situación.

Silas se entregó a una ligera pausa, mostró nuevo brillo en su mirada, y dijo con seguridad:

–Eso, no obstante, no es tan fácil. Actualmente, ustedes se consagran a estudios especiales de los principios de causa y efecto. Es necesario que sepan, pues, que nuestras creaciones mentales son preponderantes, fatalmente, en nuestra vida. Nos liberan cuando se enraízan en el bien que sintetiza las leyes divinas, y nos encarcelan cuando se afirman en el mal que expresa la delincuencia responsable, envolviéndonos por esa razón, en el lodo sutil de la culpa. Afirma un viejo aforismo popular en la Tierra, que “el criminal vuelve al lugar del crimen”. De lo que podemos afirmar que, aun ausentándose del ambiente del crimen, el pensamiento del criminal está prendido al ambiente y a la propia sustancia de la falta cometida.

Y reparando en nuestra perplejidad, añadió:

–Recordemos además, el pensamiento actúa en forma de onda, con una velocidad muy superior a la de la luz, y no olvidemos que toda mente es una dínamo generadora de fuerza creadora. Ahora, sabiendo que el bien es expansión de luz y que el mal es condensación de sombra, cuando somos crueles con los demás, nuestros pensamientos, por ser ondas de energía sutil, al pasar por los lugares y criaturas, por las situaciones y cosas que afectan nuestra memoria, actúan y reaccionan sobre sí mismos en circuito cerrado, y nos traen así, de vuelta, las sensaciones desagradables que emanan de nuestras obras infelices. Hemos visto tres tipos de almas que dejaron en sus últimas vidas, solamente cuadros tristes y lamentables, en los que no disponen de atenuantes que puedan disminuir sus indiscutibles faltas. Los hijos de nuestro amigo, que sufre la fijación de la usura, no recibieron de él recurso alguno de educación digna que les permitiese ayudarlo. Por tanto son alcanzados por las ondas del pensamiento paterno, éstas regresan al centro de origen cargadas por los principios mentales de odio y de egoísmo, de los jóvenes. Nuestro hermano, que sufre la fijación del remordimiento, no habiendo expiado en las cárceles de la justicia humana el crimen que perpetuó deliberadamente, recoge, de retorno, las ondas del pensamiento que emite, sin auxilio alguno que amenice su arrepentimiento doloroso; y el compañero que se detiene en el vicio, reabsorbe las ondas de su propio campo mental, acumuladas por factores deprimentes, que ellas mismas incorporan por los lugares por donde pasan, que vuelven a él mismo, multiplicadas de elementos de corrupción.

Ante nuestro espanto, el asistente preguntó: –¿comprendisteis?

Sí, habíamos comprendido... Bajo una fuerte emoción, Hilario consideró:

–Ahora percibo, con más claridad, el beneficio concreto de la oración y de la piedad, de la simpatía y del socorro que, en la Tierra, deberíamos otorgar, sinceramente, a los llamados muertos...

–Sí, sí... –respondió Silas– todos estamos ligados unos a los otros, en la carne y fuera de la carne y, por tanto, nos hallaremos libres o prisioneros, en el campo de la experiencia, de acuerdo con nuestras obras, a través de los vínculos de nuestra vida mental. El bien, es la luz que libera, mientras que el mal, es la sombra que aprisiona... Estudiando las leyes del destino, es necesario atender semejantes realidades indefectibles y eternas.

Nos callamos, preocupados y en meditación.

Por todo ello, nuestro regreso a la Mansión, después de un breve reposo en la cabaña de Orzil, lo dedicamos a la meditación y al silencio, en torno a las preciosas lecciones recibidas.

VI

EN EL CÍRCULO DE LA ORACIÓN

En la tercera noche de nuestra permanencia en la casa, el instructor Druso nos invitó para que asistiéramos a la oración.

Silas nos indicó que tendríamos oportunidad de realizar interesantes estudios.

El servicio de la oración en conjunto, dos veces por semana, era realizado en la Mansión, en un local apropiado y, en el curso de las actividades correspondientes se materializaban, habitualmente, uno y otro de los orientadores que, desde más altas esferas, supervisaban la Institución.

En esas ocasiones, Druso y los asesores más responsables, recibían órdenes e instrucciones, relacionadas con los numerosos procesos de servicio en curso. Se contestaban las preguntas y se indicaban órdenes de trabajo. E incluso nosotros, de paso en el establecimiento, podríamos presentar cualquier duda o hacer cualquier pregunta, en la seguridad de que seríamos atendidos.

Me alegré.

Hilario, algo preocupado, preguntó si debíamos actuar de alguna forma en especial, y el asistente nos dijo que era suficiente mantener el corazón y la mente libres de cualquier idea o sentimiento indignos de la reverencia y de la confianza que nos compete dedicar a la divina Providencia, debiendo ser, por el contrario, compatibles con la fraternidad que nos debemos sinceramente unos a otros.

Por algunos instantes, rogué la inspiración de Jesús para que mi presencia no fuese motivo de perturbación en aquel ambiente amigo que se proponía acogernos.

Luego, siguiendo al compañero, Hilario y yo tuvimos acceso a una sala sencilla, en la que Druso nos recibió sonriente y bondadoso.

Una amplia mesa, rodeada de modestos sillones en los que se acomodaban diez personas, siete mujeres y tres hombres, ponía de relieve el gran sillón en que se sentaría el director de la casa.

En otro lado, enfrente de nosotros, se hallaba una gran pantalla transparente, que medía aproximadamente seis metros cuadrados.

Fuera del círculo de personas que evidentemente prestarían cooperación más estrecha en la tarea en perspectiva, se hallaban tres asistentes, cinco enfermeros, dos señoras de aspecto humilde, Silas y nosotros.

Dispusimos de algún tiempo para entablar una conversación edificante y discreta.

Aproveché la oportunidad para preguntar al atento amigo, algo sobre las funciones de los diez compañeros que se hallaban alrededor del jefe de la casa, como si intentasen fortalecer su pensamiento.

Silas no se hizo de rogar y aclaró:

—Son amigos nuestros que poseen condiciones mediúmnicas favorables para la realización de los servicios que se van a realizar aquí. Colaboran con fluidos vitales y

elementos radiantes, altamente sublimados, de los que se sirven nuestros instructores para manifestarse con eficiencia.

Admirado, mi colega comentó:

–¿Podemos interpretarlo como si fueran santos en actividad en la Mansión?

–En modo alguno, –objetó Silas con buen humor. Son trabajadores excelentes. Lo mismo que nosotros, sufren todavía la presión de las reminiscencias perturbadoras del plano físico, llevando en sí mismos las raíces de las deudas que adquirieron en el pasado, y que deben rescatar en un porvenir tal vez próximo, por medio de la reencarnación. Pero, aun así, debido a la disciplina que observan en su devoción a los semejantes, conquistan simpatías providenciales que funcionan en ellos como valores expresos que habrán de atenuarles dificultades en las pruebas y luchas futuras.

–Esto quiere decir...

La palabra reticente de Hilario, quedó en el aire, ya que nuestro amigo, comprendiendo el alcance de su pregunta, afirmó con optimismo:

–Sí. Eso quiere decir que, en las zonas infernales, también disponemos de preciosas oportunidades de trabajo, no solamente venciendo las aflicciones purgatorias que establecemos en nosotros mismos, sino también preparando nuevos caminos que nos conduzcan al cielo interior que debemos edificar.

La enseñanza resumía un inmenso consuelo para nosotros.

En esos momentos, Hilario centró la atención en las dos damas presentes cuyo aspecto exterior mostraba una gran diferencia del ambiente, a causa de la extremada tristeza que expresaban sus rostros, y preguntó respetuosamente:

–Mi querido Silas, ¿quiénes son esas dos hermanas nuestras que, francamente, difieren del tono psíquico aquí reinante?

El interpelado sonrió y dijo:

–Son hermanas que, por méritos en el servicio, recibieron el derecho de participar en la reunión de hoy, para que puedan suplicar auxilio en la solución de problemas que afectan muy de cerca de sus almas. Las conozco personalmente. Son mujeres desencarnadas que se destacan por la abnegación actuando en socorro de espíritus familiares que sufren en estas regiones las duras consecuencias de los delitos a que se entregaron imprudentemente.

Después de mirarlas fraternalmente, añadió:

–Magdalena y Silvia se casaron en su última existencia con dos hermanos consanguíneos que se odiaron terriblemente desde su juventud hasta la muerte, y por esas desavenencias, cometieron errores deliberados y clamorosos en las áreas de la política regional que practicaban. Habían dado cabida a profundos sentimientos de egoísmo y de discordia, impidiendo el progreso de la colectividad a la que debían servir, alimentando la cizaña y la crueldad entre los conciudadanos que seguían sus respectivos puntos de vista. Fueron muchos los crímenes que se llevaron a cabo, instigados por ambos, que se complacían en sembrar la discordia incesante entre los miembros de sus partidos políticos, y, por esa razón, expían en los ambientes inferiores del sufrimiento, los delitos de lesa fraternidad que practicaron contra sí mismos.

Intenté saber en qué consistían los sufrimientos de aquellos hermanos infortunados, pero la palabra de Druso se hizo oír, invitándonos a la necesaria preparación.

Considerando las faltas involuntarias en que podríamos incurrir, pidió a todos los que íbamos a tomar parte en la oración por primera vez, que nos abstuviéramos plenamente de dar cabida a pensamientos poco dignos, desechando cualquier recuerdo desagradable, con el fin de no causar interferencias en la *cámara cristalina*, nombre con el cual designó la gran pantalla que se hallaba enfrente de nosotros, durante la manifestación del venerable mensajero cuya visita esperaba.

Explicó que las fuerzas asociadas de los médiums allí presentes, se caracterizarían por un gran poder plástico, y que cualquier idea nuestra incompatible con la dignidad del recinto, podría materializarse, creando imágenes impropias, aunque breves, en el aparato que se hallaba a nuestra vista.

El generoso Director nos pidió que expusiéramos cualquier duda o preocupación que viniese a nuestras mentes, y yo le dije si podríamos preguntar algo al emisario que estaba al llegar, a lo que él asintió plenamente, recomendándonos, no obstante, que conserváramos, en cualquier asunto, la nobleza espiritual de quienes se consagran al bien general sin detenerse en investigaciones ociosas, referentes a las estrechas inquietudes de la esfera particular.

Inmediatamente, nos dijo que, a través de dispositivos especiales, todos los recursos de los médiums presentes, serían concentrados en la pantalla que, a partir de ese momento, estaría sensibilizada para poder cumplir los objetivos requeridos en aquella hora.

Un dulce silencio nos envolvió a todos.

En actitud respetuosa y expectante, el Director de la institución se levantó y, conmovido, oró:

–Maestro divino, dignate bendecir la reunión que celebramos en esta casa de paz y de servicio.

Por Tu bondad, en nombre del infinito amor de nuestro Padre celestial, recibimos la sublime dádiva del trabajo regenerador.

Por tanto, en estas regiones atormentadas, somos grandes cantidades de espíritus extraviados en sufrimiento expiatorio, después de haber cometido los crímenes en que hundimos nuestras conciencias.

No obstante ser prisioneros encadenados a las penas que generamos para nosotros mismos, saludamos Tu gloria divina, sintiéndonos reconfortados.

Concédenos, Señor, la asistencia de Tus abnegados y sublimes embajadores, con el fin de que no desfallezcan nuestros buenos propósitos.

Sabemos que, sin el calor de Tus manos compasivas, muere nuestra esperanza, como muere la débil planta sin la bendición del sol...

Maestro: somos también Tus protegidos, aunque permanezcamos todavía en la cárcel de clamorosos defectos, soportando las lamentables consecuencias de nuestros crímenes.

De estos lugares tenebrosos, parten angustiosos gemidos, en busca de Tu piedad inconmensurable..., somos nosotros, los encadenados de la penitencia, que muchas

veces sollozamos, suspirando por el regreso a la paz... Somos nosotros, los homicidas, los traidores, los ingratos, los perversos tránsfugas de las leyes Divinas, que recurrimos a Tu intercesión, para que nuestras conciencias, en purga dolorosa, se depuren y reaccionen yendo a Tu encuentro.

Compadécete de nosotros, que merecemos los dolores que flagelan nuestros corazones. Ayúdanos para que la aflicción sea para nosotros un remedio saludable, y socorre a nuestros hermanos que, sumergidos en las tinieblas de estos sitios, se entregan a la irresponsabilidad y a la indisciplina, multiplicando, así, las lavas de desesperación que vierten, arrasando sus almas...

A esa altura de su oración, Druso hizo una larga pausa para enjugar las lágrimas que fluían de sus ojos.

La inflexión de sus palabras, repletas de dolor, como si él mismo fuese allí un espíritu recluso en sufrimientos amargos, me impresionaba vivamente. No conseguía desviar la atención de él. Una gran emoción me constreñía el pecho y el llanto brotó de mis ojos, incontenible.

—Nos confiaste, Señor, —prosiguió Druso, compungido— la tarea de examinar los problemas de los hermanos que llaman a nuestra puerta... Nos vemos, por tanto, obligados a sondear sus sufrimientos y sus infortunios, para, de algún modo, conducirles a su reajuste. ¡No permitas, oh eterno Bienhechor, que nuestro corazón se endurezca, ni aun ante la suprema perversidad!... Sabemos que las enfermedades del alma son más aflictivas y graves que las de la carne... ¡Llénanos, pues, de infatigable compasión, para que podamos ser fieles instrumentos de Tu amor!

Permite que Tus mensajeros nos amparen en las decisiones a que nos lleven los compromisos que asumamos.

No nos abandones a la debilidad que es peculiar en nosotros. ¡Danos, Cristo de Dios, Tu inspiración de amor y de luz!... En ese instante, aunque el tono de su voz no indicase el final de la oración, el generoso amigo no conseguía continuar, porque la emoción estrangulaba la plegaria en su garganta.

Todos llorábamos, contagiados por sus abundantes lágrimas...

¿Quién era Druso, después de todo, para entregarse de aquel modo a la oración, como si él mismo fuese, entre todos nosotros, el mayor de los torturados?

No tuve tiempo para ampliar este pensamiento, pues respondiendo a la llamada ardiente que acabamos de oír, una extensa masa de vaporosa neblina cubrió la pantalla. La miré, admirado, y me pareció contemplar una gran capa de blanca niebla primaveral que se iba extendiendo.

Extáticos y felices, vimos emerger de aquella nube lechosa, la figura respetable de un hombre aparentemente envejecido en la forma, pero revelando una intensa jovialidad en la mirada.

Una esplendorosa aureola azul, coronaba sus cabellos blancos, que nos infundían un gran respeto, derramándose en sublimes centellas por la sencilla y acogedora túnica que velaba su cuerpo delgado. En el semblante noble y sereno, vagaba una sonrisa que no llegaba a fijarse. Después de un minuto de silenciosa contemplación, levantó la diestra, que despidió un gran chorro de luz sobre nosotros y, saludándonos, exclamó:

–Que la paz del Señor sea con vosotros.

Había tanta dulzura y tanta energía, tanto cariño y tanta autoridad, en aquella voz, que procuré mantener el más amplio gobierno de mis emociones, para no caer de rodillas.

–Ministro Sanzio, –exclamó Druso, con reverencia– bendita sea su presencia entre nosotros.

La claridad que se irradiaba del venerable visitante y la dignidad con que se nos revelaba, nos imponía un fervoroso respeto; no obstante, como si deseara deshacer la impresión de nuestra inferioridad, el Ministro, sorprendentemente materializado, manteniendo el campo vibratorio en que nos encontrábamos, avanzó hacia nosotros, nos extendió las manos en un gesto paternal y nos pidió que nos sintiéramos cómodos.

–No quería ceremonias, –acentuó, entre afectuoso y convincente.

En seguida, demostrando el valor del tiempo, recomendó al director que hiciese la exposición de los procesos que debían estudiarse.

Admirado, vi a Druso exhibir los documentos solicitados: veintidós fichas de gran tamaño, en las que en cada cual, se hacía figurar, en síntesis, la información necesaria para el socorro de veintidós entidades recientemente internadas en la institución.

En aquel momento, no pude articular ninguna pregunta directa; pero, más tarde, Silas me aclaró que Sanzio, investido de las elevadas funciones de Ministro de la Regeneración, tenía grandes poderes sobre aquella casa de reajuste, con el derecho de apoyar o determinar cualquier medida referente a la obra de asistencia en beneficio de los que sufrían, pudiendo confirmar y ordenar procesos de segregación y de justicia, reencarnación y prohibición.

El emisario, examinó con atención todos los casos presentados en rápidas exposiciones, que constaban no sólo de informes escritos, sino también microfotografías y otros recursos de identificación, que recordaban los elementos dactiloscópicos de la Tierra, aceptando o no las sugerencias de Druso, después de ligeras consideraciones en torno de cada caso particular, poniendo en cada ficha el sello que indicaba la responsabilidad de las decisiones.

Nuevos en aquel ambiente, nos sentíamos extraños a todos los estudios y deliberaciones realizadas, menos, desde luego, al último proceso a considerar, que se trataba de Antonio Olimpio, el internado de la víspera, a cuyo despertar habíamos asistido.

La rapidez con que habían sido relacionados los datos referentes al ex hacendado, era para causar el mayor espanto.

Invitados por el instructor a compulsarlos, ya que él percibía la importancia que aquel asunto representaba para nosotros, Hilario y yo reconocimos la fidelidad y legitimidad de las declaraciones que había presentado bajo la influencia magnética a que fue sometido.

Interesados vivamente en la solución del problema, escuchamos la palabra del Ministro, que coincidía con el parecer de la casa, en cuanto a la conveniencia a suministrar ayuda inmediata al infeliz hermano y a propiciarle una pronta reencarnación en el círculo en que había delinquido, para que pudiese restituir a los hermanos despoja-

dos, los bienes que les había sustraído. Indicó además, que el criminal, de acuerdo con las alegaciones de él mismo, no disfrutaba de ningún atenuante sobre las culpas que le eran imputadas.

–Antonio Olimpio –dijo el director de la casa– vivía únicamente para sí mismo, entregado a una total egolatría. No había tenido en cuenta otra cosa que su propia conveniencia. En el mundo había conservado el dinero y el tiempo, sin beneficios para alguien que no fuera él mismo. Se aislaba en el disfrute de placeres perniciosos y, por ello, no había traído al campo espiritual la gratitud ajena que se pudiese manifestar en su favor, ya que, en materia de apoyo afectivo, solamente disponía de la simpatía que nacía en el pequeño reducto del mundo familiar. Se trataba, pues, de un compañero realmente complejo, con extremadas dificultades para que pudiera ser auxiliado en el retorno a la experiencia física.

El magnánimo mensajero, no obstante, estuvo de acuerdo en que la esposa y el hijo, le eran deudores de un insuperable cariño. Esos dos corazones, surgían allí, según la Ley, como valores benéficos para el delincuente, porque todo el bien realizado, con quienquiera que fuera y dondequiera que sea, constituye un recurso vivo que actúa en favor de quien lo practica.

Resumiendo las conclusiones, notificó a la pequeña asamblea, que solicitaría comparecer a la hermana Alzira, para que se manifestase en relación a las disposiciones, absteniéndose de cualquier apoyo inmediato al hermano Luis, el hijo favorecido por la fortuna mal habida, por el hecho de encontrarse todavía encarnado, apelación que solamente se justificaría en condiciones excepcionales.

El Ministro se confió a la oración silenciosa y, respondiendo a su petición, observamos que la tenue materia yuxtapuesta al espejo, se movía levemente, dando paso, ahora, a la figura de una linda mujer.

La hermana Alzira se hacía visible a nosotros.

Parecía estar al tanto de cuanto estaba aconteciendo, ya que no demostraba sorpresa alguna.

Nos saludó con graciosa gentileza y, a las primeras interpelaciones de Sanzio, respondió con humildad:

–Venerable bienhechor, comprendo la difícil posición en que se encuentra mi antiguo compañero, por los compromisos que asumió, y el esfuerzo de buena voluntad que desarrolla para ayudar a su servicio restaurador. Además, vengo suspirando por esa posibilidad, que significa para mí una valiosa bendición. Antonio Olimpio, habrá sido un verdugo para sus propios hermanos, aniquilando sus cuerpos para usurpar sus bienes, sin embargo, para mi hijo y para mí, fue siempre un amigo y protector, abnegado y queridísimo. Ayudarle a levantarse, no es para mi alma un deber, sino también una gran felicidad.

El Ministro la miró satisfecho, como si no hubiera esperado de ella otra respuesta, y comentó:

–Sabes, no obstante, que los hermanos asesinados perseveran en el odio y le están persiguiendo, hasta ahora, sin tregua...

–Sí, lo sé todo, –aclaró la simpática señora– conozco su poder vengativo...

Arrebataron a mi esposo de la quietud del sepulcro para saciar en él su odio terrible y nunca permitirán que yo me aproximé a él en el valle de las tinieblas en que se están demorando por tantos años... Además, resarciendo mis deudas del pasado, sucumbí a mi vez a sus manos, víctima de tremenda obsesión, en el mismo lugar en que habían perdido sus cuerpos físicos. Pero eso no es motivo para que yo retroceda. Estoy dispuesta a realizar los servicios por medio de los cuales pueda ser útil.

Sanzio meditó durante unos rápidos instantes, y dijo:

–La recuperación de Olimpio y su conducción a la reencarnación, exigirá tiempo. A pesar de eso, puedes, con el auxilio de este puesto socorrista, iniciar la obra de auxilio...

Y, frente a la actitud expectante de la abnegada esposa, continuó:

–Las víctimas de ayer, transformadas hoy en verdugos endurecidos, viven en la heredad que les fue arrebatada por el hermano fratricida, alimentando el odio contra sus descendientes y haciéndoles difícil la vida. Es necesario que vayas personalmente a suplicarles mejores disposiciones mentales, para que se pongan al amparo de nuestra organización, preparándose para su renacimiento físico en época oportuna... Conseguida esa fase inicial de asistencia, colaborarás en el regreso de Olimpio al hogar del propio hijo, y, a tu vez, regresarás a la carne más tarde, con el fin de que nuevamente te unas a él en matrimonio, en un bendito futuro, para que recibas en los brazos a Clarindo y a Leonel como hijos de tu corazón, a los cuales Olimpio, de ese modo, restituirá la existencia terrestre y los haberes que les corresponden...

Una sonrisa de ventura brilló en el semblante de aquella sublime mujer y, tal vez porque diera cabida a pensamientos de temor, Sanzio le ayudó exclamando:

–No desfallezcas. Serás sostenida por esta Mansión en todos tus contactos con nuestros amigos fijos en sus deseos de venganza, y atenderemos personalmente a todos los asuntos que se refieran a la transferencia de tus actividades en este sitio, ante las autoridades a que te subordinas. Nuestros infortunados hermanos, no serán insensibles a tus ruegos... Sufriste sus golpes sin piedad, en los últimos días de tu permanencia en el mundo, y la humildad de los que sufren, es factor esencial en la renovación de los que hacen sufrir...

La digna criatura, anegada en lágrimas de jubiloso reconocimiento, besó la mano de Sanzio y se fue.

Aquella escena sencilla pero intensa, nos emocionó profundamente.

Sentí el incommensurable amor de Dios cimentando los fundamentos de Su justicia indefectible y, en lo íntimo del alma, grité para mis propios oídos: –¡loado seas Tú, Padre de infinita bondad, que siembras la esperanza y la alegría hasta en los infiernos del crimen, del mismo modo que abres rosas de belleza y de perfume, en el seno de los zarzales!...

Autorizados por Druso, Magdalena y Silvia se aproximaron al Ministro, implorando su intercesión para que los esposos de ambas fuesen atendidos en aquel establecimiento de paz y de fraternidad, atendiendo así a la reconstrucción del destino en el porvenir. Sanzio acogió sus súplicas con benevolencia y cariño, determinando que los dos infelices fueran recogidos en el Instituto, y prometiendo facilitarles la reencarnación en breve.

Una ligera señal del Director, nos hizo comprender que el instante era ahora libre para las enseñanzas educativas, así que, impresionados con lo que habíamos visto y observado, Hilario y yo nos acercamos al venerable mensajero, con el propósito de escucharle y aprovechar aquella hora de conversación rara y bella.

VII

PRECIOSA CONVERSACIÓN

Con el fin de facilitar nuestra tarea, Druso nos presentó con más tranquilidad al Ministro Sanzio, informándole que estábamos estudiando, en algunos problemas de la Mansión, las leyes de la causalidad. Anhelando penetrar en más amplias esferas de conocimiento acerca del destino, investigábamos sobre el dolor...

El gran mensajero, abdicando por el momento de la elevada posición jerárquica que encuadraba su personalidad distinguida, tanto por la mirada como por la inflexión de la voz, nos parecía ahora más asociado a nosotros, mostrándose más accesible.

–El dolor, sí, el dolor... –murmuró, compadecido, como si escudriñara trascendentes cuestiones en lo recóndito de su propia alma.

Y mirándonos a Hilario y a mí con inesperada ternura, agregó con dulzura:

–Lo estudio igualmente, hijos míos. Soy un funcionario humilde de las zonas abismales. Traigo conmigo la penuria y la desolación de muchos. Conozco hermanos nuestros portadores de estigmas de padecimientos atroces, que se encuentran animalizados hace siglos en los despeñaderos infernales; pero, cruzando las densas tinieblas, aunque el enigma del dolor dilacere mi corazón, nunca encontré una sola criatura olvidada por la Divina bondad.

Registrando su palabra amorosa y sabia, un inexpresable sentimiento invadió toda mi alma.

Hasta entonces, aunque ligeramente, había convivido con numerosos instructores y había obtenido de muchos de ellos enseñanzas y observaciones magistrales, pero ninguno, hasta entonces, había traído a mi espíritu aquella mezcla de elevación y cariño, de admiración y respeto que ahora envolvía mi sentimiento.

Mientras Sanzio hablaba con generosidad, centellas rojo-plateadas adornaban su cabeza, pero no era su dignidad externa la que me fascinaba. Era el acariciador magnetismo que sabía exteriorizar. Tenía la impresión de hallarme delante de mis padres, ante los cuales debía arrodillarme.

Sin que me fuese posible contener la emoción, las lágrimas ardientes bañaban mi rostro.

No pude saber si Hilario se encontraba en el mismo estado de ánimo, porque, ante mí, solamente veía a Sanzio, dominado por su grandeza humilde.

¿De dónde venía, Señor, –me preguntaba sin palabras en lo más íntimo de mi corazón– aquel personaje ilustre pero a la vez, con un alma tan sencilla? ¿En dónde había conocido yo aquellos ojos bellos y límpidos? ¿En qué lugar había recibido, un día, el rocío de amor divino, como el gusano recibe en la caverna la bendición del calor del Sol?

El Ministro percibió mi emotividad, del mismo modo que el profesor percibe la perturbación del alumno y, como si quisiera llamarme la atención sobre la necesidad de aprovechar el tiempo, avanzó hacia mí y me dijo cariñosamente:

–Pregúnteme, hijo mío, sobre cuestiones que no sean personales, y le contestaré todo cuanto me sea posible.

Me percaté de su noble intención y traté de dominarme.

–Gran bienhechor, –exclamé conmovido, tratando de olvidar mis propios sentimientos– ¿podremos pedirle que nos explique algo acerca del “karma”?

–Sí, el “karma”, expresión vulgarizada entre los hindúes, que en sánscrito quiere decir “acción”, en rigor, significa “causa y efecto”, ya que toda acción o movimiento, procede de una causa o impulso anterior. Para nosotros, significa la cuenta de cada uno, englobando los créditos y los débitos que, en particular nos corresponden. Por tanto, hay cuentas de esa naturaleza, no solamente catalogando y definiendo individualidades, sino también pueblos y razas, estados e instituciones.

El Ministro hizo una pausa, como quien da a conocer que el asunto es complejo, y continuó:

–Para entender mejor el “karma” o “cuenta del destino creada por nosotros mismos”, conviene recordar qué el Gobierno de la Vida posee también su sistema de contabilidad, expresada en el mecanismo de la justicia ineludible. Si en el círculo de las actividades terrestres cualquier organización necesita establecer un régimen de cuentas para basar las tareas que le hablen de responsabilidad, la casa de Dios, que es todo el universo, no podría subsistir sin estar sometida al orden. La administración Divina, por eso mismo, dispone de sabios departamentos para relacionar, conservar, ordenar y engrandecer la vida cósmica, todo ello pautado bajo la magnanimidad del más amplio amor y justicia. En las sublimes regiones celestes de cada orbe entregado a la inteligencia y a la razón, al trabajo y al progreso de los hijos de Dios, brillan los genios angélicos encargados del rendimiento y de la belleza, del perfeccionamiento y de la ascensión de la Obra Excelsa, con procesos apropiados a la concesión de préstamos y moratorias, créditos especiales y recursos extraordinarios a todos los espíritus encarnados o desencarnados, que los merezcan en función de los servicios referentes al bien eterno, y, en las regiones atormentadas como ésta, arrasadas por ciclones de dolor regenerador, tenemos la autoridad competente para promover el cobro y la fiscalización, el reajuste y la recuperación de todos aquellos que se convierten en deudores complicados ante la justicia Divina. Esa autoridad tiene la función de purificar los caminos evolutivos y minimizar las manifestaciones del mal. Las religiones de la Tierra, por tal motivo, procedieron acertadamente a localizar el Cielo en las esferas superiores y el Infierno en las zonas inferiores, ya que en las primeras encontramos la creciente glorificación del Universo y, en las segundas, la purgación y la regeneración indispensables a la vida, para que la vida se acrisole y eleve hacia el brillo de las cimas.

Ante el intervalo espontáneo y observando que el Ministro se proponía mantener contacto con nosotros a través de la conversación, dije con interés:

–Conmueve saber que siendo la Divina providencia la magnanimidad perfecta, generando sin límite tesoros de amor para distribuirlos con abundancia en favor de todas las criaturas, es también la equidad vigilante, en la dirección y en la aplicación de los bienes universales.

–Efectivamente, no podría ser de otro modo, –añadió Sanzio con bondad. Con relación a la ley de causa y efecto, es imperioso recordar que todos los valores de la

vida, desde las más remotas constelaciones a la más mínima partícula subatómica, pertenecen a Dios, cuyos inabordables designios pueden alterar y renovar, anular o reconstruir, todo lo que está hecho. Por tanto, somos simples usufructuarios de la naturaleza que se identifica con los tesoros del Señor, con responsabilidad en todos nuestros actos desde el momento en que poseamos algún discernimiento. El espíritu, sea donde sea, encarnado o desencarnado, en la Tierra o en otros mundos, gasta, en verdad, lo que no le pertenece, recibiendo como préstamos del Padre eterno, los recursos de que se vale para efectuar la propia sublimación en el conocimiento y en la virtud. Los patrimonios materiales y la riqueza de la inteligencia, los procesos y los vehículos de la manifestación, el tiempo y la forma, los afectos y los rótulos honoríficos de cualquier procedencia, son de la propiedad del Todo misericordioso, que nos los concede a título temporal, para que los utilicemos en el perfeccionamiento de nosotros mismos, marchando a través de las grandes líneas de la experiencia, con el fin de que entremos en la posesión definitiva de los valores eternos, sintetizados en el amor y en la sabiduría con que, en un futuro remoto, podamos exteriorizar Su gloria soberana. Desde el electrón hasta los gigantes astronómicos del Cosmos, todo constituye reservas de las energías de Dios, que usamos en nuestro provecho, por Su permiso, de manera que promovamos con firmeza nuestra elevación a Su majestad sublime. De ese modo, es fácil percibir que, después que conquistemos la corona de la razón, se nos pedirá cuentas de todo en el momento oportuno, ya que no puede haber progreso sin justicia ni estimación de valores.

Recordé, instintivamente, nuestro equívoco concepto de la vida en la Tierra, cuando nos hallamos siempre dispuestos a apoderarnos indebidamente de los recursos de la estancia humana, tierras, casas, títulos y favores, prerrogativas y afectos, arrastrando por todas partes las cadenas del más irritante egoísmo...

Sanzio percibió mis pensamientos, porque, después de una ligera pausa, añadió:

—Realmente, en el mundo, el hombre inteligente debe estar harto de saber que todo concepto de propiedad exclusiva, no pasa de ser una simple suposición. Como préstamo, sí le son adjudicados por la Providencia divina, todos los valores de la existencia por un tiempo determinado, ya que la muerte funciona como un juez inexorable, transfiriendo los bienes de unas manos a otras, y marcando, con inequívoca exactitud el provecho que cada espíritu extrae de las ventajas y de las concesiones que le fueron entregadas por los Agentes de la Infinita Bondad. Ahí, vemos los principios de la ley de causa y efecto, en toda la fuerza de su manifestación, porque, en el uso o en el abuso de las reservas de la vida, que representan la eterna Propiedad de Dios, cada alma crea en la propia conciencia, los créditos y los débitos que le acarrearán, ineludiblemente, las alegrías y los dolores, las facilidades y los obstáculos del camino. Cuanta más amplitud tengamos en nuestros conocimientos, más responsabilidad tendremos en nuestras acciones. A través de nuestros pensamientos, palabras y actos, que fluyen invariablemente del corazón, gastamos y transformamos constantemente las energías del Señor, en nuestro viaje evolutivo, en los sectores de la experiencia y, del grado de perfección de nuestras intenciones y aplicaciones en los sentimientos y en las prácticas de la marcha, la vida organiza, en nosotros mismos, nuestra cuenta agradable o desagradable ante las leyes del destino.

Llegados a ese punto de la valiosa aclaración, Hilario preguntó con humildad:

–Amado instructor, en vista de la gravedad que la lección reviste para nosotros, ¿Qué debemos entender por “el bien” y “el mal”?

Sanzio hizo un gesto de tolerancia bondadosa, y replicó: –evitemos la inmersión en los laberintos de la filosofía, no obstante el respeto que la filosofía nos merece, ya que no nos hallamos en una reunión destinada a la esgrima de la palabra. Busquemos, ante todo, simplificar. Es fácil conocer el bien, cuando nuestro corazón se nutre de buena voluntad frente a la Ley. El bien, amigo mío, es el progreso y la felicidad, la seguridad y la justicia para todos nuestros semejantes y para todas las criaturas de nuestra ruta, a las que debemos las conveniencias de nuestro exclusivismo, sin limitación alguna por parte de ordenaciones puramente humanas que nos colocarían en falsa posición de servicio, por actuar de afuera hacia adentro, generando la indisciplina y la rebeldía muchas veces en nuestro cosmos interior, para perjuicio nuestro. El bien, será, por tanto, nuestra decidida cooperación con la Ley, a favor de todos, aunque ello nos cueste la renuncia más completa, ya que no ignoramos que, ayudando a la Ley del Señor y actuando de conformidad con ella, seremos por ella ayudados y sostenidos en el campo de los valores imperecederos. El mal, será siempre representado por aquella triste evocación del bien únicamente para nosotros mismos, expresándose a través del egoísmo y de la vanidad, en la insensatez y en el orgullo que señalan nuestra permanencia en las líneas inferiores del espíritu.

Después de una breve pausa, el Ministro agregó:

–En nuestro Señor Jesucristo, poseemos el paradigma del eterno bien sobre la Tierra. Habiéndolo dado todo de sí en beneficio de los otros, no dudó en aceptar el supremo sacrificio para ayudar a todos, para que el bien de todos prevaleciese, aunque para él, en particular, se reservase la incompreensión y el sufrimiento, la flagelación y la muerte.

En vista de la pausa espontánea que se hizo, hambriento de luz, dije:

–Generoso amigo, ¿podríamos preguntarle, de algún modo, sobre las señales kármicas que traemos en nosotros mismos?

Sanzio reflexionó por algunos momentos, y explicó:

–Es muy difícil penetrar el sentido de las leyes divinas, con los recursos limitados de la palabra humana. Aun así, lo intentaremos, de la forma más sencilla posible. A pesar de la inexactitud, compararemos el plano físico con el reino vegetal. Cada planta produce en su época propia, según la especie a que se ajusta, y cada alma establece para sí misma las circunstancias felices o infelices en que se encuentra, de acuerdo con las acciones que practica a través de sus sentimientos, de sus ideas y decisiones en la peregrinación evolutiva. La planta, en su comienzo, yace encerrada en el embrión, y el destino, al principio de cada nueva existencia, está guardado en la mente. Con el tiempo, la planta germina, se desarrolla, florece y fructifica, y, también con el tiempo, el alma se desarrolla al sol de la eternidad, Crece en conocimiento y fructifica en amor y sabiduría. La planta, por tanto, es una crisálida de conciencia, que duerme durante largos milenios, rígidamente prendida a los principios de la genética vulgar que le impone los caracteres de los antepasados, y el alma humana, es una conciencia formada, retratando en sí las leyes que gobiernan la vida y, por ello, dispone ya, hasta cierto punto, de facultades con las cuales influir en la genética, modificando su estruc-

tura, porque la conciencia responsable hereda siempre de sí misma, ajustada a las conciencias que le son afines. Nuestra mente guarda en sí misma, en germen, los acontecimientos agradables o desagradables que le sorprenderán en el porvenir, así como la semilla minúscula encierra, potencialmente, la planta productiva en que se transformará en el futuro.

A esa altura, Hilario, inquieto, preguntó:

–¿No tendremos, en ese postulado, la consagración del determinismo de orden absoluto? Si traemos hoy, en el campo mental, todo aquello que nos sucederá mañana...

Sanzio le interrumpió, para aclarar complaciente:

–Sí, en las esferas primarias de la evolución, el determinismo puede ser considerado irresistible. Es el mineral obedeciendo a las leyes invariables de cohesión, y el vegetal, respondiendo con fidelidad a los principios organogénicos ⁶; pero, en la conciencia humana, la razón y la voluntad, el conocimiento y el discernimiento, entran en función en las fuerzas del destino, confiriendo al espíritu las responsabilidades naturales que debe poseer sobre sí mismo. Por tanto, aunque nos reconozcamos subordinados a los efectos de nuestras propias acciones, no podemos ignorar que el comportamiento de cada uno de nosotros, dentro de ese determinismo relativo, resultante de nuestra propia conducta, puede significar liberación abreviada o cautiverio mayor, perjuicio o mejoría en nuestra condición de almas endeudadas ante la Ley.

–Pero, aun en las peores posiciones expiatorias, –pregunté– ¿disfruta la conciencia de los derechos inherentes al libre albedrío?

–¿Cómo no –dijo el Ministro, con generosidad– imaginemos un delincuente monstruoso, internado en la cárcel. Acusado de varios crímenes, permanece privado de toda libertad. Aún así, en la hipótesis de que aproveche el tiempo en la cárcel sirviendo espontáneamente el orden y el bienestar de las autoridades y de los compañeros, acatando con humildad y respeto las disposiciones de la ley que corrige, (actitud que resulta de su libre albedrío para ayudarse o perjudicarse a sí mismo), al poco tiempo, ese prisionero, comenzará por atraer la simpatía de los que le rodean, avanzando con seguridad en la recuperación de sí mismo.

El razonamiento era claro, pero, no deseando perder el hilo de la sencilla lección, dije:

–Venerable bienhechor, para nuestra superación, ¿Podría darnos más amplias indicaciones sobre la mejor manera de colaborar con la Ley Divina, en nuestro propio favor? ¿Disponemos de algún medio para eludir la justicia?

Sanzio sonrió, y observó:

–De la justicia, nadie podrá huir, porque nuestra conciencia, despertando en el camino de la santidad de la vida, aspira a rescatar dignamente todos los débitos contraídos ante la bondad de Dios, no obstante, el amor infinito del Padre celestial, brilla en todos los procesos de reajuste. Así es que, si claudicamos en esa o en aquella expe-

⁶ La organogénesis es el conjunto de cambios que permiten que las capas embrionarias, se transformen en los diferentes órganos que conforman un organismo (nota del traductor).

riencia indispensable para la conquista de la luz que el supremo Señor nos reserva, es necesario que nos adaptemos a la justa recapitulación de las experiencias frustradas, utilizando el patrimonio del tiempo. Figurémonos un hombre acobardado ante la lucha, cometiendo suicidio a los cuarenta años de edad en el cuerpo físico. Ese hombre penetra en el mundo espiritual sufriendo las consecuencias inmediatas de su gesto infeliz, sufriendo por tiempo más o menos largo, de acuerdo con los atenuantes o agravantes de su deserción, para recomponer las células de su periespíritu y, oportunamente, cuando regresa para merecer el premio de un nuevo cuerpo carnal en el plano físico, entre las pruebas que repetirá, se incluye, naturalmente, la de la extrema tentación de suicidio, en la edad precisa en que anteriormente cedió a él, porque las imágenes destructivas que archivó en su mente, se desarrollarán ante él, a través del fenómeno que podríamos llamar “circunstancias reflejas”, dando oportunidad a recónditos desequilibrios emocionales que le situarán, lógicamente, en contacto con las fuerzas desequilibradas que se ajustan a su temporal modo de ser. Si ese hombre no ha atesorado recursos educativos y renovadores en sí mismo, por la práctica de la fraternidad y del estudio, para poder superar la crisis inevitable, muy difícilmente escapará al suicidio nuevamente, porque las tentaciones, a pesar de estar reforzadas externamente a nosotros, comienzan en nosotros y se alimentan de nosotros mismos.

La aclaración era valiosa y, por esa razón, con la curiosidad respetuosa del alumno que se halla interesado en aprender, pregunté:

–¿Qué debe hacer la criatura, debidamente, para rescatar el precio de su liberación?

Sanzio no se dio por sorprendido, y replicó rápidamente: –como cualquier deudor que, de hecho, se empeñe en la solución de sus compromisos. El hombre sumamente endeudado, necesita aceptar las restricciones de su comodidad para pagar sus deudas a expensas de sus propios recursos. Por tanto, no puede vivir holgadamente, y sí con abstinencia y con sudor, con el fin de poder liberarse lo antes posible...

El gran orientador hizo una pausa momentánea como para reflexionar, y continuó:

–Volvamos al símbolo de la planta. Imaginemos que una semilla de naranja cae en terreno pobre y seco. Según las leyes que rigen las actividades agrícolas, germinará bajo muchos obstáculos, transformándose en un arbusto raquítico, con lamentable producción a su debido tiempo. Pero, si el labrador le cuida acudiendo a sus necesidades más exigentes desde el inicio de la lucha, ofreciéndole abono y defensa, así como ayudándola con la poda saludable en el momento oportuno, la planta de naranja atenderá brillantemente su propio destino... Semejantes cuidados, no obstante, deben ser puestos en acción en su justa hora, es decir, cuando en la Tierra se halla el alma y, tanto como sea posible, comenzar esa restauración en los mejores tiempos de la jornada física...

Hilario, que seguía aquella interesante exposición, fascinado como yo por la lógica de aquellas palabras sencillas pero sabias, preguntó:

–Y, ¿qué hacer cuando la criatura no puede contar, en la infancia o en la juventud, con preceptores dados al bien, capaces de actuar como labradores diligentes, al lado de aquellos que comienzan de nuevo la lucha humana?

–Sin duda –dijo el Ministro– la niñez y la juventud, son las épocas más adecuadas para la construcción de la fortaleza moral con que el alma encarnada debe tejer gra-

dualmente la corona de la victoria que le corresponde alcanzar. Pero es necesario comprender que, en el espíritu consciente, la voluntad simboliza el labrador a que nos hemos referido, y el abono, la irrigación y la poda, constituyen el servicio incesante a que debe consagrarse nuestra voluntad, en la reconstrucción de nuestros destinos. Por eso, todo minuto de la vida es importante para renovar y redimir, perfeccionar y purificar. Debemos comprender que la tempestad, como símbolo de crisis, surgirá para todos en determinado momento, pero el que tenga un refugio, superará los peligros con sorprendente valor.

La explicación alcanzaba nuestras mentes de igual modo que el rayo de sol penetra en un recinto oscuro.

Mi compañero volvió a considerar:

–Acción por acción, tenemos igualmente mucho trabajo después de la muerte del cuerpo carnal. Del mismo modo que cometemos faltas en la carne, para sufrir muchas veces sus consecuencias aquí, aún en la Tierra, ¿es natural que por nuestras acciones deplorables, cometidas aquí, tengamos que padecer en la carne?

–Perfectamente –confirmó Sanzio bondadosamente– Nuestras manifestaciones contrarias a la ley divina, que es, invariablemente, el bien de todos, son corregidas en cualquier parte. Por tanto, hay expiaciones en el Cielo y en la Tierra. Muchos desencarnados que se envuelven en desarreglos pasionales que rayan en el crimen, sobre todo en los procesos de obsesión, a pesar de ser advertidos por su propia conciencia y por los avisos respetables de instructores benévolos, crean para sí mismos pesadas y aflictivas cuentas con la vida, cuyo rescate más tarde les reclama lucha y sacrificio por largo tiempo.

Además, con relación al tema, es justo recordar que nuestro esfuerzo de autorreajuste en la vida espiritual antes de alcanzar la reencarnación, en la mayoría de las circunstancias nos ayuda mucho, garantizándonos una infancia y una juventud repletas de esperanza y de tranquilidad, así como en las recapitulaciones de la madurez, con excepción hecha, naturalmente, de los problemas de dura e inmediata expiación, en los que el alma es obligada a sufrir duros padecimientos (muchas veces desde el vientre materno), tales como los desengaños, achaques, humillaciones y dolores de la vejez o de larga enfermedad, antes de desencarnar. Esos dolores, angustias y sufrimientos diversos, suavizan nuestra condición de espíritus endeudados, permitiéndonos una bendita tregua en los primeros tiempos de la vida espiritual, después de la peregrinación llevada en el plano físico.

La mayoría de las personas encarnadas en el mundo, al alcanzar la vejez, generalmente dedican las últimas fases de la existencia, a la ponderación y a la meditación, a la serenidad y a la dulzura. Las mentes infantiles, incluso en la senectud de las fuerzas genuinamente materiales, continúan siendo livianas e irresponsables, pero los corazones maduros en el conocimiento, se valen, por intuición natural, de la vejez o del dolor, para razonar con más seguridad, ya sea consagrándose a la fe en los templos religiosos, con lo que se aseguran a sí mismos un más amplio equilibrio íntimo, o bien dedicándose a la caridad, con lo que borran de la memoria los recuerdos menos agradables y deseables, preparando así, con loable acierto y admirable sabiduría, el irrevocable paso a la vida mayor.

Deduje, por la mirada de Druso, que nuestra entrevista estaba próxima a terminar.

Hice todavía una pregunta más: –ministro amigo, sabiendo que hay vidas que por su naturaleza y extensión, exigen de nosotros varias existencias en la Tierra, para alcanzar el correspondiente rescate, ¿cómo apreciarlas desde el punto de vista de la memoria? Siento, por ejemplo, que tengo en la retaguardia inmensas deudas que pagar, de las cuales no me acuerdo ahora...

–Sí, sí... –explicó él– la cuestión es el tiempo. A medida que nos demoramos aquí en el periespíritu, en el fiel cumplimiento de nuestras obligaciones para con la Ley, más se nos dilata el poder mnemónico. Avanzando en lucidez, abarcamos más amplios dominios de la memoria. Así es que, después de largos años de servicio en las zonas espirituales de la Tierra, entramos espontáneamente en un sector de recuerdos poco felices, identificando nuevas extensiones de nuestro “karma” o de nuestra “cuenta” y, aunque debamos estar reconocidos a la benevolencia de instructores y amigos que perdonan nuestro pasado poco digno, jamás condescendemos con nuestras propias debilidades y, por eso, nos vemos impelidos a solicitar de las autoridades superiores, nuevas reencarnaciones difíciles y provechosas, que nos reeduquen o nos aproximen a la redención necesaria. ¿Comprendieron?

Sí. Habíamos comprendido.

Sanzio miró al Director de la casa, como diciéndole que el horario había llegado a su fin, y Druso recordó, con gentileza, que no debíamos retener al instructor atento y complaciente.

Agradecemos con humildad las lecciones recibidas, mientras el ministro regresaba a la cámara brillante, en la que la neblina se hizo más densa, diluyéndose aquella figura venerable, a nuestros ojos.

A los pocos minutos, el ambiente volvió a tomar sus características habituales, y la palabra conmovedora de Druso, en oración, cerró aquella inolvidable reunión.

VIII

PREPARATIVOS PARA EL REGRESO

El estudio, en la Mansión, era fascinante, pero reclamaba tiempo.

No obstante, la oportunidad que nos ofrecían era de las más valiosas.

Hilario y yo solicitamos el consentimiento de las autoridades pertinentes y efectuamos una provechosa acción de servicios, permaneciendo en el instituto por algunos meses, para recoger enseñanzas y fijar observaciones.

Nos dispusimos a participar con Silas en el proceso “Antonio Olimpio”, a cuya fase inicial habíamos asistido con fervoroso interés.

A los seis días de haber tenido la reunión en la que habíamos escuchado la palabra del ministro Sanzio, la hermana Alzira vino al establecimiento, de acuerdo al programa que Druso había trazado para las tareas correspondientes a aquel proceso.

En nombre del director de la casa, Silas la recibió en nuestra compañía, comentando que atenderíamos el problema juntos, actuando en cooperación.

La noble criatura, después de los saludos usuales, nos aclaró que, amparada por los amigos de una Colonia de socorro, hacía lo posible por ayudar al hijo que había dejado en la Tierra.

Alzira nos dijo que Luis, cuyo espíritu tenía afinidad con los antiguos sentimientos paternos, apegándose a las ganancias materiales exageradas sufría una tremenda obsesión en su propio hogar. Bajo pertinaz vigilancia de los tíos desencarnados, que favorecían sus sentimientos mezquinos, retenía una inmensa fortuna sin aplicarla en cosa alguna. Se había enamorado del oro con extrema voluptuosidad. Sometía a la esposa y a los hijos a las más duras necesidades, receloso de perder la herencia que se esforzaba en defender y multiplicar. Clarindo y Leonel, no satisfechos con maltratar su mente, llevaban a la hacienda usureros y tiranos rurales desencarnados, cuyos pensamientos todavía se envolvían en las ansias de riqueza terrestre, para que incrementasen su avaricia. De ese modo, Luis respiraba en un mundo de imágenes extrañas, en las que el dinero era el tema constante. Por eso, había perdido el contacto con la dignidad social. Se había convertido en enemigo de la educación y creía solamente en el poder del cofre lleno, para solucionar los problemas y las dificultades de la vida. Había adquirido el enfermizo temor a todas las situaciones en que pudiesen surgir gastos inesperados. Poseía grandes sumas en los bancos, que su propia compañera ignoraba, a la vez que mantenía en el hogar la custodia de enormes bienes. Huía deliberadamente a la convivencia afectiva, abandonaba su aspecto personal, y se encerraba en un deplorable aislamiento, obcecado por la pesadilla del oro, que consumía su existencia.

Asimismo, intentando orientar nuestras futuras actividades, nos participó que el ahogamiento de los cuñados había tenido lugar en sus tiempos de recién casada, cuando su hijito empezaba a dar sus primeros pasos y que, después de seis años de haber sucedido la dolorosa tragedia, ella misma había perecido en igual forma, en el terrible

lago. Antonio Olimpio le había sobrevivido quince años en la esfera carnal, y después, llevaba padeciendo veinte años en las zonas tenebrosas. Por tanto, su hijo Luis había cumplido ya los cuarenta años.

Silas preguntó sobre sus intentos de socorro al marido desencarnado y Alzira aclaró que eso le había sido realmente imposible, porque las víctimas se habían transformado en feroces carceleros del infeliz delincuente, y como hasta entonces no había conseguido ampararse en ningún equipo de labor asistencial, los verdugos no le habían permitido aproximación alguna. Aun así, en ocasiones fortuitas, podía prestar algún amparo al hijo, a la nuera y a los dos nietos, pero que se le hacía extremadamente difícil, ya que los obsesores velaban continuamente, contrarrestando sus buenas influencias.

En vista de la pausa espontánea que se hizo en nuestra conversación, en una prueba de conmovedora humildad, consultó a Silas si la Mansión podría facilitarle una visita al esposo, antes de realizar el viaje en busca del hijo, de acuerdo con las tareas programadas.

El asistente asintió con el mayor cariño, y la guiamos, nosotros tres, hasta el compartimiento en que Antonio Olimpo reposaba.

Acercándose al lecho, y al verle todavía postrado e inconsciente, noté que el semblante de la noble señora, acusaba una visible alteración. Las lágrimas brotaban, incontenibles, de sus ojos turbados por inmenso dolor. Le acarició la cabeza en la que sus rasgos, a mi ver, se reajustaban poco a poco, y le llamó varias veces por su nombre.

El enfermo abrió los ojos, mirándonos sin expresión alguna de lucidez y pronunciando monosílabos incoherentes.

Observando su ruina mental, Alzira pidió a Silas permiso para orar en nuestra compañía, a lo que el asistente asintió con mucho gusto.

Ante nuestra sorpresa, Alzira se arrodilló a la cabecera, apretó al enfermo contra su pecho, a la manera de una abnegada madre procurando conservar entre sus brazos al hijito enfermo y, levantando sus ojos cuajados de lágrimas hacia lo alto, clamó con humildad, de acuerdo con su fe:

—¡Madre santísima! Ángel tutelar de los náufragos de la Tierra, ¡compadécete de nosotros y extiéndenos tus manos dulces y puras!...

Reconozco, Señora, que nadie te dirige inútilmente la palabra de aflicción y de dolor...

Sabemos que tu corazón compasivo es luz para los que se pierden en las sombras del crimen, y amor para todos los que se sumergen en los abismos del odio...

Perdonaste a aquéllos que aniquilaron al Hijo divino en los tormentos de la cruz y, además de la paciencia con que soportaste los insultos, viniste todavía del cielo, ofreciéndoles tus brazos protectores.

Madre Bondadosa, tú que levantas a los caídos de tantas generaciones terrestres y sanas piadosamente las heridas de cuantos se petrificaron en la crueldad, lanza una cariñosa mirada sobre nosotros, sobre mi esposo y sobre mí, atados a las consecuencias del doble homicidio, que hacen sangrar nuestros corazones. Él y yo estamos envueltos en las redes de nuestro delito. Aunque yo no estaba en las fatídicas aguas,

mientras nuestros hermanos experimentaban la mortal asfixia, me considero partícipe de sus responsabilidades y me considero asociada al crimen...

Mi esposo, Madre del Cielo, seguramente tenía su corazón envuelto en una pesada nube, cuando se alucinó en el hecho que hirió nuestras conciencias...

Para los otros, podrá haber sido un impenitente que se apropió de los bienes ajenos, infligiendo la muerte a sus propios hermanos pero no para mí y para nuestro hijo, que recibimos de él los mayores testimonios de amor... Para los otros, será un reo, ante la ley. Pero, para nosotros, es el compañero y el amigo fiel... Para los otros parecerá un egoísta sin derecho a remisión alguna, pero, para nosotros, es el bienhechor que nos atendió en la Tierra, con inmensa ternura...

¿Cómo no ser egoísta y criminal, también yo, Madre querida si disfruté sus bienes y me alimenté del cariño de su corazón? ¿Cómo no ser igualmente responsable en la culpa, si toda su culpa se desprendía del propósito, aunque fuese una locura, de asegurar mi superioridad en mi doble condición de mujer y de madre?...

¡Sé la abogada de nuestra causa, Mediadora celeste!

¡Haz que regresemos juntos a la carne en que hemos delinquido, para que podamos expiar nuestros errores!...

¡Concédeme la gracia de seguirle, como una servidora contenta y agradecida, unida a quien debo tanta felicidad!...

Reúnenos nuevamente en el mundo, y auxiliáanos para que podamos devolver con lealtad y con valor aquello que hemos robado.

No permitas, Ángel divino, que deseemos soñar con el Cielo, sin antes rescatar nuestras cuentas en la Tierra, ¡ayúdanos para que aceptemos, dignamente, el dolor que reconstruye y salva!...

Madre, ¡no nos abandones!

Estrella de nuestras vidas, ¡arráncanos de la oscuridad del valle de la muerte!...

Delante de nosotros, lo inesperado nos impelía al éxtasis. Mientras hablaba, inundada de lágrimas, Alzira se había coronado de un esplendor azulado.

La dulce claridad que irradiaba de su corazón, inundaba todo el aposento y, cuando su voz enmudeció, embargada y anhelante, un excelso chorro de luz plateada descendió de lo alto, alcanzándonos a todos y en especial al enfermo, que, al ser alcanzado por ella, lanzó un largo gemido de dolor humano consciente.

La oración de Alzira lograba un éxito que las operaciones magnéticas de Druso no habían conseguido alcanzar.

Antonio Olimpio abrió desmesuradamente los párpados y mostró en la mirada la lucidez de los que despiertan de un largo y torturador sueño... Se agitó sintiendo en su rostro las lágrimas de la esposa que lo besaba enternecida, y gritó presa de salvaje alegría: –¡Alzira! ¡Alzira!...

Ella le acogió contra su pecho, con gran ternura, como si quisiera pacificar su espíritu atormentado, pero, a una señal de Silas, dos enfermeros se aproximaron restituyéndole al sueño.

Intenté decir algo a aquella sublime mujer, cuya oración nos había elevado a tan culminante emotividad, pero no lo conseguí.

Solamente aquellos que han viajado por muchos años bajo la niebla de la nostalgia y de la angustia, podrán comprender la emoción que en aquella hora nos dominó irresistiblemente. Procuré observar el semblante de Hilario, pero mi compañero sumergía su cabeza en las manos y, mirando al valeroso asistente, noté que Silas trataba de enjugar sus lágrimas...

Me consolé.

Los grandes corazones de aquella casa de amor, lloraban igualmente como el mío, mísero pecador, en lucha para curar mis defectos y, contemplando a Alzira, que se hallaba ahora de pie, acariciando los cabellos del infeliz, tuve la idea de que un ángel del cielo visitaba a un penitente del infierno.

Fue Silas quien nos arrancó del silencio, ofreciendo el brazo a la abnegada hermana, conduciéndole a la salida y explicando servicial:

–La oración le proporcionó un inmenso bien, pero no le conviene despertar sino gradualmente. Todavía necesita el sueño natural y reparador para su recuperación.

Alzira se apartó aparentemente más tranquila, no obstante el golpe moral que le había causado el reencuentro.

Disfrutamos de algunos minutos de valiosa conversación en los diversos sectores de trabajo de aquel gran Instituto, hasta que, llegado el momento, nos ausentamos los cuatro, en camino hacia el antiguo hogar de nuestra hermana.

El paisaje terrestre se presentaba, en la madrugada, lleno de niebla espesa y fría.

De vuelta a los viejos lugares en que había sufrido sus dolorosas experiencias, Alzira no podía disfrazar la emoción que sentía.

Ligeramente amparada por el brazo de Silas, señalaba, aquí y allá, ese o aquél trecho de los caminos y de los terrenos de pastoreo, que evocaban en ella expresivos recuerdos...

De repente, se presentó a nuestra vista, en una estrecha planicie, el caserío en que se había desarrollado aquel funesto drama.

El lugar era una sólida construcción en franca decadencia. Sus extensos patios laterales, mostraban grandes jardines arruinados por las pisadas constantes de los bovinos de gran tamaño. Puertas destruidas, cercas derruidas y barandas inmundas, hablaban, sin palabras, de la desidia de sus moradores.

Algunas entidades espirituales extrañas, envueltas en largos velos de sombra, transitaban, absortas, por aquellos amplios lugares, como si ignorasen la presencia unas de otras.

Con visible recelo de poder ser oída, la esposa de Olimpio nos dijo en voz baja:

–Son usureros desencarnados, traídos subrepticamente hasta aquí por Leonel y Clarindo, para que aumenten el sentido de la usura en el espíritu de mi hijo.

–¿No nos pueden ver? –preguntó Hilario comprensiblemente intrigado.

–No –confirmó Silas– podrían identificar nuestra llegada, pero, por lo que deduzco, se encuentran demasiado absortos en las ideas que les unen. No se preocupan con nuestra presencia, ya que no penetramos en su esfera mental, comulgando con sus intereses.

–Eso quiere decir –comenté– que si les hablásemos algo con referencia a la fortuna terrena, excitando su gusto de posesión humana, indiscutiblemente nos prestarían la mayor atención...

–Exactamente.

–Y, ¿por qué no hacerlo? –inquirió mi compañero con curiosidad.

–No sería lícito que desperdiciáramos nuestro tiempo –contestó nuestro amigo– máxime porque tenemos a la vista el trabajo que debemos realizar, e ignoramos, hasta ahora, cómo se desarrollarán nuestras tareas.

En efecto, entramos, y el movimiento en el interior de la casa, era para pasmar a cualquiera. Desencarnados de horrible aspecto iban y venían a través de los extensos pasillos conversando, alocados, como si estuviesen hablando consigo mismos.

Intenté comprender algo de lo que me era posible oír, y observé que el oro constituía el asunto principal de todos los pensamientos sostenidos sin nexo alguno.

Como si le fuera posible percibir con más profunda exactitud las tramas del ambiente, Silas se paró súbitamente y, dejándonos a los tres en una esquina apartada de la vieja sala, nos recomendó que esperásemos su retorno, con cautela.

Pretendía estudiar, anticipadamente, nuestro ambiente de servicio. Transcurridos algunos minutos, volvió a buscarnos.

Condujo a la hermana Alzira al aposento en que Adelia, la dueña de la casa, reposaba junto a sus hijitos, explicándonos que no era conveniente que Alzira se encontrara inmediatamente con los hermanos transformados en verdugos, y la dejamos allí bajo la custodia de Hilario que, evidentemente disgustado, aceptó no seguir con nosotros, por tener que atender a los imperativos de la vigilancia.

Una vez a solas conmigo, el Asistente aclaró que, para prestar provechosamente la ayuda, necesitaríamos, ante todo, saber oír, y que, por tanto, procurase por mi parte, no estorbar sus actividades en el caso de que me sintiera asaltado por cualquier cosa extraña, ante las actitudes que él se viera obligado a asumir.

Comprendí lo que quería decir Silas, y me dispuse a observar, aprender y contribuir.

Penetramos en una estrecha habitación, en el que alguien contemplaba grandes sumas de billetes, acariciándoles con maliciosa sonrisa.

En su propósito de tenerme bien informado, el asistente me susurró al oído:

–Este es Luis, que desligado del cuerpo por, la influencia del sueño, viene a acariciar el dinero que sustenta sus pasiones.

Enfrente de nosotros se hallaba un hombre maduro pero de aspecto todavía joven, cuyos ojos, fijos sobre aquellos fajos de billetes, expresaban su codicia victoriosa.

Dirigió apresuradamente la vista en su derredor, con la indiferencia de quien no consigue vernos, y, después de un minuto de observación, como si estuviera vigilado

por cerebros invisibles, penetraron en el pequeño recinto dos desencarnados que, se dirigieron con malos modos a nosotros. Uno de ellos preguntó:

–¿Quiénes son? ¿Quiénes son ustedes?

–Somos amigos –replicó Silas, maquinalmente.

–Bien –manifestó el otro– en esta casa solamente ingresan aquéllos que sepan valorar el dinero...

Y señalando a Luis, añadió:

–Para que él no se olvide de preservar la fortuna de nuestra casa.

Intuitivamente, consideré que nos encarábamos a Leonel y Clarindo, los hermanos expoliados en otro tiempo.

Como si les debiésemos alguna aclaración, ante la expectativa feroz con que seguían nuestros más mínimos movimientos, Silas dijo:

–Sí, sí... ¿quién no valorará la fortuna que les pertenece?

–¡Muy bien! ¡Muy bien!... –respondieron satisfechos ambos perseguidores, restregándose las manos, con la alegría de quien, supuestamente, encontraba más combustible para la hoguera de la venganza a la que se entregaban con desvarío espantoso. Y, confiando en nosotros, ante las palabras con que el asistente había sosegado su inquietud, Clarindo, el más animalizado de los dos, dijo:

–Fuimos víctimas de una terrible traición y perdimos nuestros cuerpos bajo la acción de un infeliz hermano que nos robó nuestros bienes, y estamos aquí para el justo desquite.

Rió a carcajadas de una extraña manera, y continuó:

–El maldito creyó que la muerte apagaría su crimen, y que nosotros, los desventurados que sucumbimos a sus manos, estaríamos reducidos a polvo y cenizas. Se apoderó de nuestros bienes después de provocar un accidente espectacular en el que fuimos asesinados por él sin compasión. ¿De qué le valió, no obstante, gozar a nuestra cuenta si la muerte no existe y los delincuentes, en el cuerpo o fuera de él, están encadenados a las consecuencias de sus acciones? El bandido sufrirá los resultados de la infamia que cometió contra nosotros. Aquí está su hijo, del que controlaremos sus menores movimientos, hasta que nos devuelva la fortuna de la que somos legítimos dueños...

Por algún tiempo, ambos utilizaron un gran repertorio de lamentos, haciendo resaltar los colores del siniestro panel mental en que se ensimismaban. Y, tal vez cansados de redundar en la misma idea sin respuesta alguna por nuestra parte, hicieron una demorada pausa, que Clarindo rompió dirigiéndose al asistente en tono amargo:

–¿No creen ustedes que tenemos razón?

–Sí –aprobó Silas enigmático– pero todos tenemos razón, no obstante.

–¿No obstante? –atajó Leonel con cinismo– Quizás ¿quiere interferir en nuestros propósitos?

–Nada de eso –contestó mi amigo con expresión jovial– simplemente deseo recordar que tuve que luchar excesivamente por el dinero, creyendo que tenía toda la razón...

Seguro de que su observación interesaba a los interlocutores, el jefe de nuestra expedición se valió de la natural expectativa y preguntó:

–Amigos, vemos que esta casa permanece poblada de hermanos nuestros enloquecidos... ¿Todos ellos son acreedores de esta infortunada familia?

La mirada inteligente que el compañero me dirigió, me hizo percibir que la pregunta afectuosa tenía por objeto despertar la confianza de los dos vengadores.

Leonel, que me parecía el cerebro de la delictiva empresa, respondió con rapidez:

–Es que, hasta ahora –dijo impasible– necesitábamos dividir el tiempo entre el padre y el hijo, y, por tanto, localizamos aquí, temporalmente, los usureros enloquecidos que, fuera del cuerpo físico, siguen manteniendo, sus mentes en el oro y los bienes a los que se aficionaron en el mundo, para que nos favorezcan en nuestras tareas. La avaricia que responde a nuestro propósito, les obliga a vivir en lo posible, con la imaginación aferrada al dinero que ellos aman con alocada pasión.

–No obstante, actualmente –informó Clarindo con tristeza– el criminal que sitiábamos en las tinieblas, fue arrebatado a nuestra vigilancia. Por tanto, dispondremos de más tiempo para acelerar nuestra venganza. El hijo pagará doble precio, ya que el asesino fue ocultado a nuestros ojos...

Lejos de precipitarse en la defensa de la verdad y del bien, el Asistente dijo con calma:

–La aclaración nos hace creer que este hombre –y designó a Luis, que proseguía fascinado por los paquetes de dinero que abarrotaban el armario– además de su apego enfermizo a la riqueza humana, sufre la presión de otras mentes, alucinadas como él, por los engaños de la posesión material. Por eso, su deseo enfermizo, se eleva a niveles máximos...

Leonel, percibiendo que Silas penetraba en lo íntimo del problema con sorprendente facilidad, explicó entusiasmado:

–Sí. Hemos aprendido en las escuelas vengadoras ⁷, que todos poseemos, además de los deseos inmediatos comunes, en cualquier fase de la vida, un “deseo central”, o “tema básico” de los intereses más íntimos. Por tanto, además de los pensamientos vulgares que aprisionan nuestra experiencia rutinaria, emitimos con más frecuencia los pensamientos que nacen del “deseo central” que nos caracteriza, pensamientos esos que pasan a constituir el reflejo dominante de nuestra personalidad. De ese modo, es fácil conocer la naturaleza de cualquier persona, en cualquier plano, a través de las ocupaciones y posiciones en que prefiera vivir. La crueldad es el reflejo del criminal, la avaricia es el reflejo del usurero, la maledicencia es el reflejo de la calumnia, el escarnio es el reflejo del irónico y la irritación es el reflejo del desequilibrado, siendo del mismo modo que la moral es el reflejo del santo... Una vez conocido el reflejo de la criatura que deseamos cambiar o castigar, es muy fácil sobrealimentarle con excitaciones constantes, robusteciendo sus impulsos y las escenas ya existentes en su imaginación, y creando otros que se les superponen, alimentando, de esa forma, su fijación mental. Con ese objetivo, basta con poco esfuerzo para situar, en la convivencia de la

⁷ La entidad se refiere a organizaciones mantenidas por inteligencias criminales, temporalmente situadas en los planos inferiores (nota del autor espiritual).

criatura que queremos asediar, otras entidades que se adapten a su modo de sentir y de ser, siempre cuando no podamos, por nosotros mismos, por falta de tiempo, crear las imágenes que deseamos para los fines perseguidos, por intermedio de la hipnosis. A través de esos procesos, creamos y mantenemos fácilmente el “delirio psíquico” o “la obsesión”, que no pasan de ser un estado anormal de la mente, subyugada por el exceso de sus propias creaciones, presionando el campo sensorial, infinitamente aumentadas por la influencia directa o indirecta de otras mentes, desencarnadas o no, atraídas por su propio reflejo.

Y, sonriendo, el inteligente perseguidor, dijo con el mayor sarcasmo:

–Cada uno es tentado exteriormente, por la tentación que alimenta dentro de sí mismo.

Yo me hallaba perplejo. Nunca había escuchado un verdugo, aparentemente vulgar, con tanto conocimiento y conciencia de su papel.

Creía estar asistiendo a un curso rápido de sadismo mental, extravagante y frío.

Silas, más entrenado que yo en el trato con entidades de esa condición, no reveló sentimiento alguno de pesar o de asombro, en su rostro.

Sin embargo, mostrando gran interés por aquella exposición, comentó:

–Indiscutiblemente, lo expuesto es perfecto. Cada uno de nosotros vive y respira en los reflejos mentales de sí mismo, atrayendo las influencias felices o desgraciadas que nos mantienen en la situación que buscamos... El cielo o los planos superiores, están constituidos por los reflejos de los espíritus santificados, mientras que el infierno...

–Es el reflejo de nosotros mismos –completó Leonel con una carcajada.

Creo que, observando mi gran interés en todo lo que pudiese constituir una enseñanza para mí, el asistente pidió al hermano de Clarindo, que nos expusiera alguna demostración práctica de lo que afirmaba teóricamente, para nuestro estudio, a lo que él asintió con placer, informándonos:

–El avaro que tenemos delante, tiene el propósito de comprar o usurpar una finca vecina, a cualquier precio, aun llegando a cualquier transacción criminal, con el fin de revalorizar el suministro de agua de la propiedad que nos pertenece. Tratándose de un asunto que es tema principal en su existencia, es decir, la avaricia, fácilmente recogerá las imágenes que yo desee transmitirle utilizando su propia onda mental, en la que sus propias ideas se expresan habitualmente...

Y pasando de las palabras a la acción, colocó su diestra sobre la frente de Luis, manteniéndose en profunda atención, como el hipnotizador que quiere gobernar a su presa.

Vimos al pobre amigo, desligado del cuerpo físico, abrir sus ojos con el ansia de aquél que contempla un plato sabroso a distancia, y con cara de maldad satisfecha, hablar para consigo mismo:

–¡Ahora! ¡Ahora! ¡Las tierras serán mías! ¡Nadie competirá con mis precios! ¡Nadie!...

Después, se apartó rápidamente, con una expresión indefinible de locura.

Le acompañamos hasta la salida y, desde el balcón, pudimos verle avanzando deprisa, desapareciendo entre la gran arboleda próxima, en dirección a la hacienda vecina.

—¿Vieron? —exclamó Leonel, contento—. Transmití a su cuadro mental una escena fantástica, donde las tierras del vecino estarían en subasta, yendo a parar a sus manos. Bastó con que yo mentalizase una figura en ese sentido, idealizando el sitio a poner en venta, para que él lo tomase por una realidad indiscutible, ya que, tratándose de nuestro reflejo fundamental, nos vemos inducidos a creer en aquello que deseamos que suceda... tan pronto como termine el flujo controlado de mi influencia hipnótica, regresará a su cuerpo carnal, relamiéndose, en la seguridad de haber soñado con la adquisición de la granja que pretende poseer.

Silas, intencionadamente, dijo:

—¡Ah! ¡Sí!... Nos hallamos ante un proceso de transmisión de imágenes, hasta cierto punto análogas a los principios dominantes en la televisión, en el reino de la electrónica en el plano terrestre. Sabemos que cada uno de nosotros es un generador de vida, con cualidades específicas de emisor y de receptor. El campo mental del hipnotizador, que crea en el mundo de su propia imaginación las formas-pensamiento que desea exteriorizar, es algo semejante a la cámara de imagen del transmisor común, del mismo modo que ese dispositivo es idéntico, en sus valores, a la cámara oscura de la máquina fotográfica. Plasmando la imagen de la que se propone extraer el mejor efecto, la arroja sobre el campo mental del hipnotizado que, entonces, se comporta como un mosaico en televisión⁸, o en forma de película sensible en la fotografía. No imaginamos que en la transmisión de imágenes a distancia, el mosaico, recibiendo las escenas que la cámara está explorando, actúa como un espejo sensibilizado, convirtiendo los trazos luminosos en impulsos eléctricos, y enviándoles sobre el aparato de recepción que los recibe, a través de antenas especiales, reconstituyendo con ellos las imágenes por llamadas señales de video, y recomponiendo, de esa forma; las escenas televisadas en la pantalla del receptor común. En este caso, usted, Leonel, creó los cuadros que se propuso transmitir al pensamiento de Luis y, usando las fuerzas positivas de la voluntad, les dio colorido con los recursos de su concentración mental, que funcionó como una cámara de imagen. Aprovechando la energía mental, mucho más

⁸ En 1931 Vladimir Kosma Zworykin desarrolló el captador electrónico que tanto se esperaba, el iconoscopio, que perduró hasta finales el siglo XX. El iconoscopio está basado en un *mosaico electrónico* compuesto por miles de pequeñas células fotoeléctricas independientes que se creaban mediante la construcción de un sandwich de tres capas. Este mosaico, que era también conocido con el nombre de *mosaico electrónico de Zworykin* se colocaba dentro de un tubo de vacío sobre el que se proyectaba, mediante un sistema de lentes, la imagen a captar. La lectura de la "imagen electrónica" generada en el mosaico se realizaba con un haz electrónico que proporcionaba a los pequeños condensadores fotoeléctricos los electrones necesarios para su neutralización. Para ello se proyecta un haz de electrones sobre el mosaico, las intensidades generadas en cada descarga, proporcionales a la carga de cada célula y ésta a la intensidad de luz de ese punto de la imagen pasan a los circuitos amplificadores y de allí a la cadena de transmisión, después de los diferentes procesamientos precisos para el óptimo rendimiento del sistema de TV (nota del traductor).

poderosa que la fuerza electrónica, los proyectó, como legítimo hipnotizador, sobre el campo mental de Luis, que funcionó como mosaico, transformando las impresiones recibidas, en impulsos magnéticos, reconstruyendo las formas-pensamiento plasmadas por usted en los centros cerebrales, a través de los nervios que desempeñan el papel de antenas específicas, fijando así las particularidades en la esfera de los sentidos, en un perfecto juego alucinatorio, en el que el sonido y la imagen se entrelazan armoniosamente, como sucede en la televisión, donde la imagen y el sonido se asocian con el apoyo eficiente de aparatos conjugados, presentando en el receptor una secuencia de escenas que podríamos considerar como “imágenes técnicas”.

Los vengadores, al igual que yo, escuchaban la aclaración sumamente sorprendidos.

El asistente, como buen psicólogo, se valió de un argumento a la altura del expresado por Leonel, para demostrarle que también él, Silas, conocía el proceso de la obsesión en todos sus detalles.

Leonel, admirado, le abrazó y exclamó:

–Compañero, compañero, ¿de qué escuela procede usted? Su inteligencia nos interesa.

El jefe de nuestra expedición pronunció algunos monosílabos, y me invitó a que nos retiráramos, pretextando que tenía algo que hacer.

Los hermanos, expertos en la rebeldía, intercambiaron una extraña mirada, como para decirse que nosotros pertenecíamos a algún núcleo infernal distante y que no les convenía molestarnos.

Insistieron en que volviésemos al día siguiente para seguir hablando, a lo que Silas asintió con evidente satisfacción.

Pasados algunos minutos, el asistente, acompañado por mí, sacó a Alzira y a Hilarrio al exterior, encaminándonos de regreso a la Mansión.

El activo servidor del bien, en el viaje de regreso, se mantenía silencioso, pensando, pensando...

No obstante, ante mi perplejidad, aclaró fraternalmente:

–No, André, todavía es muy pronto para presentar a Alzira a los infortunados verdugos. Por la conversación de Leonel, percibí que tenemos enfrente a dos vigorosas inteligencias, cuyo cambio inicial ha de ser realizado con amor, para mayor seguridad. Volveremos mañana sin la presencia de nuestra amiga, para tener una conversación más estable y, por tanto, más valiosa.

Me dispuse a esperar, ansiosamente, el día siguiente.

IX

LA HISTORIA DE SILAS

La noche siguiente, acompañando al asistente, Hilario y yo nos hallábamos de nuevo en la residencia de Luis.

Los hermanos de Antonio Olimpio, nos recibieron con agrado. En el comedor de la hacienda, se reunía la familia, con dos amigos, para disfrutar de un ligero refrigerio.

El reloj marcaba las veintiuna horas.

El aspecto del dueño de la casa, era casi el mismo de la víspera, a pesar de la diferencia que la máscara física imponía.

Mientras Adelia acariciaba a las criaturas, todavía amodorradas por el sueño, el marido comentaba el noticiario radiofónico, destacando tópicos alarmantes sobre los sectores económicos. Y hablando a sus amigos, asombrados por las noticias, destacó las dificultades públicas, relató miserias imaginarias, criticó a los políticos y administradores, y se refirió a las plagas que afligían el café y la mandioca, deteniéndose, particularmente, sobre las epizootias⁹.

Por fin, no satisfecho enunciando las calamidades de la Tierra, habló, inconsecuentemente, sobre la supuesta ira del cielo, afirmando creer que el fin del mundo estaba próximo y clamando contra el egoísmo de los ricos, que agravaba el infortunio de los pobres.

Le oímos todos en silencio, cuando Leonel, más confiado, se dirigió al asistente, observando:

–¿Está viendo? Este hombre –y apuntó a Luis, cuya palabra dominaba la pequeña asamblea familiar– es el derrotismo en persona. Lo envuelve todo en términos de ceniza y de lodo, enjuicia con firmeza los desastres sociales, y conoce las zonas más tristes de la indigencia colectiva, pero no se deshace de un sólo centavo de los dos millones que posee, a favor de los que sufren desnudez y hambre...

Y después de una sonrisa irónica, agregó:

–¿Creen, acaso, que puede merecer la felicidad de seguir en un cuerpo carnal?

Silas contempló los personajes de la escena doméstica, demostrando una inmensa piedad en su semblante, y comentó:

–Leonel, todas sus observaciones son lógicas y ciertas, a primera vista. Aparentemente, Luis es un ejemplar consumado de pesimista y de usura. Pero, en el fondo, es un enfermo necesitado de compasión. Hay enfermedades del alma, que arruinan la mente por tiempo indeterminado. ¿Quién podría ser si estuviese amparado por otras

⁹ Epizootia (del griego “epi”, por sobre, y “zoo”, animal) es una enfermedad contagiosa que ataca a un número inusual de animales al mismo tiempo y lugar y se propaga con rapidez. Su término equivalente en medicina es epidemia (nota del traductor).

influencias? Ahogado espiritualmente entre las visiones de la fortuna terrestre con que asediamos sus pensamientos, el infeliz perdió el contacto con los libros edificantes y las nobles compañías. En su ayuda, sólo cuenta con la religión dominguera de los creyentes que creen estar libres de cualquier obligación para con la fe, con tal de participar en el oficio de la adoración a Dios cada fin de semana. ¿Quién podría prever los cambios bienhechores, si pudiese recibir otro tipo de asistencia?

Clarindo y Leonel, escuchaban estas explicaciones, como si estuviesen siendo apuñalados en lo íntimo. Tal era la expresión de rebeldía que se exteriorizó en su mirada.

–Pero, él y el padre son nuestros deudores... Nos robaron y nos asesinaron... –exclamó Leonel con la inflexión de la persona voluntariosa e inteligente que se ve contrariada en sus caprichos.

–Y, ¿qué desean ustedes que hagan ellos? –añadió el asistente sin inmutarse.

–¡Nos lo tienen que pagar!... ¡Pagar! ... –bramó Clarindo cerrando sus puños.

Silas sonrió y dijo:

–Sí, pagar es la palabra más adecuada... Pero, ¿cómo puede el deudor rescatar su deuda cuando el acreedor le arrebatara todas las posibilidades para realizarlo? No cabe la menor duda que somos nosotros mismos quienes debemos curar los males de los que somos autores... Pero, si nos compete rectificar hoy un camino que ayer desorganizamos, ¿cómo proceder si ahora se nos cortan las manos? El propio Cristo aconsejó:

“Ayudad a vuestros enemigos”.¹⁰ Muchas veces, pienso que tal afirmación, correctamente interpretada, quiere decir: “Ayudad a vuestros enemigos para que ellos puedan pagar las deudas en que se enredaron, restaurando el equilibrio de la vida, para que, tanto ellos como vosotros, seréis beneficiados por la paz”.

Se veía que el asistente, por la simpatía conquistada en la víspera y con su argumentación limpia y sin pretensiones, había logrado una inequívoca superioridad moral sobre el ánimo de los obsesores de sentimiento endurecido. Aun así, Leonel preguntó con temor:

–¿Qué consideraciones son esas? ¿Será usted algún cura disfrazado? ¿No pretenderá quizás que cambiemos?

–Se engaña, amigo mío –dijo el asistente– si algo busco en nuestro entendimiento, es mi propia renovación.

Y tal vez porque en nuestro grupo se hacía sentir una prolongada pausa, Silas continuó:

–Por la seducción del dinero, caí también en mi último pasaje por la Tierra. La pasión de la posesión, gobernaba todos mis ideales. La fascinación por el oro, envolvió mi ser de tal modo que, a pesar de haber recibido el título de médico en la

¹⁰ André Luiz pone en labios de su personaje una síntesis de los V. 27 y 28 del Cap. 6 de Lucas, para que sea más fácilmente comprendido por aquellos espíritus llenos de odio, a los cuales repugnaba el verbo “amar”. Ellos se rebelarían ante el texto completo. Sería poco hábil hablar de “amar” en aquel momento; pero “ayudar” a pagar, fue bien aceptado, porque ellos querían recibir (nota de la editorial brasileña).

Universidad, rehuí el ejercicio de la profesión, para vigilar los movimientos de mi anciano padre, para que ni él mismo llegase a disponer, con generosidad, de los bienes de nuestra casa. El apego a nuestras propiedades y a nuestro dinero, me transformó en una serpiente del paraíso familiar, convirtiéndome en un verdugo intratable, naturalmente odiado por todos los que vivían en situación subalterna, en el amplio círculo de mi temporal dominio... Para amontonar monedas y multiplicar ganancias fáciles, comencé por la crueldad y acabé en las mallas del crimen... Abominé de la amistad, desprecié a los débiles y a los pobres y, ante el temor de perder la fortuna cuya posesión ambicionaba, no dudé en tener a la delincuencia, como socio infernal de mi terrible camino...

Ante las palabras del asistente, me acometió una enorme sorpresa.

¿Estaría Silas diciendo la cruda verdad, o utilizaba recursos extremos, recriminándose a sí mismo indebidamente, para regenerar a los verdugos que nos escuchaban?

De cualquier modo, Hilario y yo, habíamos prometido no comprometer su tarea y, por tanto, tácitamente, nos limitábamos a escucharle con atención.

Sintiendo, realmente, que Leonel y Clarindo se mostraban conmovidos, dando oportunidad a la asimilación de pensamientos nuevos, Silas nos invitó a todos a retirarnos de aquel ambiente.

Quería comentarnos algo de su experiencia –dijo él– pero prefería conversar con nosotros en el bendito altar de la noche, para que su memoria pudiera evocar tranquilamente los hechos que deseaba relatarnos.

Afuera, las constelaciones resplandecían como luces de la creación, y el viento perfumado corría, rápidamente, como si se propusiese transportar nuestra oración o nuestra palabra, a la gloria del cielo.

Incapaz de penetrar el verdadero sentido de la inesperada actitud que el asistente acababa de asumir, le noté emocionado, como si fijase los ojos del alma en lugares distantes.

Clarindo y Leonel, naturalmente dominados por la simpatía que irradiaba de su semblante, le observaban sumisos.

Y Silas, comenzó en voz pausada, así:

–Tanto como me es posible abarcar con mi memoria presente, me acuerdo de que, en mi último viaje por los dominios de la carne, desde la niñez, me entregué a la pasión por el dinero, lo que hoy me proporciona la certeza de que, muchas veces, fui un terrible usurero entre los hombres de la Tierra. Hoy sé, por informes de instructores abnegados, que, como en otras ocasiones, reencarné, en la última existencia, en un hogar favorecido por gran fortuna, con el fin de que sufriera la tentación del oro abundante y pudiese vencerla a golpes de firme voluntad, en la labor incesante del amor fraternal, pero caí fatalmente, para desgracia mía. Yo era el hijo único de un hombre honesto que heredó considerables bienes de sus antepasados. Mi padre era un abogado correcto que, por exceso de comodidad, no se dedicaba a su profesión. Era profundamente estudioso, viviendo rodeado de libros raros, entre obligaciones sociales que, de algún modo, le sustraían su tiempo, impidiéndole la dedicación a la fe. Mi madre, por el contrario, era católica romana de pensamiento fervoroso y digno, y, aunque sin

descender con nosotros a sostener cualquier disputa en la referente a la religión, intentaba instruirnos en el deber de la beneficencia. Me acuerdo, con tardío arrepentimiento, de las reiteradas invitaciones que nos dirigía con la mayor bondad, para que participásemos con ella en las tareas de la caridad cristiana, invitaciones que mi padre y yo rechazábamos, sin discrepancias, encastillados en nuestra irreverencia fatua y risueña. Mi madre percibió muy pronto que mi pobre espíritu traía consigo la acidez de la usura y, reconociendo que le sería extremadamente difícil colaborar en la renovación íntima de mi padre, hombre hecho ya, y habituado desde la infancia a la riqueza, concentraba en mí sus propósitos de elevación. Con tal motivo, trató de estimularme a los estudios de Medicina, alegando que, al lado del sufrimiento humano, podría yo encontrar las mejores oportunidades de auxilio al prójimo, haciéndome, así, agradable a Dios, aunque no me fuese posible atesorar los recursos de la fe. Íntimamente, yo disentía de las sagradas esperanzas del ser que más querido era a mi espíritu. Sin lograr poder resistir su cerco afectivo, me consagré al estudio de la carrera médica, pero mucho más interesado en explotar los enfermos ricos, cuyas enfermedades me proporcionarían recursos materiales: Pero en vísperas de acabar mis estudios, mi madre, relativamente joven, desencarnó, víctima de una angina de pecho. Nuestro dolor fue enorme. Recibí mi título de médico, como si fuese un detestable recuerdo, y, a pesar de los estímulos de la bondad paterna, no llegué a practicar la profesión conquistada. Me recogí en la intimidad doméstica, de la que me ausentaba solamente para el entretenimiento y reposo, más hundido que nunca en la avaricia, acompañando el inventario de la herencia de mi madre, con vigilancia tan rigurosa, que mis extrañas actitudes llegaron a sorprender a mi propio padre, que podía ser egoísta y displicente, pero nunca avaro como yo lo era. Comprendí que la fortuna heredada me situaba, para mi desgracia moral, a salvo de cualquier necesidad de la vida física por largos años, siempre que no la derrochase... Aun así, cuando vi a mi padre inclinado a contraer segundas nupcias, casi a los sesenta años de edad, hice cuanto pude, indirectamente, para disuadirle, tratando de apartarle de semejante idea. Pero él era un hombre de gran resolución en sus decisiones, y se casó con Aida, una joven de mi edad, unos treinta años... Recibí a la madrastra como a una intrusa en nuestro ambiente doméstico y, tomándola por una aventurera común a la caza de una fortuna fácil, juré vengarme de ella... A pesar de las cariñosas peticiones del matrimonio y del trato gentil que la pobre joven me dispensaba, echaba siempre mano de un pretexto, para huir de su convivencia. El nuevo matrimonio, no obstante, pasó a exigir del esposo más amplios sacrificios en el mundo social del que Aida no pretendía apartarse, y, por tanto, al término de algunos meses, mi padre se vio obligado a solicitar tratamiento médico y a someterse a un necesario reposo. Yo veía su decadencia orgánica con viva aprensión. No era la salud paterna lo que hería mi imaginación, sino los bienes de nuestra casa. En la hipótesis de un súbito fallecimiento de mi padre, no me resignaba en modo alguno a compartir la herencia con la mujer que, a mis ojos, ocupaba indebidamente el espacio que había correspondido a mi madre.

El asistente hizo una larga pausa, mientras mirábamos su semblante melancólico.

Yo, atónito, me preguntaba a mí mismo si realmente todo aquello que él nos relataba, había sucedido... ¿Había sido Silas, en verdad, el hombre que nos estaba refiriendo, o es que se inventaba aquella historia con el loable propósito de transformar el ánimo de los perseguidores?

No me fue posible hacer ninguna pregunta, ya que nuestro amigo, como si quisiese castigarse con aquella dolorosa confesión, prosiguió, pormenorizando:

—Pasé a maquinizar planes delictivos, buscando la mejor manera de impedir que Aida accediese a nuestro patrimonio, pero sin molestar a mi padre enfermo... Y en los proyectos criminales que urdía mi cabeza, la muerte de mi madrastra, aparecía como una solución. Pero, ¿cómo suprimirla sin causar un gran sufrimiento al anciano enfermo?... ¿No sería mejor desprestigiarla, como mejor solución, a los ojos de mi padre, para que él no sufriese la nostalgia de la mujer que yo condenaba al desamparo? Estaba tramando en silencio y en la sombra, cuando la ocasión esperada vino a mi encuentro... Invitado a comparecer con su esposa en una fiesta pública, mi padre me llamó e insistió en que yo acompañase a Aida, en su representación... Por primera vez, accedí con placer... Pretendía conocer ahora, más de cerca, sus afecciones... Funestos propósitos nacían en mi cabeza... Durante el alegre ágape, hice contacto con Armando, primo de mi madrastra, que la había cortejado de soltera. Armando era un muchacho algo mayor que yo, conquistador y fanfarrón, que dividía su tiempo entre mujeres y fiestas, a quien, en contra de lo que hacía habitualmente, ofrecí mi premeditada amistad... Le traje a casa tanto como me fue posible, y dominando moralmente el ánimo de mi padre, favoreciendo su retorno a la intimidad de la mujer de quien se había enamorado algunos años antes. La playa, el teatro, el cine, así como paseos de varias clases, eran ahora los lugares donde íbamos, en los que, intencionadamente, hacía todo lo posible para echar a ambos primos uno en brazos del otro. Aida, no se dio cuenta de mi maniobra, y aunque resistió por más de un año a la galantería de su primo, acabó por ceder ante la su constante ofensiva... Fingí desconocer sus relaciones, hasta que pudiese dar a mi padre una prueba directa de los hechos... Inventaba juegos y distracciones para retener al seductor en nuestra casa... Me hice dueño de su total confianza, con el fin de utilizarle como pieza importante de mi criminal ardid y, cierta noche en la que con la mayor cautela aparenté la ausencia de nuestra casa, sabiendo que los amantes se encontraban en la habitación de al lado de la mía, llamé a mi padre que se encontraba enfermo en su habitación y, simulando una intensa dignidad ofendida, con estudiado brío en la palabra, le hice un resumen de los hechos... Lívido y trémulo, el enfermo me exigió pruebas, a lo que respondí, llevándole tambaleante, hasta la puerta de la habitación que yo, deliberadamente había dejado mal cerrada... Bastó un fuerte empujón, y mi progenitor, desolado, encontró la prueba que deseaba... Armando, con gran cinismo, no obstante su asombro, huyó rápidamente, sabiendo que no podría esperar ataque alguno de un sexagenario abatido por su enfermedad... Mi madrastra, profundamente herida en su amor propio, dirigió al viejo esposo acusaciones humillantes, retirándose a sus aposentos particulares, en una explosión de amargura. Completando la obra terrible a la que me había dedicado, me mostré sumamente cariñoso con el enfermo, que se hallaba íntimamente aniquilado... Transcurrieron dos semanas sumamente pesadas para nuestro núcleo familiar... Mientras Aida ocupaba su lecho, asistida por dos médicos de nuestra confianza que en modo alguno conocían la oculta tragedia, yo convencía a mi padre con lamentaciones y sugerencias indirectas, para que la fortuna de nuestra casa, en su mayoría, fuera puesta a mi nombre, para salvaguardarla, ya que el segundo matrimonio no podría deshacerse ante las autoridades legales. Proseguía en mi faena delictiva, cuando mi madrastra apareció muerta... Los médicos la declararon víctima de un envenenamiento fulminante y, contrariados, notificaron a mi padre que se trataba de un suicidio, motivado seguramente por la insu-

frible neurastenia que afectaba a la enferma. Mi padre, se manifestó sombrío en los funerales, y yo me regocijé en mis propósitos destructores... Ahora, sí... la fortuna total de nuestra casa, pasaría a pertenecerme... Mi satánica alegría, no obstante, duró muy poco... Desde la muerte de la segunda esposa, mi padre cayó en cama para no levantarse más... Inútilmente médicos y religiosos procuraban ofrecerle mejorías y consuelos... Al final de dos meses, mi padre, que jamás había vuelto a sonreír, entró en una dolorosa agonía, en la que, a través de confidencia entrecortada por las lágrimas, me confesó que había envenenado a Aída, administrándole un violento tóxico, disuelto en el calmante habitual. Eso, sin duda alguna –me aseguraba vencido– le imponía también la muerte, ya que no conseguía perdonarse a sí mismo, que cargaba sobre sí un remordimiento constante e intolerable... Por primera vez, mi conciencia se conmovió profundamente. El apego a los bienes materiales, arrasaba mi vida... El anciano querido murió en mis brazos, creyendo que mis sollozos de arrepentimiento, era llanto de amor filial. Dejando su cuerpo fatigado sepultado en la fría tierra, regresé a nuestra casa solariega, sintiéndome el más desgraciado de los seres... Todo el oro del mundo, no me proporcionaba, ahora, el más leve consuelo. Me hallaba sólo, sólo e infinitamente desgraciado... Todos los rincones y las pertenencias de nuestra habitación, me hablaban de crimen y de remordimiento... Muchas veces, la noche me parecía poblada de fantasmas horripilantes que se burlaban de mi dolor y, en medio de la pandilla de insensibles demonios que arremetían contra mí, tenía la idea de escuchar la voz inconfundible de mi padre, clamando para mi alma: ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Arrepiéntete a tiempo!

Me hice esquivo y desconfiado... En pavorosa crisis moral, me fui para Europa, en un largo viaje de recreo, pero el encanto de las grandes ciudades del Viejo Mundo no consiguió aliviar mis llagas internas. En todas partes, el alimento más simple se me hacía amargo en la boca, y los más bellos espectáculos artísticos solamente me producían ansiedad y desolación. Regresé a Brasil, pero no tuve valor para volver a la intimidad de nuestra antigua residencia. Amparado por la amistad de un viejo amigo de mi padre, acepté su hospitalidad por algunos días, hasta que mi salud orgánica me permitiese pensar en un cambio radical de la existencia... Envuelto por el cariño familiar de aquel amigo, dejé pasar largos meses, intentando obtener una innecesaria fuga mental... hasta que, en una noche inolvidable para mí, en la cual mi gastritis se transformó en un terrible dolor, tomé un frasco de arsénico de la despensa de mi anfitrión, creyendo que usaba bicarbonato de sodio que yo mismo había dejado allí la víspera, y el veneno me expulsó del cuerpo, imponiéndome sufrimientos terribles... Tal como había sucedido a mi madrastra, que desencarnó presa de sufrimientos atroces, pasé por la muerte en condiciones análogas... Los amigos que me habían acogido en su templo doméstico, desconociendo la equivocación de que había sido víctima, admitieron, sin sombra de duda alguna, que yo había buscado el suicidio, para extinguir las penas morales que castigaban mi alma de “joven rico y lleno de tedio en la vida”; según la versión que hicieron circular.

Silas nos miró tristemente, como quien busca el efecto de sus palabras, y prosiguió:

–Eso, sin embargo, no bastó para que pudiera resarcir mis tremendas culpas... Enloquecido, después del sepulcro, atravesé meses crueles de terror y de desequilibrio, entre los cuadros vivos que se exteriorizaban en mi mente encadenada a las creaciones de sí misma, hasta que fui socorrido por amigos de mi padre, que se hallaba, igual-

mente, en camino de su recuperación; y. uniéndome a él pasé a utilizar todas mis energías en la preparación de mi futuro...

Transcurridos algunos instantes de pesado silencio, concluyó:

–Como ven, la fascinación por el oro, fue el motivo de mi perdición. Tengo necesidad de hacer grandes esfuerzos en el bien y de lograr una fe vigorosa, para no caer otra vez, ya que es indispensable que me consagre a tener una nueva experiencia entre los hombres...

Leonel y Clarindo, no se hallaban más sorprendidos que Hilario y yo, que nos habíamos habituado a encontrar en Silas un admirable compañero, aparentemente exento de problemas y aflicciones.

Fue Leonel quien rompió el silencio, preguntando al asistente, que había enmudecido, como si estuviese subyugado por la fuerza de los propios recuerdos:

–¿Volverá, entonces, a reencarnar pronto?

–¡Oh! ¡Ojala tuviese la felicidad de regresar lo antes posible!... –suspiró el jefe de nuestra expedición, algo ansioso–. El deudor está ineludiblemente ligado al interés de los acreedores... Por tanto, ante todo, es indispensable que encuentre a mi madrastra en el país de las sombras en que nos encontramos, para dar comienzo a la difícil tarea de mi liberación moral.

–¿Cómo? –pregunté emocionado.

–Sí, amigo mío –contestó Silas, abrazándome–, mi caso no es provechoso solamente a Clarindo y a Leonel, que buscan la justicia por sus propias manos, lo que, muchas veces, apenas significa violencia y crueldad, sino también para Hilario y para tí, que estudiáis actualmente la ley del karma, o sea, la Ley de Acción y Reacción ... Aquí, estamos obligados a recordar nuevamente la lección del Señor: “Ayudad a vuestros enemigos”, porque sin que yo mismo auxilie a la mujer en cuyo corazón crié una importante oposición a mi paz, no puedo recibir el auxilio fraterno, sin el cual no podré reconquistar mi serenidad... Me valí de la debilidad de Aída, para arrojarla al despenadero de la perturbación, haciéndole más frágil de lo que ya era por sí misma... Ahora, mi padre y yo, que complicamos su camino, estamos naturalmente obligados a buscarla, levantarla, ampararla y restituirle el equilibrio relativo en la Tierra, para que podamos solventar, por lo menos en parte, nuestra inmensa deuda...

–¿Su padre? ¿Se refirió a su padre? –indagó Hilario, con audacia.

–¡Sí! ¿Cómo no? –contestó el asistente– Mi padre y yo, asistidos por mi madre, hoy nuestra benefactora en los planos superiores, estamos asociados en el mismo proceso, (nuestra propia regeneración moral en busca del levantamiento de Aida), sin lo cual no conseguiremos desintegrar el virus venenoso del remordimiento, que aprisiona nuestro campo mental en las zonas inferiores de la vida terrestre. Nos cabe, pues, reencontrarla, para beneficio de nosotros mismos... Tan pronto como la Divina misericordia nos permita semejante felicidad, mi padre, envuelto en el amor y en la renuncia de mi madre, que regresará con él a las luchas de la carne, tomará un nuevo cuerpo en el plano físico, y ambos, en la juventud terrestre, mediante el matrimonio, nos admitirán como hijos benditos de sus corazones... Aída y yo seremos hermanos consanguíneos... De acuerdo con nuestras aspiraciones, que el cielo protegerá, ante la

Magnanimidad Divina, seré nuevamente médico en el futuro, al precio de un inmenso esfuerzo, para consagrarme a la beneficencia, recuperando en ella mis valiosas oportunidades perdidas... Mi antigua madrastra, que por cierto vivirá sufriendo una deplorable intoxicación del alma en los tenebrosos abismos, será socorrida en el momento oportuno y, no obstante el largo tiempo de asistencia que necesitará en este plano espiritual, para su necesaria recuperación, sin duda renacerá en un débil cuerpo físico, junto a nosotros, para que así pueda curarse de las difíciles psicosis que marcarán su existencia carnal, bajo la forma de extrañas enfermedades mentales... Seré, por tanto, no solamente su hermano en el hogar, sino también el enfermero y el amigo, el compañero y el médico, pagándole en sacrificio y buena voluntad, afecto y cariño, el equilibrio y la felicidad que le robé...

La confesión del asistente, valía por todo un compendio vivo de preciosas experiencias y, tal vez por eso mismo, entramos todos en una profunda meditación.

Hilario, como quien no desea perder el hilo de la enseñanza, se dirigió a nuestro amigo, considerando:

–Amigo mío, dices estar esperando, en compañía de tu padre, la alegría de reencontrar a tu madrastra... ¿Cómo comprender esto? ¿Es posible que con su grado de adelanto espiritual, sufra alguna dificultad que te impida conocer su morada?

–Sí, sí, –confirmó el Asistente, con tristeza.

–¿Y los bienhechores espirituales que actualmente guían tu senda? ¿Es posible que ellos conozcan su paradero y orienten tus pasos para que puedas alcanzar tu objetivo?

–Innegablemente –respondió Silas bondadosamente– nuestros instructores no sufren mi misma ignorancia en este asunto... Mientras tanto, tal como ocurre entre los hombres, tampoco aquí el profesor puede echarse encima los deberes del alumno, so pena de quitarle el mérito de la lección. En la Tierra, por mucho que nos amen nuestras madres, no nos sustituyen en las cárceles, cuando nos corresponde expiar un crimen, y nuestros mejores amigos, no pueden abogar para sí, en nombre de la amistad, el derecho de sufrir la mutilación que nuestra imprudencia haya infligido al propio cuerpo. Indudablemente, las bendiciones de amor de nuestros dirigentes, han proporcionado inapreciables recursos a mi alma... Me confieren la luz interior para que yo pueda sentir y reconocer mis flaquezas y me auxilian para que logre mi renovación, para que yo pueda alcanzar, con más decisión y facilidad, la meta que me propongo... pero, en verdad, el servicio de mi propio rescate es personal e intransferible...

Leonel y Clarindo le oían boquiabiertos.

Hablando de sí mismo, el asistente, sin herir su amor propio, trabajaba indirectamente, para que se entregaran a su propio reajuste. Y, por la expresión de sus miradas, se veía que los dos verdugos manifestaban ahora un admirable cambio íntimo.

Hilario reflexionó por algunos instantes, y dijo:

–Pero, todo ese drama debe estar vinculado a causas del pasado...

–Sí, ciertamente –confirmó el asistente– pero, en nuestro atormentado plano, no hay oportunidad mental para lograr un prodigio de la memoria. Nos hallamos presos al recuerdo de las causas próximas de nuestras angustias, y tenemos problemas para penetrar en las causas remotas, ya que la situación de nuestro espíritu, es la de un

enfermo grave, necesitado de intervención urgente, en favor de su reajuste. El infierno, supuestamente situado en las zonas inferiores de la Tierra, está repleto de almas que, dilaceradas y sufrientes, se levantan clamando por el socorro de la providencia divina, contra los males que generaron contra sí mismas, y la providencia divina les permite obtener la ventura de trabajar, con los dardos de la culpa y del arrepentimiento, castigando su corazón en beneficio de sus víctimas y de los hermanos cuyas faltas se afinen con los delitos que cometieron, y puedan, así, rearmonizarse tan pronto como sea posible, con el infinito amor y con la perfecta justicia de la Ley... ¡Paguemos nuestras deudas, que constituyen sombras tenebrosas en nuestras almas, y el espejo de nuestra mente, donde quiera que nos hallemos, reflejará la luz del cielo, la patria del divino recuerdo!...

Comprendíamos que Silas auxiliaba a Clarindo y a Leonel, identificándoles como hermanos de lucha y aprendizaje, con lo que, indiscutiblemente, ampliaría sus propios méritos.

En mi pensamiento, en mi estrecho mundo íntimo, eran muchas las preguntas que surgían... ¿Quién sería el padre de mi amigo? ¿En dónde se encontraría su abnegada madre? ¿Pasaría mucho tiempo antes de que fuera encontrada la infeliz madrastra?...

Pero, la grandeza espiritual del asistente, no nos permitía hacer cualquier pregunta indiscreta.

Apenas tuve valor para comentar respetuosamente:

–¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cuánto tiempo perdemos para rehacer, a veces, la inconsecuencia de un minuto perdido!

–Tienes razón, André –comentó Silas con generosidad– las leyes de acción y de reacción... La acción del mal, puede ser rápida, pero nadie sabe cuánto tiempo exigirá el servicio de la reacción indispensable al restablecimiento de la armonía soberana de la vida, quebrantada por nuestras actitudes contrarias al bien...

Y, sonriendo, añadió:

–Por eso mismo recomendaba Jesús a las criaturas: “Reconcíliate rápidamente con tu adversario, mientras te encuentres en el camino con él...” Ningún espíritu entrará en el Cielo sin la paz de conciencia, y, si es más fácil apagar nuestras querellas y rectificar nuestros desaciertos mientras nos encontramos en el mismo camino recorrido por nuestras víctimas en la Tierra, es muy difícil alcanzar la solución de nuestros criminales enigmas, cuando nos hallamos ya sumergidos en la niebla infernal.

La exposición era razonable y justa.

No nos fue posible, no obstante, proseguir en la conversación. Leonel, cuya impasibilidad reconocíamos, con gran sorpresa para nosotros, tenía los ojos húmedos...

Silas levantó los ojos a lo alto, agradeciendo la bendición de la transformación que se iniciaba y le recogió en sus brazos.

El desdichado hermano de Clarindo, quería hablar... Percibimos que intentaba referirse a la muerte de Alzira, en el lago, pero el asistente le prometió que volveríamos en la noche siguiente.

Después, regresábamos, pero ni Hilario ni yo nos animábamos a conversar con el compañero, que había entrado, melancólico, en un expresivo silencio.

X**ENTENDIMIENTO**

En la noche siguiente, después de haber atendido servicios de rutina, Silas nos buscó para que continuásemos la tarea comenzada.

De regreso al hogar de Luis, establecimos una conversación común, sin alusión alguna a los temas tratados en la víspera, y, como si se hallaran sintonizados con nuestra onda mental de respeto mutuo, Clarindo y Leonel nos recibieron con discreción y cariño.

Nos parecían, ambos, muy trabajados por las ideas que el asistente les había ofrecido indirectamente a sus espíritus.

En la casa de Luis, el cuadro no se había alterado.

Luis y sus amigos charlaban cordialmente, comentando las plagas que azotaban el campo y las enfermedades de los animales, la carestía de la vida y los negocios infortunados... Mientras tanto, los dos hermanos se mostraban, ahora, claramente desligados de semejante panel de sombra.

Nos saludaron con la gentileza irradiante de quienes se encontraban dispuestos a acogernos favorablemente, y miraron a Silas con inusitado interés.

Se adivinaba que la confesión del asistente les había servido para realizar valiosas reflexiones.

Observando su metamorfosis con inequívocas señales de alegría, el jefe de nuestra expedición eludió referirse en lo más mínimo al problema de Luis, y les invitó a que nos acompañasen.

Mostrando la renovación de que se hallaban poseídos, se incorporaron a nuestra caravana, y atendiendo a la recomendación de Silas, los dos, con sus manos unidas a las nuestras, consiguieron emprender el vuelo con cierta seguridad y facilidad.

Pasados algunos minutos, llegamos a un gran hospital de una populosa ciudad terrestre.

En la portería, uno de los vigilantes espirituales se dirigió cariñosamente a Silas, saludándole fraternalmente, y nuestro dirigente nos lo presentó, atentamente:

—Este es nuestro hermano Ludovico, que actualmente se encuentra encargado de la vigilancia, en beneficio de algunos enfermos de cuya reencarnación cuida nuestra casa.

Nos abrazamos todos fraternalmente.

Después, el responsable de nuestro grupo de trabajo, tomó la palabra, preguntando:

—¿Cómo está nuestra hermana Laudemira? Hoy tuvimos noticias graves...

Sí —dijo el interpelado— todo hace creer que la pobrecita sufrirá una peligrosa intervención quirúrgica. Envuelta en los fluidos anestésicos que le lanzan sus perseguidores durante el sueño, tiene la vida uterina sensiblemente perjudicada por extremada apatía. El cirujano volverá en una hora y, si los recursos aplicados no surten efecto, tendrá que hacer una cesárea...

Nuestro amigo mostró profunda preocupación en su rostro habitualmente tranquilo, y dijo:

–Una operación de esa naturaleza le acarreará grandes perjuicios para el futuro. De acuerdo con el programa, tiene que recibir tres hijos más en el templo de su hogar, para que pueda servirse de su actual reencarnación, cuanto le sea posible...

El vigilante hizo un gesto de respeto y comentó:

–Creo, entonces, que no hay tiempo que perder.

Silas nos tomó la delantera conduciéndonos a una pequeña sala, en la que una joven señora se lamentaba, afligida.

Una simpática señora de nevados cabellos, en cuya ternura percibíamos la presencia materna, velaba, con la mayor atención, acariciando sus manos inquietas.

Notando la expresión de pavor que mostraban los ojos de la enferma, en abundante llanto, pregunté a Silas la causa de tan agudo padecimiento.

–Nuestra hermana –aclaró con presteza–, será nuevamente madre dentro de breves minutos. Se encuentra, por tanto, encadenada, a pruebas difíciles. Se demoró mucho tiempo en nuestra Mansión, antes de regresar al cuerpo denso de carne, siempre vigilada por enemigos que ella misma creó en otro tiempo, cuando se valió de su belleza física para complicarse en el crimen. Mujer de gran belleza, actuó en decisiones políticas que arruinaron a mucha gente. Padeció muchos años en las tinieblas infernales, entre la carne y la sombra, hasta que, al fin, mereció la felicidad de renacer de nuevo con la tarea de restaurarse, restaurando a la vez a algunos de los compañeros de crueldad que, como hijos, volverán con ella para alcanzar más amplios servicios regeneradores...

Silas me dirigió una expresiva mirada, diciendo:

–Más tarde, nos referiremos al asunto. Ahora, es indispensable actuar.

Bajo la atención de Clarindo y de Leonel, que nos seguían sorprendidos, nos invitó a Hilario y a mí, para llevar a cabo un socorro inmediato.

Pidiendo que ambos permaneciéramos en oración, con la diestra colocada sobre el cerebro de la enferma, comenzó a hacer operaciones magnéticas excitantes sobre el útero.

De sus manos, irradiaba una sustancia lechosa, como una neblina leve, que se esparcía sobre todos los reductos del aparato genital.

Pasados algunos minutos de pesada expectación, surgieron contracciones que, poco a poco, se acentuaron intensamente.

Silas, atentamente, controló la evolución del parto, hasta que el médico ingresó en el recinto.

Lejos de adivinar nuestra presencia, el médico sonrió satisfecho, reclamando la ayuda de una competente enfermera.

La cesárea, fue olvidada.

El Asistente nos invitó a regresar, diciéndonos, ya más tranquilo:

–El organismo de Laudemira reaccionó brillantemente. Esperamos que pueda continuar en la obra que le compete, con el éxito necesario.

Leonel, cuya aguda inteligencia no perdía nuestros menores movimientos, preguntó a Silas, con aire respetuoso, si los trabajos a que se dedicaba constituían alguna preparación para el futuro, a lo que el asistente respondió sin titubear:

–Sin duda. Ayer, les conté mis errores como médico, que prácticamente jamás lo fui, y comenté mis propósitos de abrazar la Medicina en el futuro, entre los encarnados, nuestros hermanos. Pero para que yo merezca tal reconquista, me consagro, en los planos inferiores que me sirven de domicilio, al ministerio del alivio, creando causas benéficas para los servicios que vendrán...

–¿Causas? ¿Causas? –murmuró Clarindo, algo espantado.

–Sí, procurando ayudar espontáneamente, además de los deberes que me son impuestos en la lucha por la recuperación moral de mí mismo, con la bendición Divina extenderé la simiente de simpatía en mi favor.

Y echando significativamente una mirada sobre nosotros, después de un breve minuto de reflexión, añadió:

–Un día, de acuerdo con las deudas que debo rescatar, estaré nuevamente entre las criaturas encarnadas y, para solventar mis culpas, sufriré también obstáculos y dudas; enfermedades y aflicciones... Que manos cariñosas y amigas me amparen desde aquí, en nombre de Dios, porque aisladamente nadie consigue vencer... Y para que brazos amorosos se me extiendan más tarde, es imperioso que mueva ahora los míos en voluntario ejercicio de solidaridad.

La enseñanza era preciosa, no solamente para los dos perseguidores que la observaban perplejos, sino también para nosotros que reconocíamos, una vez más, la infinita bondad del supremo Señor, que, aun en las más tenebrosas sombras, nos permite trabajar por el incesante engrandecimiento del bien como bendito precio de nuestra felicidad.

Mientras volábamos de regreso, Hilario, anticipándose a la curiosidad, inclinó la conversación hacia el caso de Laudemira. ¿Era conocida de Silas desde hacía mucho tiempo? ¿Había asumido compromisos tan graves con la maternidad? ¿Qué suponían los hijos, a su lado? ¿Acreedores o deudores?

Silas sonrió complaciente y explicó:

–Sin duda, creo que el proceso redentor de nuestra amiga, sirve como tema palpitante en los estudios de causa y efecto que estáis haciendo.

Se entregó a una larga pausa, como consultando su memoria, y prosiguió:

–No podemos, así de improviso sumergirnos detalladamente en el pasado que le pertenece, ni puedo, por mí mismo, cometer cualquier indiscreción, abusando de la confianza que la Mansión me otorga en el ejercicio de mis deberes. No obstante, a título de utilidad para nuestra edificación espiritual, puedo adelantarles que las penas de Laudemira, en la actualidad, son consecuencia de pesadas deudas contraídas por ella misma, hace poco más de cinco siglos. Dama de elevada situación jerárquica en la corte de Juana II, reina de Nápoles desde 1414 hasta 1435, poseía dos hermanos consanguíneos que apoyaban todos sus planes de locura, vanidad y de dominio. Se casó, pero notando que la presencia del marido ponía trabas al desarrollo de las liviandades que marcaban su carácter, acabó por mandarle apuñalar. Viuda y dueña de bie-

nes considerables, creció en prestigio por haber favorecido el casamiento de la reina, entonces viuda de Guillermo, Duque de Austria, con Jaime de Borbón, conde de la Marche. Desde entonces, asociada más íntimamente a las aventuras de su soberana, se confió a placeres y disipaciones, con los cuales perturbó la conducta de muchos hombres de bien, y arruinó las situaciones domésticas, elevadas y dignas, de varias mujeres de su tiempo. Menospreció las sagradas oportunidades de educación y beneficencia que le fueron concedidas por la bondad Celeste, aprovechándose de su privilegiada situación en la nobleza, para desviarse en la irreflexión y en el crimen. Así que, al desencarnar en el auge de la opulencia material, a mediados del siglo XV, descendió a pavorosas profundidades infernales, en donde sufrió el asedio de feroces enemigos que no le habían perdonado sus delitos y desertiones. Sufrió por más de cien años consecutivos en las tinieblas densas, conservando la mente fija en las ilusiones que le eran propias, regresando a la carne por cuatro veces consecutivas, gracias a la intercesión de amigos del plano superior, en tremendos problemas expiatorios, en el curso de los cuales, en la condición de mujer, aunque abrazando nuevos compromisos, experimentó pavorosos vejámenes y humillaciones de parte de los hombres sin escrúpulos, que asfixiaban todos sus sueños de felicidad...

–Pero –preguntó Hilario– cada vez que desencarnaba, en las cuatro existencias que citas, ¿continuaba ligada a las sombras?

–¿Cómo no? –exclamó el asistente–, cuando la caída en el abismo es de largo curso, nadie emerge de él de un sólo salto. Naturalmente, ella entraba por la puerta del sepulcro y salía por la puerta de la cuna, transportando consigo desajustes interiores que no podía curar de un momento a otro.

–Si su situación era, así, inalterable –dijo mi colega– ¿para qué regresar a nuevos cuerpos físicos? ¿No le bastaría sufrir su dolorosa purga aquí, en este plano, sin tener que renacer en la esfera carnal?...

–La observación es comprensible –agregó Silas pacientemente– no obstante, nuestra hermana, con el amparo de abnegados compañeros, volvió al pago parcial de sus deudas, acercándose a los acreedores reencarnados, a pesar de hallarse mentalmente unida a los planos inferiores, disfrutando de la bendición del olvido temporal, con lo que le fue posible, adquirir una preciosa renovación de fuerzas.

–¿Pero siempre consiguió rescatar, de algún modo, las deudas en que se había enredado?

–De algún modo, sí, porque padeció tremendos golpes en el orgullo que tenía cristalizado en el corazón... Con todo, a la par de eso, contrajo nuevas deudas, ya que, en ciertas ocasiones, no consiguió superar la aversión instintiva ante los adversarios a los que debía trabajo y obediencia, llegando al infortunio de ahogar una criatura que malamente ensayaba sus primeros pasos, con el propósito de herir el corazón de la casa en que trabajaba como sirvienta, tratando así de vengarse de las crueldades recibidas. Después de cada desencarnación, regresaba habitualmente a las zonas purgatorias de donde procedía, con alguna ventaja en la liquidación de sus cuentas, pero no con valores acumulados, imprescindibles para la definitiva liberación de las sombras, porque todos somos tardíos en la decisión de pagar nuestras deudas, hasta el integral sacrificio...

–Con todo, –volvió a decir Hilario– siempre que regresaba al plano espiritual, seguramente contaba con el auxilio de los bienhechores que procuraban refrenar sus desatinos.

–Exactamente, –confirmó Silas– nadie está condenado al abandono. No ignoráis que el Creador atiende a la criatura por mediación de las propias criaturas. Todo pertenece a Dios.

–¿Aun lo que llamamos el infierno? –preguntó Leonel, con preocupación.

El asistente sonrió y aclaró:

–El infierno, en realidad, es obra nuestra, genuinamente nuestra, pero imaginémoslo así, en forma de una construcción indigna y calamitosa, en el terreno de la vida, que es la creación de Dios. Habiendo abusado de nuestra razón y conocimiento para generar semejante monstruo en el espacio Divino, nos compete la obligación de destruirle para edificar el Paraíso en el lugar en que lo hemos situado indebidamente. Para lograrlo, el infinito amor del Padre celestial, nos ayuda de muchas formas, para que podamos atender a su perfecta justicia. ¿Entendido?

La explicación no podía ser más clara. No obstante, Hilario parecía interesado en resolver cualquier duda y, tal vez por ello, preguntó nuevamente:

–¿Es posible que se puedan conocer cuáles fueron las existencias anteriores de Laudemira, con anterioridad a haber ingresado en la corte de Juana II?

–Sí –explicó Silas, tolerante–, será fácil conocerlas, pero no nos conviene, en un simple estudio, intentarlo, porque el asunto en sí, reclamaría largas cuotas de atención y de tiempo. Debe bastar que investiguemos la condición referida, para definir las luchas redentoras de ahora, ya que nuestras situaciones, en cualquier posición social en el mundo, ya sea en el campo de la influencia o en el de las finanzas, de la cultura o de las ideas, sirven como puntos vivos de referencia de nuestra conducta digna o indigna, en el disfrute de las posibilidades que el Señor nos facilita a título de préstamo, designando con claridad nuestro avance en la dirección de la luz, o nuestro aprisionamiento mayor o menor en los círculos de las tinieblas, por las virtudes conquistadas o por las deudas contraídas.

Los conceptos luminosos de Silas, eran un verdadero chorro de luz solar sobre mi entendimiento...

Aun así, mi compañero insistió:

–No obstante tus valiosos conceptos expuestos, en cuanto a la memoria en los planos inferiores, será interesante saber si Laudemira, antes de la actual existencia, llegaba a acordarse con nitidez de las situaciones por las que pasó en las difíciles pruebas a que te refieres.

Nuestro amigo, con la mayor tolerancia, aclaró:

–Hace ocho lustros que estoy en la Mansión, y acompañé su entrada en nuestra casa, hace, precisamente, treinta años. Había terminado su última existencia en el plano carnal, al comienzo de este siglo, y atravesaba largos sufrimientos en los planos de bajo nivel. Ingresó en nuestro Instituto acusando una terrible demencia y, sometida a hipnosis, reveló los hechos que acabo de narrar, hechos que constan, naturalmente,

en la ficha que define su personalidad, en el archivo de las observaciones que nos orientan. Nuestros instructores, por tanto, no juzgarán necesario más amplio retroceso mnemónico por ahora, para prestarle auxilio. Sé, no obstante que Laudemira, turbada como se hallaba, no tenía fuerzas para realizar ningún recuerdo en la vigilia común, mucho menos, por el hecho de haber sido traída a la reencarnación actual, bajo los auspicios de bienhechores que velan por nuestra organización, todavía mentalmente sintonizada a los lazos poco dignos del camino que escogió. Ahora, debe recibir cinco de sus antiguos cómplices en la caída moral, con el fin de encaminar sus sentimientos en dirección a la luz, en el bendito y largo sacerdocio materno. De su éxito en el presente, dependerán las facilidades que espera recibir en el futuro, para la liberación definitiva de las sombras que aún ofuscan su espíritu, pues si consigue formar cinco almas en la escuela del bien, podrá conquistar un enorme premio, ante la Ley amorosa y justa.

El problema de Laudemira, debatido en nuestro regreso, constituía una preciosa contribución al tema de “causa y efecto” que estábamos estudiando.

Y, observando que nuestra curiosidad estaba satisfecha, Silas se volvió con más cariño hacia Leonel y Clarindo, sondeando sus ideales. Para conocer sus esperanzas, se refirió a sus propias ansias, sobre sus trabajos médicos del futuro. No pretendía perder tiempo. Ahora, tenía sed de aprender y de servir, para abordar el plano físico con los mejores valores del espíritu, que se expresarían en la mente, cuando se hallase encarnado, en la forma de tendencia y de facilidad llamada “vocación innata”.

Los dos hermanos, sabiamente tocados por la palabra del amigo que se había ganado su confianza, se sentían ahora mejor dispuestos.

La confesión del asistente y el ejemplo de humildad que nos dio, espontáneamente, les habían impactado profundamente.

Clarindo, impulsivo y franco, habló de los ideales que le habían inflamado años antes. Poseía un entrañable amor a la tierra, y proyectó cuando era joven, la organización de un reducto agrícola en el que le fuese posible consagrarse a nobles experiencias. Anhelaba haber vivido durante largo tiempo en la propiedad de la familia, creando su propia área de trabajo. Pero la criminal actitud de Antonio Olimpio había aniquilado sus sueños, comentó algo triste pero sin el tono de rebeldía usado en sus anteriores conversaciones. Se había visto despojado de sus ideales, con una tremenda frustración que, después del sepulcro, le había llevado a la demencia... No conseguía crear disposiciones mentales para rehacer su esperanza... Se sentía como la desesperación en persona, como alguien que se creía irremediamente amarrado a una picota degradante...

Clarindo mostraba ahora una inflexión de llanto en su voz, mostrándose inmensamente transformado.

Leonel, cuya inteligencia refinada nos infundía un cauteloso respeto, estimulado por Silas, comenzó a hablar sobre su inclinación a la música...

Cuando era niño, creía tener una gran disposición para el sublime arte. De joven, se había apasionado por la obra de Beethoven, cuya biografía admiraba fervorosamente. Por ese motivo, no buscaba tan sólo el título de bachiller para el que se preparaba, sino, también, los laureles de pianista, con los cuales se sentiría sumamente feliz...

No obstante, y se expresaba cargada su voz de irrefrenable amargura, el homicidio de que había sido víctima, frustró sus esperanzas. Solamente albergaba en su fuero íntimo, el odio que había pasado a regir su existencia y, con el odio en el corazón, no sabía reconstruir sus castillos iniciales...

Leonel hizo una larga pausa y, con agradable sorpresa para nosotros, añadió:

–Pero en nuestros contactos personales de estos últimos días, comienzo a percibir que, si perdimos la vida en plena juventud del cuerpo, indudablemente tuvimos que poseer deudas que justificaban una prueba tan dura, aunque ello no exima a Antonio Olimpio, el hermano ingrato, de la culpa que carga, teniendo la responsabilidad del horrendo asesinato con el que nos precipitó en las sombras.

–Exactamente, –agregó Silas, emocionado– su argumentación demuestra una gran renovación...

Pero el asistente no pudo continuar, porque Leonel, sumergió su cabeza entre sus manos, y clamó en llanto:

–Pero ¡oh Dios mío! ¿Por qué venimos a conocer la alta virtud del perdón cuando ya nos sumergimos en el crimen? ¿Por qué venimos a sentir tan tarde el deseo de restaurar el campo de nuestras aspiraciones, cuando la venganza nos arrebató la vida en el incendio del mal?...

Mientras Clarindo acompañaba su explosión de dolor y de remordimiento con señales de aprobación, y Silas le acogía, generoso, contra su pecho, presentimos que Leonel se refería a la muerte de Alzira, llevada a cabo mediante la obsesión que, sin duda, él y el hermano habían dirigido.

El orientador se dio prisa en consolarle, exhortándole bondadosamente:

–¡Llora, amigo mío! ¡Llora, que las lágrimas purifican el corazón!... Pero no permitas que el llanto ahogue la labor de la esperanza... ¿Quién de nosotros se halla exento de culpa? Todos tenemos compromisos que rescatar, y el tesoro del Señor, jamás se empobrece de compasión. El tiempo es nuestra bendición... Al pasar de los días, formamos las tinieblas que nos envuelven, y con los días que vienen, la convertimos en luz sublime... Pero, para ello, es indispensable que perseveremos en el valor y en la humildad, en el amor y en el sacrificio. Levantémonos en dirección al futuro, dispuestos a conseguir la reconstrucción de nosotros mismos.

Notamos que Leonel, en aquellos momentos, se proponía vaciar su corazón en nuestros oídos. Quería desahogarse, confesarse...

Silas, mientras, induciéndole a la meditación, nos invitó a regresar, prometiendo volver en la noche siguiente.

Los dos compañeros, muy cambiados, volvieron a la casa de Luis, y emprendimos nuestro retorno.

En el camino, el asistente estaba contento. El proceso Antonio Olimpio, del que éramos responsables, estaba alcanzando un buen término.

La renovación de los obsesores, se había coronado con éxito.

El jefe de nuestra expedición dijo que esperaría a la noche para conseguir el entendimiento entre Alzira y aquellos que serían sus hijos en el porvenir, después de

lo cual ambos serían ingresados en la Mansión, con el pleno consentimiento de ellos mismos, en vista a la preparación del futuro... En la casa dirigida por Druso, trabajarían y se reeducarían, encontrando nuevos intereses mentales y nuevos estímulos, para su necesaria recuperación...

Tan pronto como nuestro amigo se calló, Hilario preguntó, preocupado:

–¿Cuánto tiempo emplearán Clarindo y Leonel, preparándose para su vuelta al cuerpo físico? – Probablemente un cuarto de siglo...

–¿Por qué tanto?

–Necesitarán reconstruir sus ideas en el campo del bien, plasmándolas de modo indeleble en la mente, con el fin que puedan consagrarse a la realización de las nuevas planificaciones. Refugiarse en el servicio activo, ayudando a los otros y creando, así, preciosas simientes de simpatía que puedan facilitarles sus luchas del mañana, en la Tierra... En el trabajo y en el estudio, así como en las actividades de pura fraternidad, irán adquiriendo valores morales incorruptibles, y la reeducación, de ese modo, perfeccionará sus tendencias, predisponiéndoles a la victoria que les es necesaria en sus pruebas.

–¿Y Antonio Olimpio? –insistió Hilario– por lo que deduzco permanecerá mucho menos tiempo en la Mansión...

–Sí –confirmó el asistente– Antonio Olimpio, después de una breve reconciliación con sus hermanos, renacerá, sin duda, dentro de dos o tres años.

–¿Por qué tanta diferencia?

–No podemos olvidar –explicó Silas con serenidad– que fue él quien comenzó la trama criminal que se halla bajo nuestro estudio. Por eso, del grupo de reencarnantes, será el compañero menos favorecido en la Ley, durante el viaje previsto al plano físico, por los agravantes que marcan su problema individual. Con el espíritu todavía ensombrecido por la angustia y el arrepentimiento, resurgirá en la cuna de la familia que él perjudicó por la usura, moviéndose en un horizonte mental muy restringido, ya que, instintivamente, su mayor preocupación consistirá en devolver a los hermanos expoliados la existencia física, el dinero y las tierras que les robó... Con tal motivo, y por esa misma razón, apenas dispondrá de facilidades íntimas para adquirir cultura y perfeccionamiento, en la edad madura del cuerpo físico, esforzándose en encaminar a los hijos hacia el futuro que deben alcanzar.

–Pero –ponderó mi colega– Clarindo y Leonel también mataron...

–E innegablemente, pagarán por ello, pero no podemos negarles atenuantes en el lamentable delito... Antonio Olimpio planeó el crimen fríamente, para acomodarse en las ventajas materiales fruto de su crueldad y violencia, mientras que los infelices hermanos, actuaron víctimas de la pesadilla del odio, traumatizados por un pavoroso dolor... Innegablemente, Clarindo y Leonel, sufren angustia y remordimiento, debiendo padecer un doloroso rescate en el momento oportuno; pero, aun así, son acreedores del hermano que retrasó su evolución...

–Y, ¿qué será de Alzira, en esta historia?

–Alzira consiguió atesorar bastante amor para entender, perdonar y auxiliar... Por

eso, dispone ante la Ley del poder de ayudar tanto al esposo como a los cuñados, hasta ahora infelices, como al hijo, Luis, todavía en la carne, así como a todos los descendientes de su organización familiar, porque, cuanto más amor puro hay en el espíritu, más amplios son los recursos del alma ante Dios...

Y lanzando una expresiva mirada sobre nosotros, resaltó:

–Aquellos que aman realmente, gobiernan la vida.

Me sentía satisfecho. Los argumentos no podían ser más claros. Hilario, no obstante, pidiendo disculpas por la insistencia, suscitó una nueva cuestión:

–¿Por qué Alzira había sufrido su desencarnación en el lago?

Silas, atentamente, comentó:

–Comprendiendo que nuestra amiga conquistó ya la felicidad del perdón ilimitado, hijo del amor que no se preocupa en ser amado, no nos conviene realizar una mayor profundidad en su pasado, lo que haría que nuestro estudio resultara fastidioso.

Y, sonriendo, añadió:

Alzira, ante nosotros, es ya alguien que posee inmensa parte de cielo en su corazón... Los asuntos que le atañen, deben ser analizados en el cielo...

Alcanzábamos la Mansión y, recogidos en nosotros mismos, pasamos a meditar las lecciones de aquella hora en curso... Las situaciones de amor y odio, de sufrimiento y venganza del proceso Antonio Olímpio eran las mismas de nuestros dramas personales, destacando la necesidad de amor y de perdón en nuestras vidas, para que, a través del sentimiento puro, pudiésemos avanzar de la sombra hacia la luz...

En esas graves reflexiones, aguardamos ansiosamente la noche siguiente.

Llegada la hora de nuestros estudios, el asistente se entendió con la hermana Alzira en prolongada conversación particular, pidiéndole que nos encontrase a determinada hora, en el lago en que había ocurrido su desencarnación. Seguidamente, recomendó a dos cooperadoras de la casa que la acompañasen en el viaje, dándoles instrucciones para que nuestra amiga se acercase a nosotros, sólo cuando fuese requerida por nuestro grupo de servicio.

Después del viaje acostumbrado, entramos en el hogar de Luis, donde Clarindo y Leonel nos esperaban con cariñoso interés.

Silas nos condujo al hospital que habíamos visitado en la víspera, administrando pases magnéticos a Laudemira y al hijito recién nacido y, una vez finalizadas esas actividades de asistencia, nos transportó a una casa, en cuyo umbral, un viejecito desencarnado, de simpático aspecto, nos recibió amablemente.

–Es nuestro hermano Paulino, que viene amparando las obras del hijo, dedicado a la ingeniería, en la Tierra –explicó el orientador de nuestras tareas.

Y Paulino nos dio acceso al interior, llevándonos a un espacioso salón, donde un hombre maduro estaba leyendo un libro.

El generoso anfitrión nos lo presentó como a su hijo encarnado, cuya misión técnica asistía con gran dedicación. Preguntando a nuestro asistente en qué podía ayudarnos, Silas le pidió sus buenos oficios junto al hijo, para que consiguiese que nos pro-

porcionase algunos momentos de música, a ser posible, alguna página especial de Beethoven.

Con gran sorpresa, vimos a nuestro amigo acercarse al ingeniero, susurrando algo en sus oídos. Y, sin percibir nuestra presencia, como si estuviese necesitado por sí mismo de oír música, interrumpió su lectura, se dirigió al tocadiscos, consultando previamente una pequeña discoteca, de la que sacó la Pastoral del gran compositor.

A los breves momentos, el recinto se poblaba, para nuestro encanto y alegría, de sonoridad y belleza.

Silas, con el alma y el corazón, oía con nosotros la admirable sinfonía, realizada en bendiciones a la naturaleza sublimada.

Con Clarindo, atraído por los trabajos campestres, sentíamos mentalmente la presencia del bosque, repleto de pájaros cantores que volaban sobre un arroyo cristalino que se deslizaba sobre lechosos guijarros y, como si el paisaje imaginario obedeciese a una narración melódica, la vimos transformarse de repente, dándonos la idea de que el cielo antes azul se cubría de nubes pesadas y oscuras, que despedían rayos y truenos, para retomar al cuadro florido, entre cánticos y preces ... Con Leonel, apasionado por el divino arte, percibíamos el imperio de la música en su majestuosidad soberana, arrebátndonos a las más sublimes emociones.

Aquellos minutos, valían, para nosotros, como una bendita oración. Los sonidos de la magnífica sinfonía, parecía que nos elevaban a círculos armoniosos de ignota belleza, y todos llorábamos, ya que los encantadores acordes que escuchábamos, tenían la facultad de lavar, milagrosamente, lo más recóndito de nuestro ser.

Terminadas las últimas notas, nos despedimos, maravillados.

Nuestros pensamientos vibraban en la más pura sintonía, y nuestros corazones parecían más fraternos.

A petición de Leonel, que parecía atender instintivamente la sugestión de Silas, llegamos al lago situado en la vieja propiedad de los Olímpio.

El plenilunio coronaba el campo de destellos plateados. Ya estaba entrada la noche...

Tomando la iniciativa, el hermano de Clarindo nos relató cuanto ya sabíamos, deteniéndose en copioso llanto al referirse a la muerte de la cuñada, sobre la que había lanzado las garras de su ira...

Extremadamente sorprendidos, Hilario y yo, notábamos la paciente atención de Silas oyendo la confesión, como si el asunto fuese una absoluta novedad.

Después de más de una hora, durante la cual nuestro sufrido compañero mantuvo la palabra, el asistente, nos comentó en particular a Hilario y a mí, que nuestro amigo tenía necesidad de expulsar del corazón herido sus dolores, y que, por nuestra parte, aunque conocíamos su drama íntimo, no debíamos interrumpir su confesión y sí recogerla fraternalmente, participando de su carga de aflicción, para que se aliviasen las cargas de su pensamiento.

Después, Silas inició con ambos hermanos una interesante conversación, proponiéndoles el reajuste por medio de la lucha reparadora.

¿No desearían volver a tomar, quizás, el camino terrestre? ¿Por qué no abrazar un

nuevo trabajo, buscando renacer en la misma familia de que provenían? ¿No sería más agradable y más fácil conquistar la reconciliación y, con ello, volver a entrar en posesión de las antiguas aspiraciones, yendo con ellas, en el plano físico, al encuentro de preciosos escalones en la vida superior?

Leonel y Clarindo, casi a la vez, se lamentaban sobre el problema de Alzira... Realmente, en su propia desesperación, habían aceptado las sugerencias de la locura, empleaban años sucesivos extendiendo la crueldad en las tinieblas, pero nada les dolía tanto como la violencia que habían practicado contra la esposa de Antonio Olimpio, la que, horrorizada ante su persecución, se había arrojado en aquellas aguas de terribles recuerdos...

Pero... ¿y si Alzira les ofreciese, personalmente, el abrazo de comprensión y ayuda?

Al ver cómo sonreían con esperanza, en el torbellino de sus propias lágrimas, el asistente se apartó por algunos minutos y volvió trayendo en su compañía a la generosa hermana que, luciendo un luminoso ropaje, les extendió las manos, ofreciéndoles su pecho, resplandeciente de amor.

Leonel y Clarindo, como si hubieran sido heridos de muerte, cayeron de rodillas, abrumados por el miedo y el júbilo...

Alzira acarició sus cabezas sumisas y les dijo en tono conmovedor.

—Hijos de mi alma, rindamos gracias a Dios por esta hora bendita.

Leonel intentó inútilmente pedirle perdón, ensayando monosílabos cortados por los sollozos, pero la madre de Luis suplicó, humildemente:

—¡Soy yo, quien debe arrodillarse, implorando vuestro cariñoso indulto! El crimen de mi esposo, es también mi crimen... Fuisteis arrancados de los más bellos sueños, cuando la juventud terrestre comenzaba a sonreiros. Nuestra desorbitada ambición os robó los recursos y las posibilidades, incluso la existencia... ¡Perdonadnos!... Hemos de pagaros nuestras deudas. El Señor nos ha de ayudar en la recuperación de nuestra casa... Dentro de poco, Antonio Olimpio y yo estaremos nuevamente en el plano físico y, con el apoyo de la misericordia Divina, os restituiremos el lugar que no nos pertenece... Permitidme, hijos míos, que pueda honrar mi alma con el privilegio de ser vuestra amorosa madre en el mundo... Para restaurar vuestra esperanza y rehacer vuestro ideal, os ofrezco mi corazón criándoos con el júbilo de mis besos y con el rocío de mis lágrimas... Pero para ello, es necesario que el olvido de nuestros pesares nazca puro, del amor que nos debemos los unos a los otros... Olvidemos los resentimientos y Dios nos proporcionará los recursos necesarios para que podamos resolver nuestras deudas... Levantaros, hijos queridos. ¡Jesús sabe que anhelo apretaros contra mi pecho y acariciaros sosteniéndolos en mis maternales brazos!...

Alzira no consiguió continuar. El llanto copioso bañaba su rostro y algo parecía obstruir su garganta, ahogando su voz.

Aun así, vimos la gloriosa victoria del amor, en aquellos instantes... Del tórax de Alzira emergían chispas de luz, en sucesivas ondas de esplendor azulado, dándonos la idea de que su grandeza interior se había transformado en fuente de inmensa luz. Amparados por ella, Clarindo y Leonel se habían levantado, a la manera de dos cria-

turas atraídas por la ternura materna, abrazándose a ella en medio de conmovedores sollozos.

Nuestra compañera, acariciándoles agradecida, les acogió en su regazo, como si estuviese amparando a dos tesoros de su corazón.

Atendiendo a una muda señal del orientador, la ayudamos como era necesario y, después de algún tiempo, transportando con nosotros a los dos nuevos amigos, entramos en el gran Instituto.

Después de ingresarles en el departamento correspondiente, Silas, muy contento, se dirigió a nosotros, diciendo:

–Gracias a Dios, nuestra tarea está cumplida. Ahora, esperemos que se rehabiliten todos, ante la nueva batalla que tendrán en la Tierra, en el servicio salvador en el que se mezcla el afecto y la aversión, la alegría y el dolor, la lucha y la dificultad, en busca de la redención.

A mi mente afloraban diversas preguntas, en forma imperiosa, pero comprendí que la Ley de causa y efecto actuaría, infatigable, abarcando a los personajes de nuestra historia, y medité en mis propias deudas... Entonces, en lugar de preguntar, besé respetuoso las manos del asistente, en mi condición de aprendiz reconocido al generoso instructor, y me sumergí silenciosamente en oración, agradeciendo a Jesús la valiosa lección que acababa de recibir.

XI

EL TEMPLO Y EL LOCUTORIO

Terminada la fase culminante del caso Antonio Olimpio, e interesados en la continuidad de nuestros estudios, Hilario y yo nos presentamos al instructor Druso, quien, después de oírnos, nos aconsejó:

–Comprendo que la Mansión, por sí misma, ya os habrá suministrado elementos básicos para llegar a serias conclusiones sobre la Ley de causa y efecto... Aquí, en la mayoría de los problemas, casi siempre encontramos los frutos concretos de la acción. Junto a nosotros, nos es posible comprobar, de cerca, la cosecha del sufrimiento en todas sus fases difíciles y dolorosas.

Y, sonriendo, continuó:

–La región infernal, permanece sobrecargada de cuentas maduras. Allí, la avaricia, soporta la acidez de atroces padecimientos, el crimen, se enfrenta a todos los tipos de angustia en el remordimiento tardío, y la delincuencia responsable es sorprendida por las tinieblas que agravan las amarguras, porque las colectividades de los labradores culpables por el plantío de tantas espinas, no disponen del valor necesario para recoger el fruto envenenado de la siembra a que se dedicaron. Desorientados y dementes, se sublevan contra las ideas que por sí mismos generaron y caen en las profundidades de la rebelión y de la desesperación... Como es muy fácil observar, alrededor de nuestra casa de reajuste y de socorro, todo, en casi todas las circunstancias, es sombra y conflictos uniformes, a la vez que un gran campo incendiado por criaturas imprevisoras, tolerando compulsivamente el fuego y el humo con los que lesionaron sus propias vidas...

Druso se calló, caminando en dirección de la ventana que se abría hacia las neblinas exteriores, miró compadecido, el triste paisaje que nuestros ojos conseguían observar y, seguidamente, se volvió hacia nosotros, afirmando:

–Aun así, estará bien que prolonguéis vuestro trabajo, anotando los principios de compensación en sectores más amplios. En ese sentido, consideramos de gran importancia las realizaciones que se efectúan en el plano físico, como factores determinantes del cielo o del infierno, en las personas que los buscan, razón por la cual os auguro un buen aprovechamiento en las actividades que emprendáis en la zona de unión entre nuestra casa y el plano físico no distante. Es necesario que reconozcamos que todos creamos o renovamos el destino todos los días, y, aquí, el examen de esa lección es más lento, ya que nuestro Instituto parece ser más una estación de llegada en el que la culpa se mueve con lentitud. Entre los espíritus encarnados, por tanto, se revela más fácilmente el mecanismo de la Ley, a través de la cual vive el alma en sus propias creaciones. En el cuerpo carnal, la planta de la existencia se desenvuelve, florece y fructifica. La muerte del cuerpo físico realiza la gran siega. En nuestro mundo, tenemos, de ese modo, la selección natural de los frutos. Los muy raros que se muestran perfeccionados, son conducidos a la labor de la luz Divina, en los planos superiores, para que logren una más amplia ascensión en el gran futuro, pero, esa masa aplastante de los que llegan deteriorados o imperfectos, se estaciona en las sombras en

las regiones inferiores en que nos hallamos, esperando nuevas plantaciones en los surcos del mundo. Cada criatura traspone la frontera del sepulcro con las imágenes que en sí misma plasmó utilizando los recursos del sentimiento, de la idea y de la acción que la vida le presta, irradiando las fuerzas que acumuló en el espacio y tiempo terrestres. Creemos, pues, que será muy oportuna la observación del tema entre las almas encarnadas, para que vuestra experiencia se enriquezca.

Aquellas afirmaciones, dichas en tono paternal, me conmovían intensamente.

Druso las pronunciaba con afabilidad y tristeza, a pesar de su sonrisa.

Como siempre, encantado con su personalidad, difícilmente abordable en conjunto, me callé, acatando sus manifestaciones, pero Hilario, valiéndose de la pausa que había surgido, preguntó con inquietud:

–¿Qué nos sugiere, para que podamos atender mejor los asuntos a que se refiere?

El instructor, respondió:

–Disponemos siempre de un renovado material de consulta en el templo y en el locutorio exterior de nuestro Instituto, usualmente frecuentado por hermanos del plano físico provisionalmente desligados del cuerpo material por el sueño, así como por compañeros desencarnados que vagan en torno a la Mansión, en espera de ser reconfortados. Muchos de ellos, están unidos a nuestro santuario por los hilos de la reencarnación, mientras que otros llegan a nosotros en busca de socorro. Tenemos numerosos trabajadores que se hacen cargo de sus reclamaciones y registran sus problemas, para orientarles con seguridad en nuestro esfuerzo de paz y cooperación. Es interesante, pues, que os incorporéis durante algunos días a nuestros equipos de servicio, colaborando con nosotros y relacionando diversos asuntos.

–¿No podíamos contar con la ayuda de Silas? –preguntó mi colega, refiriéndose al compañero cuya presencia significaba para nosotros alegría y valor.

El instructor nos contempló en forma expresiva y, sorprendiéndonos, comentó:

–Si no hubiese que tener en cuenta el objetivo de las informaciones que os interesan, no nos sería posible, permitir que Silas ayudase en vuestra adquisición de las enseñanzas que os interesan. Sabemos que vuestro trabajo es obtener instrucciones que sean útiles a los compañeros reencarnados. Por tanto, semejante tarea nos obliga a considerar vuestra petición. Realmente, no os conviene perder oportunidades ni tiempo. Y aunque sus responsabilidades sean actualmente enormes en nuestra casa, no veo cómo privaros de la compañía de Silas, quien, sin duda alguna, es aquí el depositario inmediato de nuestra mayor confianza.

Después, mientras nos sumergíamos en silenciosas consideraciones acerca de la atención y dedicación con que el gran benefactor seguía nuestra meta, Silas fue llamado a nuestra presencia, recibiendo recomendaciones para que nos prestase la necesaria asistencia.

El instructor y el asistente, en íntima conversación, cambiaron impresiones rápidamente, sin que nos fuese posible conocer su significado.

Terminada su conversación, Silas marcó la hora exacta en que quedaríamos y, por tanto, nuestra entrevista con el director de la Mansión, fue, prácticamente, terminada.

En el momento previsto, el Asistente vino a buscarnos solícito. Iríamos a visitar el templo de la Mansión.

Atravesamos largas filas de corredores, hasta que, a través de un estrecho postigo, tuvimos acceso a un amplio recinto iluminado.

El ambiente se parecía allí al de una de esas grandes capillas que conocíamos en el mundo. Expuesta hacia el exterior, una cruz de radiante material plateado, puesta sobre una mesa blanca y sencilla, situada al centro del fondo, era el único símbolo religioso allí existente. Pero en todas las paredes laterales, que se caracterizaban por una blancura de nieve, se distinguían pequeños entrantes esculpidos en forma de nichos.

La luz dominante se unía, de modo encantador, con la acariciadora melodía que resonaba dulcemente a lo largo de la nave... ¿Qué manos invisibles producían aquella música dulce y tierna que nos inducía a la reverencia y meditación?

Más de dos centenas de diversas entidades, formando un piadoso conjunto, en filas iguales, se situaban, en oración, ante los nichos vacíos.

No sé qué extraña emotividad inundó mi alma.

La fe simple de la infancia había reconquistado lo íntimo de mi ser... Recordé a mi madre cuando colocaba la primera oración en mis labios y, como si las vibraciones de aquella hora constituyesen una bendita lluvia que lavaba por completo mi espíritu, olvidé por un instante mis viejas experiencias de la vida, para pensar solamente en el Señor supremo, nuestro Dios, nuestro Padre...

Lágrimas ardientes corrían por mis mejillas.

Quise preguntarle algo al bondadoso asistente; pero, en aquel primer contacto con el santuario externo de la Mansión, no conseguí hacer otra cosa que llorar copiosamente. Y aunque podía controlar mi expresión verbal, para que las palabras no se me escapasen desordenadamente de la boca, contemplaba la hermosa luz, entre respetuoso y conmovido... Recordé al Mensajero divino que la había utilizado en el sacrificio para trazarnos el camino de la victoriosa resurrección, y repetía en lo íntimo de mi alma:

“Padre Nuestro que estás en los Cielos, santificado sea Tu nombre, venga a nosotros Tu reino. Hágase Tu voluntad, así en la Tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy. Perdona nuestras deudas así como perdonamos las de nuestros deudores. No nos dejes caer, en tentación y líbranos del mal, porque son Tuyos el reino, el poder y la gloria por siempre. Que así sea”.

Observé que Silas me acompañaba en mis menores movimientos interiores, porque, al, terminar la oración dominical, me dijo afectuosamente:

–Es verdad, André, son raros los que consiguen penetrar este ambiente sin escudarse en la oración.

Y poniendo su mirada sobre Hilario, que igualmente enjugaba sus lágrimas espontáneas, como para incluirle también en el cariño de las observaciones que exteriorizaba, continuó:

–Este pequeño campo del pensamiento, esta sublimado por sentimiento del dolor de millares de seres... Incontables legiones de almas edificadas en el sufrimiento y en la fe, han pasado por aquí, anegadas en el llanto del arrepentimiento o de la esperanza,

de la gratitud o de la angustia... Nuestro templo interno, en cuyos servicios ya habéis participado, funciona como si fuese el vivo corazón de nuestra casa, mientras que este santuario exterior es el símbolo de nuestras manos puestas en oración.

Señalando las criaturas que oraban en silencio ante aquellos altares vacíos, osé preguntar al atento hermano:

–¿Qué significan en este recinto la imagen de la cruz y estos nichos vacíos?

El Asistente me aclaró inmediatamente:

–La cruz, recuerda a todos los visitantes, que el Espíritu de nuestro Señor Jesucristo se encuentra aquí presente, pese a que nos hallemos en los abismos infernales. Y los nichos vacíos dan oportunidad a que todos se dirijan a los Cielos, de acuerdo con la fe que les sostiene. Hasta que el alma obtenga la sabiduría infinita, es indispensable que vaya por el largo camino de los símbolos de alfabetización y cultura que la dirigen en la senda de elevación intelectual, y, hasta que alcance el infinito amor, es necesario que recorra las largas rutas de la caridad y de la fe religiosa, en los múltiples departamentos de la comprensión que asegure su acceso a la vida superior. Los poderes divinos que nos rigen, determinan que toda clase de fe sincera y respetable, pueda encontrar aquí una amorosa veneración.

Observando que la reducida comunidad de almas en oración se alineaba en posiciones diversas, ya que algunas de ellas se mantenían de pie o cómodamente sentadas, mientras que la mayoría se ponía de rodillas, Hilario hizo algunas observaciones, a las que Silas, en resumen, respondió:

–Siempre que el respeto mutuo sea debidamente guardado, todos pueden orar, aquí, como mejor les parezca.

Y atendiendo a nuestra sana curiosidad, señaló a una señora que lloraba, pacientemente arrodillada ante el nicho próximo, y dijo:

–Acompañemos, por ejemplo, a aquella hermana, en su súplica. Situémonos detrás de ella, para que no la incomodemos con nuestra presencia. Y, envolviéndola en las vibraciones de nuestra simpatía, asimilaremos su onda mental, percibiendo, con claridad, las imágenes que ella crea en su proceso personal de oración.

Obedecemos maquinalmente y, por mi parte, a medida que centraba mi atención en aquella cabeza gris y agachada, más se transformaba el estrecho espacio del nicho, a mis ojos...

Poco a poco, como si emergiese de la pared, se presentó a mi vista una imagen en pantalla, causándome espanto. Era la viva reproducción de la hermosa escultura de Teixeira Lopes ¹¹, representando a la Madre Santísima llorando y al Divino Hijo muerto...

Y las frases inarticuladas de la venerable hermana que se hallaba en oración, resonaban en mis oídos:

–Madre santísima, divina Señora de la piedad, ¡compadécete de mis hijos, que vagan en las tinieblas!... Por el amor de tu hijo sacrificado en la cruz, ayuda a mi espíritu sufriente para que yo pueda ayudarles... Sé muy bien que, por siniestro apego

¹¹ Antonio Teixeira Lopes, notable escultor portugués (nota del autor espiritual).

a las posesiones materiales, no vacilaron en abrazar el crimen... En verdad, Señora, ellos son homicidas infortunados que la justicia terrestre no pudo culpar... Por eso mismo, padecen con más intensidad el drama de sus propias conciencias, empleadas en la culpa...

En ese punto del ruego, Silas nos tocó levemente en los hombros, invitándonos a recoger la debida enseñanza, y nos explicó:

–Es una pobre madre desencarnada que ruega por los hijos extraviados en las sombras. Invoca la protección de nuestra Santísima Madre, bajo la representación de la Señora de la piedad, de acuerdo con la fe que su corazón puede albergar por ahora, de acuerdo con los recuerdos traídas del mundo...

–Eso quiere decir que la imagen de nuestra visión...

Esta observación quedó en el aire, porque Silas, rápidamente, completó:

–Es una creación de ella misma, un reflejo de los propios pensamientos con que hilvana su ruego; pensamientos que se ajustan a la materia sensible del nicho, plasmando la imagen coloreada y vibrante que corresponde a sus deseos.

Y respondiendo automáticamente a las preguntas que el hecho nos sugería, continuó:

–No obstante, eso no significa que la oración esté siendo respondida por Nuestra Señora. Peticiones semejantes a ésta, se elevan a los planos superiores, y allí son acogidas por los emisarios de la Virgen de Nazaret, con el fin de ser examinadas y atendidas, de acuerdo con el criterio de la verdadera sabiduría.

Extendiendo la mirada por los circunstantes, siguió aclarando:

–Aquí, se encuentran devotos de varios grandes santos del cristianismo, en diversos cultos de fe.

Y mirando alrededor, con su amplia experiencia, señaló a otra señora que se hallaba en oración, añadiendo:

–Ahí tenemos a una noble señora, impetrando la protección de Teresita de Lisieux¹², la dulce monja del Carmelo, desencarnada en Francia.

–Y su mensaje, ¿alcanza el corazón de la famosa monja? –indagó Hilario, con el optimismo de siempre.

–¿Cómo no? –respondió el instructor. Después de la muerte del cuerpo, las criaturas efectivamente santificadas, encuentran las más altas cuotas de servicio, en la expansión de la luz o de la caridad, del conocimiento o la virtud, de todo lo cual se hicieron fuente viva de inspiración, durante su aprendizaje humano. El cielo beatífico y estancado, existe tan sólo en la mente ociosa de aquellos que pretenden lograr progreso sin trabajo y paz sin esfuerzo. Todo es creación, belleza, primor, alegría y luz incesantes en la obra de Dios, expresándose, divina e infinita, a través de aquellos que se elevan al infinito Amor. Así, pues, el corazón que deje en la Tierra una siembra de fe y de abnegación, pasa a alimentar desde el plano superior, la labor de las ideas y de los ejemplos que legó a los hermanos de la lucha evolutiva, labor que se expande en aque-

¹² Santa Teresa del Niño Jesús, en la Iglesia Católica, desencarnada en el Carmelo de Lisieux, Francia, el 30 de septiembre de 1897 (nota del autor espiritual).

llos que continúan su ministerio sagrado, creciendo, así, en trabajo e influencia para el bien, en el sector de acción iluminada y santificante que el Señor le confía.

Mi compañero, que escuchaba la aclaración con tanta atención como yo, preguntó:

–Y en la hipótesis de que el alma juzgada santa entre los hombres, no sea realmente santa en el plano de la Verdad, ¿las oraciones que le son dirigidas alcanzarán los objetivos perseguidos, aun en el caso de que el supuesto santo permanezca en duras experiencias en las regiones de las sombras?

–Sí, Hilario –aclaró el asistente–, puede ser que las oraciones no encuentren, de inmediato, al espíritu al que son dirigidas, pero alcanzan el grupo de compañeros al que dicho espíritu debía ajustarse, que, amorosamente, le sustituyen en la obra asistencial del bien, en nombre del Señor, ya que, realmente, todo amor en la creación eterna es de Dios. Imaginemos, por ejemplo, que la referida monja no estuviese, temporalmente, en condiciones de prestar auxilio... Si eso fuese así, las grandes almas, acrisoladas en la disciplina de la institución en la que tanto se distinguió, se encargarían de hacer por ella el trabajo necesario y justo, hasta que pudiese tomar sobre sus hombros el apostolado que le pertenece.

–Pero, –ponderó mi colega– ¿es posible creer que el espíritu de las congregaciones religiosas permanezca todavía vivo en las altas esferas?

El Asistente sonrió y añadió:

–No en el sentido estrecho del sectarismo terrestre. Cuanto más se eleva el alma a las cimas de la vida, más se despoja de las convenciones humanas, aprendiendo que la Providencia es luz y amor para todas las criaturas. Mientras tanto, hasta que el alma se identifique con los factores sublimes de la conciencia cósmica, los círculos de estudio y de fe, de perfeccionamiento y de solidaridad, por el bien que realizan, estén donde estén, merecen el mayor acatamiento de las inteligencias superiores que atienden la ejecución de los planos Divinos.

Después, como si quisiera fijar en nuestro espíritu los méritos de la lección, dirigió la mirada hacia una señora que se mantenía en oración, no distante de nosotros y, después de una ligera observación, nos condujo hacia ella, recomendándonos atención.

Procuramos asimilar su onda mental y, establecida la sintonía, nos sorprendió observar, en el nicho, la imagen viva y simpática de nuestro abnegado doctor Bezerra de Menezes¹³, al mismo tiempo que oíamos la súplica de nuestra desolada compañera:

–Doctor Bezerra, por amor de Jesús, ¡no abandones a mi pobre Ricardo en las tinieblas de la desesperación!... ¡Mi infeliz esposo atraviesa duras pruebas!... ¡Oh, generoso amigo, socórrenos! No permitas que descienda al abismo del suicidio... ¡Dale valor y paciencia, sostenle en el buen ánimo!... ¡Las dificultades y las lágrimas que le afligen en el mundo, caen sobre mi alma como lluvia de hiel!...”.

Silas interrumpió nuestra reflexión, diciendo:

–Según podemos ver, el santuario sirve a la oración digna, sin cultos especiales. Allí, alguien corre al amparo de la monja de Lisieux, aquí un corazón infortunado pide socorro al notable compañero de los espiritistas del Brasil.

¹³ Doctor Adolfo Bezerra de Menezes, apóstol del Espiritismo cristiano en el Brasil, desencarnado en Río de Janeiro, el 11 de abril de 1900 (nota del autor espiritual).

Antes de desviar mi atención, miré el semblante del gran médico, según los recuerdos de la hermana que oraba confiada, observando el primor de la fotografía mental que ella exteriorizaba. Veíamos, allí, el retrato del doctor Bezerra, tal como le conocemos: sereno, sencillo, bondadoso, paternal...

Anticipándose a nuestras acostumbradas preguntas, el Asistente nos informó:

–Con más de cincuenta años consecutivos de servicio a la causa espiritista, después de desencarnado, Adolfo Bezerra de Menezes hace justicia a la formación de un extenso grupo de colaboradores que le sirven bajo la bandera de la caridad. Centenas de espíritus estudiosos y benévolos, obedecen sus directrices en la labor del bien, en la que él opera en nombre de Cristo.

–De ese modo –alegó Hilario– es fácil comprender cómo puede actuar en tantos lugares al mismo tiempo.

–Perfectamente –comentó Silas– como sucede con la radio, en la que una estación emisora alcanza a distintos puestos de recepción, una sola cabeza pensante puede movilizar millones de brazos, un gran misionero de la luz, actuando en el bien, puede reflejarse en decenas y centenas de compañeros que acatan su orientación en el trabajo ajustado a los designios del Señor. Bezerra de Menezes, invocado cariñosamente en tantas instituciones y hogares espíritas, ayuda en todos ellos, ya sea personalmente o por intermedio de entidades que le representan con extremada fidelidad.

–Para ello –adujo mi colega– tendrá su propio campo de actividad, del mismo modo que un director de empresa humano posee la sede administrativa, desde la cual distribuye, con sus órdenes, las acciones necesarias de la organización...

–¿Cómo no? –dijo el asistente, sonriendo– el Señor, que tiene medios de situar dignamente cualquier dirigente de trabajo humano hasta en las más ínfimas experiencias de la vida social en el planeta, no dejaría a la intemperie a los misioneros de la luz en el plano espiritual.

Silas nos condujo discretamente, invitándonos a caminar en dirección a la puerta de acceso al patio exterior del templo.

Alcanzando la salida, notamos que la claridad del ambiente se apagaba casi de inmediato a los pocos metros de la puerta, dándonos la idea de que sufría un tremendo impacto de las sombras circundantes.

En el enorme atrio se hacía densa una inmensa turba...

Diversos grupos conversaban en voz alta... Había quien lloraba, quien imprecaba y quien gemía...

Nuestra vista, aún no adaptada, registraba mal los contornos de la gran multitud que allí se aglomeraba. No obstante, podíamos oír, con precisión, palabras y gritos, rogativas ardientes y desconsoladoras apelaciones...

Notando nuestra extrañeza, el Asistente, conmovido, observó:

–Tenemos aquí el locutorio de la Mansión, en el que comparecen grandes filas de almas sinceras y en sufrimiento, pero en general, todavía sumidos en una profunda desesperación que inhibe las ventajas de la oración pacífica.

Y, con expresivo gesto, añadió:

–En este gran recinto dedicado a la palabra libre, encontramos, realmente, nuestra frontera vibratoria... Más allá de la misma, se encuentra el dolor inconforme y terrible, generando monstruosidad y desequilibrio, expresando el infierno de la interpretación religiosa común. Sin embargo, muros adentro de nuestra casa, encontramos el dolor paciente y comprensivo, creando renovación y reajuste hacia el camino del cielo...

Ante los cuadros deprimentes que se hallaban a nuestra vista, no disponíamos de una expresión adecuada para exponer y calificar el estupor de que nos sentíamos dominados. Por eso nos callamos, de manera instintiva, ante la tranquilidad del asistente que, según vimos, recurría, silencioso, al favor de la oración.

XII

DEUDA AGRAVADA

Mientras otros servidores de la institución pasaban a nuestro lado apresuradamente, con el evidente propósito de auxiliar, el dilecto compañero de Druso, descendió por la escalera del templo, en nuestra compañía, explicando:

—Muchos compañeros del servicio, aprovechan esta hora para hacer el culto espontáneo del amor fraternal. Escuchan aquí, en este locutorio, a los desesperados y a los tristes y, tanto como les es posible, les administran medicación y consuelo, no solamente exhortándoles a la comprensión y a la serenidad, sino también, acompañándoles a los planos tenebrosos o al de los encarnados, para llevar la asistencia a los lazos afectivos que aún perturban sus corazones.

En ese momento, entramos en contacto más directamente con numerosos grupos. Ahora, adaptada nuestra vista a la sombra reinante, conseguíamos diferenciar las figuras lamentables y exóticas que nos rodeaban, en agonía... Eran mujeres de duro semblante que la miseria desfiguraba, y hombres de rostro torturado por el odio y la angustia.

Nos sería muy difícil calcular su edad según se establecía en la Tierra. Su infortunio les había convertido en fantasmas de la amargura, configurándoles casi, integralmente, en el mismo tipo de aspecto exterior. Muchos de ellos, mostraban manos semejantes a garras reseca, y en casi todos, la mirada rabiosa o medrosa, revelaba la dolorosa fulguración de la mente que desciende al pozo de la locura.

A las oraciones conmovedoras, se mezclaban clamores siniestros de rebeldía.

Y viendo, entristecidos, aquella multitud presa de rudos movimientos, ante las puertas abiertas del tranquilo santuario, preguntamos al asistente por qué no se recogían en el templo hospitalario, que se hallaba, entonces, casi desierto.

Silas, señalando la entrada del edificio que acabábamos de dejar, miró la radiante puerta que desde la penumbra en que nos hallábamos parecía un túnel abierto para la luz, y aclaró:

—Efectivamente, la medida a que os referís, sería deseable. No obstante, solamente podrían ingresar en el recinto, aquellos que pudieran soportar la claridad con el debido respeto. Casi todos los hermanos que se congregan en esta plaza, traen mutilaciones que la perversidad les impuso, o son portadores de sentimientos felinos, que sus peticiones conmovedoras no pueden encubrir. Con semejantes disposiciones, pues, no pueden resistir el impacto de la claridad dominante, compuesta de fotones específicos que se caracterizan por determinado tenor electromagnético, indispensable para la garantía de nuestra casa. Muchos de los hermanos que están aquí, claman con la boca, ansían las ventajas de la oración, en la intimidad del santuario, sin embargo, por dentro, desearían estar allí para burlarse del nombre sublime de nuestro Padre celestial, cultivando la ironía y la blasfemia. Para que no perturben la atmósfera divina que debemos cultivar para la oración pura y reconfortante, nuestros orientadores recomiendan que la luz permanezca graduada contra disturbios y prejuicios fácilmente evitables.

Hilario, asustado, comentó:

–Eso significa que solamente la sincera aflicción del alma podrá estar en sintonía con las fuerzas electromagnéticas imperantes en el recinto...

–Exactamente, así es –confirmó el interlocutor. Nuestra institución permanece de brazos abiertos a la prueba y al sufrimiento, pero no a la rebeldía y a la desesperación. De otra forma, sería condenarla al aniquilamiento y al descrédito, en la región atormentada en que se localiza.

A esta altura de la conversación, fuimos interrumpidos por decenas de brazos resacos que imploraban socorro.

Silas les miraba, compadecido, pero sin detenerse, hasta que nuestro paso fue cortado por una apresurada mujer que, ansiosamente, exclamó:

–¡Asistente Silas! ¡asistente Silas!...

Nuestro amigo la identificó, porque, parando de repente, le extendió la mano, diciendo: –Luisa, ¿a qué vienes?

Se manifestaban, en ambos, la curiosidad y la aflicción.

La señora desencarnada, con señales de irreprimible angustia, gritó sin preámbulos:

–¡Socorro!... ¡Socorro!... Mi hija, mi pobre Marina, se muere... He luchado con todas mis fuerzas para que evite el suicidio, pero ahora me siento débil e incapaz...

Los sollozos sofocaron su garganta, inhibiéndole la voz.

–¡Habla!, dijo el instructor, en tono imperativo, como si la alarma de aquel instante oscureciese su serenidad mental, imprescindible a la comprensión de la nueva situación.

La infeliz, arrodillada ahora, levantó sus ojos lacrimosos y suplicó:

–Asistente, perdone mi insistencia en hablarle de mi infortunio, pero soy madre... ¡Mi desventurada hija pretende matarse esta noche, comprometiéndose todavía más, con las tinieblas de su conciencia!...

Silas le aconsejó la vuelta al hogar terrestre, como le fuese posible, y, dándonos las manos, emprendimos un rápido viaje para atender el objetivo que nos preocupaba.

Durante el camino, nos informó:

–Se trata de una compañera de la Mansión, reencarnada hace casi treinta años, bajo los auspicios de nuestra casa. Le prestaremos la ayuda necesaria, al mismo tiempo que podréis examinar un caso de deuda agravada.

Notando que nuestro amigo se calló, mi colega expresó:

–Es impresionante observar el número de mujeres que se hallan dedicadas al trabajo de la oración y de la asistencia, en estos parajes...

Preocupado como se hallaba, nuestro generoso compañero intentó ensayar una sonrisa que no llegó a manifestarse en sus labios, y dijo:

–Es una gran verdad... Son raras las esposas y las madres que desean ir a las regiones felices, sin llevar con ellas los dulces afectos que guardan en sus corazones...

El inmenso amor femenino es una de las fuerzas más respetables en la creación Divina.

Pero, no había más tiempo para nuevas divagaciones.

Habíamos llegado, en el plano físico, a una pequeña casa constituida por tres habitaciones mal amuebladas y estrechas.

El reloj marcaba algunos minutos después de las doce de la noche. Acompañando a Silas, cuya presencia desplazó a diversas entidades de la sombra que allí se habían juntado con manifiesta intención de perturbar, ingresamos en un humilde cuarto.

Percibimos, sin palabras, que el problema era, efectivamente, desolador.

Junto a una pobre señora, desolada y exhausta, lloriqueaba inquieta una niña de tres años... Se le veía en los ojos desorbitados e inconscientes, el estigma de los que están marcados por un irremediable sufrimiento, al nacer.

No obstante, a través de la preocupación evidente de Silas, era fácil reconocer que la pobre señora era el caso más urgente a nuestros cuidados.

La infeliz, de rodillas, besaba ansiosamente a la pequeñita, mostrando la indefinible angustia de los que se despiden para siempre.

Después, con un movimiento rápido, tomó una copa que contenía un líquido cuyo contenido tóxico no nos dejaba lugar a duda alguna. Pero antes de que pudiera llevarle a los labios, el asistente le dijo con voz segura:

–¿Cómo puedes pensar en la sombra de la muerte sin la luz de la oración?

La desventurada no oyó la pregunta con los tímpanos de la carne, pero la frase de Silas invadió su cabeza como una ráfaga violenta.

Sus ojos relampaguearon con un nuevo brillo y la copa tembló en sus manos, ahora indecisas.

Nuestro orientador le extendió los brazos, envolviéndola en fluidos anestésicos de cariño y de bondad.

Marina, pues era ella la hermana para quien el aflictivo corazón materno había suplicado socorro, dominada por nuevos pensamientos, colocó el peligroso recipiente en su lugar y, bajo la vigorosa influencia del instructor, se levantó automáticamente y se estiró en el lecho, en oración...

–“Dios mío, Padre de Infinita Bondad –imploró en alta voz– ¡compadécete de mí y perdona mi fracaso! No puedo soportar más... Sin mi presencia, mi marido vivirá más tranquilo en la leprosería y mi desventurada hijita encontrará corazones cariñosos que le prodigan amor... No tengo más recursos... Estoy enferma... Nuestras deudas me aplastan... ¿Cómo vencer la enfermedad que me devora, obligada a coser sin reposo, entre el marido y la hijita que me reclaman asistencia y ternura?...”

Silas le suministraba pases magnéticos de postración e, induciéndola a un ligero movimiento del brazo, hizo que ella misma, en un impulso irreflexivo, tropezase con fuerza con la copa fatídica, que rodó al piso del cuarto, derramando el líquido letal.

Anegada en copiosas lágrimas, la pobre criatura insistió, desolada:

–¡Oh, Señor! ¡Compadécete de mí!...

Reconociendo en el propio gesto impensado la manifestación de una fuerza extraña que entorpecía la posibilidad de lograr la muerte deliberada en aquel instante, pasó a orar en silencio, con evidentes señales de temor y de rendición, actitud mental que acentuaba su pasividad, de la que se valió el asistente para conducirlo a un sueño provocado.

Silas emitió un fuerte chorro de energía fluídica sobre su córtex encefálico, y la joven, sin conseguir explicarse a sí misma la razón del sopor que invadía su campo nervioso, se dejó adormecer pesadamente, como si hubiese ingerido un violento narcótico.

El asistente interrumpió la operación de socorro y, bondadosamente, nos dijo:

–Tenemos, aquí, un tremendo problema de cuenta agravada.

Y señalando a la joven madre, ahora extenuada, continuó:

–Marina vino de nuestra Mansión, para auxiliar a Jorge y a Zilda, de los que se había hecho deudora. En el siglo pasado, se interpuso entre los dos, cuando estaban recién casados, impulsándoles a deplorables liviandades que les llevaron a una angustiosa demencia en el plano espiritual. Después de prolongados padecimientos y desajustes, el Señor permitió que muchos amigos intercediesen junto a los poderes superiores, para que su destino se reajustase, y los tres renacieron en el mismo entorno, para realizar el trabajo regenerador. Marina, la primogénita del hogar de nuestra hermana Luisa, recibió la responsabilidad de tutelar a la hermanita menor, que así creció al calor de su cariño fraternal, pero, cuando eran ya unas jóvenes, hace algunos años, de acuerdo con el programa de servicio trazado antes de la reencarnación, la joven Zilda reencuentra a Jorge y reanudan, instintivamente, los lazos afectivos del pasado. Se aman con fervor y se hacen novios. Marina, lejos de corresponder a las promesas hechas en el mundo mayor, según las cuales llegaría a amar al mismo hombre en el silencio de una renuncia constructiva, amparando a la hermanita en otro tiempo repudiada esposa, en las luchas purificadoras que la actualidad le ofrecería, pasó a maquinar proyectos inconfesables, víctima de una intensa pasión. Completamente ciega y sorda a los avisos de su conciencia, comenzó a seducir al novio de la hermana y, atrayendo para su oculto objetivo el apoyo de entidades caprichosas y enfermizas, por intermedio de pecaminosos deseos, pasó a hipnotizar al joven con el auxilio de dos vampiros desencarnados cuya compañía había ganado sin percatarse de ello... Y Jorge, inconscientemente dominado, pasó, del amor por Zilda, a la simpatía por Marina, viendo que su afecto crecía muchísimo en su interior, sin que le fuese posible controlar su expansión... Pasados breves meses, se dedicaban ambos a encuentros ocultos, en los que se comprometieron el uno con el otro en la mayor intimidad... Zilda notó el cambio del muchacho, pero procuraba disculpar su indiferencia a cuenta del cansancio en el trabajo y a dificultades en la vida familiar. Pero, faltando apenas dos semanas para el matrimonio, la pobrecita se sorprendió con la inesperada y aflictiva confesión.

Jorge le expuso el dolor que sentía en su mundo interno... No le negaba su admiración y su cariño, pero reconoció que desde hacía mucho tiempo solamente Marina debe ser su compañera en el hogar. La novia desechada sofoca el pavoroso dolor que

le subyuga y, aparentemente, no se rebela. Pero, introvertida y desesperada, consigue, aquella misma noche, la dosis de veneno con que puso término a su existencia, física. Alucinada de dolor, Zilda desencarnada, fue acogida por nuestra hermana Luisa, que ya se hallaba antes que ella en nuestro mundo espiritual, siendo admitida en la Mansión, debido a los méritos maternos. La madre desdichada, rogó el amparo de nuestros Mayores. En su posición de madre, se apiadaba de ambas jóvenes, ya que la hija traidora, a sus ojos, era más infeliz que la hija desencarnada, aunque esta última hubiese adquirido la grave deuda de los suicidas, atenuado en su caso por la alienación mental que sufrió la joven, sin razón alguna, por el incalificable abandono... Examinado el asunto cariñosamente por el Ministro Sanzio, que conocemos personalmente, éste determinó que Marina fuese considerada deudora en cuenta agravada por ella misma. Y después de la decisión, ordenó que Zilda fuese ingresada en el hogar para recibir los cuidados necesarios.

Marina había fallado en la prueba de renuncia en favor de la hermana que era su acreedora generosa, pero se condenó al sacrificio por la misma hermanita, ahora impuesta por imperio de la Ley, a su convivencia como hija en sufrimiento e inmensamente amada. Así fue como Jorge y Marina, libres, se casaron, viviendo en la Tierra el afecto por el que suspiraban. Dos años después del enlace, recibieron a Zilda, como hijita. Pero... desde los primeros meses del nacimiento, comenzaron a identificar la dolorosa prueba. Zilda, hoy llamada Nilda, nació sordomuda y mentalmente retrasada, como consecuencia del trauma periespiritual sufrido por el envenenamiento que le ocasionó el suicidio. Inconsciente y atormentada en su interior, por los recuerdos asfixiantes del pasado reciente, llora casi día y noche... Cuanto más sufre, más amplia ternura recoge de los padres que la aman con extrema compasión y cariño... La vida transcurría normalmente, a pesar de las tribulaciones de las pruebas, cuando, hace meses, Jorge fue llevado para una leprosería, donde se encuentra en tratamiento. Desde entonces, entre el esposo enfermo y la hijita infeliz, Marina, con su deuda agravada, sufre el abatimiento en que la hemos encontrado, atormentada igualmente, por la tentación del suicidio.

El asistente calló.

Hilario y yo nos hallábamos asombrados y conmovidos.

El problema era doloroso desde el punto de vista humano, pero, no obstante, encerraba una preciosa enseñanza de la justicia divina.

Silas acarició a la joven postrada y dijo:

—El Señor nos ayudará para que se recupere y reanime. En esos momentos, la hermana Luisa penetró en el recinto, entre deprimida y ansiosa.

Se enteró de todo cuanto había sucedido, mostrándose agradecida y enjugándose las lágrimas.

Mientras tanto, Silas interesado en la ayuda, administró nuevos recursos magnéticos a la debilitada madre, y, entonces, presenciamos un cuadro inolvidable.

Marina se levantó en espíritu sobre el cuerpo físico y fijó en nosotros su mirada vaga e inexpresiva...

Nuestro instructor, para despertar las percepciones de su espíritu, le acarició las pupilas con sus manos aureoladas de fluidos luminosos y, de repente, como un ciego

que recobra la vista, la pobre criatura vio a su progenitora que le extendía los brazos amigos y cariñosos. Anegada en lágrimas, se refugió en el regazo materno, gritando llena de alegría:

–¡Mamá! ¡Mamá!... Pero, ¿eres tú?

Luisa la acogió dulcemente sobre su afectuoso pecho, como a una criaturita enferma y, reprimiendo malamente su emoción, le dijo con tristeza:

–¡Sí, querida hija, soy yo, tu madre!... Demos gracias a Dios por este minuto de encuentro.

Y besándola tiernamente, aunque con aflicción, continuó:

–¿Por qué te desanimas, cuando la lucha apenas comienza? ¿Ignoras que el dolor es nuestra custodia celestial? ¿Qué sería de nosotros, Marina, si el sufrimiento no nos ayudase a sentir y reaccionar hacia el bien? Regocójate en el combate que nos hace fuertes y nos salva para la obra de Dios... No conviertas el amor en infierno para ti misma, y no creas que vas a aliviar a tu marido y a tu hijita, con la ilusión de una fuga premeditada. Recuerda que el Señor transforma el veneno de nuestros errores en remedio saludable para el rescate de nuestras culpas... La enfermedad de Jorge y la prueba de Nilda, no solamente son el camino bendito de la elevación para ellos mismos, sino también para tu espíritu, que está asociado a ellos en la experiencia y en la trama de redención... Aprende a sufrir con humildad para que tu dolor no sea, simplemente, orgullo herido... ¿Qué hiciste de tu valor de mujer y de tu devoción de madre? ¿Olvidaste el culto a la oración, que aprendiste en el hogar? ¿Te has engañado tanto como para abrazar la cobardía como gloria moral? ¡Aun estás a tiempo!... ¡Levántate, despierta, lucha y vive!... Vive para recuperar la dignidad femenina que manchaste con la traición... Recuerda a la hermana que partió, agobiada por el peso del dolor que le impusiste, y paga con desvelo y sacrificio, al pie de tu hijita enferma, la cuenta que debes a la justicia eterna!... Humíllate y rescata tu propia conciencia, con el precio de la expiación dolorosa, pero justa... Trabaja y sirve, confiando en Jesús, porque el Divino médico restituirá la salud de tu esposo, para que, juntos, podamos llevar a la pequeñita enferma al puerto de la necesaria restauración. ¡No creas que estás sola en las largas y eternas noches que pasas entre la vigilia y la desolación!... ¡Comulgamos en los mismos sueños y participamos de las mismas luchas!... ¿Qué paraíso podrá haber para los corazones matemos que lloran más allá del sepulcro, sino el que constituyen los hijos benditos, aunque ellos les causen, muchas veces, largos días de angustia? ¡Compadécete de mí, tu madre, sentenciada todavía al sufrimiento, por el amor que tengo por tí!...

Luisa se calló, a causa de los sollozos incesantes que ahogaban su voz.

Marina, ahora arrodillada y llorosa, le besaba las manos, suplicando:

–Madre, ¡Perdóname! ¡Perdóname!...

Luisa la levantó, y dándonos una idea de los calvarios maternos que acostumbran a sufrir las grandes mujeres después de la muerte, la condujo, con pasos vacilantes hasta la criaturita enferma y, acariciando la frente de la pequeñita, empapada en sudor, rogó humildemente:

–Querida hija, no busques la puerta falsa de la deserción... ¡Vive para tu hijita, como permite el Señor que yo pueda continuar viviendo para tí!...

La joven, renovada, se echó sobre la triste niña, pero, como si la emotividad de aquella hora sofocase la mente despierta, fue repentinamente atraída por el cuerpo carnal, como el hierro es atraído por el imán, y la vimos despertar, llorando copiosamente, y gritando, inconsciente:

–¡Hija mía!... ¡Hija mía!...

El asistente, se despidió de Luisa y afirmó:

–¡Lorado sea Dios! Marina resurge transformada. Nos apartamos sin pronunciar palabra alguna.

Allá afuera, en el cielo, nubes distantes se coronaban de luz a la claridad purpúrea de la aurora y, con el alma embriagada de reconocimiento y de esperanza, medité en la infinita bondad de Dios, que hace surgir, después de cada noche, la bendición de un nuevo día.

XIII**DEUDA ESTACIONARIA**

Proseguimos administrando auxilio fraternal al hogar de Marina, incluyendo la asistencia al compañero que todavía estaba recluido en la leprosería, encontrando excelentes oportunidades de estudio y de observación.

A cada paso, se nos presentaban enseñanzas y conclusiones. Las tareas y los viajes eran exitosos, cuando, una noche, en el locutorio, un afligido compañero buscó a Silas, diciéndole con ansiedad:

–Asistente, nuestra hermana Poliana parece vencida, definitivamente, por el peso de su inmensa prueba.

–¿Está en rebeldía? –indagó nuestro amigo con paciencia y bondad.

–No –aclaró el interpelado. Nuestra hermana está enferma y su equilibrio orgánico se pierde de hora en hora... A pesar de ello, lucha heroicamente para poder conservarse al pie del hijo desdichado...

Silas reflexionó rápidamente y dijo con resolución: –hay que actuar sin demora.

Y, como había sucedido en circunstancias anteriores, utilizamos el vuelo para ganar más tiempo.

En breves minutos, nos hallábamos en un paraje rural, pobre y triste. En una casucha totalmente expuesta al viento nocturno, yacía una infortunada mujer, envuelta en harapos, en una estera de paja al ras del suelo y, a pocos pasos, un miserable enano paralítico exhibía su semblante demacrado. Observamos, sin lugar a dudas, su completa deficiencia, bajo la vigilancia de la infeliz enferma, que le miraba entre la pena y el desencanto.

Mirándonos, nuestro instructor nos informó:

–Aquí tenemos a nuestra hermana Poliana y a Sabina, el hijo desventurado que el poder celestial le confió. Espiritualmente, ambos son protegidos de la Mansión, hallándose en un doloroso camino de reajuste.

Pero, el generoso amigo, parecía más interesado en la asistencia práctica que en dar información.

Inclinándose atentamente sobre la desventurada mujer, le auscultó el tórax, diciéndonos con inquietud:

–Es un caso urgente.

Y solicitando nuestra ayuda inmediata, nos unimos a la minuciosa investigación, observando que el corazón de la enferma presentaba una alarmante arritmia, como un agitado prisionero que se enredase en las estrechas arterias, llenas de extrañas calcificaciones.

Examinando aquel atormentado cuadro circulatorio, el asistente nos informó:

–Los vasos debilitados del miocardio amenazan con una ruptura próxima, ya que la enferma se encuentra con la tensión de una angustia extremada. La paralización súbita del órgano central, puede ocurrir de un instante a otro.

Hablando así, lanzó su mirada sobre aquel hombre-niño, que se hallaba estirado a dos pasos de nosotros, y agregó:

–Pero Poliana necesita disponer de más tiempo en el cuerpo físico, ya que el hijo no puede prescindir de sus cuidados. No solamente se hallan unidos por la misma prueba, sino que, también, lo están al mismo *clima fluídico*, es decir, se encuentran recíprocamente alimentados por las fuerzas que exteriorizan por la afinidad vibratoria que manifiestan. Por tanto, el fallecimiento de la madre, repercutiría mortalmente en el hijo, cuya existencia, en el estado en que se encuentra, depende totalmente de la atención materna.

Nos encontrábamos expectantes.

Silas buscó en la choza algo que le pudiese servir como socorro, pero no encontró más que un viejo cántaro con un poco de agua.

El asistente nos dijo que la enferma necesitaba medicación inmediata, considerando, no obstante, que en aquella hora de la noche no era fácil traer a ningún encarnado a semejante sitio desierto, ni disponíamos allí de recurso alguno.

Aun así, le vimos aplicar pases a la garganta de la enferma, con desvelada atención.

Después administró recursos fluídicos al sistema linfático. Comprendimos que Silas activaba la sed en la enferma, obligándola a tomar agua, ya convertida en líquido medicamentoso.

Haciendo un enorme esfuerzo, Poliana abandonó el lecho y buscó el humilde cántaro.

Después de beber ligeros sorbos, serenó sus propias ansias, como si hubiese tomado un potente calmante.

Las preocupaciones obsesionantes de aquellos momentos, cedieron lugar a la bonanza del espíritu.

El instructor, acariciándole la frente, perdida en los harapos que le servían de almohada, le transmitía fuerzas que renovaban su vigor.

Pasados algunos minutos, Poliana se mostraba plenamente fuera del cuerpo físico, pero sin la necesaria lucidez espiritual como para poder identificar nuestra presencia. Con todo, bajo la orden magnética de Silas, se levantó automáticamente. Enlazada por él y seguidos ambos por nosotros, llegamos al vecino bosque.

Lejos de percibir nuestra asistencia cariñosa, la enferma, ausente del cuerpo carnal, como en un sueño consolador, fue convenientemente acomodada por Silas sobre la alfombra de hierba suave, comenzando a sentirse más tranquila...

Terminada esa operación, el asistente nos indujo a la oración y, levantando su mirada hacia el firmamento chispeante de estrellas, rogó fervorosamente:

–“Padre de infinita bondad, Tú que provees alimento al gusano del suelo, que vistes la flor anónima, perfumándola, muchas veces sobre el lodo del charco, ¡deja des-

cender Tu compasiva mirada sobre nosotros, que estamos tan lejos de Tu amor! ¡Padre justo, compadécete de nuestra hermana Poliana!... Ella ya no es, Señor, la mujer ansiosa de aventuras y oro, dispuesta a lanzar lodo y tinieblas en el camino de sus semejantes, y sí una pobre madre fatigada, reclamando nuevas fuerzas para la renuncia. No es ya la joven vanidosa que se gozaba en atormentar al prójimo, y sí una triste mendiga inválida para el trabajo, que solloza de puerta en puerta, pidiendo pan para poder alimentar al torturado hijo de su dolor y a ella misma.

¡Padre, no le dejes perder ahora la bendición del cuerpo, en la senda redentora en que se arrastra! Dale recursos para que no interrumpa la sublime experiencia en que se encuentra... Tú, que nos diste por mediación de Tu Hijo la divina revelación del sufrimiento como el camino que conduce a Tus brazos, ayúdale a rehacer sus energías aniquiladas, para que no perezca antes de encontrar la nueva luz que aguarda su corazón para poder subir a la Gloria eterna!... “

La voz de Silas, tocada de profunda fe, nos hacía llorar a ambos.

Centellas azuladas rodeaban su cabeza y, como respuesta de lo Alto, allí, en el bosque yermo, vimos, a distancia, cinco luces, en puntos diferentes del espacio, que se acercaban aceleradamente a nosotros...

Aproximándose a nosotros, se transfiguraron en compañeros que nos saludaron contentos.

En breves minutos, fueron aplicadas a nuestra enferma energías imponderables de la naturaleza, asociadas a fluidos de plantas medicinales que los inhalaba con largas inspiraciones, y, al poco tiempo, vimos a Poliana sorprendentemente rehecha, dispuesta a volver a tomar su cuerpo físico para obtener la necesaria restauración.

–Ricos de la Tierra –pensé llorando. ¿Dónde está el poder de vuestras arcas abarrotadas de oro, ante el sublime brillo de una oración? ¿Dónde la grandeza de vuestros palacios, rebosantes de lujo y piedras preciosas, confrontada con un simple minuto de la reverencia del alma en comunión con la Paternidad de Dios, en la majestad del cielo?

Incapaz de razonar por sí misma sobre el cambio experimentado, como consecuencia de las inhibiciones que sufría en la prueba temporal, la enferma no conseguía vernos, pero sonreía, sintiéndose más robusta y ágil.

Nuevamente amparada, regresó al infecto tugurio, y la ayudamos para que pudiera reintegrarse al cuerpo físico.

Mientras abría sus ojos, reconfortada, Silas aclaró:

–La mejoría adquirida por el periespíritu, será asimilada rápidamente por su cuerpo físico.

Y añadió:

–Los médicos terrestres saben que el sueño es uno de los medios más eficientes para la curación. Ausente del cuerpo, el alma consigue, muchas veces, proveerse de recursos prodigiosos para la recuperación del cuerpo físico.

Después de la explicación, acarició los cabellos grisáceos de la pobre enferma y le prometió en voz alta;

–“Descanse. Al salir el sol, nuestros compañeros traerán hasta aquí el socorro de la caridad fraternal, valiéndose de algún samaritano de la vecindad... El Señor ha de permitir que usted continúe...”

Seguidamente, nos invitó a observar el organismo de Sabino.

Por fuera, era una dolorosa máscara de anormalidad y de aberración. Reseco, no midiendo más de noventa centímetros y ostentando una gran cabeza, aquel cuerpo deforme, exhalando olores fétidos, inspiraba compasión y repugnancia.

Su cara parecía la de un mono, exhibiendo además, en la sonrisa inconsciente y en los ojos semilúcidos, la expresión de un payaso triste.

El asistente nos recomendó que auscultáramos su interior y, por tanto, pasados algunos minutos de reflexión, me sintonicé con su onda mental, observando sus recuerdos...

Demostrando vivir esencialmente fuera de la realidad, toda la memoria de Sabino se sumergía en cuadros extraños.

Tomado forma ante nuestra vista espiritual, los pensamientos se hacían consistentes, observándole tal como él se sentía en verdad. Le veíamos con trajes palaciegos, bien puesto, influenciando a personas dispuestas a consumir crímenes ocultos, que culminaban siempre en detrimento del pueblo. Viudas y huérfanos, trabajadores humildes y esclavos misérrimos, desfilaban en la pantalla de sus complicados recuerdos. Palacetes aristocráticos y mesas opíparas, constaban como detalles fastuosos en las reminiscencias que poblaban su espíritu... Y, a su lado, siempre la misma mujer, cuyo porte soberbio revelaba a Poliana, aquella misma Poliana que yacía inerte en la estera de paja... Asombrados, identificábamos a ambos cercados de lujo y riqueza, pero manchados de sangre, de lo que eran plenamente insensibles...

Reconocimos sin dificultad que mantenían consigo grandes compromisos, el uno con el otro, en el terreno de la crueldad.

Sabino, el hidalgo orgulloso, no tenía conocimiento de Sabino el enano paralítico. En absoluta introspección, revivía el pasado, con tintes de egolatría, mostrándose en la posición del hombre engañado por una falsa superioridad frente sus semejantes.

Percibiendo nuestra perplejidad, Silas observó:

–Ciertamente, no escucharemos su palabra articulada, al encontrarse mudo y sordo, pero podemos consultar su pensamiento, ya que reaccionará en pensamiento, respondiendo a nuestras preguntas, a través de una conversación de ideas. Para ello, es imprescindible que le dispensemos el tratamiento debido a la personalidad que cree vivir... Mentalicémosle como siendo el barón de S..., título que ostentó en la última existencia, y con el que se alucinó calamitosamente en las tinieblas de la delincuencia y vanidad.

Observando las manchas rojas que aparecían en las escenas vivas de las nítidas reminiscencias en que se encerraba le pregunté con la gravedad natural que la experiencia exigía:

–Barón, ¿por qué se ve tanta sangre en su camino? ¿Han llorado muchos en él?

Noté perfectamente, que él no recogió la pregunta con los tímpanos comunes, pero la admitió en forma de idea, formulada consigo mismo, devolviéndonos la siguiente

conclusión por los hilos mentales con que nos uníamos, sin que lograra identificarme como un interlocutor invisible:

–“Sangre y lágrimas, ¡sí! ... Necesité de una gran dosis de semejante material, para lograr mis propósitos... ¿Qué triunfador del mundo no tendrá sangre y lágrimas en la base de las pirámides de la fortuna o de la dominación política en que todos se apoyan? La vida es un sistema de lucha, en el cual la humanidad se divide en dos campos opuestos: el de los que conquistan y el de los que son conquistados..., Soy un noble... No tengo vocación de perder... ¿Qué importa la aflicción de los débiles, si la muerte significa gracia y descanso?”.

Me desligué del foco mental en que expresaba los pensamientos y, después de algunos instantes, en los que Hilario se dedicaba al mismo examen que me había llamado la atención, el asistente aclaró:

–Según es fácil comprender, ante la ciencia terrestre, Sabino es un deficiente paralítico, sordo y mudo, de nacimiento... Pero, para nosotros, es un prisionero todavía peligroso, encarcelado en el cuerpo físico, de cuya tesitura, por ahora, no tiene noción alguna, dado el egoísmo que todavía tuerce su alma en proceso de incontrolable hipertrofia... La sed de posesión innoberable y el orgullo virulento, pervierten su vida íntima, fijándole en un pavoroso laberinto de siniestros engaños, que le proporcionan una completa alienación mental en el tiempo, ya que el reloj avanza en la cuenta de los días, mientras él se mantiene parado en los recuerdos en que se ve como un dominador en la Tierra, viviendo la pesadilla creada por sí mismo...

Ante los problemas que el estudio suscitaba, Hilario, sorprendido, preguntó:

–Pero... ¿Dónde está la ventaja de tales padecimientos?

Silas esbozó una leve expresión de tristeza y consideró:

–Aquí nos encontramos con una lamentable deuda congelada. Nuestro pobre compañero, deplorablemente caído, practicó numerosos delitos en la Tierra y en el plano espiritual y, hace más de mil años, viene sucumbiendo, vanidoso y desprevenido, en las garras de la criminalidad... De existencia en existencia, no supo emplear los recursos del campo físico, sino torturando los paisajes sociales en los que el Señor le concedió vivir. Diversas calamidades, como homicidios, rebeliones, extorsiones, calumnias, quiebras, suicidios, abortos y obsesiones, fueron provocados por él, desde hace muchos siglos, durante los cuales no veía otra cosa ante sí, que su insaciable egoísmo... Entre la cuna y la tumba, no cometía otra cosa que desatinos incesantes, y entre la tumba y la cuna, no ejerció otra cosa que la maldad fría e inconsecuente, todo ello, a pesar de las intercesiones de abnegados amigos que le amparaban en sus nuevas tentativas de regeneración y resurgimiento. Inspirado casi siempre en los puntos de vista de Poliana, que ha venido siendo su compañera durante múltiples jornadas, se cristalizó como un infeliz empresario del crimen, acrecentando de tal manera el desequilibrio en su última existencia, finalizada por suicidio indirecto a través de deliberada inmersión en el vicio, que no hubo otro remedio para él, que el del aislamiento absoluto en la carne, en la niebla de su organismo presente, tal cual le observamos, a modo de fiera enjaulada en el armazón de células degradadas, bajo la custodia de la mujer que le ayudó en sus caídas sucesivas, ahora en la posición de enfermera maternal de su largo infortunio. Poliana, la compañera fútil y desviada del bien, que habitualmente

había escogido para sí la condición de muñeca del placer delictivo, despertó, más allá de la tumba, a las realidades de la vida, antes que él... Despertó y sufrió mucho, aceptando la tarea de auxiliarle en la recuperación en que, por cierto, pasarán mucho tiempo todavía...”.

En el campo espiritual del enano ensimismado, observamos a través de su aura verde oscura, que todas las energías de sus puntos vibratorios refluían sobre los puntos de origen, dándonos la impresión de que Sabina estaba envuelto enteramente en sí mismo, como una oruga aislada en la cápsula creada por ella misma.

A las preguntas que no nos fue posible silenciar, Silas respondió rápidamente:

–Hasta tanto madure espiritualmente, nuestro amigo sufrirá con su mente trabajando en circuito cerrado, es decir, pensando constantemente en sí mismo e incapaz de intercambiar vibraciones con sus semejantes, a excepción de Poliana, de quien se hace satélite mudo y expectante, como un parásito adherido a la rama frondosa. Sabina es un problema de deuda estacionada, porque yace en un proceso de hibernación espiritual, compulsivamente enquistado en sí mismo, en beneficio de la comunidad de espíritus desencarnados y encarnados, ya que son tan expresivos sus gravámenes de orden material y moral, que su presencia consciente en la Tierra o en el espacio, provocaría perturbaciones y tumultos de consecuencias imprevisibles. De este modo, disfruta de una pausa en la lucha, como ensayo de olvido, para que pueda, en el futuro, enfrentar los compromisos adquiridos, dándoles una solución digna en los siglos próximos, a golpe de férrea voluntad en la renuncia de sí mismo.

Pero –preguntó Hilario, inquieto– ¿no puede disponer la espiritualidad superior de otros elementos para encarcelarle a distancia de la carne?

–Sí –confirmó Silas– Eso no es imposible. Pero, si tenemos cárceles para expiar los crímenes que oscurecen la mente humana, muchas de ellas verdaderos valles de miseria y de horror, es preciso considerar que los delincuentes ahí segregados se atraen los unos a los otros, contagiándose mutuamente las llagas morales que portan, generando el infierno en el que pasan transitoriamente a vivir. Por otro lado, contamos con muchas instituciones que funcionan a semejanza de invernaderos, en los que duermen pacíficamente criaturas desencarnadas, sumergidas por largos años, en las pesadillas que merecen hasta cierto punto, después que hacen la travesía del sepulcro... En Sabino, no obstante, encontramos un caso excepcional de rebeldía y de delincuencia sistemáticas, en cuyas sombras, un día, sintió flaquear sus fuerzas. El remordimiento hirió su corazón como la bala mortífera asalta un tigre suelto... La oración brilló en su conciencia y, antes de que su nueva actitud provocase reacciones y venganzas entre los que seguían sus pasos en la ruta de perversión, le recogieron en la Mansión, donde fue naturalmente magnetizado, cayendo en hipnosis de largo curso, siendo recibido más tarde por el cariño de Poliana, reencarnada en proceso de regeneración. Como vemos, son tan grandes las uniones de nuestro compañero en los planos infernales que, gracias a Jesús, fue ocultado provisionalmente en este cuerpo monstruoso en el cual se hace, no solamente incomunicable, sino también de algún modo irreconocible, todo ello en favor de sí mismo. Es indispensable que el tiempo, con la bondad divina, ampare sus problemas aflictivos y complejos.

Y mirándonos serenamente, dijo: –¿comprendéis?

Sí, habíamos entendido.

La experiencia, a nuestros ojos, era dura, lógica y terrible, pero justa.

Y como quien no puede ofrecer otra cosa al triste amigo, que el corazón, Silas le acarició la cabeza y le ofreció, conmovido, la bendición de una oración.

XIV

RESCATE INTERRUMPIDO

Acompañando al asistente, comenzamos a cooperar en la armonización de una pequeña familia domiciliada en un suburbio de una populosa capital.

Ildeu, el jefe de la casa, que apenas había alcanzado la madurez física, con poco más de treinta y cinco años de edad, había encontrado en Marcela la esposa abnegada y la madre de sus tres hijitos, Roberto, Sonia y Marcia. No obstante, seducido por los encantos de la joven Mara, moza liviana e inconsecuente, hacía todo lo posible para que la esposa le abandonase.

Pero Marcela, educada en la escuela del deber, se dedicaba al hogar y hacía todo lo posible para no dejar percibir su propio dolor.

Por los gestos rudos y la deplorable conducta en la casa, no era ajena al cambio que su marido venía sufriendo y, recibiendo cartas insultantes de la rival que le disputaba el compañero, sabía llorar en silencio confiándolas al fuego para que no cayesen en las manos del esposo.

Nos dolía verla, cada noche, orando, al lado de las criaturas.

Roberto, el primogénito, de nueve años de edad, le acariciaba la cabeza, adivinando los sollozos que no llegaban a salir de su garganta y las dos pequeñitas, en su inconsciencia infantil, repetían maquinalmente las oraciones dictadas por la pobre señora, elevándolas a Jesús, en favor de su padre.

En atormentada vigilia hasta altas horas de la noche, agonizaba su espíritu, observando a Ildeu hecho un perdido, llegando al hogar oliendo a alcohol, y exhibiendo señales de aventuras inconfesables.

Si ella le dirigía la palabra recordándole alguna necesidad de los niños, respondía irritado:

—¡Qué vida más infame! ¡Siempre recriminándome, censurándome y persiguiéndome con peticiones!... Si quieres dinero, ¡trabaja! ¡Si hubiera sabido que el matrimonio era esto, hubiera preferido romperme la cabeza antes que aceptar un contrato que me esclavice por toda la existencia!...

Y gritando intempestivamente, nos ponía de relieve la pantalla de sus recuerdos, en las que Mara, la joven seductora, surgía en su mente como la mujer ideal. La comparaba con la imagen de la esposa, víctima de las dificultades que la agobiaban y, gobernado por la imagen de la otra, se entregaba a extrañas ideas, intentando huir del hogar.

Marcela, anegada en llanto, le suplicaba tolerancia y serenidad, asegurándole que no desdeñaba el trabajo.

Empleaba el tiempo de que disponía, en la cooperación mal remunerada, en la lavandería modesta, etc., pero los quehaceres domésticos no le permitían hacer más.

—¡Hipócrita! —bramaba el marido, trastornado por la cólera— ¿Y yo? ¿Qué pretendes de mí? ¿Puedo, acaso, hacer más? Soy un hombre endeudado en tiendas y almacenes...

¡Le debo a todo el mundo! Sencillamente por tu causa, por tu despilfarro... No sé hasta cuándo podré soportarte. ¿No será más aconsejable que regreses a la tierra que tuvo la desgracia de verte nacer? Tus padres están vivos...

La pobre criatura, llorando, enmudecía; pero, como su voz era estentórea, casi siempre el pequeño Roberto se despertaba y corría en socorro de la madre, abrazándola, atontado por el sueño.

Ideu avanzaba sobre el pequeño interventor, dándole bofetadas y gritando con irrefrenable rebeldía:

–¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí!...

Y como si el pequeño no fuese su hijo sino un adversario, añadía, cerrando sus puños:

–¡Tengo ganas de matarte!... ¡Matarte! Todas las noches esta misma pantomima. ¡Bandido! ¡Payaso!...

El pobre niño, aferrado al pecho materno, sufría los golpes hasta que, cansado de sufrir, se iba nuevamente al lecho, en llanto convulsivo...

Pero si las niñas lloriqueaban, el padre se deshacía en ternuras, aun estando completamente borracho, diciendo con la mayor bondad:

–¡Hijitas mías!... ¡Mis pobres hijitas!... ¿Que será de vosotras en el futuro? Por vosotras todavía me encuentro aquí, tolerando la cruz de esta casa!...

Y él mismo las reacomodaba en la cuna.

Silas y nosotros, entramos en acción en beneficio de Marcela y de sus hijitos.

Del atormentado hogar, amenazado por una completa destrucción, íbamos a otros sectores de servicio, sin que el asistente encontrase una oportunidad para ofrecernos aclaraciones más amplias.

Casi diariamente, por las noches, íbamos allí, aplicando algunos minutos en tareas que llegaban a lo más recóndito de nuestros corazones.

Pero, a pesar de nuestro esfuerzo, el jefe de familia se mostraba cada día, más indiferente y distante.

Enfadado e irritado, ni siquiera saludaba a la esposa. Fascinado por la otra, había llegado a odiarla. Pretendía deshacerse del compromiso asumido y emprender una nueva vida...

Pero, ¿cómo atender al amor que sentía por las dos pequeñas?

–“Sinceramente –pensaba para consigo mismo– no quiero a Roberto, el hijo cuya mirada me acusa sin palabras, echándome en cara mi proceder. Pero adoro a Sonia y a Marcia con desvelada ternura... ¿Cómo alejarme de ellas en la probable separación? Seguramente, mi mujer tiene asegurados, ante la ley, los derechos de madre... Al ser una señora de noble conducta, Marcela contará con el favor de la justicia...”

Reflexionaba, reflexionaba...

Aun así, no renunciaba al cariño de Mara, cuyo dominio embargaba su enfermizo sentimiento.

De cualquier forma registraba su influencia sutil, debilitaba su carácter y le hacía doblar su cerviz de hombre que, antes de haberla encontrado, había sido honrado y feliz.

A veces, intentaba sustraerse a aquel yugo, pero no lo lograba. Marcela representaba la disciplina que debía observar y la obligación que le cabía cumplir. Pero Mara, con sus ojos de fuego, le impulsaba a la libertad y al placer.

En su cerebro enfermo nació una idea siniestra: asesinar a la esposa, ocultando el crimen, haciendo que su muerte, a los ojos del mundo, pasase como un auténtico suicidio.

Para lograrlo, cambiaría su conducta doméstica.

Procuraría abolir el régimen de incompreensión sistemática. Dejaría de mostrarse irritado, y fingiría ternura, para ganarse la confianza de la esposa... Y después de unos días, cuando Marcela estuviera dormida, despreocupada, le alojaría una bala en el corazón, de tal manera, que despistaría a la propia policía.

Acompañamos la evolución de su plan criminal, ya que es fácil entrar en el dominio de las formas-pensamientos, lentamente construidas por las criaturas que las elucubran, apasionadas y persistentes, siguiendo sus propios pasos.

A pesar de la aparente calma que exhibía, Ildeu, aunque sonriese, exteriorizaba, a nuestra visión, el inconfesable proyecto, preparando mentalmente el crimen con todo detalle.

Para defender a Marcela, cuya existencia era amparada por la Mansión que representábamos, el asistente reforzó en la casa el servicio de vigilancia.

Dos abnegados compañeros nuestros, pasaron a aquel hogar, velando alternativamente, día y noche, con el propósito de entorpecer el pavoroso delito.

Nos hallábamos, en actividades de asistencia al pie de algunos enfermos, cuando el hermano de servicio vino hasta nosotros, comunicándonos, inquieto, la precipitación de los acontecimientos.

Con el alma aturdida por la influencia de homicidas que habían percibido sus terribles pensamientos, Ildeu intentaría asesinar a su esposa aquella misma noche.

Silas no vaciló.

Llegamos, de inmediato, a la sencilla casa donde se reunía la atormentada familia.

Con la extensa autoridad de que se hallaba investido, nuestro orientador, con la ayuda de entidades amigas que se hallaban en su trabajo de rutina en la vecindad, alejó por completo a los espíritus alcohólicos y delincuentes desencarnados que allí se acogían.

A pesar de esto, el plan infernal se evidenciaba integralmente en la cabeza de nuestro pobre amigo.

Eran altas horas de la madrugada.

Con el corazón alterado, lanzando su mirada miedosa por las paredes desnudas de la habitación en que se hallaba, examinando el peine de una pistola, como si adivinase nuestra presencia, el jefe de familia se revelaba dispuesto a la consumación del acto execrable.

Ocupando toda su mente, surgía la escena del asesinato, calculadamente prevista, moviéndose en una sorprendente sucesión de imágenes...

¡Oh! ¡Si las criaturas encarnadas tuviesen constancia de cómo se les exteriorizan las ideas, sabrían guardarse contra el imperio del crimen y de los malos deseos y pensamientos!

El irreflexivo padre pensaba ir al aposento de los hijos, para encerrarlos con llave, para evitar su testimonio, cuando Silas, de repente, avanzó hacia el lecho de las niñas y, utilizando los recursos magnéticos de que disponía, llamó a la pequeña Marcia, en cuerpo espiritual, para que contemplara los pensamientos paternos.

La criatura, en vista de aquel cuadro terrible, experimentó un tremendo choque y volvió de pronto al cuerpo físico, gritando, despavorida, como quien se libra del dominio de una asfixiante pesadilla:

–¡Papá! ... ¡Papaíto! ¡No mates! ¡No mates!

Ildeu, en ese momento, se encontraba ya ante la puerta sosteniendo el arma en la mano derecha, e intentando actuar sobre la cerradura, con la mano libre.

Los gritos de la niña resonaron en toda la casa, provocando la alarma.

Marcela, de un salto, se puso de pie, sorprendiendo al marido al pie de la hija y, junto a ellos, la pistola que auguraba malos presagios.

La pobre mujer, bondadosa e incapaz de sospechar las intenciones del esposo, le quitó cautelosamente el arma y, creyendo que el marido pretendía suicidarse, le imploró llorando:

–¡Oh! Ildeu, ¡No te mates! Jesús es testigo de que siempre he cumplido rectamente todos mis deberes... ¡No quiero el remordimiento de haber cooperado en semejante desatino, que te lanzaría entre los réprobos de las leyes de Dios!... Haz lo que quieras, pero no te despeñes en el suicidio. Si es tu voluntad, monta una nueva casa en la que vivas con la mujer que te haga feliz... Consagraré mi existencia a nuestros hijos. Trabajaré conquistando el pan de nuestra casa, con el sudor de mi rostro... Mientras tanto, te lo suplico, ¡no te mates!...

La generosa actitud de aquella mujer nos sensibilizaba hasta las lágrimas.

El propio Ildeu, no obstante su sentimiento empedernido, se sentía tocado por la piedad, agradeciendo, en su fuero íntimo, la expresión de la esposa, digna y abnegada, ante los acontecimientos cuya dirección verdadera no había conseguido prever.

Y, aprovechando la escapatoria que desde hace mucho tiempo venía buscando, lejos de oír los gritos de su conciencia, que le instaba a una honrosa rectificación, exclamó, haciéndose la víctima: –realmente, ¡no puedo más!... Ahora, para mí, solamente me quedan dos caminos: el suicidio o irme...

Marcela, con el auxilio del asistente, descargó la pistola, condujo a las criaturas a la cama y se acostó, atribulada. En sus ojos tristes, las lágrimas corrían en la sombra, mientras oraba suplicante, en la torturada quietud de su martirio silencioso:

–¡Oh! Dios mío. ¡Compadécete de mí, pobre mujer desventurada!... ¿Qué haré, sola en la lucha, con tres criaturitas necesitadas?...

Pero, antes que el dolor punzante se transformase en desánimo destructor, Silas le aplicó pases balsámicos hipnotizándola, con lo que la atribulada mujer, desdoblándose mediante el sueño, se situó, inquieta, ante nosotros.

Considerándonos mensajeros del Cielo, en la cristalización de las creencias en que normalmente se sumergen las almas encarnadas, se arrodilló rogando amparo.

Silas la levantó bondadosamente, y le explicó:

–Marcela, somos simplemente tus hermanos... ¡Reánimate! No te encuentras sola. Dios, nuestro Padre, jamás nos abandona... Concédele la libertad a tu esposo, aunque sepamos que el deber es una bendición divina, y que tendremos que pagar muy cara la deserción del mismo... Deja que Ildeu rompa los lazos respetables de sus compromisos si él juzga que hacerlo es la única manera de adquirir la experiencia que debe conquistar... Pase lo que pase, ayúdale con tolerancia y comprensión. No quieras para él ningún mal. Por el contrario, ruega a Jesús que le bendiga y ampare donde quiera que se halle, porque el remordimiento y el arrepentimiento, la nostalgia y el dolor, para aquéllos que huyen de las obligaciones que el Señor les confía, se convierten en pesos difíciles de cargar. Sabemos que te uniste a él en sagrada alianza, en la empresa redentora del ayer próximo. Aun así, si él es débil frente a la lucha, en pleno ejercicio de la facultad de escoger, no será justo que trates de violentar su libre albedrío, imponiéndole actitudes que él debe cultivar. Ildeu se ausenta, ahora, de los compromisos que abrazó en beneficio de él mismo, e interrumpe el rescate de sus propias cuentas...

No obstante, volverá más tarde a las deudas que ahora olvida, tal vez más cargado ante la Ley... Pero no te lamentes, y sigue adelante. Sean cuales sean las luchas que alcancen tu corazón, resígnate y no temas. Haz de tus hijitos un apoyo firme en el camino que te espera. En el mundo, todo sacrificio edificante, constituye enriquecimiento de nuestras almas, en la vida eterna. Renuncia, pues, al hombre querido, respetando los caprichos de su corazón, y espera el futuro con esperanza.

Y como Marcela lloraba, temiendo el porvenir en vista de los problemas materiales que preveía, Silas le acarició la cabeza y le aseguró con cariño:

–Para manos dignas, jamás faltará trabajo digno. Contemos con la protección del Señor y marchemos sin temor. ¡Enjuga el llanto y levántate en espíritu hacia la fuente del sumo bien!...

En esos momentos, los parientes desencarnados de la joven señora, llegaron cariñosamente al recinto, extendiéndole las manos...

Nuestro orientador les confió a Marcela llorosa, rogándoles su ayuda para conseguir su restauración.

Acto seguido, nos retiramos.

Entonces se produjo un aluvión de preguntas:

¿Por qué Marcela, dulce y honesta, era odiada tanto por el esposo? ¿Por qué la preferencia de Ildeu por las hijitas, con tanto desdén por el primogénito? ¿Y la separación en perspectiva? ¿Sería justo que nuestro mentor buscara fortalecer aquella mezquina desventura de la separación, en lugar de recomendar la recuperación del amor y de la devoción del compañero?

El asistente sonrió con manifiesto desencanto y dijo:

–En las notas del apóstol Mateo ¹⁴, hay un pasaje en el cual afirma Jesús que el divorcio en la Tierra nos es permitido por la dureza de nuestros corazones. En este caso, la medida debe, ser permitida como lo hace la medicación fuerte en los casos desesperados de enfermedad. En la fiebre alta o en el tumor maligno, por ejemplo, la intervención exige métodos drásticos, para que la crisis del sufrimiento no culmine en la locura o la muerte. En los problemas matrimoniales agravados por la separación de uno de los cónyuges, o por la deserción de ambos del deber a cumplir, el divorcio es aceptable como una providencia contra el crimen, ya sea el asesinato o el suicidio... Por tanto, así como la operación para el tumor o la quinina para ciertas fiebres, son recursos de emergencia sin capacidad para liquidar las causas profundas de la enfermedad, que siguen reclamando un largo tratamiento laborioso, el divorcio no soluciona el problema de la redención, porque nadie se reúne mediante el matrimonio humano o por medio de enseñanzas elevadas espirituales, sin considerar el vínculo del pasado y ese vínculo, casi siempre son deudas del espíritu o compromiso vivo y dilatado en el tiempo. El hombre o la mujer, por tanto, pueden provocar el divorcio y obtenerlo, como siendo el menor de los males que les pueda suceder... Aun así, no se liberan de la deuda en que se hallan incursos, debiendo volver, por tanto, al pago correspondiente, tan pronto como sea oportuno.

Y como nuestras preguntas estaban en el aire, el generoso orientador, prosiguió:

–En el caso de Ildeu y Marcela, cuidadosamente estudiado ya en la Mansión, tenemos dos almas en proceso de reajuste, desde hace varios siglos. Para que no nos perdamos en detalles, conviene recordar, solamente, algunos de la última existencia, en la que ambos, marido y mujer, en Brasil se entregaron a difíciles experiencias. El, después de casado, continuó inquieto, entre la irresponsabilidad y la aventura, en las que sedujo a dos jóvenes, hijas del mismo hogar. Primeramente, engañó a una de ellas, abandonando a la esposa que la Ley le había confiado. Conviviendo con la segunda compañera, que tenía a su cargo a su hermana menor desde la muerte de sus padres, Ildeu no vaciló en esperar su floración juvenil, para someterla, igualmente, a sus caprichos inconfesables. Mientras tanto, en franca decadencia moral, las precipitó en prostitución, en cuyas corrientes de sombra se vieron las pobres criaturas, como golondrinas aprisionadas en el fango... Abandonada la esposa, que en aquella oportunidad era la misma compañera de ahora, la sufrida mujer, incapaz de soportar el aislamiento, después de cinco años de expectativa y soledad, aceptó la compañía de un hombre digno y trabajador, con el que se fue a vivir... Pasó el tiempo y, cuando Ildeu, todavía relativamente joven, pero integralmente vencido por la intemperancia y el libertinaje, regresó enfermo a la ciudad en que se había casado, buscando el calor de la esposa cuya felicidad cariñosa él mismo había destruido, no con ánimo de ayudarla o amarla, sino con el propósito de esclavizarla convirtiéndola en enfermera de su cuerpo abatido, la encontró feliz en compañía de otro hombre... Movido por un incomprensible celo, ya que había renegado de su hogar sin motivo justo, no soportó ver a la antigua compañera feliz, dando muerte al elegido de su corazón. Al poco tiempo, todo el grupo que Ildeu había llevado a la desgracia, se reunió, incluso con él mismo, en el plano espiritual, donde la justicia de la Ley considera los méritos y las faltas de cada

¹⁴ Mateo, 19: 7-8 (nota del autor espiritual).

uno... Y con el amparo de abnegados bienhechores, regresaron los personajes del doloroso drama, buscando el rescate mediante la reencarnación, con el propio Ildeu al frente de las responsabilidades, por el hecho de ser el mayor culpable. Marcela está de acuerdo en ayudarlo y vuelve a tomar su antiguo puesto, en la condición de esposa fiel. Roberto, es el compañero asesinado que regresa, al que Ildeu debe proporcionarle una nueva vida, en compensación de la que le había quitado asesinándole. Sonia y Marcia, son las dos hermanas que él arrojó al vicio y a la delincuencia, que esperan de él, hoy, como hijas queridas, la ayuda necesaria para lograr su rehabilitación.

El asistente hizo una pequeña pausa y agregó:

–No ignoráis, pues, que la reencarnación es, en el rescate, la perfecta recapitulación. Si no trabajamos por nuestra intensa y radical renovación para el bien, a través del estudio constructivo que educa nuestro cerebro y del amor al prójimo que perfecciona nuestro sentimiento, seremos tentados hoy por nuestras debilidades, tal como lo fuimos en el pasado, ya que no hicimos nada para suprimirlas, volviendo a reincidir en las mismas faltas. Según pueden observar, Ildeu, sordo a los avisos de la vida, es el mismo hombre del ayer, buscando la supuesta felicidad fuera del hogar, despreciando a la esposa, queriendo entrañablemente a las hijitas en las cuales ve a las compañeras del pasado, sin hacer algo por perder la instintiva aversión por el hijito que fue en la pasada existencia, víctima de su crimen.

–Pero –preguntó Hilario– sí él no encuentra en Marcela el amor integral, ¿por qué razón, ahora, en la presente vida terrestre, la ha vuelto a tomar por esposa? La afectividad juvenil, ¿no es señal de confianza y de ternura?

–Sí –respondió Silas bondadosamente– pero es necesario considerar que todavía nos hallamos lejos de adquirir el verdadero amor, puro y sublime. Nuestro amor, es, todavía, una aspiración de eternidad enclavada en el egoísmo y en la ilusión, en el hambre de placer y en la egolatría sistemática, todo lo cual tomamos, en nuestra fantasía, como una virtud celeste. Por tanto, nuestro afecto terrestre en la primavera de nuestros primeros sueños de experiencia física, puede ser un conjunto de estados mentales, conformando simplemente nuestros deseos. Y nuestros deseos, se alteran todos los días... Por eso, recordemos el imperativo de la recapitulación. A cualquier edad física, el hombre y la mujer, con la supervisión de la ley que gobierna nuestros destinos, encuentran a las personas y a las situaciones que necesitan para poder superar las pruebas del camino, pruebas indispensables para la construcción espiritual, de la que no pueden prescindir para lograr la justa ascensión a los planos altos. Esa es la razón de ser atraídos por determinadas almas y cuestiones, no porque las estimemos siempre en profundidad, sino porque el *pasado* nos reúne con ellas, para que por ellas y con ellas, podamos adquirir la experiencia necesaria para la asimilación del verdadero amor y de la verdadera sabiduría. Por tanto, la mayoría de los matrimonios humanos, constituyen uniones de aprendizaje y de sacrificio, en el que, muchas veces, las criaturas se quieren mutuamente y también sufren pavorosos conflictos en la convivencia de unas con otras. En esas luchas, se encuentran los recursos de la redención. El que sea más claro y más exacto en el cumplimiento de la Ley que ordena que sea mantenido el bien de todos por encima de todo, más amplia libertad encuentra para la vida eterna. Cuanto más sacrificio se invierta con servicio incesante por la felicidad de los corazones que el Señor nos confía, más elevada ascensión alcanzaremos en la gloria del divino amor.

–Entonces –dije– nuestro amigo Ildeu, ¿está interrumpiendo el pago de una deuda en que se empeñó?...

–Eso mismo.

–¿Y Marcela? –preguntó Hilario– ¿garantizará el sostenimiento del hogar en lugar de Ildeu?

–Es lo que esperamos, y haremos cuanto nos sea posible para ayudarla, ya que el esposo, una vez más, falló en los compromisos asumidos.

–¿No será lícito contar, verdaderamente, con el heroísmo de ella al frente de la casa? –insistió mi colega.

–¿Quién podrá medir la resistencia de los demás? –dijo Silas, sonriendo– Marcela es dueña de sí misma y, con la deserción del esposo, se ve obligada a hacerse cargo de una doble responsabilidad. Sinceramente, deseamos que ella sea fuerte y se sobreponga a las vicisitudes de la existencia, pero si se dejase caer en desequilibrios delictivos que comprometiesen su estabilidad doméstica, dentro de la cual deben sus hijos inclinarse hacia el bien, todavía más complicada y extensa será la deuda de Ildeu, ya que las faltas que ella cometa, serán atenuadas por el injustificable abandono del marido. El que se hace responsable por nuestras caídas, experimenta en sí mismo la ampliación de sus propios crímenes.

Hilario meditó..., meditó..., y dijo en seguida:

–Imaginemos que Marcela y los hijitos consigan vencer la crisis, superando, con el tiempo, las necesidades de que ahora son víctimas... Imaginémosles terminando la actual reencarnación, con plena victoria moral, mientras Ildeu sigue retrasado, impenitente, deudor... Si la esposa y los hijos, habiendo alcanzado definitivamente los planos de luz, renunciasen a cualquier contacto con las sombras, en franca ascensión a las líneas superiores de la vida, ¿a quién pagará Ildeu las deudas en que se agrava?

Silas, dando a su rostro un significativo gesto, explicó:

–Aunque nos hallemos todos, unos ante los otros, en proceso reparador de culpas recíprocas, en verdad, ante todo, somos deudores de la Ley ante nuestras conciencias. Haciendo el mal a los demás, practicamos el mal contra nosotros mismos. En el caso de que Marcela y los hijitos se eleven un día a planos superiores, y en la hipótesis de que nuestro amigo Ildeu siga sumergido en la Tierra, él los verá, en su propia conciencia, en sufrimiento y tristes, tal como él los hizo, sintiéndose atormentado por los recuerdos que trazó para consigo mismo, y pagará, sirviendo a otras almas de la senda evolutiva, la deuda que carga en su espíritu, ya que, hiriendo a los demás, en esencia, estamos hiriendo la obra de Dios, de cuyas leyes soberanas nos hacemos infelices reos, incurriendo en imperiosas necesidades de rectificación y reajuste.

–¿Eso quiere decir...?

La palabra de Hilario fue cortada por la observación del asistente que, sorprendiendo sus ideas, dijo firmemente:

–Eso quiere decir que, si Ildeu, más tarde, desea reunirse con Marcela, Roberto, Sonia y Marcia, redimidos ya y en los planos superiores, debe poseer una conciencia tan digna y sublime como la de ellos, para que no tenga que avergonzarse de sí mismo.

Todo esto, considerando la posibilidad de triunfo de la esposa y de sus hijitos, en las duras pruebas que el porvenir les reserva.

–¡Dios mío!... –dijo Hilario, tristemente– ¡Cuánto tiempo, entonces, para una empresa de tal naturaleza!... Y, ¡cuánta dificultad para lograr el reencuentro, si los seres queridos no se disponen a esperar!...

–Sí –confirmó Silas– quien se retrasa por su propio gusto, no puede quejarse porque los demás avancen. “A cada uno según sus obras”, nos enseñó el Divino orientador, y nadie en el universo conseguirá huir de la Ley.

Hilario y yo, profundamente alcanzados por la lección, nos callamos, confundidos, para orar y pensar.

XV

ANOTACIONES OPORTUNAS

Los problemas del hogar de Ildeu nos ofrecían amplios y preciosos estudios en el terreno puro del alma.

Por tanto, de vuelta a la Mansión en compañía del asistente, aprovechábamos el tiempo para obtener su opinión clara y sensata, sobre las recientes cuestiones que manteníamos en nuestras mentes.

Hilario fue el primero en romper la larga pausa, preguntando:

–Mi querido Silas, ¿no tenemos ahí, en el caso de Roberto y de Marcela, un ejemplo auténtico del llamado complejo de Edipo, que el psicoanálisis freudiano pretende encontrar en la psicología infantil?

Nuestro amigo sonrió y consideró:

–El gran médico austríaco podría haber alcanzado respetables explicaciones sobre el espíritu, si hubiese abierto la puerta a los estudios de la ley de la reencarnación. Desgraciadamente, atento a la pragmática científica, no tuvo bastante valor para sobrepasar la observación del campo físico, rígidamente considerado, inmovilizándose, por ello, en las zonas oscuras de la inconsciencia, en las que el “yo” encierra las experiencias que realiza, automatizando los propios impulsos. Marcela y Roberto no podrían traicionar, en su condición de madre e hijo, las simpatías acarreadas desde el pasado hasta el presente, del mismo modo que Ildeu, Sonia y Marcia, no consiguieron huir a la predilección que les unía desde el pasado. El problema es de afinidad, en su estructura esencial. La afinidad con deudas, exige el rescate.

Recordé, entonces, las exageraciones que podemos atribuir a la teoría de la libido, la energía a través de la cual, según la escuela de Freud, supone que el instinto sexual se revela en la mente, y emití algunos comentarios alusivos al asunto, deteniéndome, de manera especial, en la amnesia infantil, a la que el famoso científico presta la mayor importancia para explicar las operaciones del inconsciente.

Silas, con la mayor atención, y sin titubear, completó:

–Bastaría comprender la encarnación terrestre de un espíritu, usando un cuerpo material, para entender que las amnesias son consecuencia natural de la inadaptación temporal entre el alma y el instrumento que la utiliza. En la infancia, el “ego”, en proceso de materialización, exteriorizará reminiscencias y opiniones, simpatías y defectos, a través de manifestaciones instintivas, dejando entrever su pasado, del que se acordará muy poco en un futuro próximo, ya que estará utilizando el aparato cerebral en desarrollo, aparato que deberá servirle tan sólo por algún tiempo y para determinados fines, ocurriendo idéntica situación en la vejez, cuando las palabras se desprenden de las escenas de la memoria, traduciendo alteraciones del órgano del pensamiento modificado por el desgaste.

¿Y la tesis de la libido como hambre sexual característica en todos los seres vivientes? –insistí, con curiosidad.

–Freud –consideró Silas– debe ser respetado por el valor con que emprendió el viaje a los más recónditos laberintos del alma humana, con el fin de descubrir las llagas del sentimiento y diagnosticarlas. No obstante, no pudo probar rigurosamente sus afirmaciones, al pretender explicar el campo emotivo de las criaturas por la norma de las sensaciones eróticas.

El asistente entró en una ligera pausa, y prosiguió:

–Creación, vida y sexo, son temas que se identifican esencialmente entre sí, perdiéndose sus orígenes en el seno de la sabiduría divina. Por eso estamos lejos de poder encuadrarles en definiciones técnicas, inamovibles. No podemos, pues, limitar a las locuras humanas la función del sexo, pues seríamos tan insensatos como si pretendiéramos estudiar el sol sirviéndonos de un pequeño haz de luz filtrado por la rendija de un tejado. Examinado como fuerza actuante de la vida, en vista de la creación incesante, el sexo, en rigor, palpita en todo, desde la comunión de los principios subatómicos a la atracción de los astros, porque, entonces, expresará fuerza de amor, generada por el amor infinito de Dios. El ajuste entre el oxígeno y el hidrógeno se asentará en ese principio, formando el agua de la que se alimenta la naturaleza. El movimiento armonioso del Sol, equilibrando la familia de los mundos en la inmensidad sideral, además de sustentar su existencia, resultará de esa misma energía en el plano cósmico. Y la propia influencia de Jesucristo, que se dejó crucificar por devoción a nosotros, sus protegidos en la Tierra, para fecundar de luz nuestra mente, con vistas a la divina resurrección, ¿no será, en esencia, ese mismo principio, estampado en el más alto tenor de sublimación? El sexo, pues, no puede ser separado del reino espiritual que nos es conocido, por ser de sustancia mental, determinando mentalmente las formas en que se expresa. De ese modo, no representa una energía fija de la naturaleza, trabajando el alma, y sí una energía variable del alma, con la que ella trabaja la naturaleza que la envuelve, perfeccionándose a sí misma. Apreciémosla, pues, como una fuerza del Creador en la criatura, destinada a expandirse en obras de amor y de luz que enriquezcan la vida, condicionada igualmente a la ley de la responsabilidad que rige nuestros destinos.

Hilario, que oía atentamente las explicaciones, comentó:

–Semejante argumento, nos da a entender que la fuerza sexual no está destinada, simplemente, a generar hijos...

El comentario no me gustó, considerándole, más bien, inoportuno, ante la elevación y gran trascendencia con que Silas había proyectado el alma en estudio, pero el asistente sonrió con el mejor buen humor, y contestó:

–Hilario, amigo mío: en la Tierra, es vulgar y común fijar ese magno asunto en los genitales del hombre y de la mujer. Pero es preciso no olvidar que mencionamos el sexo como fuerza de amor en las bases de la vida, totalizando la gloria de la Creación. Fue Segismundo Freud, quien definió el objetivo del impulso sexual como búsqueda de placer... La afirmación es respetable, sí, si nos remontamos a las experiencias primitivas del espíritu en el mundo físico, pero es indispensable extender la definición, para sacarla del campo erótico en que fue encerrada. Por la energía creadora del amor, que asegura la estabilidad de todo el Universo, el alma, perfeccionándose, busca siempre los placeres más nobles. Por tanto, tenemos el placer de ayudar, de descubrir, de purificar, de redimir, de iluminar, de estudiar, de aprender, de elevar, de construir, y de

toda una infinidad de placeres, concordantes con los más santificantes estados del espíritu. De ese modo, encontramos almas que se aman profundamente, produciendo inestimables valores para el engrandecimiento del mundo, sin tocarse jamás unas a otras, desde el punto de vista físico, aunque permuten constantemente los rayos quintaesenciados del amor, para la construcción de las obras que realizan. Sin duda, el hogar digno, santuario en que la vida se manifiesta en la formación de cuerpos benditos para la experiencia del alma, es una institución venerable, sobre la cual se concentran las atenciones de la Providencia divina; pero junto a él, tenemos igualmente las asociaciones de seres que se reúnen unos con otros, en los sentimientos más puros, en favor de las obras de caridad y de educación. Las facultades del amor, generan formas sublimes para la encarnación de las almas en la Tierra, pero también crean los tesoros del arte, las riquezas de la industria, las maravillas de la ciencia, los brillos del progreso... Nadie atesora las empresas de la evolución, a solas. En todas las empresas de perfeccionamiento moral, encontramos espíritus afines que se buscan, reuniendo las posibilidades que les son propias, en la realización de emprendimientos que levantan a la humanidad, de la Tierra hacia el cielo...

Después de una breve pausa, añadió:

—El propio Cristo, nuestro Señor, para asegurar los cimientos de su apostolado de redención, llamó de esta forma a los compañeros del Evangelio que, aunque al principio no comprendiesen su excelsitud, se hicieron apóstoles suyos sin temor alguno, sellando con el Maestro inolvidable un contrato de corazón a corazón, por intermedio del cual lanzaron los fundamentos del Reino de Dios en la Tierra, en una obra de abnegación y sacrificio que constituye, hasta hoy, el más arrojado acometimiento del amor, en este mundo.

En ese punto de las explicaciones, el asistente se permitió un intervalo más prolongado.

Pero, percibiendo que queríamos una más amplia información sobre el sexo, tal como es concebido entre los hombres, para llegar a conclusiones adecuadas para nuestros estudios de causa y efecto, volvió a decir:

—Las consideraciones que exponemos sobre un tema tan extenso, saliéndonos del ángulo elevado que nuestra mente es susceptible de abarcar, no nos impiden atender al deber de exaltar la necesidad de sublimación de la experiencia emotiva entre las criaturas. Sabemos que el sexo, analizado en la esencia, es la suma de las cualidades femeninas o masculinas que caracterizan la mente, razón por la cual es imprescindible, observado desde el punto de vista espiritual, encuadrándole en la esfera de las concesiones divinas que nos cabe atender con respeto y rendimiento en la producción del bien. Entiendo que vosotros desearíais profundizar más en este tema educativo, pero, creo innecesario pormenorizar particularidades alrededor del asunto, porque conocéis sobradamente que cuanto más amplio es el discernimiento del espíritu, más imperiosas son las obligaciones ante la vida. El sexo, en el cuerpo humano, es como un altar de amor puro que no podemos relegar a la inmundicia, so pena de practicar las más espantosas crueldades mentales, cuyos efectos nos siguen, invariablemente, después del sepulcro...

Mi colega, que ardía en ansias de investigar, respetuosamente, preguntó:

–Amigo Silas, en el mundo asistimos a todo un conjunto de conflictos sentimentales que, a veces, culminan en pavorosa delincuencia... Hombres que reniegan de los sagrados compromisos del hogar, mujeres que desertan de los deberes nobles de la familia... Padres que abandonan los hijos... Madres que rechazan vástagos mal nacidos y que, a veces, les asesinan cobardemente... Todo ello, como consecuencia de la sed de los placeres sexuales que, frecuentemente, sitúan sus pasos en la senda del crimen... Todos esos errores, ¿acompañan al espíritu más allá del cuerpo físico que la muerte consume?

–¿Cómo no? –respondió el asistente, tristemente. Cada conciencia es una creación de Dios, y cada existencia es un eslabón sagrado en la corriente de la vida en que Dios palpita y se manifiesta. Responderemos por todos los golpes destructivos con que hacemos sufrir los corazones ajenos, y no nos permitiremos reposo mientras no concertemos, valerosamente, el servicio de reajuste.

Mi compañero, impresionado, insistió:

–Imaginemos que un hombre haya conducido a una joven a la relación sexual con él, por el mero placer de los sentidos, prometiéndole matrimonio y abandonándola luego vilmente al propio desencanto, después de saciar sus deseos... La pobre criatura, desengañada, sin recursos para refugiarse en el trabajo digno, se entrega a la prostitución... El hombre, ¿es responsable por los desatinos que la infeliz compañera cometa, teniendo en cuenta que él tomó parte en semejante aventura?

–Es preciso reconocer que todos responderemos de los actos que efectuamos –explicó el instructor– no obstante, en el caso en cuestión, si el hombre no es responsable por los delitos en que caiga la desventurada mujer, él es, innegablemente, el autor de la desdicha en que ella se encuentra. Y, al desencarnar con el remordimiento de la traición practicada, cuanta más luz tenga en su conciencia, más agudo será en él, el pesar de haber cometido la falta. Trabajaré, naturalmente para levantarla del abismo en que ella se arrojó por seguirle confiada, y la reconduciré a la reencarnación, aceptándola por esposa o como hija, con el fin de prodigarle el amor puro prometido, sufriendo para regenerar su mente en desequilibrio, y rescatando la paz para su conciencia atormentada por la culpa cometida.

–Del mismo modo –dijo Hilario– hemos visto en la sociedad terrestre, hombres arruinados por mujeres desleales que les precipitaron en el crimen o el vicio...

–El proceso de la reparación es absolutamente igual. La mujer que lanzó al hombre en las sombras del mal, cuando despierte a la luz del bien, no podrá descansar mientras no levante la dignidad moral de su víctima ante las Leyes de Dios. ¿Cuántas madres no vemos en el mundo, engrandecidas por las dificultades y por las renunciaciones, muriendo cada día, entre la aflicción y el sacrificio, para cuidar hijitos monstruosos que torturan sus almas y sus carnes? En muchos de esos casos terribles y emocionantes, se oculta, divina, la labor de la regeneración que sólo el tiempo y el dolor consiguen realizar.

–Todo eso, amigo mío –volvió a considerar Hilario con manifiesta amargura– nos obliga a reconocer que, en las caídas de ámbito sexual, tenemos que tener en cuenta, por encima de todo, la crueldad mental que practicamos en nombre del amor...

–Eso mismo –respondió el asistente– Persiguiendo el placer de los sentidos, acostumbramos a armar las peores celadas a los corazones incautos que nos oyen. Con

todo, huyendo a la palabra empeñada o faltando a los compromisos y votos que asumimos, no nos percatamos de la existencia de la Ley de correspondencia, que nos devuelve, entero, el mal que practicamos, y en cuya intimidad, las bendiciones del conocimiento superior, agravan nuestras agonías, ya que, disfrutando de la luz espiritual, no nos perdonamos las manchas y las llagas que portamos en nuestras propias almas. Y eso, no hablando de los crímenes pasionales perpetrados en la sociedad humana todos los días, debidos a los abusos de las facultades sexuales destinadas a crear la familia, la educación, la beneficencia, el arte, y la belleza entre los hombres. Esos abusos, son responsables, no solamente de los largos tormentos en las regiones infernales, sino también de las muchas molestias y monstruosidades que oscurecen la vida terrestre, ya que los delincuentes del sexo que llegan al homicidio, infanticidio, a la locura, al suicidio o a la quiebra o tortura de los otros, vuelven a la carne bajo el impacto de las vibraciones desequilibradas que pusieron en acción contra sí mismos, y son, muchas veces, las víctimas de mutilaciones congénitas, de la alienación mental, de la parálisis, de la senilidad precoz, de la obsesión enquistada, del cáncer infantil, de las enfermedades nerviosas de varias clases, de los procesos patológicos inabordables, y de todo un cortejo de males ocasionados por el trauma del periespíritu que, provocando desajustes en los tejidos sutiles del alma, exige largos y complicados servicios de reparación que se exteriorizan con el nombre de inquietud, angustia, enfermedad, pruebas, desventuras, deficiencias, sufrimiento y miseria. Además, mucho antes de la pompa terminológica de las escuelas psicoanalíticas modernas, que establecen conjeturas en torno a los trastornos mentales, hace casi veinte siglos que nos enseñó Jesús que *todo aquél que comete el mal, es esclavo del mal*¹⁵, y podemos añadir que, para curar el mal al que hemos esclavizado el corazón, es imprescindible sufrir la purga que lo extirpa.

Parecía que la conversación decaía, pero Hilario, interesado en aclarar sus dudas, tomó nuevamente la palabra y, sin preámbulos, preguntó:

—¿Y los problemas de la homosexualidad?

Silas se dio prisa en aclarar:

—No son necesarias más explicaciones. Considerando que el sexo es, en esencia, la suma de las cualidades pasivas o activas del campo mental del ser, es natural que el espíritu acentuadamente femenino se encuentre siglos y siglos en las líneas evolutivas de la mujer, y que, el espíritu marcadamente masculino, se detenga por largo tiempo en las experiencias del hombre. No obstante, en muchas ocasiones, cuando el hombre tiraniza a la mujer, quitándole los derechos y cometiendo abusos en nombre de su pretendida superioridad, él mismo se desorganiza hasta tal punto que, inconsciente y desequilibrado, es conducido por los agentes de la Ley Divina a un renacimiento doloroso, en cuerpo femenino, para que, en extremado desaliento íntimo, aprenda a venerar, en la mujer, su hermana y compañera, hija y madre, ante Dios, sufriendo idéntica situación a la mujer criminal que, después de arrastrar al hombre al libertinaje y a la delincuencia, crea para sí misma una terrible alienación mental a sufrir más allá del sepulcro, requiriendo, casi siempre, la reencarnación en un cuerpo masculino, con el fin de que, en el infortunio de su emotividad, sepa desarrollar en su ser el respeto que debe al hombre ante el Señor. En esa definición, no obstante, no incluimos a los grandes

¹⁵ Evangelio de Juan, 8:34 (nota del autor espiritual).

corazones y bellos caracteres que, en muchas circunstancias, reencarnan en cuerpos que no corresponden a sus más recónditos sentimientos, solicitando esa posición por sí mismos, con el propósito de obrar con más seguridad y valor, no sólo en el acrisolamiento moral de ellos mismos, sino también para ejecutar tareas especializadas, a través de situaciones peligrosas de soledad, en favor del campo social terrestre, que les vale como renuncia constructiva para acelerar el paso en la comprensión de la vida y en el progreso espiritual.

Comprendimos que Silas había eludido brillantemente la tarea de aclararnos, condensando en pocas palabras, una síntesis clara del amplio asunto que, bajo nuestro punto de vista, exigiría varios compendios para ser debidamente analizado.

Mi colega, no obstante, como quien desea estudiar todas las cuestiones difíciles, volvió a preguntar:

–Ya que nos detenemos en materia de sexología, en la ley de causa y efecto, ¿cómo interpretar la actitud de los matrimonios que evitan tener hijos, de los matrimonios dignos y respetables bajo todos los puntos de vista, que emplean normalmente los anticonceptivos?

Silas se sonrió de un modo extraño, y dijo:

–Si no se desvían hacia la delincuencia del aborto, en la mayoría de los casos son trabajadores desprevenidos que prefieren ahorrarse el sudor, hambrientos de comodidad inmediata. Desgraciadamente para ellos, apenas posponen realizaciones sublimes, a las cuales deberán fatalmente volver, porque hay tareas y luchas en la familia, que representan el precio inevitable de nuestra regeneración. Disfrutan la existencia procurando inútilmente engañarse a sí mismos, sin embargo el tiempo les espera, inexorable, para darles a conocer que la redención nos pide el máximo esfuerzo. Negándose a acoger a nuevos hijos, casi siempre programados para ellos antes de la reencarnación, se envuelven en la superficialidad y los preconceptos de las experiencias de nivel más bajo, para despertar, después de la tumba, sintiendo frío en el corazón...

–¿Y el aborto provocado, asistente? –preguntó Hilario, sumamente interesado– ante tus palabras, es de imaginar que constituye una falta grave...

–¿Falta grave? será mejor decir doloroso crimen. Arrancar una criatura del seno materno, es un infanticidio confeso. La mujer que lo promueve o que consiente en semejante delito, es obligada, por las leyes irrevocables, a sufrir alteraciones deprimentes en el centro genésico de su alma, predisponiéndose, generalmente, a dolorosas enfermedades, como la inflamación de la matriz, el vaginismo, el dolor uterino, el infarto uterino o la tumoración cancerosa, problemas por los que, muchas veces, desencarna, llegando al Más Allá para responder, ante la justicia Divina, por el crimen practicado. Entonces, se ve a sí misma viva, pero enferma e infeliz, porque, por la incesante recapitulación mental del acto abominable, a través del remordimiento retendrá, por largo tiempo, la degeneración de sus fuerzas genitales.

–¿Y cómo se podrá recuperar?

El asistente pensó durante unos momentos, y añadió:

–Imaginaros una matriz mutilada o deformada, en la mesa de cerámica. El alfarero no la utilizará como modelo del noble vaso, pero la aprovechará para experiencias de

segunda y tercera clase... La mujer que corrompió voluntariamente su centro genésico, recibirá, en el futuro, almas que viciaron la forma que les es peculiar y, por tanto, será madre de criminales y suicidas, en el campo de la reencarnación, regenerando las energías sutiles del periespíritu, a través del sacrificio noble con que se dedicará a los hijos torturados e infelices, de su propia carne, aprendiendo a orar, a servir con nobleza y a mentalizar la maternidad pura y sana, que acabará reconquistando al precio de sufrimiento y de trabajo...

Inexplicablemente, Hilario enmudeció y, en vista de la lógica en que se basaban las indicaciones de Silas, no tuvo valor para seguir preguntando, absorto, además, por el temor de profundizar demasiado en un terreno que me llevaría a considerar mis propios errores, prefiriendo, así, guardar silencio para aprender y pensar.

XVI

DEUDA ALIVIADA

En nuestros estudios de la Ley de causa y efecto, no podemos olvidarnos de Adelino Correia, el hermano de la pura fraternidad.

En la víspera del bello acontecimiento que vamos a narrar, le visitamos en compañía de Silas, que nos lo presentó en las actividades de un centro Espírita.

Le escuchamos haciendo preciosos comentarios del Evangelio, bajo el influjo de iluminados instructores, de los que asimilaba las corrientes mentales con la docilidad confiada de un hombre profundamente habituado a la oración.

Hablaba con maestría, arrancándonos lágrimas por la emotividad con que nos tocaba las fibras más íntimas. Vestido sencillamente, denotaba la condición del trabajador situado en experiencias difíciles, pero la situación de prueba en la que parecía involucrarse, era más amplia. Adelino revelaba muchos eczemas en la piel que tenía a la vista. La cabeza, los oídos y muchos puntos de su rostro, exhibían placas rojas, sobre las que se formaban diminutas vesículas de sangre, mientras que las demás regiones de la epidermis, aparecían agrietadas, evidenciando una afección cutánea crónica. Además, su aspecto tímido y triste, indicaba tormentos ocultos que dominaban su mente. A pesar de todo ello, tenía en los ojos maravillosamente lúcidos, la marca de la humildad.

Le asistían varios amigos espirituales, con atención.

Se acercó a nosotros una dulce anciana desencarnada, que conocía a nuestro instructor, diciéndole afectuosamente:

–Asistente, vengo a rogarle ayuda en beneficio de la salud de nuestro Adelino. Le noto, últimamente, más incómodo, por el dolor de las heridas no cicatrizadas...

–Sí, sí... –respondió Silas, cordialmente–, su caso merece nuestro especial cariño.

–Él piensa en las necesidades de los otros, sin pararse a reflexionar en las suyas propias... –añadió la anciana, conmovida.

El asesor de Druso, prosiguió con cariño:

–Dos de nuestros médicos le vienen asistiendo con la mayor atención, cuando se encuentra ausente del cuerpo, por la influencia del sueño.

Y acariciándole la cabeza, dijo:

–Esté tranquila. Correía estará plenamente curado, muy en breve.

Los múltiples servicios de la casa se desarrollaban con eficiencia, y Adelino, entre ellos, atraía nuestra atención por la seguridad espiritual con que se conducía. Cercado por las vibraciones radiantes de sus pensamientos, centralizados en el santo objetivo del bien, nos parecía un compañero revestido de luz.

Unos momentos después de haberse apartado la anciana, se nos apareció un simpático muchacho, igualmente desencarnado que, después de saludarnos, rogó reverentemente a nuestro instructor:

–Le pido permiso para solicitar que me conceda un valioso favor...

–Habla sin temor.

Y el joven recién llegado, con lágrimas que no llegaban a caer de sus ojos, dijo:

–Mi querido asistente, sé que nuestro Adelino viene atravesando cierta crisis económica... Por lo mucho que auxilia a los demás, se despreocupa de sus propias necesidades. Por el amparo que él ofrece constantemente a mi pobre madre encarnada, insisto en el apoyo de su amistad para que sea favorecido. La semana pasada, oyendo las súplicas de mi pobre madre viuda, envuelta en gran penuria por no poder atender a dos de mis hermanos enfermos, le busqué, llorando, transmitiéndole llamadas mentales para que nos protegiese y, sin vacilar, creyendo obedecer a sus propios impulsos, visitó nuestra casa, entregando a mi sufrida madrecita lo que ella necesitaba... ¡Oh, mi querido asistente, se lo ruego por el amor de Jesús!... ¡No deje en dificultades a quien tanto nos auxilia!...

Silas acogió el pedido con risueña benevolencia, y dijo:

–Descansemos. Adelino permanece en la red de simpatía fraternal que tejió para sí mismo. Son muchos los amigos que se encargan de proporcionarle los recursos indispensables para el fiel desempeño de la tarea a que se dedicó. Las circunstancias en la lucha material se armonizarán en su favor, atendiendo a los méritos que tiene conquistados.

Efectivamente, el servicio espontáneo en la afectuosa defensa del amigo que se hallaba ante nosotros, servicial y confiado, era un tema de amistad y de gratitud, que se debía estudiar.

–Se diría –observó Hilario, intrigado– que todos los espíritus que transitan por esta casa, son deudores del hermano que tenemos a la vista...

–Sí –confirmó Silas pacientemente– los créditos de Adelino son realmente enormes, no obstante las deudas que todavía tiene que saldar... Cultiva la ventura de plasmar la fe y el conocimiento superior que los mensajeros de Jesús le confían en obras de genuino amor fraternal, que le granjean un gran reconocimiento.

Después, el mentor amigo nos recomendó que aprovechásemos los minutos de atención fraterna, en el centro en que nos hallábamos, hasta que pudiésemos entrar en un contacto más amplio con el servidor, cuya existencia actual se desdoblaba bajo los auspicios de la Mansión que patrocinaba nuestros estudios.

En vista de la simpatía que Adelino despertaba igualmente en nosotros, nos acercamos a él, con el fin de ofrecerle de algún modo nuestras fuerzas, en la actuación de los pases magnéticos que acababa de administrar en favor de algunos enfermos.

Era curioso pensar que nosotros mismos, en aquel primer encuentro fortuito, nos sentíamos dispuestos para participar en sus tareas, solamente atraídos por su irradiante bondad.

La abnegación, en todas partes, es siempre una estrella sublime. Basta que se nos ponga de manifiesto, para que todos gravitemos en torno a su luz.

Terminado el servicio de la noche, Silas y nosotros, acompañamos a Adelino a su casa.

Le esperaba, en el umbral de la puerta, su madre que, evidentemente, sobrepasaba los sesenta años de edad.

Silas se dio prisa en presentárnosla, explicando:

–Es nuestra hermana Leontina, la cariñosa madre de Correia, madre y amiga que protege su existencia.

Reparando en la avanzada madurez del amigo que ocupaba nuestra atención, mi colega indagó:

–Adelino, ¿es casado?

–Sí; nuestro hermano está casado pero no cuenta con la presencia de la esposa.

La respuesta nos daba a entender que el compañero atravesaba pruebas ante las cuales cabía nuestra respetuosa discreción.

Y mientras la madre y el hijo conversaban, Silas nos hizo penetrar en el aposento próximo.

Junto a la puerta de entrada, se alineaban tres lechos, ocupados por otras tantas criaturas.

Una niña rubia, de unos nueve o diez años de edad, al lado de dos pequeños de tez oscura, recordaba a Blanca Nieves entre dos enanos.

Todos dormían, plácidamente.

Acariciando aquella muñeca viva, el asistente nos informó:

–Esta es Marisa, la hijita de Correia, de quien su madre se distanció definitivamente, hace seis años.

Señalando después a los dos niños de color, dijo:

–Y estos pequeñitos, son Mario y Raúl, dos niños abandonados que Adelino recogió como si fueran hijos de su corazón.

Hilario y yo, adivinando las aflicciones ocultas que ciertamente abundaban en la existencia del jefe de la casa, nos callamos en reverente expectativa.

Comprendiendo nuestra actitud, Silas nos comentó, aclarando:

–Para resaltar el santificante esfuerzo de un amigo, para estudiar juntos un proceso de deuda aliviada, veremos algo del reciente pasado del compañero que estamos visitando, empeñado ahora en la labor de su propio rescate.

Como si deseara centralizar los recursos de su memoria, enmudeció por unos instantes y, finalmente, continuó:

–A mediados del siglo pasado, Adelino era hijo bastardo de un joven muy rico, que le recibió de las manos de la madre esclava, que desencarnó al traerle al mundo. Martín Gaspar, el joven hacendado que fue su padre soltero, era un hombre de corazón endurecido, acostumbrado desde muy temprano al orgullo y a la tiranía, por la negligencia del hogar en que había nacido. Abusaba cuando quería de las doncellas cautivas, y, en muchas ocasiones las vendió con los propios hijos recién nacidos, para no escuchar sus peticiones. Temido en la gran casa de la que se convirtió en señor absoluto a la muerte del padre, que en vano buscó tardíamente controlar sus instintos, sabía hacer uso del tronco y del látigo, sin compasión alguna. Era aborrecido por la mayoría de los siervos y adulado por cuantos obtenían sus favores a cambio de la lisonja servil.

Pero, para el hijo Martín, –el Adelino de ahora– su ternura y dedicación no tenían límites. Inexplicablemente para él mismo, le amaba con desvelada ternura, al punto de disponer que se le diera una educación esmerada, en la propia hacienda. Entre padre e hijo, se estableció, de ese modo, el más santo lazo afectivo. Eran compañeros inseparables en los juegos y en los estudios, en el servicio y en la caza. Fue así que Gaspar, a pesar de ser cruel para los otros frutos de su propia carne en las cabañas en las que reinaba el sufrimiento, no dudó en legitimarle como hijo ante las autoridades, haciéndolo partícipe de su nombre y de su herencia. Padre e hijo contaban, respectivamente, cuarenta y tres y veintiún años de edad, cuando Gaspar, hasta entonces solterón maduro, decidió casarse en la ciudad, desposando a María Emilia, liviana joven de veinte años, que, al venir a la hacienda rural, ejerció sobre el hijastro una extraña fascinación. Martín, extremadamente amado por el padre, atraído ahora por los encantos femeninos de la madrastra, comenzó a sufrir un tremendo conflicto sentimental. Él, que se juzgaba como el mejor amigo de Gaspar, comenzó a detestarle. No toleraba la posesión de la mujer que deseaba, sabiéndose ardientemente querido por ella, ya que María Emilia, con cualquier pretexto, sabía cómo ir con él sola de viaje, momentos en los que intensificaba su afecto juvenil. Ambos sabían evadir cualquier desconfianza y, totalmente entregado a la pasión que le arrastraba, el joven Martín, desprevenido, planeó su horrible parricidio. Sabiendo que el padre estaba en cama, sometido a un tratamiento para curar su hígado enfermo, compró la cooperación de dos capataces de su entera confianza, Antonio y Lucidio, verdugos igualmente de muchachas cautivas y, una noche, le administró una poción hipnótica, con la aprobación de la madrastra... Tan pronto como el enfermo se quedó dormido, ayudado por los dos cómplices que odiaban al patrón, esparció resinas sobre el lecho paterno, simulando un incendio ocasional, en el cual Gaspar se ausentó del cuerpo físico con horribles sufrimientos. Conducido el padre al sepulcro y ya en poder de la herencia, intentó la felicidad al lado de María Emilia. Pero el padre desencarnado, poseído de cólera, le envolvió en nubes de fluidos inflamados, contra los cuales el infeliz no poseía defensa alguna... Apegándose al afecto de la compañera, Martín procuró anestesiar su conciencia y olvidar... olvidar... Confió la hacienda al cuidado de sus dos cómplices en el tenebroso delito y, en compañía de la mujer, se fue a Europa en busca de reposo y de distracción. Pero todo era inútil... Al cabo de cinco años de resistencia, cayó integralmente vencido, bajo el yugo del espíritu paterno, que le cercaba incesantemente, a pesar de ser invisible. Se le abrió la piel en llagas, como si llamas ocultas se la quemasen. En el lecho del dolor, envuelto por el remordimiento, recapitulaba mentalmente la muerte de su progenitor, profiriendo gritos de martirio salvaje... No hacía otra cosa que llorar, gritando constantemente el arrepentimiento de que estaba poseído, en cuyas manifestaciones fue interpretado como loco por la propia compañera, que se apresuró en reconocer la supuesta alienación mental, con el propósito de no comprometerse ella misma ante los amigos y sirvientes. Encadenado a semejante suplicio, Martín recibió el escarnio y abandono, en su propia casa, expirando víctima de su propio tormento. Martín Gaspar, el padre asesinado, le aguardó en el sepulcro, arrastrándole hacia las sombras infernales, donde ejerció sobre él una pavorosa venganza... El desdichado hijo desencarnado sufrió terribles humillaciones e indescriptibles tormentos, durante once años consecutivos, en lóbregas cárceles de las tinieblas, hasta que, amparado por mensajeros de Jesús, que promovieron su rescate, ingresó en nuestro Instituto en una lamentable situación, según fui informado. Habiendo entrado en sintonía con su pro-

genitor sediento de venganza, a través de las brechas mentales del remordimiento y del arrepentimiento tardío, fue hipnotizado por genios perversos, que le hicieron sentirse dominado por llamas torturadoras. Fijada su imaginación en semejante cuadro de angustia, el propio Martín alimentaba, con su pensamiento culpable, las llamaradas en que se torturaba sin consumirse, hasta que fue convenientemente aliviado y socorrido por nuestros instructores, a través de recursos magnéticos que curaron su doloroso desequilibrio. Entonces, después de su mejoría, se dedicó a los más duros servicios de nuestra Institución, conquistando, con el tiempo, apreciables laureles que le valieron para poder volver al plano físico, con el derecho a iniciar el pago de la larga deuda con que se había cargado desprevenidamente. Cultivando la oración con la renovación de su mundo íntimo, renació con el espíritu inclinado a la fe religiosa, ardiente y operante, encontrando en el Espiritismo Cristiano, bajo la influencia de los amigos desencarnados que le asisten, un precioso campo de fortalecimiento moral y trabajo digno, en el cual ha sabido extender, con loable aprovechamiento del tiempo, su radio de acción en el estudio edificante y la caridad pura, atrayendo a su favor las más amplias simpatías, por parte de hermanos encarnados y desencarnados, que le deben generosidad y cariño. Sufriendo inmensas dificultades materiales, creció, desde muy temprano, huérfano de padre, como consecuencia de no haber sabido valorar, en el pasado, la ternura paterna, luchando con extremada pobreza y constantes enfermedades... Custodiado, no obstante, por los benefactores de nuestra Mansión, fue conducido a un templo espírita, todavía muy joven, en donde, al ser sometido al tratamiento del problema de su piel, conoció nuestra renovadora Doctrina... La lectura de los principios espiritistas, alumbrados por el Evangelio del Señor, constituyó para él recuerdos naturales de las enseñanzas asimiladas en nuestra casa antes de reencarnar. Desde entonces, aceptó noblemente la responsabilidad de vivir, y buscó, por encima de todo, aplicar en beneficio propio las directrices regeneradoras de la fe que abraza. Se disciplinó. Rindió sincera pleitesía a sus obligaciones y, a pesar de las dificultades corporales que sufre, desde muy joven se dedicó a la representación comercial, de donde obtiene benditos recursos que sabe repartir entre numerosos necesitados, reservando para sí mismo sólo lo indispensable. No es un rico de la Tierra, en el concepto que tenemos de ello, pero es un trabajador de la fraternidad, que sabe dar el propio corazón en aquello que distribuye. Trillando el camino de la sencillez y de la renuncia edificante, modificó las impresiones de muchos de los compañeros de otro tiempo que, en los bajos planos de la sombra, se habían convertido en perseguidores, obsesores que, al observar sus nuevos ejemplos, se sentían moralmente desarmados para mantener su asedio. No deja de resarcir sus culpas, sufriendo las consecuencias en sí mismo. Pero, por los valores que ya atesora, dedicado al bien ajeno, rescata el pasado con el mayor alivio posible, ganando tiempo y adquiriendo nuevas bendiciones. Ayudando a los otros, aligera, día a día, el montante de sus deudas, ya que la misericordia del Padre celestial, permite que nuestros acreedores atenúen el rigor de sus cobros, siempre que nos vean ofreciendo al prójimo necesitado, aquello que le debemos...

Silas entró en una pequeña pausa, pero Hilario, fascinado como yo con su exposición clara y sensata, ávido de enseñanzas, rogó:

—Continúe, asistente. Esta lección vívida, ilumina nuestras esperanzas... ¿Cómo podemos comprender que Adelino está “ganando tiempo”?

Nuestro amigo sonrió y añadió:

–Correia, que no merecía la ventura del hogar tranquilo, por haber arruinado el hogar paterno, se casó y padeció el abandono de la compañera que no pudo entenderle.

Avanzando hacia la tierna Marisa, que dormía, añadió:

–Así, por la vida útil a que se consagra y por la caridad incesante que está ejerciendo, atrajo hacia sí, como hija de su carne, a la antigua madrastra que desvió de los brazos paternos, hoy reencarnada junto a él para reeducarse al calor de sus nobles ejemplos, teniendo el dolor de saberse hija de una pobre mujer que abandonó a su familia, del mismo modo que ella menospreció a la suya en el pasado reciente... Pero... no es la única ventaja de Adelino...

Silas puso levemente la mano en los pequeños que reposaban, y prosiguió:

–Dedicándose en cuerpo y alma a su renovación en Cristo, nuestro amigo recogió, como hijos adoptivos a los dos cómplices del parricidio tremendo, los antiguos capataces Antonio y Lucidio que, abusando de humildes doncellas esclavas, a las que arrancaban los hijitos para exterminarles o venderles, no encontraban sino el lupanar por cuna, alcanzando el círculo afectivo del compañero de otro tiempo, en la sangre africana que tanto ultrajaran, con el fin de recibir de él el amparo moral y la reforma necesaria.

Mientras aprovechábamos la preciosa enseñanza, Silas observó:

–Como es fácil reconocer, nuestro hermano, a través de la responsabilidad espiritista cristiana, correctamente sentida y vivida, conquistó la felicidad de reencontrar los lazos del pasado, del mismo modo que, si hubiese desertado de la lucha por la irreflexión de la compañera, o si hubiese cerrado la puerta de su corazón a los dos niños infelices, habría pospuesto, para futuras existencias, el noble trabajo que está haciendo ahora...

Nos disponíamos a formular nuevas preguntas, pero Correia procedía a despedirse de su madrecita y a ocupar una modesta cama, no lejos de las criaturitas.

Poniendo de manifiesto hábitos respetables, se sentó, orando. Entonces, Silas, recomendándonos cooperación, se acercó a él y le aplicó pases magnéticos. Luego, nos aclaró:

–Por la utilidad que sabe imprimir a su vida, Adelino mereció la limitación de la enfermedad congénita de que es portador. Habiendo sufrido por largo tiempo el trauma periespiritual del remordimiento por haber incendiado el cuerpo de su propio padre, alimentó en sí mismo extrañas llamaradas mentales que, como ya os dije, le castigaron intensamente después del sepulcro... Por eso, renació con la epidermis atormentada por vibraciones calcinantes que, desde muy temprana edad, aparecieron en su nuevo cuerpo en forma de eczema de mal pronóstico... Semejante molestia, en vista de la deuda en que incurrió, debería cubrirle todo el cuerpo durante muchos y angustiosos lustros de sufrimiento, pero, por los méritos que va adquiriendo, la enfermedad no tomó las proporciones que podían impedirle trabajar y aprender, ya que se granjeó la ventura de continuar sirviendo, por impulso espontáneo, en la siembra del bien.

A esa altura, tal vez porque el dueño de la casa se disponía a dormir, el asistente nos invitó a retirarnos.

De regreso a la Mansión, nuestro amable mentor prosiguió expresando brillantes comentarios en torno al “amor que cubre multitud de pecados”, como enseñó el apóstol Pedro, cuando Hilario, interpretando mis preguntas, dijo:

–Asistente, con una explicación así, tan clara, es justo que aspiremos a conocer determinados detalles sobre la misma. ¿Podemos, si es posible, enterarnos de la situación de Martín Gaspar, el padre que sufrió el martirio del fuego?

Al observar que Silas se mantenía en silencio, mi colega continuó:

–¿Tendrá conciencia del trabajo renovador de Adelino? ¿Sentirá todavía por él, menosprecio y odio?

–Martín Gaspar, –respondió por fin el interlocutor– si bien era infatigable en su violencia, se impresionó con el mismo empeño por los ejemplos de nuestro amigo. Al observar su transformación, abandonó las compañías indeseables a que se había unido y pidió asilo en nuestro instituto, hace algunos años, en donde aceptó severas disciplinas...

–Y, ¿en dónde se encuentra ahora? –insistió Hilario, con ansiedad. Quizá ¿nos será permitido verlo, para observar sus cambios?

En ese instante, llegábamos a la entrada del santuario de nuestras obligaciones, y Silas, sin posibilidad de extenderse más, acarició los hombros de nuestro compañero, diciendo:

–Cálmate, Hilario. Es posible que volvamos al tema, dentro de breves horas.

Nos despedimos, conservando las anotaciones como si se tratase de un estudio interrumpido, esperando la secuencia de los hechos.

Al día siguiente, una grata sorpresa visitó nuestros corazones. Cuando el reloj anunció alta noche en la extensa franja planetaria en que se mantenía nuestro domicilio, el asistente nos vino a buscar, complaciente.

Iríamos al plano físico, pero, aquella noche, en compañía de Druso, el orientador de la institución.

Nos alegramos, aunque con una natural curiosidad.

Era la primera vez que íbamos a viajar junto al gran mentor, que había conquistado en nosotros el más amplio respeto. Y, si es verdad que el privilegio nos alegraba, al mismo tiempo nos preguntábamos por el motivo por el que se iba a ausentar de la Institución que siempre reclamaba su presencia.

Pero no tuvimos oportunidad para largas divagaciones.

En compañía de Druso, que se hacía seguir por Silas, por dos hermanas altamente responsables en los servicios de la Mansión y por nosotros, utilizamos el medio más rápido para el viaje, ya que el mayor responsable del Instituto, no disponía de mucho tiempo para un viaje que no fuese de corta duración.

Mis deseos de provocar la palabra del asistente, eran grandes.

Deseaba oírle en conversación educativa en torno al problema que habíamos abordado la noche anterior, pero, la presencia de Druso nos inhibía de tratar cualquier tema que no fuese aquél que no partiese de él. Su dignidad no nos privaba de la libre expresión, pero nos infundía un tremendo respeto.

Durante el corto viaje, escuchamos sus conceptos oportunos y sabios sobre múltiples cuestiones de justicia y de trabajo, admirando en él, cada día más, su cultura y su benevolencia.

Vi con sorpresa que nuestro grupo se paró a la puerta del hogar de Adelino, que habíamos dejado la víspera.

Nos esperaban en el umbral dos auxiliares que ya conocíamos.

Después de los mutuos saludos, uno de ellos avanzó hacia Druso, diciéndole reverentemente:

–Director, el pequeño recién nacido estará con nosotros dentro de media hora.

El gran mentor agradeció su información y nos invitó a acompañarle.

En la casa que ya nos era familiar, el reloj marcaba las dos horas y veinte de la madrugada.

Atónitos, seguimos al orientador que iba delante, entrando en la habitación de Adelino, que, según creíamos, comenzaba a dormir.

Druso le acarició la frente por algunos momentos, y vimos a Correia levantarse del cuerpo físico, como si le moviesen poderosas palancas magnéticas, dejándose caer en los brazos del gran orientador, como un niño enternecido y feliz.

–Amigo mío –le dijo Druso entre grave y tierno– llegó la hora del reencuentro...

Correia comenzó a llorar, aterrorizado, sin conseguir librarse de los brazos que lo acogían.

–Oremos juntos –indicó el bondadoso amigo, y elevando la mirada a lo alto, bajo nuestra profunda atención, Druso suplicó:

“Dios de bondad, Padre de infinito amor, que creaste el tiempo como incansable guardián de nuestras almas destinadas a Tu seno, ¡ fortalécenos para que logremos la renovación necesaria!... Tú, que conoces nuestros crímenes y deserciones, concédenos la bendición de los dolores y de las horas, para redimirnos. ¡ Bendícenos con la comprensión de Tus Leyes, para que no rechacemos las oportunidades del rescate!

Nos diste los tesoros del trabajo y el sufrimiento, como favores de Tu misericordia, para que podamos consagrarnos a la rehabilitación dolorosa, pero justa... Nosotros, los prisioneros de la culpa, somos también obreros de nuestra liberación, al amparo de Tu cariño. ¡Oh Padre, infúndenos valor para que nuestras debilidades sean olvidadas, inflama en nuestro espíritu el santo entusiasmo del bien, para que el mal no apague nuestros buenos propósitos, y condúcenos por el camino de la renuncia, para que nuestra memoria no se aparte de Ti...

¡Que podamos orar como Jesús, el divino Maestro que enviaste a nuestros corazones, para que nos rindamos, plenamente, a Tus designios!...”

Después de una leve pausa, repitió, en llanto, la oración dominical:

“Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre. Venga a nosotros Tu reino. Hágase Tu voluntad, así en la Tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos las de nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén”.

Cuando su voz enmudeció, una profunda emotividad ejercía sobre nosotros un inexplicable dominio.

Reconducido al cuerpo físico, Adelino despertó en copioso llanto...

Observábamos en él un íntimo júbilo, aunque, desde luego, no tenía conciencia integral de su intercambio con nosotros.

Pasados algunos instantes de expectación, que transcurrieron rápidamente, escuchamos allá afuera, a la puerta de la casa, el lloro convulsivo de una tierna criaturita...

Acompañado por Druso, el dueño de la casa se levantó del lecho y abrió la puerta que comunicaba con el exterior, y, en las losas, vigilado por amigos de la Mansión, un pobre recién nacido lloraba aflictivamente.

Sorprendido, Correia se arrodilló, mientras el gran orientador le decía con seguridad:

“Adelino, he ahí el padre ofendido que, abandonado por el corazón materno que todavía no mereció, ¡viene al encuentro del hijo regenerado!”

Correia no podía oír las palabras mediante sus oídos físicos, pero las registró en el templo mental, como llamada del amor celeste que le traía al corazón una criaturita más, abandonada e infeliz... Presa de una alegría, para él inexplicable, abrazó al pequeñito con espontáneo gesto de amor y, después de apretarlo contra su pecho, volvió para adentro, gritando jubiloso: ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...

Silas, situado entre Hilario y yo, nos dijo, emocionado:

—Martín Gaspar vuelve a la experiencia física, buscando los brazos del hijo que le despreció.

No tuvimos oportunidad para una conversación más amplia. Druso, enjugando las lágrimas, nos advirtió en voz alta, como si estuviera hablando para consigo mismo:

—¡Ojalá que cuando estemos de nuevo en plena niebla de la carne, podamos, también abrir el corazón al excelso amor de Jesús, y no fallemos en las pruebas necesarias!...

Había tanto recogimiento y tanta angustia en aquella mirada que nos tenía acostumbrados a la más dulce ternura y al más profundo respeto que, de regreso a la Mansión, ninguno de nosotros osó romper el doloroso y expresivo silencio.

XVII

DEUDA QUE EXPIRA

Era ahora, en un hospital, en el triste pabellón de indigentes, donde se iba a desarrollar la nueva lección que Silas nos reservaba.

Ya en el interior, unos compañeros nos acogieron gentilmente. Después de los saludos, uno de ellos, el intendente Lago, avanzó hacia el mentor de nuestros estudios, informándole:

–Asistente, Leo parece estar agotando los últimos recursos de su existencia...

Silas le agradeció la información y le explicó que, precisamente, veníamos para colaborar en el descanso del que ya se hacía acreedor.

Atravesando una larga hilera de lechos pobres, en los que yacían enfermos en sufrimiento, teniendo al pie a algunos desencarnados ocupados en trabajo asistencial, nos detuvimos junto a un enfermo escuálido y angustiado.

A la mortecina claridad de una pequeña lámpara destinada a la vigilia de la noche, vimos a Leo, víctima de una tuberculosis pulmonar que le arrastraba a la muerte.

A pesar de la disnea, mostraba la mirada en calma y lúcida, revelando perfecta conformidad con los sufrimientos que le conducían al término de la experiencia.

Silas nos recomendó que observásemos su cuerpo, pero, no había muchas particularidades a destacar, ya que los pulmones casi destruidos a través de sucesivas formaciones cavitarias, habían provocado tal abatimiento orgánico, que el cuerpo físico que se hallaba ante nosotros, no era otra cosa que un trapo de carne, abierto ahora a la multiplicación de bacilos voraces aliados a ejércitos microbianos de distintas especies que se apiñaban, dominadores, en la intimidad de los tejidos, en forma de enemigos implacables que se invadían los restos, apoderándose de todos los puestos claves de la defensa.

Leo se hallaba, pues, en el cuerpo denso, en condiciones parecidas a las de un hombre irremediablemente condenado a ser expulsado de su propia casa.

Presentaba, sin duda, todos los síntomas de la muerte.

El corazón fatigado, parecía un motor exhausto, incapaz de liquidar los problemas de la circulación sanguínea, y todos los elementos del aparato respiratorio languidecían, sin norte alguno, bajo una inexorable asfixia.

Leo, moribundo, era un viajero habilitado para la gran aventura, tan sólo a la espera de la señal de partida.

Aun así, estaba sereno y se portaba con bravura.

Tan acentuada se le evidenciaba la agudeza mental, que casi percibía nuestra presencia.

Silas, que le acariciaba la frente con su mano generosa, nos dijo con la mayor atención:

–Ya que habéis venido para tomar nota de un proceso de deuda que expira, podéis preguntar al compañero, cuya memoria se revela consciente y vigilante en lo posible.

–Pero, ¿puede oírnos? –preguntó Hilario, entre sorprendido y compungido.

–No con los tímpanos de la carne, pero su espíritu recogerá cualquier pregunta que le hagáis –aclaró el asistente, afectuosamente.

Dominado por una intensa simpatía, me incliné sobre aquel hermano que se hallaba en una prueba tan dura, atraído por la fe que brillaba en sus pupilas y, abrazándole, le pregunté en voz alta:

–Amigo Leo, ¿se ve usted en el límite de la verdadera vida? ¿Sabe que dejará el cuerpo dentro de breves horas?

El interpelado, creyendo razonar consigo mismo, registró mis preguntas, palabra por palabra, como si le fuesen transmitidas al cerebro por hilos invisibles. Y como si hablase a solas consigo, habló pensando:

– ¡Oh, sí, la muerte!... Sé que, probablemente esta noche, llegaré al justo fin...

Siguiendo nuestro diálogo, añadió: –¿no tiene miedo?

–Nada puedo temer... –reflexionó con mucha calma.

Y moviendo los ojos con gran esfuerzo, trató de mirar, en la blanca pared de la enfermería, una pequeña escultura de Cristo crucificado, reflexionando para sí:

–Nada puedo temer, en compañía del Cristo, mi Salvador... El también fue vilipendiado y olvidado... Habrá vomitado sangre, en la cruz del martirio... Él, que era puro, azotado por las llagas de la ingratitud. ¿Por qué no resignarme, pues, a la cruz de mi lecho, soportando sin reclamar los borbotones de sangre que de cuando en cuando me anuncian la muerte, yo, que soy un pecador necesitado de la complacencia divina?...

–Usted, ¿es católico?

–Sí...

Medité en lo sublime del sentimiento cristiano, vivo y sincero, sea cual sea la escuela religiosa en que se exprese, y proseguí, acariciando su pecho oprimido:

–En esta hora de significación tan grande para su camino, ¿siente la ausencia de sus familiares humanos?

–¡Ah, mis familiares... mis afectos... –respondió hablando mentalmente– mis padres han sido, en el mundo, mis únicos amigos... No obstante, murieron cuando yo era sólo un joven enfermo... Separado de ellos, me vi entregado a la enfermedad..., después, mi hermano Enrique no dudó en declararme incapaz para quedarse con mi herencia. Tenía derecho a una gran fortuna, pero, valiéndose de mi infortunio, mi hermano obtuvo de la justicia, con mi propio asentimiento, la documentación mediante la cual se convertía en mi tutor... Pero, una vez consiguió eso, se convirtió para mí, en un verdugo cruel... Se apoderó de todos los recursos... Me internó en un hospicio en el que sufrí largos años de aislamiento... Padecí mucho... Me alimenté con el pan lleno de hiel, destinado por el mundo a los que entran en sus puertas como rechazados de la cuna, porque el desequilibrio mental me perseguía desde la edad más tierna... Cuando mejoré algo, fui obligado a dejar el manicomio. Corrí a su puerta, pero me expulsó sin

compasión... Quedé despavorido, vencido... ¡Ah, Dios mío! ¿Cómo hacer eso a un hermano enfermo e infeliz? Inútilmente pedí socorro a la justicia. Legalmente, Enrique era el único señor de los haberes de nuestra casa... Avergonzado, busqué otros lugares... Intenté obtener un trabajo digno, pero solamente obtuve el empleo de sereno nocturno, debiendo rondar un amplio edificio comercial, amparado por un hombre cariñoso, compadecido de mi hambre... El frío de la noche me encontraba desabrigado y, al poco tiempo, adquirí una fiebre insidiosa que pasó a devorarme lentamente... No sé cuánto tiempo estuve así, abatido por un indefinible desánimo... Un día, caí fatigado sobre el charco de sangre que salía de mi boca, y fue entonces cuando criaturas piadosas me trajeron al lecho en que me refugio...

–Y, ¿qué opinión tiene usted sobre Enrique? ¿Se acuerda de él con amargura?

Como si sumergiese su memoria en ondas de enternecimiento y de nostalgia, Leo dejó que las lágrimas corriesen por sus mejillas, en dolorosa quietud mental.

En seguida, se dijo a sí mismo, por dentro:

–“¡Pobre Enrique!... ¿No tendré, más bien, que compadecerme de él? ¿No tendrá que morir, a su vez? ¿De qué le habrá valido apropiarse indebidamente de mi herencia, si también será despojado, algún día, del cuerpo? ¿Por qué debo perdonarle, si él es más infeliz que yo?”.

Y volviendo a fijar su mirada en la figura de Cristo, continuó:

–Jesús, escarnecido y golpeado, olvidó las ofensas y las deserciones... Clavado en la cruz no clamó contra los enemigos que le habían lanzado a la humillación y al sufrimiento... No tuvo una palabra de censura para los truculentos verdugos... En lugar de recriminarles, pidió al Padre celestial amorosa protección para todos... Y si Jesús fue el Embajador de Dios entre los hombres... ¿Con qué derecho puedo juzgar a mi propio hermano, si yo, alma necesitada de luz, no puedo penetrar en los divinos juicios de la providencia?

Leo se tranquilizó llorando, buscando internar su mente en el templo del amor y de la oración.

La humildad a que se acogía, tocaba mi corazón. Me levanté con los ojos húmedos.

Para sondear la grandeza de su alma, no era necesario prolongar aquel interrogatorio.

Hilario, que se mostraba conmovido hasta las lágrimas, desistió de cualquier consulta por su parte, preguntando sólo al asistente, si el agonizante había reencarnado bajo los auspicios de la Mansión, a lo que Silas, servicial, informó:

–Sí. Leo vino al mundo tutelado por nuestra casa. Además, tenemos algunas centenas de criaturas que, a pesar de hallarse nuevamente en la carne, permanecen ligadas a nosotros, a nuestra Institución, por las raíces de las deudas a que están sujetas, generalmente, todas ellas en situaciones difíciles de regeneración, por tratarse de delincuentes en reajuste. Renacen en el mundo bajo el cuidado de nuestro establecimiento de socorro, pero, naturalmente, todavía ligadas a los compañeros del pasado, con cuya influencia hacen contacto, consolidando las cualidades morales que necesitan, a través de los conflictos interiores que podemos clasificar como la forja de la tentación.

¡Qué bello es apreciar el amor paternal de Dios, que todo lo atiende en el lugar apropiado!... –exclamó Hilario.

–Sin duda –consideró Silas, sensatamente– la Ley de Dios determina el progreso y la dignidad, para todos. Sabéis que, normalmente, los desencarnados que se recogen en la Mansión, constituyen un gran conjunto de criminales viciosos...

Y modificando la inflexión de voz, añadió:

–...como yo mismo. Allí, recibimos atención y cariño, asistencia y bondad, reeducándonos, a veces, durante muchos años... Con todo, hay que decir que, recogiendo la generosidad de los bienhechores e instructores que nos garantizan aquel sitio de amor, sólo acumulamos débitos con una protección inmerecida, compromisos que necesitamos rescatar, igualmente, en servicio al prójimo. Pero, para que nos habilitemos para lograr las tareas del bien genuino, es imprescindible purgar nuestra condición inferior, agravada por la culpa, por cuanto el conocimiento elevado adquirido en nuestra organización, vale más como teoría noble que debemos hacer realidad en la práctica correspondiente, para que se incorpore, definitivamente, a nuestro patrimonio moral. He ahí por qué, después del aprendizaje breve o largo en nuestro Instituto, somos de nuevo internados en el plano físico y, ahí, es obvio que, a pesar de hallarnos protegidos por nuestros mentores, debemos sufrir la aproximación de los antiguos compañeros de nuestros delitos, para demostrar aprovechamiento y asimilación del amparo recibido.

Leo, a nuestro lado, pasaba por los últimos minutos en el vehículo denso, y notamos que el asistente no deseaba ausentarse de su caso, para que aprovechásemos la lección que él mismo nos deparaba.

Quizás por eso mismo, Silas suministró nuevas energías a su pecho ya exhausto, mediante pases balsámicos, diciéndonos a continuación:

–Ya habéis escuchado las alegaciones mentales del compañero que se despide...

Hilario, que ardía en curiosidad, tanto como me hallaba yo hambriento de nuevas explicaciones, preguntó con reverencia:

–¿Hasta qué punto podemos considerar la presente desencarnación de Leo, como una deuda que expira?

Nuestro interlocutor, hizo un expresivo gesto y nos informó:

–No me voy a retrotraer a la cuenta integral de nuestro amigo ante la Ley. No dispongo, personalmente, de recursos informativos para poder hacer relación de sus débitos y de sus créditos en el tiempo. Por tanto, me referiré solamente a la culpa que le atormentaba cuando ingresó en nuestra Mansión, de acuerdo con las anotaciones que allí podemos computar.

El agonizante, con sus nervios serenos como resultado del socorro magnético que acababa de recibir, casi parecía que nos oía.

Sosteniéndole la frente sudorosa, Silas, con la mayor atención, después de una leve pausa, prosiguió:

–Leo nos envió, mentalmente, los amargos recuerdos de los recientes días que ha vivido, deteniéndose, particularmente, en la enfermedad que le martiriza desde la cuna, en los momentos que sufrió en el hospicio y en la dureza de un hermano que le

sentenció a una penuria extrema... Veamos, por tanto, la razón de los dolores con que se penitencia a sí mismo y por qué mereció la felicidad de resarcir, para siempre, la deuda particular que tenemos ahora bajo nuestro estudio... A principios del siglo pasado, era el hijo predilecto de unos acaudalados hidalgos de la ciudad que, al desencarnar muy pronto, le confiaron a su propio hermano enfermo, al joven Fernando, cuya existencia estaba marcada por una incurable deficiencia mental. Ernesto –este era el nombre de Leo en su existencia anterior– tan pronto como se vio sin la presencia de los padres, se dio prisa en alejar al hermano de su lado, con el propósito de disfrutar por completo, de la fortuna de la cual ambos eran herederos. Además, joven habituado a los saraos de su tiempo, le gustaban las recepciones fastuosas, en las cuales el palacete de la familia abría las puertas blasonadas a las relaciones elegantes; y, orgulloso del panorama doméstico, se avergonzaba de la presencia del hermano, al que prohibía comparecer en sus ágapes sociales. Pero, como Fernando, como consecuencia de su estado, no atendía sus órdenes, dispuso al fondo de la casa una enrejada prisión, a la que fue conducido el enfermo, excluyéndole de la comunidad familiar. Encerrado y sólo, disfrutando apenas de la intimidad de algunos esclavos, Fernando pasó a vivir enjaulado, como si fuera un infeliz animal. Mientras tanto, Ernesto, casado, daba largueza a los caprichos de su mujer en extensos viajes de recreo, en los que derrochaba sus bienes en la adquisición de costosas joyas, y en otras extravagancias. Después de algún tiempo, agotadas las finanzas de que podía disponer, solamente podría reequilibrarse mediante la muerte del hermano irresponsable. Pero el joven mentalmente enfermo daba muestras de gran fortaleza física, a pesar de cierta bronquitis crónica que le incomodaba mucho. Observando su desequilibrio respiratorio, Ernesto planeó ocasionarle una más grave molestia, con la esperanza de poder, así, conducirlo con rapidez, al sepulcro. Para ello, recomendó a los sirvientes que le pusieran en libertad todas las noches, en un gran patio, para que Fernando reposase al relente. No obstante, el joven denotaba enorme resistencia y, aunque sufría determinadas crisis en su molestia, expuesto de esa forma a la intemperie, durante dos años superó valerosamente la prueba a que fue sometido. Mientras, Ernesto sufría el cerco de la estrechez económica, cada día más grave, situación que solamente la parte de la herencia del hermano Fernando, entregada a la custodia de viejos amigos, de acuerdo con la voluntad de su padre, podría solucionar. Con tal motivo, envilecido por las ansias del oro, cierta noche, liberó a dos esclavos delincuentes que se hallaban encadenados en su domicilio, bajo la condición de exilarse en tierras distantes y, después de verles partir bajo la neblina de la madrugada, buscó el lecho del hermano, enterrando un puñal en su pecho inerme... A la mañana siguiente, ante el llanto de los sirvientes, que le mostraban el cadáver, les hizo creer que los presos que habían huido, habrían sido los autores del crimen y, haciéndose el inocente, con astucia, entró en posesión de los bienes que pertenecían al muerto, con la plena aprobación de los magistrados terrenales. Pero, a pesar de haber llevado una vida regalada en la carne, al desencarnar atravesó una extensa línea de expiaciones. Fernando, el hermano desgraciado, con absoluta magnanimidad, olvidó las ofensas, pero, castigado por los remordimientos, Ernesto entró en contacto con impasibles agentes de las sombras que le hicieron víctima de innominables torturas, por resistirse a seguirles en sus prácticas infernales. Conservando en lo íntimo de su alma el recuerdo de la víctima a través de la percusión mental del arrepentimiento sobre los centros periespirituales, enloqueció de dolor, vagando durante varios lustros en tenebrosos paisajes, hasta que, recogido en nuestra Institu-

ción, fue convenientemente tratado para que lograra el necesario reajuste. A pesar de haberse recuperado, las reminiscencias del crimen absorbían su espíritu de tal modo que, para recuperar la marcha evolutiva normal, imploró el regreso a la carne, para experimentar la misma vergüenza, penuria y pruebas infligidas por él al hermano indefenso, pacificando de ese modo su conciencia intranquila. Amparado en sus propósitos de rescate por eminentes instructores, volvió al plano físico, cargando en su propia alma los desequilibrios que asimiló más allá del sepulcro, con los cuales renació como alienado mental, como el propio Fernando en el pasado reciente, habiendo sentido la amargura, en la posición de Leo, de todos los infortunios impuestos por él al hermano débil e infeliz. Conoció la orfandad muy pronto, fue cogido de sorpresa por la frialdad y la villanía de un hermano insensato que le aisló en el ambiente sombrío de un manicomio y, para que no faltase particularidad alguna en el cuadro expiatorio, padeció como guarda nocturno el frío y los temporales a que había expuesto a su víctima indefensa... Pero, por la humildad y paciencia con que había sabido aceptar los golpes reparadores, conquistó la felicidad de saldar definitivamente la deuda que hemos narrado.

Como el orientador había callado, preocupado en atender al agonizante, en aquellos momentos bañado por el sudor característico de la muerte, Hilario preguntó:

–Asistente, ¿cómo podemos saber que nuestro compañero está liquidando la deuda a que se refiere?

–Pero, ¿no lo veis? –observó Silas, admirado. E indicando la gran hemotisis que comenzaba, agregó:

–Igual que Fernando, que desencarnó con el tórax perforado por el puñal asesino, Leo se despidió del cuerpo con los pulmones destrozados. Pero, debido al procedimiento correcto que adoptó ante la Ley, atraviesa el mismo suplicio sin escándalos destructivos, aunque esté vertiendo la propia sangre por la boca, tal como sucedió al hermano humillado y vencido. Se cumple la acción de la Justicia, con la sola diferencia de que, en vez del puñal de acero, aquí tenemos batallones de bacilos asesinos...

Tal vez porque observó nuestro asombro ante la lección recibida, aunque estaba ocupado en la asistencia al moribundo, con grave tono de voz, terminó diciendo:

–Cuando nuestro dolor no genera nuevos dolores y nuestra aflicción no crea aflicciones en los que nos rodean, nuestra deuda está en proceso de liquidación. Muchas veces, el lecho de angustia entre los hombres, es el altar bendito en el que conseguimos extinguir compromisos ominosos, pagando nuestras cuentas sin que nuestro rescate perjudique a alguien más. Cuando el enfermo sabe acatar los celestes designios entre la conformidad y la humildad, lleva consigo la señal de la deuda que expira...

Silas, no pudo continuar.

Leo, orando, se debatía en los estertores de la muerte.

El asistente le envolvió en un abrazo cariñoso y, enternecido, rogó el amparo Divino, como si el doliente fuese un hijo de su corazón.

Envuelto en las irradiaciones suaves de la oración, Leo se adormeció, ante nuestras lágrimas.

Al preguntarle sobre el motivo por el que no le arrebatábamos de inmediato del

cuerpo cadavérico, transportándole con nosotros a la Mansión, el asistente nos informó, en forma concisa:

–No disponemos de autoridad para desligarle del cuerpo. Esa responsabilidad no nos compete.

Y comunicando a los espíritus vigilantes que en breve vendrían misioneros de la liberación en ayuda del compañero que descansaba, meditativo y emocionado, nos propuso regresar a la Mansión.

XVIII

RESCATES·COLECTIVOS

Conversábamos con Silas sobre varios problemas, cuando expresiva llamada de Druso nos reunió con el Director de la Mansión, en un despacho particular.

El jefe de la Mansión, fue breve y claro.

Una llamada urgente de la Tierra, solicitaba auxilio para las víctimas de un desastre de aviación.

Sin detenerse en informaciones minuciosas, dijo que la solicitud se repetiría dentro de algunos instantes, y que convendría esperar para poder examinar el caso con la eficiencia necesaria.

En efecto, acababa de terminar su indicación, cuando señales muy semejantes de las del telégrafo de Morse, aparecieron en un curioso aparato. Druso conectó otro aparato que se hallaba próximo y pudimos ver un televisor en acción, con una lente, proyectando imágenes en movimiento, en una pantalla próxima, cuidadosamente situada en la pared, a pequeña distancia.

Como si estuviésemos presenciando una breve noticia en un cinematógrafo sonoro, contemplamos, sorprendidos, un panorama terrestre.

Bajo la cresta de una sierra acantilada y silvestre, aparecían los restos de un avión, conteniendo las víctimas del accidente. Se adivinaba que el piloto, engañado por la bruma traicionera del océano, no pudo evitar el choque con los picos que sobresalían de la montaña, silenciosos e implacables, en forma de horrorosos torreones de una fortaleza agresiva.

En pleno cuadro inquietante, un anciano desencarnado, de semblante noble y digno, hacía llamadas conmovedoras, rogando a la Mansión el envío de un equipo adiestrado para retirar a seis de las catorce entidades desencarnadas en el doloroso siniestro.

Mientras Druso y Silas combinaban medidas para llevar a cabo la tarea asistencial, Hilario y yo mirábamos, espantados, aquel espectáculo inédito para ambos.

La aflictiva escena, parecía desarrollarse allí mismo.

Ocho de los desencarnados en el accidente, yacían en la posición del choque, encadenados a sus respectivos cuerpos, mutilados o no, cuatro gemían, unidos a los propios restos, y dos de ellos, a pesar de hallarse todavía unidos a las formas rígidas, gritaban, desesperados, en plena crisis de inconsciencia.

Ya amigos espirituales, abnegados y valientes, velaban, allí, con calma y atención.

Como una cascada de luz vertida desde el cielo, el auxilio de lo alto, venía, solícito, en benditos torrentes de amor.

El cuadro patético era tan real a nuestra visión, que podíamos oír los gemidos de

aquéllos que despertaban desfalleciendo, las oraciones de los que prestaban socorro y las conversaciones de los enfermeros que trabajaban apresuradamente...

Con el alma atormentada, vimos desaparecer la noticia televisada, mientras Silas cumplía las órdenes del director de la Institución, con admirable eficiencia.

A los pocos momentos, algunos trabajadores de la Mansión se pusieron en marcha, en dirección al sitio minuciosamente descrito.

Volviendo al despacho en el que esperábamos su regreso, Silas conversó por algunos minutos con el director, respecto al servicio que se debía prestar.

Entonces Hilario y yo, preguntamos si no nos sería posible participar en aquella obra de asistencia, a lo que Druso, paternalmente, no accedió, explicando que el trabajo era de una naturaleza especialísima, requiriendo colaboradores rigurosamente entrenados.

Conscientes de que el generoso mentor podía concedernos algún tiempo más, aprovechamos la oportunidad para tratar sobre las pruebas colectivas.

Hilario abrió campo libre al debate, respetuosamente, preguntando por qué motivo se solicitaba ayuda para retirar a seis de los desencarnados, ya que las víctimas eran catorce.

Druso, con tono firme y sereno, nos informó:

–El socorro en el avión accidentado, es distribuido indistintamente, pero, no podemos olvidar que si el desastre es el mismo para todos los que cayeron, la muerte es diferente para cada uno. En el primer momento, serán separados de sus cuerpos, solamente aquéllos cuya vida interior les otorga la inmediata liberación. En cuanto a los otros, cuya situación presente no les favorece para que puedan ser apartados rápidamente de su envoltura física, permanecerán unidos a ellas por más tiempo.

–¿Por cuántos días? –dijo mi colega, incapaz de contener la emoción de que se veía poseído.

–Depende del grado de animalización de los fluidos que retienen el espíritu a la actividad corporal –respondió el mentor. Algunos serán retenidos por algunas horas, otros, tal vez por largos días... ¿quién sabe? Un cuerpo inerte, no significa siempre la liberación del alma. El género de vida que llevamos durante nuestra vida física, es el que dicta las verdaderas condiciones de la muerte. Cuanto más nos sumergimos en las corrientes de bajas pasiones, más tiempo tenemos que demorarnos para poder agotar las energías vitales que nos unen a la materia pesada y primitiva que constituye el cuerpo físico, reteniéndonos en las creaciones mentales inferiores a las que nos hemos ajustado, encontrando en ellas material para amplios engaños en las sombras del campo físico, propiamente considerado. Y cuanto más nos sometamos a las disciplinas del espíritu, que nos aconsejan equilibrio y sublimación, más amplias facilidades conquistaremos para la separación de la carne, en cualquier emergencia de la que no podamos huir a causa de las deudas contraídas ante la Ley. Por tanto, *muerte física*, no es lo mismo que *emancipación espiritual*.

–Sin embargo –comenté– eso no querrá decir que los demás compañeros accidentados estarán sin asistencia, aunque estén obligados a una temporal detención en los propios cuerpos.

–En modo alguno –añadió el generoso amigo– nadie vive desamparado. El amor infinito de Dios, abarca el universo. Los hermanos que se demoran enredados en vibraciones más bajas de la experiencia física, comprenderán, gradualmente, la ayuda que pueden merecer.

–Pero –reparó Hilario– ¿no serán atraídos por criaturas desencarnadas de inteligencia perversa, por no poder ser resguardados de inmediato?

Druso estampó una significativa expresión en su rostro, y dijo:

–Sí. En el caso que sean sordos al bien, es posible que se rindan a las sugerencias del mal, para que, sufriendo los tormentos del mal, acaben por inclinarse al bien. En este caso por tanto, es necesario considerar que la tentación es siempre una sombra que nos atormenta en la vida, de adentro hacia afuera. La unión de nuestras almas con los poderes infernales, se verifica en relación con el infierno que traemos dentro de nosotros mismos.

La explicación no podía ser más clara.

Tal vez por ello, algo desconcertado por la aclaración directa, mi compañero, que tanto como yo, deseaba aprovechar la oportunidad para una conversación más amplia, expresó, humildemente:

–Noble instructor: con seguridad no tenemos el derecho de preguntar sobre cualquier determinación que venga de su autoridad, pero, aun así, me gustaría conocer más profundamente las razones por las cuales no se nos ha permitido el trabajo de colaboración en los servicios de socorro en este rescate. ¿No podríamos, acaso, cooperar con los trabajadores de esta casa, en expediciones de auxilio a las víctimas de diversos accidentes, para poder así, aprender sobre las causas que los determinan? Indiscutiblemente, la Mansión, con la responsabilidad de que está investida, llevará a cabo trabajos de esa naturaleza todos los días...

–Casi todos los días –rectificó Druso, sin pestañear.

Y mirando a Hilario, dijo:

–Hay que tener en cuenta, que recogéis material didáctico para hacer despertar a nuestros hermanos encarnados, casi todos en fase de luchas importantes, en su ajuste de cuentas con la justicia Divina. Analizando los rescates de ese orden, os veríais obligados, fatalmente, a la autopsia de situaciones y problemas susceptibles de plasmar imágenes destructivas en el ánimo de muchos de aquéllos que os proponéis ayudar.

Y, esbozando una leve sonrisa en la que dejaba transparentar la humildad que adornaba su espíritu escogido, añadió:

–Me parece que no seríamos capaces de comentar un desastre de grandes proporciones, en el campo de los hombres, sin insuflarles el virus del miedo, tantas veces portador del desánimo y de la muerte.

La palabra del orientador, serena y evangélica, reajustaba nuestros impulsos poco edificantes.

Innegablemente, la Tierra está repleta de criaturas semejantes a nosotros, encadenadas a escabrosos compromisos, carentes de una acción continua para lograr el necesario equilibrio. No sería justo, pues, atormentarlas con pensamientos de temor, cuando a través del bien, sentido y practicado, podemos, a todas horas, desviar de nuestros horizontes las nubes de probables sufrimientos.

Viendo nuestra actitud de comprensión y de obediencia, como no podía dejar de ser, el jefe de la Institución, después de una ligera pausa, y con tono afable, continuó:

–Imaginemos que analizaseis los orígenes de la prueba a que se acogieron los accidentados de hoy. Podrías ver a delincuentes que, en otras épocas, lanzaron hermanos indefensos desde la cima de torres altísimas, para que sus cuerpos se estrellasen en el suelo, compañeros que, en otro tiempo, cometieron tremendos crímenes en el mar, hundiendo existencias preciosas, o suicidas que se despeñaron desde picos agrestes o se lanzaron desde lo alto de los edificios, en suprema rebeldía ante la Ley, los cuales, por tanto, solamente encontraron recurso en tan angustioso episodio, para transformar su propia situación. ¿Cuántos millares de hermanos encarnados acogemos nosotros, en cuyas cuentas con los tribunales Divinos figuran deudas de ese tipo? Sabemos que nosotros, conciencias endeudadas, podemos mejorar nuestros créditos todos los días. ¡Cuántos viajeros terrestres, en cuyos mapas figuran sorpresas terribles, son amparados debidamente para que la muerte forzada no asalte su cuerpo, como consecuencia de los actos loables que realizan!... ¡Cuántas intercesiones de la oración ardiente conquistan moratorias oportunas para personas cuyos pasos resbalan hacia el sepulcro!... ¡Cuántos deberes llevados a cabo con sacrificio, granjean, para el alma que los acepta de buena voluntad, preciosas ventajas en la vida superior, en la que se improvisan providencias para aminorar los rigores de las pruebas necesarias! Nosotros sabemos que lanzando al espacio dos ondas sonoras de la misma amplitud, en dirección opuesta, de su interferencia, recogemos el silencio como resultado. Así es que, generando nuevas causas con el bien practicado hoy, podemos interferir en las causas del mal practicado ayer, neutralizándolas y reconquistando, con ello, nuestro equilibrio. De ese modo, creo que es más justo y provechoso que practiquemos el servicio del bien a través de todos los recursos a nuestro alcance. La caridad y el estudio noble, la buena fe y el buen ánimo, el optimismo y el trabajo, el arte y la meditación constructiva, constituyen temas renovadores, cuyo mérito no es lícito olvidar en la rehabilitación de nuestras ideas y, consecuentemente, de nuestros destinos.

El Director se había entregado a una larga pausa y, movido por el propósito de aprender, le pregunté si él mismo no habría tomado parte en algún trabajo de rescate colectivo, en el que los espíritus interesados no habrían tenido otro recurso que la muerte violenta, como término a los días del cuerpo físico, a lo que el instructor respondió:

–Guardo en mi experiencia algunos casos significativos que podría contar, pero, me remitiré sólo a uno de ellos, ya mis obligaciones me impiden extenderme más.

Después de algunos momentos durante los cuales, naturalmente, apelaba a la memoria, comentó con benevolencia:

–Hace treinta años, disfruté de la compañía de dos bienhechores, a cuya abnegación debo mucho en este puesto de luz. Ascanio y Lucas, asistentes respetados en los planos superiores, integraban el grupo de mentores valerosos y amigos... Cuando les conocí personalmente, ya habían empleado varios lustros en el amparo a los hermanos sufridos. Cultos y nobles, eran compañeros infatigables en nuestras mejores realizaciones. Sucedió, pues, que, después de largos decenios de lucha en el terreno de la fraternidad santificante, suspirando por el ingreso en los planos elevados, para expandir sus ideales de santidad y de belleza, no demostraban la necesaria condición específica para el ascenso deseado. Totalmente absortos en el entusiasmo de enseñar el camino del bien

a sus semejantes, no se ocuparon de hacer inmersión alguna en el pasado, por lo que, muchas veces, cuando nos fascinamos por el esplendor de las cumbres, no siempre tenemos disposición para echar una mirada a las nieblas del valle... Deseaban ardientemente la ascensión, sintiéndose algo desencantados ante la ausencia de apoyo de las autoridades, al no reconocerles el mérito indispensable. Se prolongaba el tiempo, cuando uno de ellos solicitó la aclaración de la dirección general a que nos hallamos sometidos. El requerimiento llevó su curso normal hasta que, en un momento determinado, ambos fueron llamados para el debido examen. La posición impropia que les era característica, fue cariñosamente analizada por los técnicos del plano superior, que llevaron su memoria a períodos correspondientes a pasadas existencias, extrayendo de la misma, diversas fichas de observación, como si se tratase de radiografías obtenidas en los servicios médicos del mundo y, a través de las mismas, surgieran a la luz importantes conclusiones... Verdaderamente, Ascanio y Lucas, poseían créditos extensos, adquiridos en casi cinco siglos sucesivos de aprendizaje digno, sumando las últimas cinco existencias en los círculos carnales y las estaciones de servicio espiritual en las vecindades del plano físico. Pero, cuando la gradual auscultación les alcanzó en sus actividades del siglo XV, algo surgió que les impuso una dolorosa meditación... Extraídas del archivo de sus memorias, después de la operación magnética a que nos referimos, doliéndoles profundamente en sus espíritus, reaparecieron en las mencionadas fichas, las escenas de un delito cometido por ambos en 1429, después de la liberación de Orleans, cuando formaban en el ejército de Juana de Arco... Deseosos de influencia ante los compañeros de armas, no dudaron en asesinar a dos compañeros, precipitándoles desde lo alto de una fortaleza en el territorio de Gatinais, sobre fosos inmundos, embriagándose en los honores que les valieron más tarde, tremendos remordimientos más allá del sepulcro. Llegados a ese punto de la inquietante investigación, en atención al respeto que ya merecían, los poderes competentes les preguntaron si deseaban o no proseguir en el especial sondeo, a lo que respondieron negativamente, prefiriendo liquidar la deuda, antes de nuevas inmersiones en el subconsciente. Por tanto, en lugar de continuar insistiendo en la elevación a niveles más altos, suplicaron el retorno al plano físico, en el cual acaban de pagar el débito a que aludimos.

—¿Cómo? —preguntó Hilario, intrigado.

Ya que podían escoger el género de prueba, en vista de los recursos morales atesorados en su mundo íntimo —informó el director— optaron por tareas en el campo de la aeronáutica, a cuya evolución ofrecieron sus vidas. Hace dos meses que regresaron a nuestras líneas de acción, después de haber sufrido la misma caída mortal que habían infligido a los compañeros de lucha en el siglo XV.

—Querido instructor, ¿les visitó en los preparativos de la reencarnación ahora terminada? —pregunté respetuosamente.

—Sí. Les visité varias veces antes de la partida. Se asociaban a una gran comunidad de espíritus amigos, en un departamento específico de reencarnación, en el cual centenas de entidades, con deudas más o menos semejantes, se preparaban igualmente para volver al plano físico, abrazando, así, su trabajo redentor en rescates colectivos.

—¿Y todos podían seleccionar el género de lucha con la que saldarían sus cuentas? —pregunté nuevamente, con natural interés. —No todos —afirmó Druso. Los que poseían grandes créditos morales, como sucedía a los bienhechores a que me refiero, disponían

de ese derecho. Vi a muchos habilitándose para sufrir la muerte violenta en favor del progreso de la aviación y de la ingeniería, de la navegación marítima y de los transportes terrestres, de la ciencia médica y de la industria en general, verificando que la mayoría, a causa de las deudas contraídas y de acuerdo con los dictados de la propia conciencia, no alcanzaba semejante prerrogativas teniendo que aceptar, sin discutir, las amargas pruebas, en la infancia, en la juventud o en la vejez, a través de diversos accidentes, desde la mutilación primaria hasta la muerte, con el fin de redimirse de las faltas graves.

–¿Y los padres? –preguntó mi colega, alarmado– ¿En qué situación sorprenderemos a los padres de aquéllos que deben ser inmolados en atención al progreso o a la justicia, en su propia regeneración? ¿Su dolor no será debidamente considerado por los poderes que nos controlan la vida?

–¿Cómo no? –contestó el orientador. Las entidades que necesitan de esas luchas expiatorias, son encaminadas a los corazones que se complicaron con ellas en delitos lamentables, en el ayer distante o reciente, o a padres que fallaron con los hijos en otras épocas, para que aprendan a través de la cruel nostalgia y de la angustia innominable, a sentir el respeto y la devoción, la honorabilidad y el cariño que todos debemos en la Tierra al instituto familiar. El dolor colectivo, es el remedio que corrige los errores mutuos.

Se hizo un prolongado silencio.

Aquella lección nos invitaba a efectuar rápidas incursiones en nuestro propio mundo.

Hilario, insatisfecho, como siempre, preguntó con inquietud:

–Imaginemos, instructor, que Ascanio y Lucas, después de haber obtenido la victoria de que nos habla, continúen anhelando alcanzar los altos planos... ¿Necesitarán para hacerlo, llevar a cabo nuevas consultas sobre su pasado?

–En el caso de que no muestren la condición específica indispensable, serán nuevamente sometidos a una justa auscultación para determinar el examen y la selección de los nuevos rescates que tengan que realizar.

–¿Eso quiere decir que nadie se eleva al Cielo sin reajustarse con la Tierra?

El interlocutor sonrió y añadió:

–Será más lícito, afirmar que nadie se eleva a pleno Cielo, sin el pleno reajuste con la Tierra, ya que la ascensión gradual puede verificarse, aunque siempre invariablemente condicionada a nuestros méritos, mediante las conquistas hechas. Cuanto más cielo haya interiormente en el alma, a través de la sublimación de la vida, mayor debe ser la incursión del alma en los cielos exteriores, hasta que se realice la suprema comunión de ella con Dios, nuestro Padre. Para eso, como debemos reconocer, es indispensable atender a la justicia, y la justicia divina está indiscutiblemente unida a nosotros, ya que ninguna felicidad ambiental será verdadera felicidad en nosotros, sin la implícita aprobación de nuestra conciencia.

La enseñanza era profunda.

Terminamos las preguntas, y como un servicio urgente requería la presencia de Druso en otro lugar, nos retiramos al Templo de la Mansión para orar y pensar.

XIX**SANCIONES Y AUXILIOS**

Después de su servicio con los internados, el instructor Druso accedió a mantener con nosotros algunos minutos de conversación instructiva.

Se expresaba brillantemente y con amplitud, sobre el problema de las pruebas en la experiencia terrenal. Nos alertaba sobre la necesaria renovación mental en el bien, destacando la necesidad del estudio, para asimilar el conocimiento superior y de la conveniencia de servir al prójimo si queremos recoger la cosecha de la simpatía, sin lo cual, todos los caminos de la evolución surgen complicados y difíciles de transitar.

Junto a él, mientras nos hablaba, había sido colocada una singular escultura, una estatua notable, reproduciendo el cuerpo humano, transparente a nuestra vista, a la cual solamente le faltaba el soplo espiritual, para revelarse con vida.

Se mostraban allí, ante nuestra mirada, todos los órganos y detalles del cuerpo físico, bajo la protección del sistema nervioso y sanguíneo.

El corazón, como si fuese un gran pájaro situado en el nido de las arterias enredadas en el árbol de los pulmones, el hígado, como si se tratase de un condensador vibrante, el estómago y los intestinos, como digestores técnicos, y los riñones, como complejos aparatos de filtración, invitándonos a una profunda admiración. Pero, nuestro mayor interés se concentraba en el sistema endocrino, donde las glándulas sobresalían por sus brillos luminosos. La epífisis, la hipófisis, la tiroides, las paratiroides, el timo, las suprarrenales, el páncreas y las bolsas genéticas, se caracterizaban, con perfección, sobre el fondo vivo de los centros periespirituales, que se combinaban unos con otros en sutilísimas ramificaciones nerviosas, singularmente ajustadas a través de los plexos, emitiendo cada centro irradiaciones propias y constituyendo el conjunto un todo armónico, que nos impulsaba a una contemplación estática.

Percibiendo nuestra sorpresa, el Director de la Mansión, dijo bondadosamente:

–Habitualmente, llamamos la atención de nuestros internados, hacia el cuerpo físico, mostrándoles, cuanto nos es posible, la correspondencia que existe entre nuestros estados espirituales y las formas físicas de que nos servimos. Es indispensable que comprendamos que todo el mal practicado por nosotros conscientemente, expresa, de algún modo, una determinada lesión en nuestra conciencia, y que toda lesión de esa índole, determina disturbio o mutilación en el organismo del que nos valemos para exteriorizar nuestro ser. En todos los planos del Universo, somos espíritu y manifestación, pensamiento y forma. He ahí el motivo por el cual, en el mundo, la Medicina tiene que considerar al enfermo como un todo psicósomático, si es que quiere, realmente, ejercer el arte de curar.

Y, tocando la bella escultura que se hallaba a nuestra vista, continuó:

–De la mente aclarada por la razón, sede de los principios superiores que gobiernan al individuo, parten las fuerzas que aseguran el equilibrio orgánico, a través de ondas todavía inabordables a la investigación humana, ondas que vitalizan los centros peries-

pirituales, donde se localizan las llamadas glándulas endocrinas que, a su vez, emiten recursos que garantizan la estabilidad en el campo celular. Como es obvio, en las criaturas encarnadas, esos elementos se consustancian en las diversas hormonas que actúan sobre todos los órganos del cuerpo físico, a través de la sangre. El hombre terrestre, que ya conoce la tiroxina y la adrenalina, energías fabricadas por la tiroides y por las suprarrenales, con influencia decisiva en el trabajo circulatorio, en los nervios y en los músculos, no ignora que todas las demás glándulas de secreción interna, producen recursos que deciden sobre la salud y la enfermedad, equilibrio y desequilibrio, en los individuos encarnados. Ahora, en sustancia, como es fácil ver, todos los estados accidentales de las formas que utilizamos, en el espacio y en el tiempo, dependen, por tanto, del comando mental que nos es propio. Es por ello que la justicia, por ser una institución fundamental en el orden, en la creación, comienza invariablemente, en nosotros mismos, en cualquier ocasión en que vulneramos sus principios. La evolución hacia Dios, puede ser comparada como un viaje divino. El bien, constituye la señal de pasaje libre hacia las cimas de la vida superior, mientras que el mal, significa sentencia de privación, obligándonos a hacer paradas más o menos difíciles de reajuste.

Aprovechando la breve pausa, Hilario observó:

–Es admirable el trabajo educativo que se lleva a cabo en los planos inferiores, con vistas a la reencarnación...

–Indudablemente –respondió el instructor. Es necesario informar a todos nuestros hermanos en vías del retorno al plano físico, que el cuerpo carnal, con las tareas que le son consecuentes, es un verdadero premio de la bondad divina, que es necesario valorar. Aquí, en los planos purgatoriales, contamos con verdaderas multitudes de criaturas desencarnadas que proceden del mundo en deplorables crisis alucinatorias, después de haber malversado los bienes de la vida humana. Muchas, a causa de la propia ignorancia, no pudieron acomodarse a algún tipo de concepción religiosa, mientras que millones de personas, lejos del respeto hacia la fe maternal que intentaban esclarecerles sobre los compromisos adquiridos para con Dios, se entregaban, conscientemente, a la crueldad mental, cavando ruina y amargura para consigo mismas, ya que el mal infligido a otros, se convertía, siempre, en mal que amontonaban sobre sus cabezas. Por eso, una vez liberadas de la materia densa, llegan aquí abatidas por el remordimiento y por el arrepentimiento, sufriendo frustraciones lamentables, cuando no se estacionan, por tiempo más o menos largo, en cavernas expiatorias, en las cuales, presas por los antiguos adversarios o por viejos compañeros del vicio, sufren tristes alteraciones en sus centros de fuerza, que se manifiestan en las mentes como desequilibrios funestos. Después de acogidas en nuestro puesto de amor, se van rehaciendo poco a poco... La reencarnación rectificadora, esto es, la inmersión en la carne en condiciones penosas, surge como una alternativa inevitable. Será preciso renacer soportando obstáculos tremendos, fruto de la desarmonía periespiritual creada por nosotros mismos. Aun así, en todo cuanto sea posible, antes de tomar de nuevo la cuna entre los hombres, es imprescindible mejorar las cuentas... De ahí el motivo por el cual funcionan instituciones como la nuestra, en varios campos de los planos inferiores que, en la vieja teología, podrían equivaler a las regiones infernales... Por tanto, existe, de hecho, el inmenso umbral, situado entre la Tierra y el cielo, como dolorosa región de sombras, levantada y cultivada por la mente humana, generalmente rebelde y ocio-

sa, desequilibrada y enfermiza. Los compañeros desencarnados que despiertan lentamente para adquirir la responsabilidad de vivir, encarando cara a cara el imperativo del difícil renacimiento en el mundo, vienen a trabajar aquí laboriosamente, venciendo obstáculos terribles y superando tempestades de toda clase, para lograr la conquista de los méritos que menospreciaron durante la permanencia en la Tierra, implantando así, en el propio espíritu, los valores morales de los cuales no pueden prescindir para alcanzar la sustentación de nuevas y benditas luchas, en el plano material.

El orientador, mostrando una mirada brillante de comprensión y de cariño, como profesor emérito y bondadoso que desea el progreso de los aprendices, hizo una larga pausa, y nos preguntó: –¿comprendéis?

–Sí, sí... –respondimos a la vez, interesados en continuar la lección.

–Así es que, todos nosotros –continuó– para el recomienzo de las luchas carnales, solicitamos el régimen de las sanciones, o si no disponemos del derecho de hacerlo, alguien nos lo consigue suplicándole en beneficio nuestro, a las autoridades superiores.

–¿Régimen de sanciones? –preguntó Hilario, sorprendido.

–Exactamente. No nos estamos refiriendo a las medidas de naturaleza moral mediante las cuales nos enfrentamos, en la familia consanguínea o en la intimidad de la lucha, con la reaproximación de los espíritus a los que somos deudores de paciencia y de ternura, de tolerancia y de sacrificio, solucionado así ciertas deudas que oscurecen nuestro camino. Nos referimos a procesos rectificadores, después de haber incurrido en muchas caídas reiteradas, en los mismos deslices y deserciones, que imploramos en favor de nosotros y en nosotros mismos, tales como deficiencias congénitas con las cuales debemos reaparecer en la cuna física. Aquéllos que perdieron varias veces las oportunidades de trabajo en la Tierra por la sistemática ingestión de elementos corrosivos, como el alcohol u otros venenos de las fuerzas orgánicas, como los inveterados cultivadores de la gula, casi siempre atraviesan las aguas de la muerte como *suicidas indirectos*, y, al despertar para iniciar la obra de reajuste que les es indispensable, imploran el regreso a la carne en cuerpos inclinados desde la infancia a los problemas gástricos, al desequilibrio del páncreas, a la colitis y a las múltiples enfermedades intestinales, que les imponen torturas sistemáticas, aunque soportables, en el transcurso de su existencia. Inteligencias notables, con sucesivas caídas morales a través de la liviandad con que utilizaban la danza, sembrando desesperación e infortunio en los corazones afectuosos y sensibles, piden cuerpos amenazados por la parálisis y el reumatismo, con problemas que les impiden una libre movilidad. Compañeros que en muchas circunstancias se dejaban envenenar por los ojos y por los oídos, comprometiéndose en la criminalidad, a través de la calumnia y de la maledicencia, imploran cuerpos castigados por deficiencias auditivas y visuales que les impidan reincidir en caídas desastrosas. Intelectuales y artistas que gastaron los sagrados recursos del espíritu en la perversión de los sentimientos humanos mediante la creación de imágenes poco dignas, ruegan órganos cerebrales con inhibiciones graves y dolorosas para que, en su temporal reflexión, puedan desarrollar las olvidadas cualidades del corazón. Hombres y mujeres que abusaron de los dotes físicos, haciendo uso de la belleza y de la perfección de las formas para sembrar la locura y el sufrimiento en aquellos que admitían sus falsas promesas, solicitan cuerpos vulnerables a las dermatosis, como el eczema y el cáncer de piel, o son portadores de alteraciones de la tiroides, que les

obligan a reiteradas luchas educativas. Grandes oradores que escarnecieron la divina misión de la palabra, dirigiendo mal a las multitudes o enloqueciendo almas desprevenidas, suplican dolencias en las cuerdas vocales, para que, atravesando afonías periódicas, desistan de perturbar a los espíritus mediante la palabra brillante. Y millares de personas que transformaban el santuario del sexo en una forja de problemas en las vidas ajenas, arruinando hogares y desequilibrando conciencias, imploran organismos físicos atormentados por importantes lesiones en el campo genésico, experimentando, desde la pubertad, inquietantes desequilibrios ováricos y testiculares. La ceguera, la mudez, la deficiencia mental, la sordera, la parálisis, el cáncer, la lepra, la epilepsia, la diabetes, la locura y todo el conjunto de enfermedades difícilmente curables, constituyen sanciones instituidas por la misericordia Divina, puertas adentro de la justicia universal, atendiendo a nuestros propios ruegos, para que no perdamos las bendiciones eternas del espíritu, a cambio de lamentables ilusiones humanas.

–Pero, ¿existen instituciones especiales que proporcionan, por ejemplo, las irregularidades orgánicas pedidas para la reencarnación? –preguntó nuestro colega, intrigado.

El generoso interlocutor sonrió significativamente, y añadió:

–Sí, Hilario, la bondad del Señor es infinita y nos permite la gracia de suplicar las imperfecciones a que nos hemos referido, porque el reconocimiento de nuestras flaquezas y de nuestras transgresiones, proporciona un inmenso bien al espíritu endeudado. La humildad, en cualquier situación, enciende luz en nuestras almas, generando, en torno a nosotros, benditos recursos de simpatía fraterna. Mientras tanto, aunque no pidiésemos la aplicación de las penalidades que nos son necesarias, nuestra posición no se modificaría, ya que la práctica del mal genera lesiones inmediatas en nuestra conciencia, que entrando en condición de desarmonía, desajusta ella misma los centros de fuerza que la sustentan. De ese modo, nuestras instituciones de trabajo para la reencarnación, colaboran para que todos podamos recibir en el escenario terrestre, la vestidura carnal que merecemos.

–Entonces, ¿de qué vale la súplica, rogando ésta o aquélla medida, concerniente a nuestra reeducación?

–¡Oh! ¡No digas semejante cosa! –dijo Druso con voz grave. La oración, en el sentido a que aludimos, es siempre un atestado de buena voluntad y de comprensión, en el testimonio de nuestra condición de espíritus deudores... Sin duda, no podrá modificar el curso de las leyes, ante las cuales nos hacemos reos sujetos a múltiples penalidades, pero renueva nuestro modo de ser, sirviendo no solamente como bendita siembra de solidaridad en nuestro beneficio, sino también como vacuna contra la reincidencia en el mal. Además, la oración favorece nuestra aproximación con los grandes benefactores que dirigen nuestros pasos, auxiliándonos en la organización de una nueva ruta que garantice nuestro camino seguro.

Mi compañero guardó con reverencia la aclaración, y consideró: –querido instructor, de su aclaración deducimos que al reencarnar, cargamos con nosotros las reminiscencias de nuestras faltas que toman parte en nuestro renacimiento en el cuerpo fisiológico, como raíces congénitas de los males que nosotros mismos hemos plantado...

–Perfectamente –acentuó el mentor amigo– nuestras predisposiciones para con esa

o aquella enfermedad en el cuerpo terrestre, representan zonas de atracción magnética que hablan nuestras deudas ante las leyes eternas, exteriorizando las deficiencias de nuestros espíritus.

Druso meditó por unos instantes, como si estuviera sopesando íntimamente la gravedad del asunto, manifestando:

–Nuestras afirmaciones no excluyen ciertamente, la necesidad de la asepsia y de la higiene, de la medicación y del cuidado necesario en el tratamiento de los enfermos de cualquier procedencia. Deseamos, simplemente, hacer hincapié en que el alma resurge en el nuevo cuerpo físico, acarreado consigo misma sus propias faltas, que han de reflejarse en la vestidura carnal, como zonas favorables a la eclosión de determinadas molestias, ofreciendo campo propicio al desarrollo de virus, bacilos y numerosas bacterias, capaces de conducirla a los más graves padecimientos, de acuerdo con las deudas que haya contraído, pero también lleva consigo las facultades de crear en el propio cosmos orgánico, toda especie de anticuerpos, inmunizándose contra las exigencias de la carne, facultades que puede ampliar considerablemente por medio de la oración, por las disciplinas rectificadoras a que se dedique, por la resistencia mental o por el servicio al prójimo, con todo lo cual atrae preciosos recursos a su favor. No podemos olvidar que *el bien es el verdadero antídoto del mal*.

–Aun así –dijo Hilario– habrá que recordar que los animales sufren igualmente enfermedades diagnosticables, como la aftosa, la rabia, la neumonía...

–También las plantas experimentan enfermedades peculiares, reclamando abonos y fungicidas –completó el mentor, sonriendo.

Luego, añadió:

–El dolor es uno de los elementos más importantes en la vida que se expande. El hierro, bajo el martillo, la simiente en la cueva, el animal en el sacrificio, así como la criatura llorando, irresponsable o semiinconsciente, para desarrollar sus propios órganos, sufren el *dolor-evolución*, que actúa de afuera hacia adentro, perfeccionando el ser, sin lo cual, no existiría el progreso. En nuestro estudio, analizamos el *dolor-expiación*, que viene de adentro hacia afuera, marcando la criatura en el camino de los siglos, deteniéndola en complicados laberintos de aflicción, para regenerarla ante la justicia... Es muy diferente...

–¡Qué curioso! –exclamó Hilario– No había pensado en semejantes conceptos: *Dolor-evolución*,; *dolor-expiación* ...

–También tenemos el *dolor-auxilio* –atajó Druso con benevolencia.

–¿Cómo es eso?

Percibiendo la sorpresa que se manifestaba en nuestros rostros, el orientador, dijo:

–En muchas ocasiones, en el curso de la lucha humana, nuestra alma adquiere grandes compromisos en éste o aquel sentido. Habitualmente, logramos ventajas en determinados sectores de la existencia, perdiendo en otros. A veces, nos interesamos vivamente por la sublimación del prójimo, olvidando mejorarnos a nosotros mismos. Por eso, a través de la intercesión de amigos dedicados con devoción a proporcionarnos felicidad, recibimos la bendición de prolongadas y dolorosas enfermedades en el cuerpo físico, ya sea para evitar que caigamos en el abismo de la criminalidad, o,

con mayor frecuencia, para servicio preparatorio de la desencarnación, para que no seamos cogidos por sorpresas arrasadoras, en la transición de la muerte. El infarto, la trombosis, la hemiplejía, el cáncer preciosamente soportado, la senilidad prematura y otras calamidades de la vida orgánica, constituyen, muchas veces, *dolores-auxilio*, para que el alma se recupere de determinados engaños en que haya incurrido en la existencia del cuerpo denso, habilitándose, a través de largas reflexiones y benéficas disciplinas, para un ingreso respetable en la vida espiritual.

Hallándose Druso a esa altura, fue llamado para atender a otras líneas de acción, dejándonos entregados a nuestros propios pensamientos.

XX

SORPRESA CONMOVEDORA

Durante tres años, estuvimos, casi diariamente, en la “Mansión Paz”, estudiando preciosas lecciones y aprendiendo a servir.

Allí, al lado de Druso, en la compañía fraternal de Silas y otros amigos excelentes, recogimos experiencias y anotaciones sublimes.

Realmente, el sufrimiento era la constante en aquel puesto castigado por la lucha extrema.

Muchas veces, la casa temblaba en sus cimientos, bajo convulsiones magnéticas indescriptibles, en otras ocasiones, bajo el ataque de legiones feroces, parecía una fortaleza sitiada, que sólo la misericordia Divina podría salvar.

Pero, en cualquier emergencia, Druso nos convocaba a todos a la oración, y nuestras preces nunca quedaban sin respuesta. Suministros y recursos, directrices y bálsamos, fluían invariablemente de los planos superiores, amparándonos en la necesidad o en la indecisión.

El director de la Mansión, constituía para nosotros el más elevado modelo de moral intachable, a pesar de la humildad que presidía todas sus actitudes.

Nunca le sorprendimos el más mínimo gesto en desacuerdo con el noble y extenso mandato de que disponía. Sabía ser firme sin aspereza, justo sin parcialidad, bondadoso sin flaqueza. Valoraba no solamente el consejo de los grandes espíritus que visitaban nuestro puesto, sino también las humildes peticiones de los míseros sufridores que tocaban a nuestra puerta. Mantenía una amorosa reverencia ante los supervisores de la Mansión, a cuyos avisos atendía prestamente, y mostraba el mejor cariño en el incesante desvelo en favor de los infelices que rogaban nuestra ayuda y comprensión. Se excedía. No se limitaba a su misión de administrador central, a quien debíamos un constante homenaje. Era el devoto consejero de todos los asesores, el médico de los internados, el mentor de las expediciones y el enfermero tolerante y simple, siempre que las circunstancias lo exigiesen.

Pero, donde notábamos su más impresionante atención, era, justamente, a la cabecera de los desdichados hermanos recogidos en los tenebrosos desfiladeros en que se hallaba situada la institución.

Noche tras noche, si queríamos, podíamos acompañarle en sus servicios magnéticos, en compañía de Silas, identificando criaturas desgraciadas que, desequilibrándose en las sombras, habían perdido la noción de sí mismas, enloquecidas por el vicio o trastornadas por la propia desesperación.

Era siempre doloroso encarar a los compañeros deformes e irreconciliables, enloquecidos por la flagelación mental.

Más de una vez, Hilario y yo, no pudimos impedir el llanto, frente a aquellas torvas fisonomías que el extremo desequilibrio inmovilizaba en una terrible postración, o amotinaba en crisis de locura.

Druso se inclinaba sobre todos los infelices, siempre con la misma ternura. Después de la oración acostumbrada, realizaba operaciones magnéticas asistenciales y, luego, con la debida seguridad, interrogaba a los recién recogidos, mientras tomábamos notas diversas, concernientes a la colaboración que realizábamos.

Cada noche empleaba de dos a cuatro horas en el trabajo de socorro que consideraba sagrado, sin que ningún compañero encontrase la menor oportunidad de sustituirle. A excepción de él, todos nosotros nos relevábamos en la cooperación solicitada o espontánea, en el servicio de amparo y de consulta a los hermanos enloquecidos por la inmersión indiscriminada en las sombras.

Una noche, inolvidable para nosotros, los enfermeros trajeron, a la sala de nuestras actividades habituales, a una pobre mujer cadaverizada, para que le proporcionásemos la ayuda necesaria.

El cuerpo estropeado, mal cubierto por inmundos trapos, las manos cuyos dedos terminaban en forma de garras, y el semblante completamente alterado por una terrible hipertrofia, hablaba, sin palabras, de los prolongados tormentos de que había sido víctima.

Aunque previamente había sido atendida por la enfermería de la Mansión, la infortunada criatura exhalaba un olor nauseabundo.

Sin embargo, Druso, como sucedía en otros casos, le acariciaba la frente con paternal cariño.

Terminada la oración con la que iniciaba la tarea de asistencia, comenzó a aplicarle pases, despertando sus energías. En seguida, notando que salían de su pecho profundos gemidos, el abnegado amigo concentró sus potencias de fuerza magnética en el cerebro de la infeliz, que comenzó a moverse, súbitamente reanimada.

Se veía, claramente, que Druso interfería en el córtex encefálico, estimulándole para lograr su necesario despertar.

Entonces, aquella boca rígida, arrastrada hipnóticamente al movimiento, se abrió levemente y gritó:

–¡Druso!... ¡Druso!... ¡Compadécete de mí!...

Sorprendidos, vimos al director de la Mansión tambalearse, desfalleciendo, casi, como si hubiese sido alcanzado por rayos invisibles, de angustia y de muerte. La estupefacción no le había alcanzado a él solamente. Silas, lívido, avanzó hacia él, abrazándole, como si temiese que su caída fuera inevitable.

Algo extraño ocurría, sin que pudiéramos percibir su sentido.

Procurando dominarse, el venerable director elevó su mirada lúcida hacia lo alto, anegado en mudo llanto, invocando la inspiración divina, en el lenguaje de la oración silenciosa mediante la que el alma se comunica particularmente con Dios y, después de unos momentos, preguntó a la infeliz.

–Hermana, ¿qué tienes que decirnos?

La interpelada abrió los ojos que se removían en las órbitas sin expresión alguna de lucidez y, pareciendo temer la presencia de enemigos ocultos, dijo tristemente:

–¡Traigan a mi esposo!... Druso me perdonará... Estoy cansada, vencida ¡Por amor

de Dios, libérenme!... ¡Libérenme!... ¡Quiero aire!... ¡Aire puro!... ¿No habré pagado ya suficientemente mi crimen? No creo que Dios nos haya creado para un infierno sin fin. Si erré conscientemente, adquiriendo una gran culpa, también se... que mis penas reparadoras... ¡han sido, igualmente, enormes!... condúzcanme a la presencia de mi esposo para que me arrodille... Druso me sacará de ese horrible lugar..., Comprenderá que no soy tan cruel como quieren que sea... Mi marido era sumamente bondadoso, ¡me trataba como un padre! ¿Cuántos años hace que padezco, Señor? ¡Tú que curaste a los leprosos y a los endemoniados, extiéndeme Tus brazos de amor! ¡Retírame del infierno a que fui arrastrada!... ¡Ayúdame, oh Cristo!... ¡Deja que recoja del esposo que humillé, el perdón que necesito, para que mi alma consciente pueda orar con fervor!... ¡El remordimiento es un fuego que me consume!... ¡Piedad!... ¡Piedad!... ¡Piedad!...

Durante el espontáneo intervalo que se produjo, vimos que el gran instructor yacía entregado a copiosas lágrimas.

Por primera vez, Silas intervino en el socorro magnético.

No obstante el espanto que se estampaba en su rostro, con la tácita aprobación del director, que le cedía el lugar en silencio, preocupado e indeciso, preguntó:

–¿Cómo te llamas?

–Aída... –dijo, despertando en nosotros la mayor atención.

El asistente, con el evidente propósito de obtener más informes, tan seguros como fuera posible, continuó preguntando, con voz trémula:

–Aída: si eres la esposa de Druso, como nos quieres hacer creer, ¿no te acuerdas de alguien más? De alguien más de tu hogar en el mundo?

–¡Oh, sí!... –contestó la interlocutora con indecible cariño.

Me acuerdo... Me acuerdo... Mi esposo tenía un hijo de sus primeras nupcias, un joven médico de nombre Silas...

Y dándonos a conocer la extremada fijación mental a la que se ajustaba, exclamó en tono susurrante:

–¿Dónde está Silas, que tampoco me oye? Al principio le molestaba mi presencia... No obstante..., con el tiempo se convirtió en un hijo de mi corazón, siendo condescendiente amigo... ¡Silas!... Sí,... Sí... ¿Quién me hace recordar el pasado?

Crecía, ante nosotros, la sorpresa.

Druso y Silas, cayeron de rodillas, anegados en llanto irreprimible. En un momento, lo comprendimos todo, recordando la noche inolvidable en que Silas nos había contado algo de su historia conmovedora.

La pobre enloquecida, era Aída, la madrastra. Solamente ahora nos dimos cuenta que el director y el asistente, habían sido, entre los hombres, padre e hijo... De ahí la discreta intimidación con que se asociaban, automáticamente, en todos los servicios.

Ciertamente, –pensé– habían abrazado una aflictiva misión en aquel instituto de caridad, no solamente para atender a los desencarnados infelices, sino también con elevados objetivos del corazón.

Pero no conseguí divagar por mucho tiempo, ya que Druso, con un gesto enternecedor, recogió a la infortunada criatura en sus brazos generosos y, de rodillas, después de apretarla contra su pecho, exclamó hacia lo alto, con voz sumida en lágrimas:

–¡Gracias, Señor!... ¡Los penitentes como yo, encuentran, también, su día de gracias!... Ahora que me devuelves al corazón criminal la compañera que envenené en el mundo, ¡dame fuerzas para que yo pueda levantarla del abismo de sufrimiento en que se precipitó por mi culpa!...

Se notaba el esfuerzo que tenía que hacer para continuar clamando por la compasión celeste. Los sollozos embargaban por completo su voz, mientras un haz de luz azulada fluía del techo, como si la infinita bondad respondiese, de inmediato, a conmovedora súplica.

Silas, extremadamente abatido, le ayudó a levantarse, y ambos se apartaron, cargando consigo esa mujer, con la solemne emoción de quien había conquistado un precioso trofeo.

Informados de que el servicio magnético no proseguiría en aquella noche, nos retiramos a nuestro aposento particular, dedicándonos al estudio de nuestras impresiones.

Al día siguiente, Silas vino a nuestro encuentro.

Expresaba la alegría misteriosa de quien había solucionado un problema largamente sufrido. Y, recordándonos el estudio de la Ley de causa y efecto, nos explicó, rápidamente.

Druso y él, habían sido padre e hijo en la última existencia, y, habiendo recibido ambos permiso para trabajar en busca de Aída, cuya pérdida habían provocado, se dedicaban al servicio de la Mansión, bajo el beneplácito de amigos del plano superior. Al precio de tremendas luchas en la propia recuperación, llegaron a conquistar amistades sólidas y notables experiencias. El recuerdo de la joven sacrificada, constituía para ellos un envenenado aguijón en lo recóndito de su ser. Para lograr una más amplia elevación en la luz infinita, necesitaban resarcir la infamante deuda.

Y agregaba, lleno de esperanza con ignota ventura trasparenteada en su mirada:

–Dentro de tres días, mi padre dejará el cargo de director de la institución, elevándose, por fin, a disfrutar de la compañía de mi madre, para regresar dentro de breve plazo a la reencarnación que les espera bajo la protección de algunos amigos nuestros. Mi padre partirá primero, poco después, mi abnegada madre le seguirá internándose también en la vida carnal y, más tarde, cuando se casen en el plano físico, me acogerán en sus brazos, en la condición de primogénito, para que los tres podamos recibir a Aída, sufriente, en nuestros corazones. Jesús nos ha de conceder la felicidad de rescatar nuestra inmensa deuda, con la asistencia amorosa de mi madre, que renunció a la alegría de la ascensión inmediata, en beneficio nuestro... Como pueden observar, nosotros mismos, según la Ley buscamos la justicia por nuestras propias manos.

El asistente mostraba en su rostro, el brillo de una criatura feliz.

–¿Y usted? preguntó Hilario –¿Continuará aquí?

–No –respondió el generoso compañero– con el retiro de mi padre, obtuve permiso para ingresar en un gran establecimiento educativo, en el que me prepararé para las nuevas tareas en la medicina humana, con vistas a mi próxima experiencia terrestre.

Esta noticia alteraba nuestro programa.

Por nuestra parte, nos convenía cerrar los estudios en aquella generosa institución, ya que Druso y Silas, desde el primer momento, habían sido, allí, nuestro apoyo claro y fiel.

Abracé al asistente, sintiendo anticipadamente su falta. Silas era un amigo más del que me debía separar.

Le felicité por la victoria alcanzada y, como él, consideré igualmente lo imperativo de nuestra despedida.

El cambio administrativo en aquella Mansión, no nos permitiría retrasarnos.

Para nosotros, también se hacía inaplazable la partida.

El denodado compañero nos abrazó con gran cariño, y lágrimas de sublime reconocimiento brotaron de sus ojos.

¿Quién podrá admitir que la separación sea solamente una flor triste en la Tierra de los hombres?

Transcurridos tres días después de nuestra última conversación, nos hallábamos en el recinto mayor del gran instituto de socorro espiritual.

El director y el asistente se despedían de los amigos. El enorme salón, estaba repleto.

En el lugar donde se situaba la dirección, Druso aparecía, teniendo a su lado al instructor Aranda, al que pasaría la dirección del establecimiento, y a su esposa querida, aquella que le había ofrecido en el mundo los dulces sueños del primer matrimonio, cuya mirada serena expresaba irradiante bondad.

Otros bienhechores, incluyendo a nuestro querido Silas, se encontraban también allí, atentos y emocionados.

Entre la multitud de oyentes, estábamos nosotros, codeándonos con los asesores y funcionarios del gran hospital-escuela, además de trescientos internados.

Todos los enfermos, venían a traer a Druso preciosos testimonios de reconocimiento.

Las manifestaciones conmovedoras se multiplicaban incesantemente.

Mientras, una música leve de fondo parecía provenir de instrumentos ocultos, todos los enfermos, en fila, querían decir alguna palabra al abnegado director que les había acogido generosamente.

Viejecitos trémulos bendecían su nombre. Hermanas cuyo aspecto hablaba muy alto de su laboriosa renovación, le ofrecían las flores torturadas y tristes que el clima inquietante de la Mansión era capaz de producir. Diversas entidades, recuperadas al hálito de su incansable devoción, le dirigían expresiones respetuosas y amigas, mientras innumerables jóvenes le besaban las manos...

Para todos poseía Druso una frase de ternura y de cariño.

Un llanto discreto surgía aquí y allí...

Todos debíamos, al mentor admirable, aclaraciones y esperanzas, energía y consuelo.

El nuevo Director, después de la ceremonia simple del traspaso de las responsabilidades, se levantó y prometió dirigir la casa con lealtad a nuestro Señor Jesucristo. Hablando sinceramente, no creo que el instructor Aranda, recién llegado a la casa, pudiese, en aquel momento, despertar en nosotros mayor atención y, por tanto, tan pronto como se acomodó en el sillón que la solemnidad le reservaba, Druso se levantó y pidió permiso para decir una oración de despedida.

Todas las frentes se inclinaron, silenciosas, mientras su voz se elevó hacia lo infinito, como una melodía enmarcada en lágrimas.

—¡Señor Jesús! —dijo con humildad—, en este instante en el que te ofrecemos el corazón, permite que nuestra alma se incline, con reverencia, para agradecerte las bendiciones de luz que Tu incommensurable bondad nos concedió aquí durante cincuenta años de amor...

¡Tú, Maestro, que levantaste a Lázaro del sepulcro, levantaste también mi alma de las tinieblas, conduciéndola a la alborada que redime, lanzando en el infierno de mis culpas el rocío de Tu compasión!...

Extendiste Tus magnánimos brazos a mi espíritu sumergido en el barro del crimen.

Me trajiste, de la picota del remordimiento, al servicio de la esperanza.

Me reanimaste cuando mis fuerzas desfallecían...

En los días de agonía, fuiste el alimento de mis ansias; en las sendas más escabrosas, eras, siempre, mi compañero fiel.

Me enseñaste, sin ruido, que solamente a través de la recuperación del respeto a mí mismo, en el pago de mis deudas, podré emprender la reconquista de mi paz...

Y me confiaste, Señor, el trabajo en este lugar restaurador, como asistencia constante de Tu benevolencia infinita, para que pudiese avanzar, desde las sombras de la noche, hacia el brillo del nuevo día...

Te agradezco, pues, los instructores que me diste, a cuya devoción afectuosa tan pesado he sido, los generosos compañeros que tantas veces soportaron mis exigencias, y los hermanos enfermos que tantas enseñanzas preciosas proporcionaron a mi corazón...

Y ahora, Señor, que el plano físico me abrirá de nuevo sus puertas, acompáñame, por aumento de Tu misericordia, con la gracia de Tu bendición.

No permitas que la comodidad del mundo me haga olvidarte y límitame a la convivencia de la humildad, para que el orgullo no me sofoque.

Dame la lucha edificante por maestra de mi rescate y no retires Tu mirada de mis pasos, aunque para ello el sufrimiento deba ser la pauta constante de mis días.

Y si es posible, deja que los hermanos de esta casa me amparen con sus pensamientos en oraciones de auxilio para que, en el pedregoso camino de la regeneración de que carezco, no me canse de alabar, por siempre, Tu excelso amor...

Druso se calló, anegado en llanto.

En el recinto, llovían pequeños copos luminosos, como minúsculas estrellas, que se deshacían, levemente, al tocar nuestras frentes...

Allá afuera, rugía la tempestad, en convulsiones terribles.

Dentro, sin embargo, reinaba en nosotros la certeza de que, más allá del plano de las tinieblas, el cielo iluminado resplandecía eternamente de luz...

Nos reunimos con Silas y, juntos, nos acercamos al abnegado director para darnos los últimos saludos, porque también nosotros, Hilario y yo, deberíamos partir, ya que nuestra tarea había terminado.

Druso nos abrazó paternalmente y, tal vez porque nos demorábamos en el abrazo cariñoso, intentando definir nuestro inmenso afecto, posó en nosotros su mirada, diciendo conmovedoramente:

—¡Que Dios os bendiga, hijos míos!... Algún día nos volveremos a reencontrar nuevamente...

Con la voz embargada por la emoción, besamos su mano en profundo silencio, porque solamente las lágrimas podrían decir algo de nuestra gratitud y de nuestra ternura, en aquel adiós inolvidable...

OBRAS MEDIÚNICAS DE ANDRÉ LUIZ

- 1943 LA VIDA EN EL MUNDO ESPIRITUAL.
1944 LOS MENSAJEROS ESPIRITUALES.
1945 MISIONEROS DE LA LUZ.
1946 OBREROS DE LA VIDA ETERNA.
1947 EN UN MUNDO MAYOR.
1947 AGENDA CRISTIANA.
1949 LIBERACIÓN
1954 ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO.
1954 EN LOS DOMINIOS DE LA MEDIUMNIDAD.
1957 ACCIÓN Y REACCIÓN.
1958 EVOLUCIÓN EN DOS MUNDOS.¹
1959 MECANISMOS DE LA MEDIÚMNIDAD.¹
1960. CONDUCTA ESPIRITA.²
1963 OPINIÓN ESPÍRITA.³
1963 SEXO Y DESTINO.
1964 DESOBSESIÓN.
1965 ESTUDIE Y VIVA.³
1968 Y LA VIDA CONTINUA.

NOTAS: Las cifras de la izquierda indican el año de recepción de las obras.

¹ Obras psicografiadas por los médiums Francisco Cándido Xavier y Waldo Vieira.

² Obra psicografiada por Waldo Vieira.

³ Obras dictadas por los espíritus Emmanuel y André Luiz: a los médiums F. C. Xavier y W. Vieira.